

Philip José Farmer

DIOSES DEL MUNDO DEL RIO

Todo el mundo que ha vivido alguna vez en la Tierra está en el Mundo del Río. Examinélo atentamente: puede que se encuentre a usted mismo...



Hace más de veinte años que Philip José Farmer inició la crónica épica del planeta llamado Mundo del Río, y de los treinta y cinco mil millones de hombres y mujeres que despertaron allí una mañana para iniciar el primer día de sus vidas después de la muerte. Resucitados por el poder de una raza alienígena, por razones que sólo pueden suponer, personajes como Mark Twain, Herman Goering, Cyrano de Bergerac, recorren las orillas de un río de dieciséis millones de kilómetros de largo en busca de sus constructores y las respuestas a todos los misterios.

En los cuatro volúmenes anteriores de la serie, *A vuestros cuerpos dispersos*, *El fabuloso barco fluvial*, *El oscuro designio* y *El laberinto mágico*, algunas de esas preguntas han sido respondidas, pero otras muchas más se han planteado con el descubrimiento de la gigantesca torre que se alza en el mar polar del norte del Mundo del Río, con el poder de la vida y de la muerte en sus manos sobre todos aquellos miles de millones de vidas humanas.

Pero no están solos en la torre. Extraños pasos por los corredores, atentados contra sus vidas, un «accidente» tras otro, todo les conduce a una inevitable conclusión: o ha quedado un asesino suelto en la torre... ¡o uno de ellos es un traidor!



Philip José Farmer

Dioses del mundo del río

El mundo del río - 5

ePub r1.0

karpanta 29.06.13

Título original: *Gods of Riverworld*

Philip José Farmer, 1983

Traducción: Domingo Santos

Diseño/Retoque de portada: Antoni Garcés y Ricard Castells

Editor digital: karpanta

ePub base r1.0

más libros en espaebook.com

A aquellos que no se rindieron.

Prefacio del autor

Aquellos que no hayan leído los anteriores volúmenes de la serie del Mundo del Río, *A vuestros cuerpos dispersos*, *El fabuloso barco fluvial*, *El oscuro designio*, y *El laberinto mágico*, deberán acudir a la sinopsis general al final de este libro. Allí el lector podrá encontrar las referencias a algunos acontecimientos y datos que en el libro que tiene en sus manos sólo son relacionados *en passant*. He escrito ese breve resumen para evitar una más larga recapitulación. Además, aquellos familiarizados con la serie puede que deseen leer también ese ligero esbozo para refrescar sus memorias acerca de algunos asuntos.

En el cuarto volumen, *El laberinto mágico*, afirmé que aquél sería el último libro de la serie. Mi intención era esa, pero pese a todo dejé una puerta ligeramente entreabierta en el último párrafo. Mi inconsciente sabe más que mi consciente, y el diablo travieso me hizo instalar esa puerta allí y entreabrirla unos milímetros. Algún tiempo después de la aparición de ese cuarto volumen, empecé a pensar en los enormes poderes que poseía ahora la gente que había entrado en la torre, y en los tentadores que estos poderes podían llegar a ser.

Además, como yo sabía muy bien y algunos lectores señalaron, las verdades reveladas en el cuarto volumen era posible que no fueran las verdades definitivas, después de todo.

Las opiniones y conclusiones acerca de economía, ideología, política, sexualidad, y otras materias relativas al *Homo sapiens* varían de acuerdo con los conocimientos e inclinaciones de los personajes. No son necesariamente las mías. Estoy convencido de que todas las razas poseen un idéntico potencial mental, y que el mismo espectro de estupidez, mediocre inteligencia y genio recorre cada una de ellas. Todas las razas, estoy convencido, poseen un idéntico potencial para el bien o el mal, el amor o el odio, y la santidad o el pecado. Estoy convencido también, a través de sesenta años de mucha lectura y cercana observación, que la vida humana ha sido siempre a la vez salvaje y cómicamente absurda, pero que pese a todo no somos una especie carente de redención.

Dramatis Personae

Treinta y cinco mil millones de personas de todos los pueblos y todas las eras de la historia de la Tierra fueron resucitadas a lo largo del enorme y serpenteante Río del Mundo del Río. El lector se sentirá aliviado de saber que tan sólo unos cuantos de ellos formarán parte de esta historia.

Loga: un nieto del rey Príamo de la antigua Troya, nacido en el siglo XII a.C., asesinado a la edad de cuatro años por un soldado griego durante la caída de esa ciudad. Resucitado en el Mundo Jardín por extraterrestres no humanos, y educado allí. Se convirtió en un miembro del Consejo de los Doce Éticos, que fue encargado de crear el Mundo del Río y resucitar allí a todos los seres humanos que habían muerto entre los años 99.000 a.C. y 1983 d.C. Se convirtió en un renegado, e implicó a varios terrestres resucitados en su complot para derribar a los demás Éticos y sus Agentes y subvertir el plan original del destino previsto para aquellos renacidos en el Mundo del Río.

Richard Francis Burton: Un inglés, nacido en 1812, muerto en 1890. Durante su vida fue una *cause célèbre* y una *bête noire*. Famoso explorador, lingüista, antropólogo, traductor, poeta, escritor y espadachín. Descubrió el lago Tanganika; entró disfrazado en la ciudad sagrada musulmana de La Meca (y de la experiencia escribió el mejor libro que se haya escrito nunca sobre la Meca); fue autor de la más famosa traducción de *Las mil y una noches*, llena de notas a pie de página y ensayos derivados de su vasto conocimiento de los esoterismos de la vida africana y oriental; fue notable como uno de los más grandes espadachines de sus días; y fue el primer europeo en entrar en la ciudad prohibida de Harar, Etiopía... y abandonarla con vida.

Alice Pleasance Liddell Hargreaves: Nacida en Inglaterra en 1852, muerta allí en 1934. Hija de Henry George Liddell, capellán personal del Príncipe Consorte, vicescanciller de la Universidad de Oxford, deán de la Iglesia de Cristo de Oxford, y coeditor del famoso *Léxico Griego-Inglés* Scott-Liddell, que aún sigue siendo hoy en día el Diccionario Clásico Griego-Inglés estándar. Cuando tenía diez años, Alice inspiró a Lewis Carroll a escribir su *Alicia en el País de las Maravillas*, basando su Alicia de ficción en ella.

Peter Jairus Frigate: Un escritor americano de ciencia ficción, nacido en 1918, muerto en 1983.

Aphra Behn: Una inglesa, nacida en 1640, muerta en 1689. Ejerció como espía para Carlos II en Holanda, y más tarde se convirtió en una famosa —o infamosa— novelista, poetisa y escritora de obras teatrales. Fue la primera mujer inglesa que se ganó la vida únicamente escribiendo.

Nur ed-Din el-Musafir: Nacido en la España morisca en 1164, muerto en Bagdad en 1258. Musulmán, aunque no ortodoxo, y sufí, un miembro de esa mística pero realista disciplina a la cual

pertenecía Ornar Khayyam.

Jean Baptiste Antoine Marcelin, Barón de Marbot: Nacido en 1782 en Francia, muerto ahí en 1854. Como Nur, bajo de estatura, pero muy fuerte y rápido. Sirvió muy valerosamente a las órdenes de Napoleón, y resultó herido muchas veces. Sus *Memorias de su vida y campañas* fascinaron tanto a A. Conan Doyle que modeló sus historias del Brigadier Gérard, el brioso soldado francés, sobre las hazañas de de Marbot.

Tom Million Turpin: Americano negro nacido en 1871 en Savannah, Georgia; muerto en 1922 en St. Louis. Turpin fue un pianista y compositor de considerable talento; su *Harlem Rag*, publicada en 1897, fue la primera pieza de ragtime de un compositor negro publicada. Fue también el jefe indiscutido de los bajos fondos del barrio chino de St. Louis.

Li Po: Nacido en 710, de linaje turco-chino, en un distrito fronterizo de la antigua China; muerto en 762 en China. Considerado por muchos como el más grande poeta chino, fue también un famoso espadachín, borracho, amante y vagabundo. En *El laberinto mágico*, su seudónimo era Tai-Peng.

Puñado de Estrellas: Una mujer contemporánea de Li Po, que sufrió mucho tanto en China como en el Mundo del Río.

Los retoños de la Tierra y sus destinos son Tuyo
En todas sus estaciones,
Sus multitudinarios lenguajes e inúmeros colores
Son Tuyo, y nosotros somos de los muchos
A los que Tú hiciste diferentes, oh Dueño de la Elección.

Antiguo Himno Egipcio

Y el infierno es más de la mitad del paraíso.

Edwin Arlington Robinson

«Luke Havergal»

Cuando Moisés golpeó la roca, olvidó apartarse
del camino del agua, y así apenas
escapó de ahogarse.

El libro de Jashar

Loga se resquebrajó como un huevo.

A las 10:02, su imagen apareció en las pantallas murales de los apartamentos de sus ocho compañeros inquilinos. Lo veían desde un ángulo ligeramente por encima de él, y la imagen lo ofrecía desde su desnudo ombligo hasta un punto situado unos pocos centímetros por encima de su cabeza. Los lados de su escritorio casi alcanzaban los bordes de su campo de visión, que revelaba también algo de la pared y del suelo que había detrás suyo.

Loga tenía el aspecto de un Buda de pelo rojo y ojos verdes que hubiera vivido durante años en una fábrica de helados y hubiera sido incapaz de resistirse a su producto. Aunque había perdido ocho kilos en las últimas tres semanas, seguía estando muy gordo.

Era, sin embargo, un Buda muy feliz. Sonriendo, con su rostro parecido a una calabaza resplandeciente, dijo en esperanto:

—¡He hecho un gran descubrimiento! Resolveré el problema de...

Miró hacia su derecha.

—Lo siento. Creí haber oído algo.

—Tú y Frigate —dijo Burton—. Estáis volviéndoos paranoicos. Hemos registrado cada una de las treinta y cinco mil setecientas noventa y tres habitaciones de la torre, y...

Las pantallas parpadearon. El cuerpo y rostro de Loga vacilaron, se alargaron, luego se contrajeron. La interrupción duró al menos cinco segundos. Burton se sorprendió. Aquella era la primera vez que alguna pantalla mostraba una interferencia o avería.

La imagen se estabilizó y definió.

—¿Y? —dijo lentamente Burton—. ¿Qué es eso tan excitante?

La visión electrónica parpadeó, sumergiéndose en el enigma.

Burton se sobresaltó, y aferró sus manos en los brazos de su sillón. Era un ancla a la realidad. Lo que estaba contemplando pertenecía a todas luces a lo irreal.

Resquebrajaduras en zigzag brotaron de las comisuras de los labios de Loga y se curvaron hacia arriba por sus mejillas, desapareciendo bajo su pelo. Eran profundas y parecían penetrar en su piel y carne hasta la cavidad bucal y los huesos.

Burton se levantó de un salto de su sillón.

—¡Loga! ¿Qué ocurre?

Las resquebrajaduras se estaban extendiendo ahora hacia abajo por el rostro del Ético, hacia su pecho, su prominente barriga, sus brazos y sus manos.

La sangre brotó de su enloquecida carne, salpicando el escritorio.

Aún sonriendo, se desmoronó como un huevo cascado, cayendo hacia el lado derecho de su silla sin brazos. Burton oyó un ruido como de cristal rompiéndose. Todo lo que podía ver ahora de Loga era la parte superior de un brazo, fragmentos manchados como trozos de una botella de vino rota.

La carne y la sangre se fundieron. Sólo quedaron brillantes charcos.

Burton se había puesto rígido pero, cuando oyó a Loga gritar en voz muy alta, dio un salto.

—*¡I tsab u!*

El grito fue seguido por un golpe sordo, como si un cuerpo pesado hubiera golpeado el suelo.

Burton activó con la voz otros visores en la habitación de Loga. No había nadie allí, excepto los charcos rojos en el suelo allá donde había estado Loga.

Burton contuvo el aliento.

Siete pantallas se iluminaron en la pared de Burton. Cada una de ellas contenía la imagen de un inquilino. Los grandes y oscuros ojos de Alice estaban más abiertos de lo normal, y su rostro se veía pálido.

—¿Dick? ¡Eso no puede haber sido Loga! ¡Pero sonaba como él!

—¡Tú lo viste! —dijo Burton—. ¿Cómo pudo gritar? ¡Estaba muerto!

Los demás hablaron a la vez, tan impresionados que cada uno lo hizo en su lengua nativa. Incluso el impassible Nur estaba hablando en árabe.

—¡Alto! —gritó Burton, alzando las manos. Inmediatamente después, se dio cuenta de que había hablado en inglés. No importaba: todos lo comprendían.

—No sé más que vosotros de lo que puede haber ocurrido. Parte de ello no puede haber ocurrido, de modo que no ha ocurrido. Nos veremos todos delante del apartamento de Loga. Ahora mismo. ¡Coged vuestras armas!

Extrajo de un armario dos armas que había pensado que nunca iba a volver a necesitar. Cada una de ellas tenía una culata como la de una pistola, un cañón de algo más de siete centímetros de diámetro y treinta de largo, y en su extremo una esfera del tamaño de una manzana grande.

La voz de Alice le llegó desde su pantalla.

—¿No van a terminar nunca los horrores?

—Nunca lo hacen por mucho tiempo —dijo él—. En esta vida al menos.

El rostro triangular de Alice y sus grandes ojos oscuros mostraban aquella expresión reservada que a él tanto le desagradaba.

—¡Contrólate, Alice! —dijo secamente.

—Estaré bien —dijo Alice—. Ya lo sabes.

—Nada está *bien* nunca.

Caminó rápidamente hacia la puerta. Su dispositivo sensor le reconoció, pero no la abrió hasta que él hubo pronunciado la frase código, «¡Ábrete, sésamo!», en árabe clásico. Alice, en su apartamento, debía estar diciendo, en inglés: «¿Quién eres tú?, dijo la Oruga».

La puerta se cerró tras él. En el pasillo había un amplio sillón hecho de metal gris y un suave material escarlata oscuro. Burton se sentó en él. El asiento y el respaldo se agitaron hasta adaptarse al contorno de su cuerpo. Apoyó un dedo en el negro centro de un disco blanco en el amplio brazo izquierdo del sillón. Una larga y delgada varilla de metal brotó hacia arriba del disco blanco de su brazo derecho. Burton tiró de la varilla hacia atrás, una luz blanca brotó de debajo del sillón, y éste se elevó, deteniéndose a medio metro por encima del suelo cuando soltó la varilla dejando que volviera a su posición neutra central. Hizo girar la varilla; el sillón se dio la vuelta, orientándose en dirección opuesta a la que tenía antes.

Utilizando la varilla para controlar el movimiento vertical, y pulsando el punto negro central del disco de la izquierda para controlar la velocidad, hizo que el sillón avanzara por el pasillo.

Finalmente, flotando rápidamente junto a paredes que mostraban murales animados, se reunió con los demás. Flotaron en sus sillones hasta que Burton ocupó la cabeza del grupo, luego le siguieron. Burton disminuyó ligeramente la velocidad del sillón cuando penetraron en un enorme pozo vertical al extremo del corredor. Con la facilidad de la mucha práctica, hizo ascender el sillón por el pozo hasta el siguiente nivel superior y se metió en otro corredor. A unos treinta metros más allá del pozo, detuvo el sillón ante la puerta del apartamento de Loga. El sillón se posó en el suelo, y Burton descendió. Los demás llegaron junto a él apenas unos segundos más tarde. Murmurando, aunque no se dejaban impresionar fácilmente, bajaron de sus vehículos-sillón.

La pared se extendía a lo largo de cien metros desde el pozo hasta un corredor transversal. Toda su superficie desplegaba una imagen en movimiento que parecía tener tres dimensiones. El cielo era claro. Muy a lo lejos había una oscura cordillera de montañas. En primer término había el claro de una jungla con un poblado de chozas de barro seco. Curtidos caucasianos vestidos con las ropas llevadas por los hindúes aproximadamente unos 500 años a.C. se movían por entre las chozas. Un hombre joven, esbelto y bronceado, vestido solamente con un taparrabo, estaba sentado bajo el árbol sagrado de Buda. A su alrededor había una docena de hombres y mujeres sentados con las piernas cruzadas, todos ellos escuchándole atentamente. Era el Buda histórico, y la escena no era una reconstrucción. Había sido filmada por un hombre o mujer, un agente Ético que había pasado por uno de ellos, y cuyo equipo de cámara y sonido estaba oculto en un anillo en uno de sus dedos. En aquel momento su conversación era un ligero murmullo, pero si cualquier espectador pronunciaba una palabra código el murmullo podía hacerse inteligible. Si el espectador no comprendía el indostaní, podía utilizar otra palabra código para hacer que el idioma cambiara al ético.

Otra palabra código podía conseguir que la imagen emitiera los olores existentes en torno a quien había grabado la escena, aunque normalmente el espectador prefería pasar de ellos.

Directamente frente a Burton había un tocón en el cual alguien había pintado un símbolo, un ojo verde en el interior de una pirámide amarillo pálido. Aquello no estaba en el film original; señalaba la entrada del apartamento de Loga.

—Si ha situado su puerta de modo que sólo reaccione a su propio código, estamos listos —dijo Frigate—. Nunca entraremos.

—Alguien entró —dijo Burton.

—Quizá —dijo Nur.

Burton pronunció con voz fuerte, demasiado fuerte, como si creyera que podía activar el mecanismo de apertura simplemente con la fuerza de su voz:

—¡Loga!

Una rendija formando un círculo de tres metros de diámetro apareció en la pared. La sección se movió ligeramente hacia adentro, luego se convirtió en una rueda y giró metiéndose en la pared. La escena no se desvaneció sino que giró con la superficie.

—¡Estaba preparada para cualquiera que deseara entrar! —dijo Alice.

—Lo cual no es lo más correcto precisamente que uno puede hacer —dijo Burton.

Nur, el pequeño y cetrino moro de enorme nariz, dijo:

—Puede que el intruso haya pasado por encima del código y luego haya vuelto a armar el

mecanismo.

—¿Cómo pudo hacerlo? —dijo Burton—. ¿Y por qué?

—¿Cómo y por qué se ha hecho nada de esto?

Penetraron cautelosamente por la abertura, Burton delante. La habitación era un cubo de doce metros de lado. La pared detrás del escritorio era de un color verde pálido, pero las otras mostraban escenas animadas, una de ellas del planeta llamado el Mundo Jardín, otra de una isla tropical vista desde una gran distancia, y otra, que Loga debía estar mirando de frente, de una tormenta diurna a gran altitud. Oscuras y turbulentas nubes giraban en el cielo, y los relámpagos saltaban brillantes pero silenciosos de nube a nube.

Entre las nubes, de forma incongruente, las pantallas activadas colgaban, brillantes, mostrando aún las habitaciones de los inquilinos.

Charcos rojos resplandecían en el escritorio y en el suelo de dura madera.

—Toma una muestra del líquido —dijo Burton a Frigate—. La computadora de aquí podrá analizarlo.

Frigate gruñó y se dirigió hacia un armario para buscar algo con lo que tomar la muestra. Burton dio una vuelta por la habitación, pero no vio nada que pudiera parecer una pista.

Era una lástima que los demás monitores no hubieran estado conectados. De todos modos, quienquiera que hubiera hecho aquello debía haberse asegurado de que no estuvieran activados.

Nur, Behn y Turpin fueron a examinar las habitaciones contiguas. Burton activó las pantallas que mostrarían aquellas habitaciones. Indudablemente, nadie excepto ellos tres estaría en ellas, pero deseaba mantenerlas vigiladas. Si una persona podía ser convertida en líquido, ¿por qué no otras?

Se agachó y pasó un dedo por la humedad en el suelo. Cuando volvió a alzarse, llevó la punta de su dedo a unos pocos centímetros de sus ojos.

—No irás a probarlo —dijo Alice.

—No debería. En algunos aspectos, Loga era más bien venenoso. Además, sería una extraña forma de canibalismo. O de comunión cristiana.

Se lamió el dedo, hizo una mueca, y dijo:

—La masa de la Misa es inversamente proporcional al cuadrado de la fe.

Alice no hubiera debido sentirse impresionada, no después de todas las cosas por las que había pasado en aquel mundo. Pero se sintió repelida, aunque no pudo determinar si era por su acto o por sus palabras.

—Sabe a sangre, cosecha humana —dijo Burton. Nur, Behn y Li Po entraron en la habitación.

—No hay nadie aquí —dijo el chino—. Ni siquiera su fantasma.

—Dick, ¿qué es lo que dijo Loga? —preguntó Aphra Behn.

—No creo que dijera nada. Lo visteis resquebrajarse y cuartearse y fundirse. ¿Cómo podía hablar después de eso?

—Era su voz —dijo Behn—. *Quien fuera* que dijese aquello, ¿qué significaba?

—*I tsab u*. Eso significa, en ético, «¿Quién eres tú?».

—Eso es lo que dijo la Oruga —murmuró Alice.

—Y Alicia en el País de las Maravillas no pudo decírselo —observó Burton—. Todo esto es una

locura. Frigate los llamó a la consola del rincón.

—Puse la muestra en la ranura y pedí su identificación. Aquí la tenéis. No era posible identificar a un individuo por su sangre en el 1983 d.C., pero ahora...

La pantalla de la consola mostró, en inglés, tal como Frigate lo había pedido: INDIVIDUO IDENTIFICADO: LOGA.

A continuación venía el análisis. El líquido estaba compuesto por todos esos elementos que constituyen el cuerpo humano, y se hallaban en las proporciones adecuadas. Por supuesto, la carne se había convertido en líquido.

—A menos que la Computadora esté mintiendo —dijo Nur. Burton se volvió para mirarle directamente.

—¿Qué quieres decir con esto?

—Puede que la Computadora haya recibido órdenes concretas al respecto. Es posible que se le haya indicado que dé este informe.

—¿Pero quién? ¡Sólo Loga podía hacer eso! Nur alzó unos delgados y huesudos hombros.

—Quizá. Puede que haya algún desconocido en la torre. Recordad que Pete creyó haber oído algo cuando estábamos celebrando nuestra victoria.

—¡Pasos en el corredor fuera de la habitación! —dijo Burton—. ¡Frigate dijo que pensaba que había sido su imaginación!

—Oh, pero ¿lo era?

No era necesario utilizar la consola. Burton formuló directamente a la Computadora —independiente de todas las demás computadoras auxiliares— unas cuantas preguntas. Una sección circular de la pared brilló, y las palabras inscritas en ella indicaron que ninguna persona no autorizada había entrado en la habitación de Loga. Refutó que las órdenes de Loga hubieran sido violadas.

—Lo cual tengo que admitir que tal vez es lo que este misterioso extraño le haya ordenado que nos diga —murmuró Burton—. Si eso es así... bien, por Dios, *¡estamos* en problemas!

Pidió ver de nuevo la escena que todos ellos habían presenciado a través de sus visores. No había nada. Loga no había indicado a la Computadora que la grabara.

—Pensaba que todo iba a resultar claro, no misterioso, comprensible para nosotros, a partir de ahora —dijo Frigate—. Hubiera debido haberlo sabido mejor. Nunca lo es.

Hizo una pausa, luego dijo suavemente:

—Se resquebrajó como Humpty Dumpty, excepto que Humpty Dumpty se rompió después de caer, no antes. Y luego se convirtió en agua como la Bruja Malvada del Oeste.

Burton, que había muerto en 1890, no comprendió la última referencia. Tomó nota mental de preguntarle sobre ella al americano cuando tuviera tiempo.

Burton pensó en pedirle a la Computadora que enviara un robot a limpiar el líquido. Tras pensarlo un momento, decidió dejar la habitación tal como había sido hallada. Cerraría la puerta del apartamento con un código que solamente él supiera. Y así, si alguien lo abría...

¿Qué podría hacer él?

Nada. Pero al menos sabría que *había* un intruso.

Nur dijo:

—Hemos estado suponiendo que lo que hemos creído ver que ocurría había ocurrido realmente.

—¿Piensas que lo que vimos fue una simulación de computadora? —dijo Frigate.

—Es posible.

—¿Pero y el líquido? —dijo Burton—. Esto no es ninguna simulación.

—Puede ser sintético, un falso indicio. La voz de Loga pudo ser reproducida para engañarnos y confundirnos.

—¿No hubiera sido más lógico secuestrar simplemente a Loga? —dijo Alice—. Hubiéramos pensado que Loga se había marchado por alguna razón.

—¿Por qué infiernos hubiera tenido que hacer eso, Alice? —preguntó Burton.

—Debíamos regresar al Valle pasado mañana —dijo Li Po—. Si Loga deseaba librarse de nosotros, lo hubiera hecho dentro de dos días. No, ese líquido... todo esto... hay alguien más en la torre.

—Entonces, eso hace diez dentro de la torre —dijo Nur.

—¿Diez? —dijo Burton.

—Nosotros ocho. Más el desconocido que liquidó a Loga, aunque eso es algo que pudieron hacer más de uno. Más el Miedo. Eso hace al menos diez.

—En un cierto sentido, somos dioses —dijo Frigate.

—Dioses en una cárcel —dijo Burton.

Si se sentían como dioses, sus rostros no mostraban esa enorme seguridad en sí mismos y esa felicidad que debe distinguir a los dioses del resto de la humanidad. La primera zona a la que se dirigieron desde el apartamento de Loga fue a la planta más alta de la torre. Allí, ocupando una enorme cámara, estaba el hangar de los Éticos. Había doscientos aparatos aéreos y espaciales allí, de varias clases, y con cada uno de ellos podrían haber volado hasta cualquier lugar del Valle. Sin embargo, para ello habría que abrir las compuertas del hangar, y la Computadora se negaba a hacer eso. Los mecanismos de las compuertas no podían ser operados manualmente.

El desconocido que había licuado a Loga había insertado una orden prioritaria en la Computadora. Sólo él... o ella... o ellos... tenía el poder de abrir las compuertas del hangar.

Se inmovilizaron muy juntos en un rincón de la inmensa estancia. El suelo, paredes y techo eran de un monótono y abrumador gris, el color de las celdas de una prisión. Sus medios de escape, las máquinas con forma de plato, de salchicha y de insecto, parecían rumiar en el silencio. Aguardaban a ser usadas. ¿Pero por quién?

En la pared opuesta, a unos trescientos metros de distancia, había una nave con forma de grueso cigarro, la más grande de las espacionaves. Tenía ciento cincuenta metros de largo y un diámetro máximo de ochenta metros. Podía ser utilizada para viajar hasta el Mundo Jardín, donde fuera que estuviese aquel planeta. Loga había dicho que tomaría un centenar de años, tiempo de la Tierra, el llegar hasta su destino. Loga había dicho también que la nave estaba tan automáticamente computerizada que una persona de inteligencia media y muy pocos conocimientos científicos podría manejarla. La voz de Burton rompió el silencio.

—Tenemos algunos problemas inmediatos y urgentes. Debemos descubrir quién le hizo eso tan horrible a Loga. Y debemos descubrir una forma de cancelar las inhibiciones prioritarias de la Computadora.

—Cierto —dijo Nur—. Pero antes de que podamos hacer eso, debemos determinar exactamente cuánto control poseemos de la Computadora. Cuáles son nuestros límites. Cuando luchas, necesitas conocer tus fuerzas y tus debilidades tan bien como conoces tu rostro en el espejo. Sólo así podremos determinar cómo vencer las fuerzas y las debilidades de nuestro enemigo.

—Si es nuestro enemigo —dijo Frigate. Los demás lo miraron sorprendidos.

—Eso está muy bien —dijo Nur—. No pensemos en viejas categorías. Estás aprendiendo.

—¿Qué otra cosa puede ser? —dijo Aphra Behn.

—No lo sé —dijo Frigate—. Hemos sido tan manipulados por Loga que no estoy convencido ni en un uno por ciento de que él esté a nuestro lado o de que sea correcto nada de lo que ha hecho. Este desconocido... puede que esté haciendo todo esto por unas razones justificables. Sin embargo...

—Si Loga era su único obstáculo, el desconocido ya lo ha eliminado —dijo Burton—. ¿Por qué no se deja ver ahora? ¿Qué podemos hacer nosotros para oponernos a él? Realmente, somos como niños. No sabemos cómo utilizar todos los poderes disponibles. Ni siquiera sabemos cuáles son.

—Aún no —dijo Nur—. Pete ha propuesto otra forma de ver las cosas. Pero, por el momento, no es utilizable. Tenemos que suponer que el desconocido es nuestro enemigo hasta que comprobemos lo contrario. ¿Alguien discrepa de esto?

Era evidente que nadie lo hizo.

—Lo que dices está muy bien —dijo Tom Turpin—. Pero creo que la primera cosa que debemos hacer es protegernos a nosotros mismos. Debemos elaborar algún tipo de defensa, de modo que lo que le ha ocurrido a Loga no nos ocurra a nosotros.

—Estoy de acuerdo —dijo Burton—. Pero si este desconocido puede pasar por encima de cualquiera de nuestras órdenes...

—¡Debemos permanecer juntos! —dijo Alice—. ¡Mantenernos juntos, no perdernos nunca de vista los unos a los otros!

—Puede que tengas razón —dijo Burton—, y deberíamos conferenciar al respecto. Primero, sin embargo, propongo que salgamos de este tétrico y opresivo lugar. Volvamos a mi apartamento.

La puerta interior de acceso al hangar se abrió, y condujeron sus sillones corredor abajo hasta el más próximo pozo vertical. El siguiente nivel estaba a unos quinientos metros más abajo, lo cual hacía que Burton se preguntara qué era lo que había entre el nivel del hangar y el siguiente. Tendría que preguntarle a la Computadora qué era lo que contenía.

En sus aposentos, con la puerta de entrada cerrada con su código particular, empezó a actuar como anfitrión. Una sección de la pared se deslizó, revelando una mesa muy ancha apoyada verticalmente sobre uno de sus extremos. Salió de la cavidad, giró sobre sí misma hasta que estuvo horizontal, flotó hasta el centro de la estancia, extendió sus patas, que habían permanecido dobladas contra su parte inferior, y se apoyó en el suelo. Colocaron sillas a su alrededor, y se sentaron los ocho. Por aquel entonces habían obtenido ya sus bebidas de la batería de convertidores energía-materia alineados contra una pared. La mesa era redonda, y Burton se sentó en lo que hubiera sido el sillón del rey Arturo si la habitación hubiera sido Camelot.

Tomó un sorbo de negro café y dijo:

—Alice ha tenido una buena idea. Pero que implica el que todos deberemos vivir en un sólo apartamento. Este no es lo suficientemente grande. Propongo que nos traslademos a uno de los que hay cerca del pozo ascensor. Tiene diez dormitorios, un laboratorio, una sala de control, y una gran sala de descanso y comida. Podemos trabajar juntos y mantenernos vigilados los unos a los otros.

—Y ponernos nerviosos los unos a los otros —dijo Frigate.

—Yo necesito una mujer —dijo Li Po.

—Eso es lo que necesitamos todos, excepto Marcelin, y quizá Nur —dijo Turpin—. ¡Amigos, ha sido un tiempo largo y duro!

—¿Y qué hay de Alice? —dijo Aphra Behn—. Ella necesita un hombre.

—No habléis por mí —dijo Alice secamente. Burton dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Lo primero, primero! —exclamó. Luego, más suavemente—: Debemos presentar un frente común, mantenernos unidos, no importan los inconvenientes. Debemos echar a un lado los demás asuntos, que en este momento me atrevería a decir que son insignificantes. Hemos pasado mucho juntos, y podemos cooperar. Formamos un buen equipo, pese a algunas diferencias que recientemente

han causado una cierta abrasión. Debemos trabajar juntos, estar juntos, o seremos eliminados de uno en uno. ¿Hay alguien que no quiera cooperar?

—Si alguien insiste en vivir aparte —dijo Nur—, ese alguien será inmediatamente sospechoso.

Todos empezaron a hablar a la vez, hasta que Burton dio un nuevo puñetazo contra la mesa.

—Ese confinamiento será duro, no lo dudo. Pero hemos pasado por cosas peores, y cuanto más unidos trabajemos, más pronto nos veremos libres para proseguir adelante con nuestros propios intereses.

Alice frunció el ceño, y Burton supo lo que estaba pensando. Desde su última separación, ella lo había evitado tanto como le había sido posible. Ahora...

—Si estamos en una cárcel, estamos en la mejor cárcel de dos mundos —dijo Frigate.

—Ninguna cárcel es buena —dijo Turpin—. ¿Has estado alguna vez en chirona, Pete?

—Sólo en la que me construí yo mismo a lo largo de toda mi vida —dijo Frigate—. Pero era portátil.

Aquello no era cierto, pensó Burton. Frigate había sido hecho prisionero varias veces en el Mundo del Río, llegando a convertirse incluso en uno de los esclavos de Hermann Goering. Pero estaba hablando metafóricamente. Frigate era un hombre más bien metafórico. Evasivo, un tramposo verbal, ambiguo, cosa que admitía alegremente, citando a Emily Dickinson para justificarse.

«*El éxito reside en trazar círculos*».

Citándose a sí mismo, decía:

—El hombre literal dispersa la realidad.

—Bien, capitán, ¿qué hacemos ahora? —dijo Frigate.

La primera prioridad era ir a sus apartamentos individuales y recoger sus escasas posesiones para trasladarlas al apartamento más grande junto al pozo. Lo hicieron en grupo, puesto que no era prudente hacerlo solos, y luego tomaron posesión del nuevo apartamento y escogieron sus dormitorios. Alice escogió uno tan alejado del de Burton como le fue posible. Peter Frigate eligió el apartamento contiguo al de ella. Burton sonrió ferozmente al observarlo. Era un hecho aceptado en silencio por todos que el americano estaba «enamorado» de Alice Pleasance Liddell Hargreaves. Lo había estado desde que, en 1964, había visto sus fotografías a la edad de diez y dieciocho años en una biografía de Lewis Carroll. Había llegado incluso a escribir una historia de misterio, *El ladrón de corazones*, en la cual una Alice de treinta años jugaba a la detective particular. En 1983, había organizado una suscripción pública para erigir un monumento a su memoria en su tumba sin ninguna inscripción en el cementerio de la propiedad de los Hargreaves en Lyndhurst. Los tiempos eran duros, sin embargo, y se recogió muy poco dinero. Entonces Frigate murió, y seguía sin saber si su proyecto había llegado a realizarse. De ser así, sobre el cuerpo de Alice habría ahora un monumento de mármol tallado con Alice tomando el té ante una mesa con la Liebre de Marzo, El Lirón, y el Sombrero Loco, con la cabeza del Gato de Cheshire asomándose por encima y detrás de ella.

Conocerla personalmente no había mitigado su amor hacia ella, como cualquier cínico hubiera esperado, sino que aún lo había alentado más. La atracción literaria se había convertido en carnal. Sin embargo, nunca le había dicho una palabra ni a ella ni a Burton acerca de su pasión. Apreciaba, o había apreciado, demasiado a Burton como para emprender lo que él mismo hubiera calificado como

un deshonroso avance hacia ella. Alice nunca había mostrado el menor signo de sentir hacia él del mismo modo que él sentía hacia ella. Eso no significaba nada, sin embargo. Alice era maestra en ocultar sus pensamientos ante determinadas situaciones. Estaba la Alice pública, y estaba la Alice privada. Era probable que existiera incluso una Alice que ni la propia Alice conociera. Que ella no deseara siquiera conocer.

Dos horas antes de la comida estaban ya instalados, inquietos todavía por los acontecimientos de la mañana. Burton había decidido no utilizar la consola de control, que podía ser extraída de una cavidad en la pared. En vez de ello, había pedido a la computadora que simulara la pantalla y el teclado en la pared. Estos podían ser reproducidos luminosamente en el lecho o en el suelo, si se pedía así. El suelo, de todos modos, estaba cubierto con una densa moqueta, que cualquier lego hubiera pensado que era una muy costosa y elaborada alfombra persa. De hecho, su modelo había sido tejido en el Mundo Jardín, y una grabación de ella había sido traída a la torre, y la Computadora había reproducido el original por conversión energía-masa.

Burton se detuvo de pie ante la pared, la simulación a la altura de su cabeza. Si caminaba de un lado a otro, la simulación seguiría obedientemente su paso.

Burton dio el nombre y el código de identificación de Loga y preguntó a la Computadora, en inglés, dónde estaba el cuerpo material de Loga.

La respuesta fue que no podía ser localizado.

—¡Entonces está muerto! —murmuró Alice.

—¿Dónde está la grabación del cuerpo de Loga? —preguntó Burton.

La Computadora necesitó seis segundos para registrar los treinta y cinco mil millones de grabaciones profundamente enterradas debajo de la torre.

—No puede ser localizada.

—¡Oh, Dios mío! ¡Borrado! —dijo Frigate.

—No necesariamente —dijo Nur—. Puede que exista una orden prioritaria de darnos esta respuesta.

Burton sabía que era inútil preguntarle a la Computadora si ése era el caso. Sin embargo, tenía que hacerlo.

—¿Ha ordenado alguien que no obedezcas una orden prioritaria? —dijo Burton rápidamente. Nur se echó a reír. Frigate dijo:

—¡Oh, muchacho! No.

—Te ordeno que aceptes todas mis futuras órdenes como órdenes prioritarias —dijo Burton—.

Todas ellas pasarán por encima de cualquier otra orden prioritaria anterior.

RECHAZADO. NO FUNCIONAL.

—¿Quién tiene autoridad para ordenar prioridades? —preguntó Burton.

LOGA. KHR-12w-373-N.

—Loga está muerto —dijo Burton. No hubo respuesta.

—¿Está muerto Loga? —dijo Burton.

NO EN MI CONOCIMIENTO.

—Si Loga está muerto, ¿quién te da órdenes?

Los nombres de los ocho, seguidos por sus códigos identificadores, aparecieron en la pantalla. Bajo ellos, parpadeando: AUTORIDAD LIMITADA

—¿Cuan limitada? Ninguna respuesta. Burton rephraseó:

—Indica los límites de autoridad de los ocho operadores cuyos nombres acabas de exhibir.

La pantalla permaneció en blanco durante unos seis segundos. Luego se llenó con una secuencia de órdenes que la Computadora aceptaría de ellos. Las resplandecientes letras permanecieron en la pantalla durante un minuto, y luego fueron sustituidas por otra lista. Al cabo de otro minuto, apareció una tercera lista. En el momento en que el Número 89 surgió a la luz en la parte inferior de la pantalla, Burton se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—Esto puede seguir durante horas —dijo—. Nos está dando una lista detallada de lo que podemos hacer.

Le dijo a la Computadora que detuviera la enumeración en pantalla, pero que imprimiera una lista completa para cada uno de los ocho.

—No me atrevo a pedirle una lista de lo que no podemos hacer. Podría no terminar nunca.

Burton pidió un registro de las 35.793 estancias en la torre, y obtuvo lo que había esperado. Todas estaban vacías de seres sentientes vivos. O muertos.

—Pero sabemos que Loga tenía algunas estancias secretas cuya existencia no conocía ni siquiera la Computadora —dijo Burton—. O al menos no nos dijo donde estaban. Sabemos donde hay una. ¿Dónde están las otras?

—¿Crees que el desconocido podría estar en una de ellas? —dijo Nur.

—No lo sé. Es posible. Debemos intentar encontrarlas.

—Podemos comparar las dimensiones de la torre con los circuitos —dijo Frigate—. Pero Dios mío, ¡eso nos tomaría muchos meses! Y las estancias podrían seguir estando tan hábilmente camufladas que no llegáramos a encontrarlas.

—Eso suena tan interesante como limpiar escupideras —dijo Turpin. Se dirigió a un gran piano, se sentó, y empezó a tocar «Ragtime Nightmare».

Burton lo siguió y se quedó de pie a su lado.

—A todos nos gusta oírte tocar —dijo (no era cierto, a él no le gustaba, jamás había apreciado la música de ninguna clase)—, pero estamos en conferencia, una conferencia muy importante, vital, ya lo sabes, en todo el sentido de la palabra, y éste no es momento de divertirnos ni distraernos. Necesitamos centrar todos nuestros talentos en el problema. De otro modo, todos podemos morir porque alguien no haya realizado su parte.

Sonriendo, sus dedos corriendo como arañas sobre las teclas, Turpin alzó la vista hacia Burton. El largo, agotador y peligroso viaje hasta la torre lo había enflaquecido hasta los setenta kilos. Pero desde que se instalaron en la torre, se había atiborrado de comida y licor, y su rostro estaba creciendo de nuevo hacia una luna llena. Sus grandes dientes resplandecían muy blancos contra su oscura piel —no tan oscura como la de Burton—, y su pelo castaño oscuro era ondulado, no ensortijado. Hubiera podido pasar por blanco, pero había elegido quedarse con el mundo negro en la Tierra.

—Has sido educado como negro, piensas como negro —decía a veces—. Como explica el Buen

Libro, no sirve de nada lanzar patadas contra los mosquitos. —Entonces se echaba a reír suavemente, sin importarle el si su oyente comprendía o no que por «mosquitos» quería decir «blancos».

—Pensé que a vosotros pensadores os gustaría un poco de música de fondo. Yo no soy bueno en ese tipo de cosas.

—Tienes una buena mente —dijo Burton—, y la necesitamos. Además, tenemos que actuar como un equipo, como soldados en un pequeño ejército. Si cada cual hace lo que quiere, ignora esta crisis, nos convertiremos simplemente en una turba desorganizada.

—Y tú eres el capitán, el jefe —dijo Turpin—. De acuerdo. Dejó caer sus manos sobre el teclado, los acordes resonaron, y se levantó.

—Condúcenos jefe.

Aunque se sentía furioso, Burton no mostró ningún signo de ello. Regresó junto a la mesa, con Turpin siguiéndole demasiado cerca, y se detuvo de pie junto a su silla. Turpin, aún sonriendo, ocupó otra silla.

—Sugiero que aguardemos hasta que nos hayamos aprendido el contenido de eso —dijo Burton, señalando con una mano el mecanismo que estaba apilando, clasificando y uniendo los papeles que brotaban de una ranura en la pared—. Una vez comprendamos exactamente lo que podemos y no podemos hacer, podremos trazar nuestros planes.

—Eso tomará algún tiempo —dijo de Marbot—. Será Como leer una biblioteca, no un libro.

—Debe hacerse.

—Estás hablando de límites —dijo Nur—. Y eso es necesario y conveniente. Pero dentro de lo que llamarnos límites tenemos más poder del que ninguno de los más grandes reyes de la Tierra hubieran podido llegar a soñar nunca. Ese poder será nuestra fuerza, pero también será nuestra debilidad. Es más, me atrevería a decir que el poder nos tentará a utilizarlo erróneamente. Ruego a Dios que seamos lo suficientemente fuertes como para superar nuestra debilidad... si lo conseguimos.

—Somos, en un cierto sentido, dioses —dijo Burton—. Pero humanos con poderes de dioses. Semidioses.

—Semidioses de mierda —dijo Frigate. Burton sonrió y dijo:

—Hemos pasado por mucho allá en el Río. Eso nos ha flagelado, nos ha extraído de entre la masa, espero. Veremos.

—El mayor enemigo no es lo desconocido —dijo Nur. No necesitó explicar lo que quería significar.

Un antiguo filósofo griego, Heráclito, dijo en una ocasión: «El carácter determina el destino».

Burton estaba pensando en esto mientras paseaba arriba y abajo por su dormitorio. Lo que había dicho Heráclito era tan sólo parcialmente cierto. Todo el mundo tenía un carácter único. Sin embargo, ese carácter era influenciado por el entorno. Y cada entorno era único. Cada lugar no era exactamente parecido a cualquier otro lugar. Además, el carácter de una persona era parte del entorno en el cual se movía. El cómo actuaba una persona dependía no sólo de su carácter sino también de las oportunidades y restricciones peculiares del entorno, que incluía a la propia persona. El yo de la persona arrastraba consigo todos los entornos dentro de los cuales esa persona había vivido. Esos entornos eran, en un cierto sentido, como fantasmas, algunos formados por un ectoplasma más denso que otros, y por lo tanto perseguidores más poderosos de su alojamiento móvil, la persona.

Otro antiguo sabio, éste hebreo, no griego, había dicho: «No hay nada nuevo bajo el sol».

El viejo predicador jamás había oído hablar de evolución, y así no sabía que nuevas especies, desconocidas bajo el sol, emergían de tanto en tanto. Más aún, había pasado por alto el que cada nuevo bebé recién nacido era único, y por lo tanto nuevo, tanto bajo el sol como bajo la luna. Como todos los sabios, el predicador hablaba con medias verdades.

Cuando dijo que había un tiempo para actuar y un tiempo para no actuar, pronunció una auténtica verdad. Es decir, a menos que uno fuera un filósofo griego y señalara que no actuar es en sí mismo un acto. La diferencia filosófica entre el griego y el hebreo residía en sus actitudes con respecto al mundo. Heráclito estaba interesado en la ética abstracta; el predicador, en la ética práctica. El primero acentuaba el por qué, el último el cómo.

Era posible, pensaba Burton, vivir en este mundo y preguntarse tan sólo acerca del cómo. Pero un humano completo, alguien que intentara realizar todo su potencial, sondearía también el porqué. Esta situación exigía el porqué y el cómo.

A falta del primero, no podría funcionar adecuadamente con el segundo.

Allí estaba con otros siete nacidos de la Tierra, en una torre erigida en el centro de un mar en el polo norte de aquel mundo. El mar tenía un diámetro de casi cien kilómetros y estaba rodeado por una ininterrumpida cordillera de montañas de más de seis mil metros de alto. En aquel mar el Río desprendía casi todo su calor antes de derramarse por el otro extremo y empezar a acumular calor de nuevo. Densas nieblas como aquellas de las puertas del Infierno ocultaban una torre que se *alzaba* dieciséis kilómetros por encima de la superficie del mar. Bajo las aguas y hundiéndose profundamente en la tierra, la torre se extendía por más de ocho kilómetros o incluso más hondo.

Había un pozo en el centro de la torre que albergaba en aquel momento a unos cuantos miles de millones de *wathans*. *Wathans*. El nombre ético para las almas artificiales creadas por una especie extinta desde hacía millones de años. En algún lugar cerca de la torre, profundamente hundidas en la tierra, inmensas cámaras en las cuales eran mantenidas las grabaciones de los cuerpos de cada uno de los más de treinta y cinco mil millones de personas que habían vivido en su tiempo en la Tierra, desde aproximadamente el 100.000 a.C. hasta el 1983 d.C.

Cuando una persona moría en el Mundo del Río, el resurrector, utilizando un conversor masa-energía y la grabación, reproducía ese cuerpo en una orilla del Río. El *wathan*, el alma sintética, la invisible entidad que albergaba todo lo que convertía a esa persona en sentiente, se deslizaba inmediatamente hasta el cuerpo, atraído como el hierro por un imán. Y el hombre o mujer, muerto veinticuatro horas antes, estaba de nuevo vivo.

De todos los más de treinta y cinco mil millones, Burton había experimentado más muertes que nadie. Un hombre que había muerto 777 veces podía proclamar un récord. Aunque había estado muerto más a menudo que nadie, pocos podían afirmar haber vivido tan intensamente en la Tierra y en el Mundo del Río como él. Sus triunfos y sus momentos de dulzura habían sido pocos; sus fracasos y frustraciones, muchos. Aunque en una ocasión había escrito que las cosas buenas y malas de la vida tendían a equilibrarse, su propio libro mayor tenía más números rojos que negros. El Libro de Burton mostraba un déficit, un fuerte desequilibrio. Pese a lo cual se había negado a aceptar la bancarrota. El porqué había continuado luchando, el porqué había deseado tan desesperadamente seguir viviendo, no lo sabía. Quizá era debido a que confiaba en cuadrar sus libros algún día.

¿Y entonces qué?

No lo sabía tampoco, pero esa misma pregunta era un acicate. Avivaba su llama.

Allí estaba él, arrastrando un horda de fantasmas, y situado por fuerzas que no había comprendido y seguía sin comprender en aquel enorme edificio en la cima del mundo. Había sido erigido con una finalidad, conceder a los terrestres una posibilidad de inmortalidad. No una inmortalidad física sino un regreso, quizá una absorción, al Creador.

El Creador, si existía alguno, no había proporcionado al pueblo de la Tierra, ni a ningún otro ser sentiente, un alma. Esa entidad que figuraba tan ampliamente en todas las religiones había sido algo imaginario, un deseo no existente. Pero lo que los sentientes podían imaginar podía ser llevado a la realidad, y el *podía ser* se había convertido en el *era*. A lo que Burton y otros ponían objeciones era al implícito *debía ser*. Los Éticos no habían preguntado a cada resucitado si él o ella deseaba ser alzado de entre los muertos. No habían tenido ninguna elección. Les gustara o no, se habían convertido en lázaros. Y no se les había dicho cómo o por qué.

Loga había dicho que simplemente no había habido tiempo suficiente para ello. Aunque fueran asignados un millar de agentes para preguntarles a un millar de personas por hora si deseaban o no ser dotados con almas sintéticas, el proyecto hubiera tomado treinta y cinco millones de horas. Si las entrevistas eran conducidas por cincuenta mil agentes, tomaría medio millón de horas. Si las entrevistas podían ser realizadas sobre una base de veinticuatro horas sobre veinticuatro, y eso no era posible, tomaría algo así como unos cincuenta y siete años preguntarle a todo el mundo.

¿Y qué se hubiera conseguido al final de ese tiempo? Muy poco. Quizá diez o doce millones pudieran decidir no seguir viviendo. Incluso un hombre como Sam Clemens, que insistía en que él deseaba la eterna paz y la quietud de la muerte, hubiera optado por la vida si se le hubiera dado la disyuntiva. Podría al menos desear probar la vida ofrecida, una con condiciones distintas a la de la Tierra. Un centenar de consideraciones le harían cambiar de opinión. Lo mismo podría aplicarse a aquellos otros que, por variadas razones, sentían que su vida en la Tierra había sido miserable, fracasada, dolorosa, y por lo tanto no valiosa.

—Los resucitados tienen que ser tratados como una masa —había dicho Loga—. No hay otra forma de manejarlos. Sin embargo, hemos hecho algunas pocas excepciones. Usted fue una de ellas, porque yo arreglé secretamente las cosas a fin de que fuera despertado en la zona de resurrección, hace ya tantos años. Usted se convirtió en un caso especial. El canadiense, La Viro, fue visitado por uno de nosotros, y le fueron transmitidas algunas ideas a fin de que pudiera fundar la Iglesia de la Segunda Oportunidad. Sus misioneros difundieron enseñanzas que contenían algunas verdades acerca de esta situación. Estas acentuaron las razones éticas de que los lázaros estuvieran aquí; acentuaron el que cada persona debía avanzar éticamente.

—¿Por qué no se le dijo a todo el mundo la verdad desde un principio? —había preguntado Burton. Y entonces, antes de que Loga pudiera contestar, Burton se había respondido a sí mismo—: Entiendo. Por la misma razón de que no se le pudo preguntar a todo el mundo si deseaba otra vida y otra oportunidad.

—Sí. E incluso aunque nosotros los Éticos hubiéramos aparecido en el Valle y hubiéramos dicho la verdad a todo el mundo, tan sólo un determinado porcentaje nos hubiera creído. Y nuestras enseñanzas hubieran sido pervertidas, cambiadas y negadas por muchos.

»Créame, nuestra forma de hacerlo era la mejor, aunque tuviera sus desventajas y limitaciones. Lo sabemos a causa de lo que nuestros predecesores nos contaron acerca de sus proyectos de resurrección de otros sentientes. Además, cuando la gente de la Tierra fue resucitada aquella mañana, se hablaban un centenar de miles de lenguas distintas. No hubiéramos sido comprendidos por muchos. No todo el mundo hubiera podido oír el mensaje hasta que la Iglesia de la Segunda Oportunidad hubiera difundido una lengua común, el esperanto, a lo largo de todo el Mundo del Río.

Entonces Burton había dicho:

—En los anteriores proyectos, esto, casi tengo miedo de preguntarlo, ¿cuántos, qué porcentaje, Siguieron Adelante?

—Tres cuartas partes de aquellos resucitados en los Mundos Jardines lo consiguieron —había dicho Loga—. La cuarta parte restante... sus grabaciones fueron disueltas cuando murieron después de que se agotara su período de gracia.

—¿Murieron, o fueron muertos? —había preguntado Burton.

—La mayor parte de ellos se mataron los unos a los otros o se suicidaron.

—¿La mayor parte?

Loga había ignorado aquello.

—Una dieciseisava parte de la gente resucitada como adultos o jóvenes en anteriores proyectos pasaron la prueba, Siguieron Adelante. Cada uno de esos proyectos tenía al menos dos fases. Aquí, después de que la fase con aquellos que murieron antes o durante el año 1983 d.C. haya sido completada, serán traídos aquellos que murieron después para el segundo estadio. El final.

—Pero el primer estadio va a tomar más tiempo del planeado a causa de su interferencia —había dicho Burton.

—Sí. Creo... sé... que el porcentaje de aquellos que Siguieran Adelante hubiera sido más alto, mucho más alto, si a los lázaros se les hubiera concedido más tiempo. No podía soportar la idea de tanta gente siendo condenada, de modo que me convertí en un renegado. Traicioné a mis compañeros

Éticos. Yo... puede que me haya condenado a mí mismo a no... a no Seguir Adelante. Pero no creo en eso. Lo hice a causa de mi amor por la humanidad.

Los cristianos y los musulmanes en la Tierra habían creído en una resurrección física. Y así había sido. Pero la finalidad última de los Éticos era budista, la absorción del alma en la Totalidad.

Como si leyera en su alma, Loga había dicho:

—Dígame, Dick, ¿cree usted realmente, cree en la parte más íntima y profunda de su mente, la que cuenta, que Seguirá usted Adelante?

Burton se había quedado mirando a Loga por un momento. Luego, lentamente, había dicho:

—No. No en el sentido que usted quiere dar a entender. Simplemente no puedo creerlo. No hay ninguna evidencia de que algo como el Seguir Adelante se produzca.

—¡Sí, sí la hay! Nuestros instrumentos no pueden percibir el *wathan*, lo que ustedes llaman el alma, cuando su propietario ha muerto después de haber alcanzado un cierto estadio de... llamémosle bondad en vez de avance ético.

—Lo cual significa únicamente que los instrumentos no pueden detectarlo —había dicho Burton—. No saben ustedes lo que le ocurre realmente al *wathan* en ese punto.

Loga había sonreído y dicho:

—En definitiva, tenemos que volver a caer en la fe, ¿no?

—Por lo que he visto de sus manifestaciones en la Tierra, no tengo fe en la fe —había dicho Burton—. ¿Cómo sabe usted que el *wathan*, como lo llama, simplemente no se ha gastado? Es algo artificial, pero su vida termina de forma natural, como todas las cosas sintéticas... y naturales también... terminan. El *wathan* no es una entidad material, tal como nosotros conocemos las cosas materiales, pero ahí reside precisamente el asunto. No sabemos realmente si es material o no. Puede tratarse de una forma de materia desconocida para nosotros. O de algo formado por pura energía. De ser así, se trataría de una forma de energía desconocida para nosotros. ¿Pero cómo sabe usted que no puede cambiar a otra forma, que sus instrumentos sean incapaces de detectar?

—¡Lo hace! ¡Lo hace! —había dicho Loga—. ¡Penetra en lo Indetectable! ¿De qué otro modo puede explicar usted que el *wathan* pase más allá del alcance de los instrumentos únicamente cuando su propietario ha alcanzado un cierto estadio de avance ético? ¡Aquellos que no alcanzan este estadio pueden morir una y otra vez, pero siempre, siempre, los *wathans* regresan a sus cuerpos resucitados!

—Puede que exista una explicación en la que usted no haya pensado.

—Centenares y centenares de mentes más grandes que la suya han intentado hallar otra explicación, y han fracasado.

—Pero aún puede aparecer alguien que no fracase.

—Ahora está dependiendo usted de la fe —había dicho Loga.

—No. De la historia, de la lógica y de la probabilidad.

Loga se había mostrado trastornado, no a causa de que estuviera empezando a dudar de sus creencias, sino a causa de que temía que Burton no pudiera Seguir Adelante.

Tal como habían ido las cosas, era *Loga* quien no había Seguido Adelante. Su grabación corporal había sido destruida, y ya no iba a tener la oportunidad de alcanzar aquella meta final. Sin embargo... era culpa del propio Loga el que ahora no tuviera esa oportunidad. Si no hubiera hecho

tomar un rumbo distinto al proyecto, aún estaría vivo, y la grabación de su cuerpo aseguraría el poder seguir intentando la consecución de aquel misterioso acontecimiento conocido como Seguir Adelante.

El desconocido que había sumido a Loga en el olvido, ¿era un Ético que de alguna forma había sobrevivido al asesinato masivo por parte de Loga de sus compañeros? Si era así, ¿por qué no se dejaba ver? ¿Tenía miedo de los ocho lázaros? ¿Estaba tomándose su tiempo hasta que pudiera matarlos y devolverlos al Valle, donde no pudieran seguir interfiriendo con el designio original?

Cualquiera que supiera cómo introducir órdenes prioritarias en la computadora no debería temer a los ocho. Pero entonces quizá el desconocido sabía algo que ellos ocho no sabían todavía pero que podían descubrir. Si era eso, el desconocido intentaría librarse de ellos tan rápidamente como fuera posible.

Sin embargo, era posible que uno —o más— de los ocho fuera el responsable de que Loga se hubiera desvanecido.

Burton estaba pensando en esto cuando la cabeza de Nur apareció en la pantalla mural.

—Me gustaría hablar contigo.

Burton pronunció el código que permitía a Nur verle a él.

—¿De qué se trata?

Nur llevaba un turbante verde, indicando que había hecho el peregrinaje a la Meca. La elección del color era probablemente accidental, sin embargo, puesto que el pequeño moro no era alguien que diera importancia a tales cosas. Su largo y lacio pelo negro caía desde el borde del turbante hasta sus huesudos hombros. Su delgado rostro tenía una intensa expresión.

—La orden inhibitoria contra resucitar a Monat y todos los Éticos y sus agentes aún está vigente. Esperaba esto. ¡Pero ha ocurrido algo mucho más sorprendente aún!

Hizo una pausa.

—¿Y bien? —dijo Burton.

—Sabes que Loga nos dijo hace tres semanas que le había dicho a la Computadora que empezara a resucitar a los dieciocho mil millones en las grabaciones. Todos supusimos que esto ya había sido hecho. ¡Pero no es así! Aparentemente, Loga cambió de opinión por alguna razón desconocida. Quizá pretendía esperar hasta que nosotros estuviéramos fuera de la torre. Sea como esa, ni una sola persona ha sido resucitada desde entonces.

El shock mantuvo en silencio a Burton por un momento.

Cuando se recobró, dijo:

—¿Cuántos cuerpos están albergados aquí ahora?

—Hasta el momento, dieciocho mil millones un millón trescientos treinta y siete mil ciento noventa y nueve. No. Ahora doscientos siete.

—¿Supones...? —dijo Burton.

Nur, anticipando lo que quería decir, cosa que hacía con una irritante frecuencia, dijo:

—Sí. He comprobado que ahora la Computadora tiene una prioridad de refuerzo del desconocido. Todavía vigente.

—Simplemente piensa —dijo Burton—. Hace tan sólo tres semanas, pensábamos que nuestra larga lucha había terminado. Que todos los grandes problemas se habían disuelto, y que a partir de

entonces nuestros únicos problemas serían personales.

Nur no respondió.

—Muy bien. Lo primero que debemos hacer es someternos todos nosotros a una prueba de la verdad. No podemos aceptar la suposición de que existe un desconocido hasta que hayamos eliminado a todos los componentes de nuestro grupo.

—Eso no les va a gustar —dijo Nur.

—Pero es lo más lógico que podemos hacer.

—A los seres humanos no les gusta la lógica cuando les resulta inconveniente o peligrosa —dijo Nur—. De todos modos, I se someterán a la prueba. Tienen que evitar las sospechas.

Si no decir una mentira era lo mismo que decir la verdad, los resultados de la prueba fueron positivos. Si decir una mentira daba como resultado una indicación de que se estaba diciendo la verdad, los resultados fueron negativos.

Fueran ciertas o no las indicaciones, los ocho parecían ser inocentes.

Todos se sentaron por turno en el interior de un cubículo transparente cerrado y respondieron a las preguntas formuladas por Burton o Nur. El campo generado en el interior del cubículo mostraba al *wathan* flotando justo encima de la cabeza del interrogado y unido a ella por un hilo de brillante luz escarlata. El *wathan* era una esfera que se hinchaba y se contraía, giraba o parecía girar, y llameaba en un espectro de resplandecientes colores. Aquella era la cosa invisible que acompañaba a cada persona desde el momento de su concepción, y no la abandonaba hasta que esta persona estaba muerta. Contenía todo lo que era la persona, duplicando el contenido de la mente y del sistema nervioso y proporcionándole también la consciencia de sí misma.

Burton había sido el primero en someterse a la prueba, y Nur le había hecho varias preguntas a las cuales había dado una respuesta que creía que era cierta.

—¿Naciste en Torquay, Inglaterra, el 19 de marzo de 1821?

—Sí —dijo Burton, y la Computadora fotografió su *wathan* en aquel mismo segundo.

—¿Cuándo y dónde moriste por primera vez?

—El domingo 19 de octubre de 1980, en mi casa en Trieste, esa parte de Italia que pertenecía entonces al Imperio Austro-húngaro.

La Computadora tomó otra fotografía, y comparó las dos. Luego comparó ambas con otras que le habían sido tomadas hacía muchos años, cuando Burton había sido interrogado por el consejo de los Doce.

Nur miró a la parpadeante pantalla y dijo:

—La verdad. Como tú ya sabías.

Aquella era una de las deficiencias de la prueba. Si una persona creía que estaba diciendo la verdad, el *wathan* indicaba que era la verdad.

—Es la verdad —dijo Frigate—. Leí esos datos muchas veces cuando estaba en la Tierra.

—¿Has mentido alguna vez? —preguntó Nur a Burton. Burton, sonriendo, dijo:

—No.

Una delgada línea zigzagueante cruzó la superficie del *wathan*.

—El sujeto miente —dijo Nur a la Computadora. En la pantalla apareció: análisis verificado.

—¿Has mentido alguna vez? —preguntó Nur de nuevo.

—Sí.

El relampagueo negro desapareció.

—¿Hiciste que Loga se esfumara?

—No.

—¿Has estado implicado con alguien en la destrucción de Loga?

—No que yo sepa.

—Eso es la verdad, al menos para ti —dijo Nur tras contemplar la pantalla—. ¿Sabes algo acerca de alguien que pueda haber hecho desaparecer a Loga?

—No.

—¿Te alegra el que Loga haya desaparecido?

—¿Qué demonios? —dijo Burton.

Pudo ver la imagen de su *wathan* en una pantalla. Estaba resplandeciendo con naranjas sobreponiéndose a todos los demás cambiantes colores.

—¡No hubieras debido preguntar eso! —dijo Aphra Behn.

—¡Sí, maldito seas, no tenías derecho! —dijo Burton—. ¡Nur, eres un jodido bribón, como todos los sufíes!

—Te alegraste —dijo Nur calmadamente—. Lo sospechaba. Sospecho también que muchos de nosotros nos hemos alegrado. Yo no, pero aceptaré que me hagáis la misma pregunta. Puede que yo también me alegrara, aunque muy dentro de mi mente animal.

—El subconsciente —murmuró Frigate.

—Se le llame como se le llame, es lo mismo. La mente animal.

—¿Por qué debería alegrarse nadie? —dijo Alice.

—¿Y quién lo sabe realmente? —exclamó Burton.

Alice retrocedió ante la violencia de su voz.

Habiendo sido exonerado, de momento al menos, Burton abandonó el cubículo e interrogó a Nur. Cuando el moro demostró ser inocente, Alice ocupó su puesto. Burton empezó preguntándole si la muerte de Loga le había proporcionado alguna alegría. Dudaba que así fuera. Pero cuando ella tuvo tiempo de considerar lo que podía hacer con los poderes que había allí, comprendió por qué algunos de los oídos se habían sentido, ante la vergüenza de ella, exaltados.

Uno tras otro, todos los demás mostraron su inocencia.

—Pero Loga hubiera podido pasar la prueba mintiendo como un diplomático —dijo Nur—. Es posible que uno de nosotros haya tenido acceso a su distorsionador de *wathans*.

—No lo creo —dijo Turpin—. Ninguno de nosotros es lo suficientemente listo como para operar uno de ellos. Como tampoco somos lo suficientemente listos como para pasar por encima de las órdenes de Loga. Creo que estamos perdiendo el tiempo, además de insultarnos a nosotros mismos.

—Si te interpreto correctamente —dijo Nur—, estás diciendo que no somos lo bastante inteligentes. Eso no es cierto. Lo somos. Pero no poseemos los conocimientos que necesitamos.

—Sí, eso es lo que quiero decir. No sabemos lo bastante.

—Tres semanas es tiempo suficiente como para que una persona diligente consiga los conocimientos que necesita de la Computadora —dijo Burton.

—No. La Computadora no va a decirle a nadie cómo pasar por encima de las órdenes de Loga —dijo Turpin—. Simplemente no creo que eso pueda conseguirse.

—Podríamos efectuar un *strip* memorístico de las últimas tres semanas —dijo Frigate—. Tomará tiempo, pero puede ser valioso.

—¡No! —dijo Alice con vehemencia—. ¡No! ¡Me sentiría violada! ¡Sería peor que un estupro! ¡No lo haré!

—Comprendo tus sentimientos —dijo Nur—. Pero...

La Computadora podía desenrollar sus memorias hacia atrás hasta el momento mismo de su concepción y exhibirlas en una pantalla. El proceso tenía sus límites, puesto que no podía reproducir los pensamientos no visuales y no auditivos excepto como gráficos electrónicos, cuya interpretación era siempre incierta. Era capaz de transmitir recuerdos táctiles, olfatorios y de presión. Pero la memoria era selectiva, y aparentemente borraba muchos acontecimientos que el individuo consideraba no importantes. Sin embargo, mostraba claramente lo que el sujeto había visto, oído y hablado. Bajo demanda, podían proyectarse campos de emoción-dolor.

—No deseo que todos vosotros podáis verme cuando voy al lavabo —dijo Alice.

—Ninguno de nosotros lo quiere, ni verte a ti ni vernos a nosotros mismos —dijo Burton, y se echó a reír. Sonó como una piedra rebotando en el agua—. Todos nosotros pedorreamos y eructamos, y probablemente la mayoría nos hemos masturbado y hurgado las narices, y a Marcelin y Aphra, estoy seguro, no les importa que los veamos en la cama. Pero no es necesario mostrarlo todo. Podemos ordenar a la Computadora que sea selectiva, que muestre solamente los acontecimientos en los que estamos interesados. Cualquiera otra cosa será irrelevante, y por lo tanto no será mostrada.

—Es una pérdida de tiempo —dijo Frigate—. Cualquiera lo suficientemente listo como para hacer lo que hizo el desconocido habrá pensado en la posibilidad de un *strip* memorístico.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Burton—, cosa que no es muy frecuente. Pero ésta es una de esas cosas de rutina que deben ser hechas. ¿Y si la persona culpable, si es que existe, ha anticipado que pensaríamos que una búsqueda memorística era algo inútil?

—No correrá ese riesgo —dijo Li Po.

—Sin embargo, insisto en que debemos hacerlo —dijo Burton—. Si no lo hacemos, no dejaremos de pensar los unos en los otros.

—Seguiremos pensando los unos en los otros aunque lo hagamos —dijo Frigate hoscamente—. Pero debemos hacerlo.

El rastreo debería haberse hecho simultáneamente con cada uno en un cubículo separado, pero entonces ¿quién supervisaría a cada sujeto para asegurarse de que él o ella no ordenaba a la Computadora que ocultara acontecimientos relevantes? Burton pasó primero y, al cabo de tres horas, el tiempo que le tomó a la Computadora deshilar tres semanas de memoria, salió. La pantalla había permanecido vacía durante todo el proceso.

Siguió, como esperaban, vacía mientras los demás pasaban por la búsqueda.

Habían pasado veinticuatro horas antes de que el último, Li Po, saliera del cubículo. Mucho antes de ello, los demás se habían ido sucesivamente a la cama, uno tras otro. Burton y Nur supervisaron el proceso desde el principio hasta el fin. Algunos ya habían vuelto a levantarse cuando los dos decidieron que debían irse a dormir un poco. Primero, sin embargo, Burton deseaba asegurarse de que nadie podría entrar en la suite.

—El desconocido puede pasar por encima del código que cierra la puerta.

—¿Cómo sugieres que bloqueemos la puerta? —dijo Frigate, y bostezó—. ¿Apoyamos una cama contra ella? ¿Y apilamos luego unos cuantos muebles más encima?

—La puerta se abre hacia adentro, de modo que no es una mala idea. Lo que haré, sin embargo,

será ordenarle a la Computadora que fabrique una alarma contra ladrones.

Eso fue lo que hizo. Cinco minutos más tarde, sacó del armario de un conversor de energía-materia una docena de piezas de equipo. Pegó dos cajas a la pared a cada lado de la puerta y aseguró otras varias cajas en ella. Luego ajustó un dial en una de las cajas más grandes.

—Ya está —dijo, dando un paso atrás para admirar el conjunto—. Nadie puede entrar sin desencadenar el ruido infernal de una sirena. Creo. Será mejor que lo probemos. Pete, ¿quieres salir fuera, cerrar la puerta, y luego volver a entrar?

—Seguro, pero espero no desaparecer mientras estoy de pie en el pasillo.

Burton giró un mando en la caja. Frigate pronunció el código, la puerta se abrió, y salió. Se volvió, pronunció la palabra, y la puerta se cerró. Burton volvió a accionar el dial en la caja. Unos cuantos segundos más tarde, la puerta empezó a abrirse. Una brillante luz anaranjada destelló en la caja, y un aullido capaz de destrozar los oídos llenó la habitación. Aphra Behn y de Marbot acudieron corriendo desde un lado. Turpin, que había estado desayunando, no había prestado mucha atención a Burton, pero ahora saltó de la mesa, lanzando un chorro de comida por la boca.

—¡Ma-a-a-aldita sea! Burton cerró la alarma.

—El desconocido podía averiguar la combinación de la alarma si esta era fijada por la Computadora. Así que le pedí una que pudiera fijar yo mismo. No hay ninguna forma de que la Computadora sepa cuál es la que he elegido, no puesto que he bloqueado su línea de visión desde la pantalla con mi propio cuerpo cuando la he instalado.

—Admirable —dijo Frigate—. Pero nuestros dormitorios son a prueba de ruidos. ¿Cómo vamos a oír la alarma desde allí?

Las paredes, suelos y techos tenían varios centímetros de grosor y estaban llenos con circuitos y líneas de transmisión de energía, la mayoría de ellas no utilizadas. Burton podía haber ordenado a la Computadora que preparara un circuito que pudiera desencadenar una alarma en todas las habitaciones cuando la alarma de la puerta fuera violada. Pero el desconocido podría pasar por encima de esos circuitos.

Burton estaba pensando en qué podían hacer cuando Frigate dijo:

—Podemos hacer que la Computadora fabrique detectores de masa. Esos pueden ser instalados en la parte interior de las habitaciones de los dormitorios de modo que, aunque no oigamos la alarma de la puerta general del apartamento, oigamos a cualquiera que intente entrar en nuestros dormitorios. Esas alarmas deberán ser activadas y desactivadas mediante algún tipo de señal manual. El desconocido *puede* oírnos a través de la Computadora. Probablemente lo esté haciendo ahora. Pero, por lo que sé, no puede vernos a menos que conecte una pantalla. Y eso podemos detectarlo.

—Dices bien, por todo lo que sabemos —murmuró Burton—. Aunque ¿no es posible que él pueda conectar alguna pantalla pero hacer que nosotros no la veamos?

—Supongo que sí. No sé realmente lo bastante de la ciencia Ética como para estar seguro de lo que puede o no puede hacer.

—Entonces el desconocido puede estar observándonos también.

—Sí. Lo que deberíamos hacer es erigir alguna especie de tienda en esta habitación, y escribirnos comunicaciones los unos a los otros en su interior. O la Computadora podría fabricarnos

un cubículo a prueba de sonidos. Incluso el suelo debería ser a prueba de sonidos. El problema con eso es que sus paredes pueden contener detectores puestos allí por orden del desconocido. No tenemos forma de comprobar eso. Ahora que pienso en ello, una tienda hecha de tela podría contener detectores también.

Burton empezó a ponerse furioso.

—¿Acaso no hay nada que podamos hacer?

—Podemos hacer lo mejor que podamos y esperar que sea suficiente.

—Dejaremos puesta la alarma de la puerta —dijo Burton—. Escribiré la combinación en un papel. Vosotros la memorizaréis, y yo me aseguraré de que los papeles sean destruidos.

—Destruye los papeles con un lanzador de rayos —dijo Frigate—. Si simplemente los quemas y arrojas las cenizas a un agujero de desechos, la Computadora podría ser capaz de reconstruir la combinación.

Burton dijo que deberían fabricarse capuchas para echarse por encima cuando volvieran a montar la combinación. Podían asegurarse de que las capuchas no contenían detectores utilizando las sábanas de sus camas.

—No podemos confiar en los detectores de masa —añadió—. La Computadora los fabricará para nosotros, pero el desconocido puede ocultar dispositivos inutilizadores en ellos.

—Cierto —dijo Frigate—. Puede que haya instalado un mecanismo desconectador en tu alarma también.

—Entonces cualquier cosa que la Computadora fabrique para nosotros puede traicionarnos.

—Exactamente. Incluso la comida. El desconocido puede ordenar que sea envenenada.

—¡Por Dios! ¡Tiene que haber algo que podamos hacer para luchar contra esto!

Nur, que había permanecido de pie cerca de ellos sonriendo ligeramente, dijo:

—Si el desconocido hubiera planeado matarnos, lo hubiera hecho ya antes de ahora. Sugiero que si el desconocido puede pasar por encima incluso de las órdenes de Loga, entonces él o ella tiene que ser un Ético. Si es así, ¿por qué no ha resucitado a Monat y a los otros? Ese debería ser su primer pensamiento y su primera tarea, después de inmovilizarnos a nosotros, por supuesto. Lo cual, no hace falta que lo señale, ha conseguido ya. Lo único que no comprendo es...

Dudó durante tanto rato que Burton dijo:

—¿Sí? ¿Qué es lo que no comprendes?

—¿Borraría un Ético la grabación del cuerpo de Loga? Creo que no. Así que... el desconocido no puede ser un Ético. A menos...

—¿A menos qué?

—Paciencia, amigo. No estamos presionados por el tiempo. A menos... que sea Loga quién esté detrás de todo esto. Burton estalló.

—¡Ya hemos seguido esa línea de razonamiento! ¿Por qué haría él eso?

Nur encogió sus enjutos hombros y alzó las palmas de sus largas manos.

—No lo sé. Dudo que se trate de Loga. ¿Borraría Loga su propia grabación corporal? Por supuesto que no.

—Pero podría tener su cámara de resurrección secreta en algún lugar en la torre —dijo Frigate.

—Exactamente lo que yo iba a decir —exclamó Nur—. Seguimos sin tener una explicación para una conducta tan irracional. Pero sigo pensando en el ruido de pasos que Frigate oyó, o creyó oír, en el corredor fuera de la habitación donde estábamos celebrando nuestra victoria sobre el mal funcionamiento de la Computadora. Loga se mostró inquieto cuando Pete le habló de ello. Echó a correr hacia el corredor y hacia la más cercana intersección, y miró arriba y abajo por el pozo ascensor. Luego le hizo a la Computadora algunas preguntas, pero lo hizo en su idioma, y habló tan aprisa que no pudimos entenderle.

—Yo le pregunté por qué estaba tan alterado —dijo Burton—. Respondió que ya no lo estaba, y que las experiencias de Pete habían vuelto a Pete tan paranoico que estaba oyendo sonidos que no existían. Las sospechas de Pete eran infecciosas. Eso es lo que dijo Loga.

—¡Es como tirar piedras a tu propia ventana! —dijo Frigate—. ¡No había nadie más paranoico que Loga!

—Si lo era, entonces nos unimos al lado equivocado —dijo Nur calmadamente—. Aquellos que siguen a un loco están tan locos como él. De todos modos, hablar de todo ello es inútil. ¿Qué vamos a hacer *ahora*?

La sarcástica sugerencia de Frigate de que amontonaran muebles junto a la puerta fue, realmente, la mejor oferta. Era un inconveniente si tenían que utilizar mucho la puerta pero, por el momento, planeaban quedarse dentro de la suite.

Además, parecía que había pocas posibilidades de que el desconocido pudiera envenenar su agua y su comida. Frigate y Nur consiguieron esquemas simplificados de los convertidores e-m y los estudiaron. El desconocido podía cortar la energía que llegaba a los convertidores y matarlos así de hambre. Pero la comida era producida por conversión e-m vía circuitos preprogramados que el desconocido no podía cambiar. No tenía forma alguna de introducir veneno en ella. Pero su agua para beber y para bañarse procedía de un sistema de cañerías, y el desconocido podía introducir sustancias tóxicas en ellas.

Frigate y Nur hicieron arreglos para que el agua fuera producida por los convertidores en las habitaciones. La Computadora no puso obstáculos en producir las cañerías necesarias para que ellos pudieran conectar los grifos a los convertidores. Los ocho se dedicaron al trabajo de fontanería, supliendo su inexperiencia con libros de instrucciones y herramientas proporcionados por la propia Computadora. Mientras tanto, fueron utilizando el agua proporcionada directamente por los convertidores almacenándola en recipientes y cubos.

—Todo esto parece inútil y estúpido —dijo Li Po—. Hay tantas otras formas en que el desconocido puede dar cuenta de nosotros.

—Sin embargo, debemos hacer todo lo que podamos para evitar sus trucos —dijo Nur—. Es decir, si tiene algún truco escondido en la manga. Y si, de hecho, existe.

—Me voy a la cama —dijo Burton.

—Yo comeré algo primero —dijo Nur.

El pequeño moro parecía tan fresco como si acabara de levantarse de un período de ocho horas de buen sueño. Por aquel entonces, todo el mundo excepto de Marbot y Behn estaba en la gran sala. Burton dejó que Nur explicara el bloqueo de la puerta, y caminó unos cuantos pasos hasta su apartamento dentro del apartamento. Consistía en tres habitaciones: una sala de estar de veintiún metros cuadrados, lujosamente amueblada pero utilizable como sala de trabajo, un dormitorio, y un baño. Burton se soltó el cinturón que sujetaba la pistolera que contenía el lanzador de rayos, y se quitó la única prenda que llevaba, un faldellín escarlata decorado con brillante siluetas de leones amarillos. El suelo estaba recubierto con una gruesa moqueta como la que había en la gran habitación comunitaria de la entrada. Las figuras entrelazadas eran distintas, sin embargo, y cada una de ellas consistía en tres círculos interconectados. Las paredes eran de un color crema pálido, pero una palabra de Burton a la Computadora podía cambiar el color a cualquier otro que deseara. Podía también ordenar cualquier forma o símbolo, cualquier cosa, para que fuera sobrepuesta al color base. Aquí y allá había cuadros que parecían óleos originales pero que habían sido reproducidos por la Computadora. Ningún especialista en arte hubiera podido distinguir el original de la copia, puesto que ambos eran exactamente iguales incluso a nivel molecular.

Burton se arrastró hasta la cama y se durmió inmediatamente. Se despertó sintiéndose como drogado y con el vago recuerdo de una pesadilla. Una hiena dos veces más alta que él lo había amenazado con colmillos que eran curvadas espadas de acero. Recordaba haber parado las acometidas de los dientes como cimitarras con un florete de esgrima, mientras la hiena se reía de él. Las carcajadas del animal habían sido notablemente parecidas a las suyas propias.

—He sido llamado, de una forma completamente injustificada, una hiena humana —murmuró Burton, y saltó de la cama. Iba a tener que hacerse él mismo la cama, aunque había androides, robots proteínicos, disponibles para hacer el trabajo. Durante un tiempo al menos, ningún androide sería admitido en la suite. Eran un peligro potencial porque el desconocido podía haber ordenado a alguno de ellos que atacara a los ocho.

Burton se ejercitó intensamente durante una hora, luego ordenó el desayuno a la Computadora. El café era el mejor que jamás hubiera sido producido en la Tierra; los huevos escalfados insuperables; el pan integral tostado, exquisitamente caliente y recubierto con la mejor mantequilla que jamás hubiera conocido la Tierra. Había también unas lonchas de jamón como para enviar al paladar al éxtasis, y una fruta desconocida en la Tierra pero con un sabor parecido al melón.

Se cepilló los dientes y tomó una ducha tibia pese a la posibilidad de que el agua pudiera estar envenenada. Como Frigate había dicho, si el desconocido hubiera tenido intención de matarles, a estas alturas ya lo hubiera hecho.

Seleccionó un faldellín verde oscuro y una túnica suelta verde también, decorada con dibujos de pájaros amarillos de una especie desconocida. Luego activó una pantalla mural para ver lo que estaba ocurriendo en la habitación principal. Li Po, Nur, Behn, y Turpin estaban sentados en sillas y

leyendo las listas de limitaciones de control. Los muebles estaban todavía apilados ante la puerta.

Burton se dirigió a la habitación principal, los saludó, y dijo:

—¿Se han presentado los demás?

Nur dijo que lo habían hecho. Burton se dirigió a una computadora auxiliar y activó las pantallas en los dormitorios de aquellos ausentes. No pudo verles, pero pudo oír sus voces cuando dijeron que estaban a punto de salir. Unos pocos minutos más tarde, Alice, Frigate y de Marbot aparecieron. Alice llevaba una túnica suelta estilo chino, escarlata con dragones verdes, y zapatillas de brocado con retorcidas puntas. Su oscuro, corto y liso pelo brillaba como si lo hubiera estado cepillando mucho. Su único maquillaje era un toque rojo de lápiz de labios. Hubiera podido usar un poco de polvos para cubrir los círculos oscuros bajo sus ojos.

—No he dormido nada bien —dijo, mientras se sentaba en una silla—. No podía apartar de mi mente la idea de que alguien podía estar observándome.

—Si pudiéramos confiar en los androides, podríamos hacer que empapelaran los dormitorios —dijo Frigate—. Eso bloquearía las pantallas.

—Si... si... —gruñó Burton—. Estoy poniéndome enfermo de tantos condicionales. Estoy harto de sentirme dentro de una jaula. Tan pronto como descubramos lo que podemos y lo que no podemos hacer, nos dedicaremos a la caza del hombre. Puede ser peligroso, pero yo no estoy dispuesto a permanecer escondido como un conejo en su madriguera. No somos conejos. Somos seres humanos. Y se supone que los seres humanos no tienen que estar enjaulados como palomas.

—Conejos y palomas —murmuró Frigate.

Burton se volvió en redondo para mirarle de frente.

—¿Qué demonios quieres decir con esto?

—Los conejos y las palomas no tienen ni la menor idea del porqué están enjaulados. No saben que están siendo engordados para ser comidos. Pero nosotros no sabemos por qué Loga ha desaparecido ni lo que se ha planeado para nosotros. Estamos peor que los conejos y las palomas. Ellos, al menos, son estúpidos y felices. Nosotros somos estúpidos e infelices.

—Habla por ti mismo —dijo Nur—. Me gustaría señalar a aquellos que tal vez no hayan pensado en ello que esta lista puede ser incompleta. El desconocido puede haber retirado algunos poderes de la lista. Aunque no lo haya hecho, puede eliminar casi cualquiera de ellos que desee eliminar.

Hubo un largo silencio. El chino se levantó, se dirigió a un conversor y ordenó un vaso grande de whisky, eructó para indicar su apreciación, y regresó a su silla. Dijo:

—¡Necesito una mujer!

Burton creía que Alice había superado ya el rubor, pero la parte victoriana en ella necesitaba mucho tiempo para morir.

—Será mejor que lo olvides —dijo Burton—. Tenemos ya los suficientes problemas sin necesidad de resucitar a una mujer simplemente para apagar tu lujuria.

El rostro de Alice enrojeció violentamente. Aphra Behn se echó a reír.

—Esto es innatural —dijo Li Po—. Mi yang necesita su yin.

Burton se echó a reír, porque «yang» significaba «excremento humano» en un idioma del África occidental. Po le preguntó de qué se reía. Cuando Burton se lo explicó, el chino se echó a reír

estentóreamente.

—Bien, si no puedo conseguir una mujer, acallaré mis deseos a través del ejercicio. ¿Qué te parece si hacemos una hora o dos de esgrima, sable o florete?

—Yo también lo necesito —dijo Burton—, pero tú estás borracho. No serías contrincante.

Li Po protestó fuerte y chillonamente, diciendo que podía estar dos veces más borracho y pese a todo ganarle a Burton con cualquier arma que Burton se atreviera a elegir. Burton se apartó de él, y el chino llegó tambaleante a su silla, se dejó caer en ella, y empezó a roncar. Frigate y Turpin lo llevaron hasta la puerta de su dormitorio. Esta, sin embargo, estaba cerrada con el código de Po, que sus portadores desconocían. Lo dejaron en el suelo del pasillo y regresaron a la habitación principal.

—Todos vamos a terminar comportándonos como Po si tenemos que seguir aquí —dijo Turpin. Se dirigió al conversor y ordenó un vaso alto de ginebra con un chorro de limón. Aphra, que tenía en la mano un vaso similar, lo alzó y dijo:

—¡Un brindis en honor a la locura! Esto puede que sea una prisión, pero supera a Newgate.

Sabía de lo que estaba hablando; había estado en prisión por deudas.

También podía permitirse esta caballeresca actitud, aunque no era realista. Tenía un amante, de Marbot, con el que era feliz, y poseía a su alcance todos los lujos que había tenido en la Tierra y muchos más. Excepto la libertad. Aquello, sin embargo, no preocupaba a aquella adaptable y alegre mujer en aquel momento.

Lo que estaba impidiendo que algunos de ellos siguieran estudiando los peligros que les acechaban eran las enormes potencialidades de la lista. Donde hubieran debido estar examinando lo que les limitaba, estaban tomando en consideración las gratificaciones que ofrecía. Aunque Burton podía comprender su excitación ante todo aquello, estaba inquieto por su falta de preocupación acerca de los peligros que estaban —casi estaban— justo al otro lado de la esquina.

Juzgando por sus expresiones faciales, Nur era el único que pensaba en el desconocido enemigo. Burton sintió deseos de patearlos a todos. En vez de ello, dio una fuerte palmada, haciéndolos despertar sobresaltados de sus sueños.

—Ya basta de estupideces —dijo Burton—. La situación es seria. Mortalmente seria. No hay tiempo de pensar en nada excepto en cómo vamos a luchar contra el enemigo. Si lo vencemos, podréis jugar a lo que queráis. Hasta entonces... El desconocido posee una gran ventaja sobre nosotros en el sentido de que puede utilizar la Computadora mejor que nosotros. Pero si podemos averiguar cómo usarla contra él, se convertirá en nuestra aliada. Dejadme recordaros que la Computadora no es solamente esa enorme masa proteínica electroneural en el fondo del pozo central. La Computadora es también la torre, ese enorme edificio en el cual residimos. El *cerebro* es el órgano proteínico central, el centro distribuidor. Pero la mayor parte de los circuitos están en las distintas plantas, en todos los suelos, paredes y techos de la torre. Nosotros nos hallamos en el corazón, los nervios del enemigo. Y podemos descubrir formas de golpear ese corazón, esos nervios. O quizá, debería decir, formas de agarrarlos y utilizarlos como armas.

—Si estás pensando en ponerle el cascabel al gato —dijo Alice—, ni siquiera sabemos dónde está el gato.

—Puede que se trate de otro ratón que intenta confundirnos y hacernos creer que es un gato —dijo Nur.

—Si... si... es posible —dijo Burton—. Pero no sigamos especulando con síes. Abandonemos las especulaciones: actuemos.

—De acuerdo —dijo Nur—. Pero ¿cómo? Cualquier cosa que digamos ahora o podamos decir más tarde es probable que sea escuchada. Y quizá vista.

—He dicho: ¡«No más síes y más acción»! —retumbó Burton.

Frigate se echó a reír y dijo:

—No podemos evitarlo, todos estamos locos aquí. Yo estoy loco. Tú estás loco. Tenemos que estarlo, o de otro modo no habiéramos llegado hasta este lugar.

—¿De qué demonios estás hablando? —dijo Burton.

—Está refraseando la conversación entre el Gato de Cheshire y Alicia en el País de las Maravillas —dijo Alice.

—La mención del gato me hizo recordar al Gato de Cheshire —dijo Frigate—. En un cierto sentido, el desconocido es la sonrisa sin un gato.

Burton alzó las manos.

—¡Me gustaría teneros a todos en el ejército! —exclamó. Hubo un silencio, pero Burton sabía que no iba a durar mucho. No en aquel grupo.

—Eso —dijo Frigate— puede que sea precisamente lo que necesitamos.

—¿El qué?

—Un ejército. Podemos hacer que la Computadora nos fabrique un ejército de robots y androides. Lo instalaremos de tal modo que el desconocido, llamémosle el Snark, no pueda pasar por encima de nuestras órdenes a los robots. Podemos prepararlos de modo que busquen al Snark y nos protejan. Les ordenaremos también que atrapen o maten a cualquiera que no sea uno de nosotros. Los no-nosotros son el enemigo. Los robots y androides pueden hacer en muy poco tiempo lo que a nosotros nos llevaría años.

Burton miró al americano, luego dijo:

—Has estado escribiendo esa ¿cómo la llamas?... esa ciencia ficción durante demasiado tiempo. Te ha podrido el cerebro.

—Está dentro de las capacidades de la torre —dijo Frigate—. Si tenemos que vencer, debemos pensar en gran escala. Sé que suena a locura, pero necesitamos un ejército, y podemos conseguirlo. Diría, bueno, una fuerza aproximada de cien mil.

Alguien se echó a reír. Frigate sonrió, pero dijo:

—Estoy hablando en serio. —Se dirigió a una consola y tecleó algunos números y una operación. Una simple multiplicación. La pantalla mostró: 107.379.

—Tres soldados autómatas para cada habitación hacen ciento siete mil trescientos setenta y nueve. Podemos disponer de todo un ejército en varios días. Los soldados pueden vigilar cualquier habitación conocida y mantenerse atentos a la presencia de cualquier extraño, y al mismo tiempo buscar otras habitaciones ocultas.

—Admiro tu creatividad —dijo Nur, sonriendo—, pero no tu falta de contención ni tu desprecio

por las realidades.

—¿Qué quieres decir? —murmuró Frigate—. La contención es buena únicamente en las situaciones que requieren contención. Esta no la requiere. En cuanto a las realidades, el ejército puede conseguirse fácilmente.

Nur admitió que era fácil producir dos veces el número propuesto. Sin embargo, los androides no eran conscientes y en absoluto inteligentes. Sus acciones debían ser programadas. El ejército debería hallarse separado en pequeños grupos actuando independientemente. Esto requería niveles de mando de suboficiales y oficiales, androides que pudieran actuar por iniciativa propia cuando surgieran situaciones no previstas por su programación. Los líderes simplemente no sabrían qué hacer. De hecho, ni siquiera sabrían si tenían que hacer algo.

—Además —dijo Burton—, sigue habiendo esa insistente duda. ¿Puede el desconocido instalar en los robots y androides alguna especie de canal a través del cual pueda pasar por encima de nuestras órdenes?

—Probablemente esté pensando en eso en este preciso momento —dijo Alice—. Si está observándonos, puede anticipar cualquier cosa que nosotros hagamos.

Se estremeció.

—Mi respuesta a tus objeciones —dijo Frigate a Burton— es que podemos efectuar algunas modificaciones en el sistema neural de los androides. Podemos hacerlos parcialmente mecánicos. Con eso quiero decir que podemos instalar dispositivos mecánicos en ellos. Digamos algo así como una cerradura o una combinación de seguridad que pueda recibir nuestras órdenes mecánicamente y luego transmitir las eléctricamente.

—Para ello deberíamos instalar las combinaciones después de haber recibido el dispositivo básico de la Computadora. De esta forma, ni la Computadora ni el Snark podrían controlar lo que hiciéramos. Y... ¡oh, infiernos! El Snark podría seguir teniendo un complejo neurónico en el androide que le dijera que pasara por encima de la orden a combinación recibida por radio o a través de lo que fuera.

—El hecho desnudo —dijo Nur— es que nos hallamos en poder de ese Snark. No necesita atacarnos. Todo lo que tiene que hacer es cortarnos la energía, y simplemente nos moriremos de hambre. Si pretendiera hacer eso, ya lo hubiera hecho. No lo ha hecho, sin embargo, por lo que podemos suponer que no tiene intención de hacerlo. Ha establecido unos ciertos límites a nuestro empleo de la Computadora, pero nos ha concedido considerables poderes. Hay algunas cosas que no desea que tengamos. Por lo demás, no le importa lo que hagamos. Está ignorándonos.

—La cuestión, una de las cuestiones, es ¿por qué?

—No podemos responder a eso. Tendrá que hacerlo él, si alguna vez se decide —dijo Frigate.

—Correcto —dijo Nur—. Bien, mientras todos vosotros estabais durmiendo, hice que la Computadora localizara la entrada secreta que instaló Loga hace tanto tiempo. La entrada que utilizamos para penetrar en la torre después de cruzar las montañas y tomar aquel bote hasta la base de la torre. Intenté conseguir que la Computadora la abriera. Tenía la impresión de que quizá lo que deseaba el desconocido era que abandonáramos la torre y regresáramos al Valle. Y no desea que utilicemos los aparatos aéreos por obvias razones.

»Pero la puerta secreta no se abrió cuando le pedí a la Computadora que lo hiciera por mí.

»En consecuencia, el desconocido no desea que abandonemos la torre.

»Puede que llegue un momento en el que desee que nos marchemos, y de ser así entonces abrirá una salida para nosotros. Hasta entonces, estamos prisioneros. Pero esta prisión es enorme y posee, en un cierto sentido, más tesoros que ofrecer que la Tierra donde vivimos o el Valle del Río. Los tesoros son físicos y mentales, morales y espirituales. Sugiero que descubramos cuáles son y los utilicemos. Deberíamos hacerlo. No podemos seguir enjaulados en esta suite.

»Mientras tanto, por supuesto, seguiremos pensando en formas de pasar por encima de las órdenes del desconocido de pasar por encima de nuestras órdenes. Lo que una persona instala, otra puede anularlo. El desconocido no es un dios.

—¿Lo que estás sugiriendo es que volvamos a nuestros apartamentos y vivamos como si no existiera ningún desconocido? —dijo Burton.

—Digo que deberíamos abandonar esta zona en particular, que es una pequeña prisión, y salir a la prisión más grande. Después de todo, la Tierra era una prisión. Como también lo era el Valle del Río, pero si estás en un espacio lo suficientemente grande como para proporcionarte la ilusión de libertad, entonces no piensas en ti mismo como en un prisionero. El hombre semilibre es uno que cree que es libre. El hombre realmente libre es uno que sabe completamente lo que puede hacer en su prisión y lo hace.

—Sabiduría sufi —dijo Burton, sonriendo, pero con un tono de burla en su voz—. Tenemos un aspecto más bien ridículo, ¿no? Corremos a meternos en un agujero y luego nos preguntamos por qué corremos y decidimos que no debemos hacerlo.

—Estábamos siguiendo nuestro instinto —dijo Nur—. Y eso fue un error. Tenemos que encontrar un lugar donde podamos estar seguros. Al menos, creer que lo estamos. Entonces tendremos la suficiente paz mental relativa como para evaluar nuestra situación.

—Que resultará ser que no tenemos en absoluto ninguna paz mental. Bueno, me siento un poco mejor, no me siento tanto como un prisionero. Y ese montón de muebles me irrita. Quitémoslo.

—Antes de que lo hagamos —indicó Frigate—, tengo algo que decir.

Burton, que había empezado a encaminarse hacia la puerta, se detuvo y se volvió.

—Nur no es el único que ha efectuado un poco de investigación independiente —dijo Frigate—. Como sabes, Monat no puede ser resucitado a causa de la orden de Loga, que el Snark ha reafirmado. La grabación del cuerpo de Monat sigue aún en los archivos. Pero le pregunté a la Computadora que localizara su *wathan* en el pozo, y la Computadora dijo que había estado ahí pero que ahora ha desaparecido. Ya sabes lo que esto significa. Monat ha Seguido Adelante.

Burton sintió que las lágrimas brotaban de sus ojos, y con el pesar iba mezclada la sorpresa de sentir ese pesar. Hasta este momento no se había dado cuenta realmente de lo que sentía por Monat. Una de las primeras personas que había conocido durante su primera resurrección había sido Monat, con su extraña apariencia y su origen obviamente no terrestre. Monat lo había acompañado durante largo tiempo por el Valle, y había impresionado a Burton con su compasión y su sabiduría. Había parecido siempre tan *cálido*. Completamente humano pese a su apariencia, eso era, humano en la forma en que deberían serlo los seres humanos.

De alguna forma, Burton había llegado a considerar a Monat como un padre, un ser más fuerte y más sabio que él, un maestro, un señalador del camino correcto. Y ahora Monat había desaparecido para siempre.

¿Por qué debía derramar lágrimas hasta casi atragantarse? Debería sentirse feliz, gloriosamente feliz porque Monat había alcanzado el estadio donde ya no debería tener que seguir sufriendo la abrumadora carne.

¿Era debido a que notaba una profunda sensación de pérdida? ¿Había pensado, muy en lo profundo de su oscuro subconsciente, que Monat conseguiría de alguna manera liberarse de las ataduras que Loga había puesto sobre él, y convertirse así en un salvador? ¿Había creído que Monat iba a surgir de las grabaciones como Jesús de la tumba o Arturo del lago o Carlomagno de su cueva y rescatar a los derrotados y a los sitiados?

Era extraño pensar aquellas cosas. Debían haber estado circulando por algún lugar dentro de él, aguardando el momento apropiado para surgir.

Su propio padre no había sido un auténtico padre, no lo que un hijo deseaba como padre. Así, de alguna forma, Burton había tomado a Monat como el suyo, quizá a causa de que nunca podría aceptar a otro terrestre como padre. Monat procedía de otro mundo, y por lo tanto no estaba... ¿cuál era la palabra... *contaminado*? Aquella era una curiosa palabra para su mente.

De cualquier forma, Monat estaba para siempre ya fuera del alcance de cualquiera en aquel mundo. Había Seguido Adelante. ¿Hacia dónde?

Para ocultar sus lágrimas, Burton avanzó a largas zancadas hacia los muebles y empezó a apartarlos de la puerta. Cuando los demás se reunieron con él para ayudarlo, sus ojos estaban secos.

Abrió la puerta y respiró profundamente. El aire no era más fresco que dentro de la suite. Pero ofrecía liberación.

Cerca de sus apartamentos había una habitación conteniendo una piscina de setenta metros de largo por treinta metros de ancho. Cuando no había nadie en ella estaba a oscuras, pero los detectores de calor conectaban la luz si una sola persona entraba allí. La luz era un sol simulado en el cenit de un cielo azul sin nubes. Las paredes mostraban un bosque rodeando la piscina y unas montañas con las cimas cubiertas de nieve muy lejos en la distancia. Aunque una persona se detuviera a un par de centímetros de la pared, los árboles parecían reales. Tan reales como los árboles, los pájaros volaban por entre las ramas o se posaban en ellas, y sus cantos resonaban agradablemente. En ocasiones, los nadadores podían ver un conejo o un zorro por entre los árboles y, raramente, un animal más grande parecido a una pantera o un oso moviéndose silenciosamente en la penumbra bajo los árboles.

El agua era fresca en una atmósfera de unos 20 grados y tenía una profundidad de doce metros en su parte más honda. Allí se reunían normalmente los ocho inquilinos, a media mañana, para nadar durante una hora o así.

Burton había estado estudiando la lista de límites operativos hasta las 11:00 a.m. Entró en la enorme cámara llena con el sonido de los ecos de gritos y chapoteos y se detuvo por un momento. Estaban todos excepto Nur. Los hombres llevaban breves bañadores y las mujeres bikinis. No parecían estar preocupados y no habían apostado ninguna guardia. Los lanzadores de rayos, no obstante, estaban esparcidos por todo el borde de la piscina, y vio algunos otros alineados al fondo, contra el mural rojo, negro y verde.

Burton se echó al agua y nadó varias veces la longitud de la piscina. Luego se izó fuera y aguardó hasta que de Marbot nadó junto a él. Lo llamó; el francés se volvió, avanzó hacia el borde, y alzó la vista. Burton estudió sus alegres ojos azules, su liso pelo negro, su redondo rostro y su nariz respingona.

Burton se acuclilló en el borde de la piscina y dijo:

—Voy a realizar una vuelta de exploración por toda la torre. ¿Quieres venir conmigo?

—Eso suena divertido —dijo de Marbot. Achicó los ojos y sonrió—. ¿Esperas sorprender al Snark?

—Hay pocas posibilidades de eso —dijo Burton—. Pero... bueno... podemos estimularlo a tomar alguna acción. Seremos señuelos humanos.

—Soy tu hombre —dijo el francés, y se izó fuera del agua. Medía tan sólo metro sesenta de altura y compartía con Nur la distinción de ser el hombre más bajo del grupo. Burton lo había elegido como compañero, sin embargo, por su enorme valor, y porque poseía más experiencia en acción marcial que todos los demás. Sirviendo a las órdenes de Napoleón, había estado en la mayor parte de las grandes batallas del conquistador, había resultado herido diecisiete veces, había luchado en centenares de pequeñas escaramuzas, y había llevado una vida tan aventurera que A. Conan Doyle había escrito una serie de historias basadas en sus hazañas. Era un excelente espadachín y un tirador de élite, y su serenidad bajo el fuego no tenía parangón.

Se secaron en una antecámara, se pusieron ropas secas, camisas sin mangas y pantalones cortos,

fundaron sus lanzadores de rayos y volvieron a la piscina. Burton hizo una pausa de un minuto para decirle a Turpin que iban a explorar un poco.

—¿A qué hora pensáis volver? —dijo Turpin, con la boca llena de urogallo de Montana al horno relleno con gaylussacias.

—Hacia las seis de la tarde —dijo Burton, mirando a su reloj.

—Quizá deberíais informar cada hora.

—No lo creo necesario —dijo Burton en voz baja, mirando hacia la pared como si tuviera oídos.

Lo cual era cierto—. No voy a darle facilidades al desconocido para que nos encuentre.

Turpin sonrió.

—Sí, eso es cierto. Espero verte de nuevo. —Lanzó una carcajada, salpicando carne y pan.

Burton estaba preocupado por Turpin. El hombre había perdido mucho peso durante el agotador y peligroso paso por las montañas hasta el mar del polo norte. Ahora parecía estar empeñado en volver a ponerse tan gordo como había sido en la Tierra, cerca de los cien kilos. Siempre estaba comiendo, y no andaba muy lejos de Li Po bebiendo.

—Iremos por ahí al azar —dijo Burton—. No tengo ni la menor idea de dónde vamos a estar.

—Buena suerte —dijo Turpin.

Burton echó a andar, alejándose, pero se dio cuenta de que el francés no estaba con él. Mirando a su alrededor, lo vio hablando con Aphra. Evidentemente, estaba explicándole por qué iba a estar ausente durante un tiempo. De Marbot era envidiado porque tenía una compañera, pero eso tenía también sus desventajas. Tenía que compartir su tiempo con ella, y a juzgar por sus expresiones y gestos ahora estaban seguramente discutiendo acerca del porqué ella no podía ir también. En otra ocasión Burton no hubiera puesto demasiadas objeciones a que les acompañara; era fuerte y fría y hábil. Pero en esta ocasión no deseaba más que un compañero.

De Marbot, con aspecto ligeramente irritado, regresó junto a Burton.

—Nunca había oído esa expresión inglesa: «Vete a joder con un ganso aleteante» —dijo. Luego, con esa rapidez mercurial tan propia de él, se echó a reír y añadió—: ¡Vaya cosa! ¿Cómo puede uno conseguir algo así?

—Es sólo asunto de sincronización —dijo Burton, sonriendo.

Abandonaron la piscina, y la puerta se cerró tras ellos. El ruido desapareció; el corredor estaba ominosamente silencioso. Era fácil imaginar a alguien —algo— aguardándoles tras un recodo, agachado, liso para saltar.

Burton señaló a de Marbot que había llenado las bolsas de los lados de ambos sillones con cápsulas de energía para los lanzadores de rayos. Montaron en sus sillones y los hicieron elevarse en el aire. Burton delante, de Marbot unos cuatro metros detrás, avanzaron hacia el pozo vertical al extremo del pasillo. Con la habilidad adquirida durante las últimas tres semanas, Burton giró en la embocadura del pozo de tal modo que entró en él disminuyendo apenas su velocidad, y se lanzó hacia arriba.

Salió del pozo en el siguiente nivel a tal velocidad que su *cabeza* se situó apenas a unos centímetros del lecho. Hizo descender el sillón hasta que sus pies estuvieron a treinta centímetros del suelo, y se lanzó por entre los murales de las paredes hasta alcanzar el extremo del corredor.

Entonces se detuvo, hizo girar en redondo su sillón, y dijo:

—Ve tú delante ahora.

El francés abrió camino por todos los pasillos de aquel nivel. Las puertas de todas las habitaciones estaban cerradas. Por todo lo que Burton sabía, su enemigo estaba detrás de una de ellas. Pero no creía demasiado en aquello. Seguro que la Computadora le habría notificado ya al Snark su presencia tras detectar el calor desprendido por los dos hombres. Seguro que el Snark le habría advertido a la Computadora que le avisara si cualquiera de ambos se acercaba demasiado al lugar donde se encontraba. También podía haber activado las pantallas murales, de modo que era posible que estuviera observándoles.

Cuando hubieron recorrido todos los corredores, de Marbot detuvo su sillón junto a un pozo.

—Esto es divertido —dijo—. El viento en tu rostro, el pelo agitándose, los decorados moviéndose a tu alrededor. No es tan bueno como cabalgar en un caballo, pero la sensación es muy parecida. Y por supuesto, ningún caballo podría saltar a este pozo.

Burton se puso delante ahora y ascendió por el pozo hasta llegar al nivel superior de la torre. Al fondo del corredor estaba la entrada al hangar, visitado algunos días antes. Penetraron por la enorme puerta a la gran zona con sus inmóviles vehículos. Burton los contó y comprobó que había el mismo número que la otra vez. El desconocido seguía aún en la torre. Es decir, a menos que tuviera alguna nave oculta en algún otro lugar. Siempre había un *a menos que*.

—Supongo que podríamos sacarle las cintas de navegación —dijo—, y que eso impediría al Snark utilizar la espacionave. Pero estoy seguro de que deben estar grabadas en algún otro sitio. Todo lo que tendrá que hacer es pedirle a la Computadora que introduzca otras cintas nuevas.

—¿Por qué debería querer usar una espacionave?

—No lo sé. Pero me gustaría poder arrojarle alguna llave inglesa a sus planes, atosigarle de alguna manera.

—La picadura del mosquito.

—Sí, me temo que eso es todo lo que iba a conseguir. De todos modos, un mosquito puede matar a un hombre si le transmite la malaria.

No estaba expresando una simple bravata. Estaba convencido de que debía haber alguna debilidad, un orificio, por pequeño que fuera, en algún lugar en las defensas del Snark.

Aceleraron en sus sillones hasta el pozo central y se dejaron caer hasta el nivel inmediatamente debajo del superior. Entraron en una zona circular con un diámetro de cincuenta metros y paredes de 150 metros de altura. Doce puertas metálicas cuadradas estaban situadas de forma equidistante en las paredes. Cada una de ellas, de acuerdo con los diagramas de la Computadora, daba entrada a una cámara triangular, en forma de tajada de pastel, que media 8'6 kilómetros de largo y 120 metros de alto. La punta de cada una de ellas estaba en cierto modo cortada, terminando en las paredes del círculo central.

Cuando Burton había visto los diagramas, pretendió preguntarle a la Computadora acerca del contenido de las enormes cámaras. Un asunto urgente lo había interrumpido antes de que pudiera hacerlo, y así había olvidado volver a la cuestión. Ahora, estando allí, podría ver por sí mismo lo que contenían.

Cada puerta mostraba en su centro un símbolo dorado indicando la identidad del miembro del Consejo Ético de los Doce propietario de lo que había al otro lado de la puerta. El símbolo directamente frente a Burton consistía en dos barras horizontales cruzadas por dos barras más largas verticales. Aquel a el símbolo de Loga. Una doble cruz, pensó Burton. Burton pronunció el código que lo identificaba a él, y una brillante pantalla se formó encima de las barras.

—Deseo entrar en la habitación que hay detrás de esta puerta —dijo Burton—. ¿Necesito algún código para abrir la puerta?

La pantalla mostró: sí.

—¿Cuál es el código necesario para activar la puerta? —preguntó Burton.

Esperó que la Computadora respondiera que esa información no estaba disponible para él. En vez de ello, mostró, en caracteres éticos: LOGA DICE.

—No puede ser más sencillo —murmuró de Marbot.

Burton, esperando que las palabras no estuvieran codificadas en el tono de voz de Loga, pronunció meticulosamente la frase ética.

La puerta se abrió hacia afuera, revelando una pequeña, desnuda y bien iluminada habitación. En la pared del fondo había una corta escalera conduciendo a una pequeña plataforma. Los dos subieron a ella, y Burton empujó la convencional puerta oblonga. La zona más allá estaba brillantemente iluminada, con una luz que se había conectado en el momento mismo de abrir la puerta. Permanecieron allá parpadeando durante un momento antes de captar lo que estaban viendo.

Aunque debían estar de pie cerca de las paredes que se proyectaban hacia afuera, la ilusión era de que las paredes se alejaban kilómetros y más kilómetros a derecha e izquierda. El horizonte parecía muy lejano.

La distancia frente a ellos no era una ilusión, sin embargo. Aquella enorme estancia tenía 8'6 kilómetros de largo.

—Es un pequeño mundo —dijo de Marbot suavemente.

—No tan pequeño.

En su mayor parte parecía ser un gran parque bien cuidado con muchos árboles y recién cortada hierba. Ante ellos, aparentemente a unos cinco kilómetros de distancia, había una suave ladera en cuya parte superior un edificio brillaba al sol del mediodía. La villa era probablemente real; el sol era indudablemente simulado.

—Parece romana —dijo Burton—. Apostaría, sin embargo, a que si nos acercamos lo suficiente veremos diferencias en los detalles.

Sus sillones hubieran pasado a través de las puertas, pero Burton decidió no explorar. Regresaron a la zona central, y preguntaron a la Computadora el código de la cámara contigua a la de Loga. Había pertenecido a la esposa de Loga, y poseía el mismo tipo de antesala. Pero se abría a una vista que los asombró. Toda la gigantesca área era un laberinto de pequeños y anchos espejos en una compleja disposición cuya planificación no pudieron imaginar. Sus imágenes fueron atrapadas por los espejos más cercanos y reflejadas hacia adentro hasta tan lejos como podían ver. La fuente de la luz no era visible; parecía proceder de todos lados. Muy lejos, apenas entrevisto, había un círculo de columnas. Esas también eran reflejadas por los espejos, pero la disposición era tal que veían sus

propias pequeñas figuras de pie en el interior de las columnas.

—¿Cuál es el propósito de todo esto? —dijo de Marbot. Burton se alzó de hombros.

—Tendremos que descubrirlo —dijo—. No ahora, sin embargo.

La siguiente cámara los admitió a lo que parecía ser un desierto árabe. Bajo un tórrido sol había una extensión de arena y rocas, en su mayor parte una llanura pero con pequeñas colinas aquí y allá. El aire era mucho más seco que en los dos primeros lugares. A unos cinco kilómetros de distancia había lo que parecía ser un gran oasis. Altas palmeras crecían entre la hierba, y las movientes aguas de un lago entre la bruma de los árboles resplandecían a la luz del sol de media mañana.

Cerca de ellos estaban los esqueletos de tres animales. Burton recogió un cráneo y dijo:

—Un león.

—*C'est remarquable* —murmuró de Marbot, volviendo en su maravilla a su lengua natal. Luego, en inglés—: Tres mundos distintos. Liliputienses, sí. Pero lo suficientemente grandes para todos los propósitos prácticos, aunque no acabo de comprender su practicalidad.

—Aventuraría que esos mundos liliputienses son... eran... retiros para los miembros del Consejo —dijo Burton—. Una especie de, esto, zonas de vacación. Cada una creando un mundo de acuerdo con sus deseos, sus inclinaciones temperamentales, para que pudieran retirarse a ellas en busca de satisfacción espiritual y, por supuesto, física.

De Marbot deseaba mirar en todas las enormes estancias, pero Burton dijo que tendrían mucho tiempo para ello más tarde. Debían proseguir con su patrulla.

El francés abrió la boca para decir algo. Burton lo cortó:

—Sí, ya lo sé. Pero lo que quiero hacer es ver todo lo que podamos tan rápidamente como podamos. Es mejor que tener a la Computadora mostrándonoslo todo mientras permanecemos ociosos en nuestras habitaciones. Además, ¿cómo sabríamos que la Computadora *está* mostrándonoslo todo? Puede eliminar todo lo que el Snark desee, y no podemos estar seguros de que no lo esté haciendo. Tenemos que efectuar una visita *in situ*. Efectuaremos una patrulla volante, seremos pájaros, echaremos un vistazo por encima a todo. Luego podremos tomarnos nuestro tiempo y ocuparnos de los detalles.

—Me has interpretado mal —dijo de Marbot—. Simplemente iba a comentarte el estado de mi estómago. Está quejándose de que está vacío.

Llevaron sus sillones a través del tubo en el centro del suelo al siguiente nivel, recorrieron un corredor hasta la puerta más cercana, la abrieron, y entraron caminando. Era una suite vacía de mobiliario excepto un conversor contra una pared. De Marbot seleccionó para comer *escargots bourguignonne* con pan francés y un vaso de vino blanco. Treinta segundos más tarde, retiró los platos y los cubiertos y el vaso y la servilleta. Sus azules ojos se abrieron admirados mientras olía el delicado aroma.

—*Sacrée merde!* ¡Nunca en la Tierra conseguí una tal perfección, un tal éxtasis! ¡Y sin embargo, seguro que los Éticos obtuvieron el original de algún chef parisino y lo copiaron! ¿Cuál pudo ser el nombre de ese genio? ¡Me gustaría resucitarlo, aunque sólo fuera para darle las gracias!

—Algún día ordenaré una comida deliberadamente mal cocinada, simplemente para variar —dijo Burton—. ¿No encuentras toda esta exquisitez, esta perfección, fastidiosa? Cada comida es un triunfo

gustativo.

—¡Nunca! —dijo de Marbot. Lanzó un gemido cuando vio la ecléctica elección de Burton, galletas de mantequilla y pichones escabechados con crema y una jarra grande de cerveza.

—¡Bárbaro! Creí que no te gustaba la cerveza.

—Me gusta cuando como jamón o pichones.

—*De gustibus non disputandum*. Quienquiera que fuera el que lo dijo, era un idiota.

Una sección de la pared se dobló para formar una mesa, y comieron.

—*Délicieux!* —exclamó de Marbot, e hizo chasquear audiblemente sus labios.

Hasta hacía tres semanas, sus labios eran finos. Ahora su rostro estaba adquiriendo una cualidad lunar, y en torno a su cintura se estaba formando un rollo de grasa.

—Hay un *glacé de viande* que debo probar —dijo de Marbot.

—¿Ahora?

—No. No soy un cerdo. Más tarde. Esta noche. Como postre, el francés pidió un *soufflé* de higos y un vaso de vino tinto.

—¡Soberbio!

Se lavaron en el cuarto de baño y regresaron a los sillones.

—Deberíamos caminar un poco para eliminar estas toxinas —dijo Burton.

—Las eliminaremos haciendo un poco de esgrima después de la cena.

Los iluminados pasillos que cruzaron estaban oscuros hasta pocos segundos antes de que llegaran a ellos. Detectores de calor en las paredes reaccionaban a sus cuerpos y activaban interruptores que encendían las luces frente a ellos y las apagaban detrás de ellos. Debido a esto, el desconocido probablemente sabía con toda exactitud dónde estaban. Todo lo que tenía que hacer era ordenar a la Computadora que le proporcionara imágenes de cada zona iluminada. Sin embargo, no podía pasar todo su tiempo contemplando las pantallas; tenía que dormir. De todos modos, si por algún medio los inquilinos conseguían ponerse sobre su pista, podía ser despertado por la Computadora.

Los dos hombres descendieron por un pozo vertical y salieron a un pasillo. A la mitad de él, detuvieron sus sillones y bajaron de ellos. Una pared transparente que se inclinaba hacia afuera cerraba un enorme pozo que brillaba fuertemente desde abajo. La parte superior del espacio así cerrado estaba vacío, pero a unos cuantos metros por debajo de ellos se hallaba la fuente de iluminación: una oscilante y danzante y girante masa de lo que parecían ser pequeños soles. De Marbot tomó una gafas oscuras de una caja en un saliente y tendió otro par a Burton. Burton se las puso y miró por doceava vez al más espléndido espectáculo que jamás hubiera visto, más de dieciocho mil millones de almas recolectadas y visibles en un sólo lugar. Los Éticos las llamaban *wathans*, una palabra más precisa que la terrestre *almas*. Eran las entidades de origen artificial cada una de las cuales se unía a una persona terrestre en el momento en que la esperma y el óvulo se unían para formar el cigoto de esa persona. Permanecían unidas a la cabeza de cada individuo hasta que este moría, y eran lo que proporcionaba la consciencia al *Homo sapiens* y albergaba su parte inmortal.

Todas eran invisibles a menos que se las mirara con un dispositivo especial, en este caso el material polarizado de la pared del pozo. Eran brillantes esferas de muchos colores y matices, con tentáculos que se tendían y contraían mientras las esferas giraban. O más bien parecían girar. Burton y de Marbot no estaban viendo la realidad, la totalidad; estaban viendo lo que sus cerebros podían captar, una remodelación formada por sus sistemas nerviosos.

Los *wathans*, las almas, danzaban o parecían danzar, girando, resplandeciendo, cambiando sus colores, pasando unas a través de las otras, pareciendo ocasionalmente fundirse y formar un *superwathan*, que se escindía en las esferas originales al cabo de unos cuantos segundos.

¿Eran conscientes cuando estaban libres de los cuerpos humanos, sus anfitriones? ¿Pensaban cuando se hallaban en este estado libre? Nadie lo sabía. Ninguno de aquellos que habían resultado muertos recordaban nada de esa existencia cuando eran resucitados y el *wathan* se unía de nuevo al cuerpo físico.

Los dos hombres permanecieron absortos durante un tiempo delante de aquella absorbente maravilla sin igual en todo el universo.

—Y pensar —murmuró Burton— que yo he formado parte de este espectáculo, de esta gloria, muchas veces.

—Y pensar —dijo de Marbot— que si los Éticos no hubieran hecho esto, nuestros cuerpos estarían convertidos en polvo desde hace miles de años, y hubieran seguido siendo polvo hasta que

incluso el polvo hubiera muerto.

Muy abajo, débilmente entrevista a través de la fulgurante nebulosa, había una gran masa gris. Parecía carecer de forma, pero Loga les había asegurado que no era así.

—Es la parte superior de la titánica masa de proteína organizada que constituye la parte central de la Computadora —había dicho—. Es el cerebro vivo pero no consciente cuyo cuerpo es la torre y las piedras de cilindros y la cámara de resurrecciones.

El «cerebro», sin embargo, no estaba modelado como el cerebro humano tal como estaba dentro del cráneo.

—Se parece, más que a nada, a una de vuestras grandes catedrales góticas con sus alados contrafuertes y espiras y su exterior decorado con gárgolas y puertas y ventanales. Está rodeado por agua conteniendo azúcar en suspensión. El cerebro se degradaría y se convertiría en un rezumar gris si el líquido fuera extraído. Es algo digno de ver, y tendríais que hacerlo alguna vez.

Debía ser enorme, por supuesto, para ser visible desde allí donde estaban ahora, y a través de los resplandecientes *wathans*. Estaba a cinco kilómetros por debajo de ellos, y podían ver tan sólo una parte de su extremo superior como una nube gris. El resto de él ocupaba una parte expandida del pozo, un domo.

Hasta aquel momento, los inquilinos no se habían aventurado al nivel desde el cual podían ver al cerebro en su totalidad. Ni pensaba ir Burton ahora. En vez de ello, regresó a su sillón y condujo a su compañero al otro lado de la torre y bajando por un pozo. Burton contó los niveles que pasaban —los había contado durante su primera ascensión desde el nivel que era su destino—, hasta que llegaron al que contenía la habitación oculta de Loga.

Antes de alcanzar la habitación, Burton detuvo su sillón. El francés se detuvo a su lado y dijo:

—¿Qué ocurre?

Burton agitó la cabeza y apoyó un dedo sobre sus labios. No podía ver ninguna pantalla mural móvil, pero el desconocido podía tener otras formas de monitorizarlos. Aunque no estuviera observándoles en aquel momento, era probable que la Computadora estuviera grabando sus acciones para ser vistas más tarde.

Entraron en un gran laboratorio conteniendo equipo cuyas funciones Burton no conocía... excepto cuatro enormes armarios metálicos grises. Eran conversores de energía-materia. Sus paredes contenían todos los circuitos necesarios. De hecho, las paredes eran los circuitos. Su energía procedía a través de unos círculos anaranjados en el suelo, que eran semejantes a otros círculos anaranjados en el centro del fondo de los armarios. Dos armarios estaban permanentemente fijos en el suelo pero los otros podían ser sacados de la habitación. No, sin embargo, por el poder de los músculos de dos hombres solos.

Burton hizo girar su sillón y, seguido por de Marbot, salió flotando de la habitación y cruzó el corredor más allá de la pared tras la cual se hallaba la habitación oculta de Loga. Probablemente de Marbot se preguntó por qué Burton no se de tenía allí, pero no hizo ningún comentario. Cuando llegaron de nuevo al nivel de su suite, tras recorrer a toda velocidad pozos arriba y bajo y corredores elegidos al azar de uno a otro extremo, ya no parecía desconcertado. Parecía aburrido Pero cuando estuvieron en el salón, extrajo un bloc de notas de la bolsa al costado del sillón y escribió algo en

una de sus hojas.

Burton tomó la nota y la mantuvo cerca de su pecho, cubriéndola parcialmente con su mano izquierda. Leyó: *¿Cuánto voy a tener que esperar antes de que me cuentes tus planes?*

Burton escribió algo con una pluma tomada del contenedor en la parte lateral de su sillón.

En algún momento esta noche.

De Marbot leyó y sonrió.

—Ahora voy a tener que ocuparme de algo —murmuró.

Rasgó la nota en pedacitos pequeños, los colocó en el suelo, y los quemó con su lanzador de rayos. Pisoteó las cenizas con el tacón de su sandalia y las esparció.

Aguardaron, y al cabo de un momento se abrió una porción de la pared y una máquina cilíndrica articulada montada sobre ruedas avanzó hacia ellos. Espolvoreó la zona sucia con un líquido que se secó rápidamente en muchas bolitas diminutas, y luego sorbió las esferas y pareció tragárselas. Un minuto más tarde, se había retirado de nuevo a la cavidad de donde había salido, y la pared volvió a cerrarse.

De Marbot escupió en el suelo simplemente para ver de nuevo al robot en acción. Mientras regresaba a su madriguera después de su trabajo de limpieza, el francés le dio una patada. La máquina, imperturbable, desapareció en la cavidad.

—Realmente, prefiero los robots de proteínas y huesos, los androides —dijo de Marbot—. Estas cosas mecánicas me dan escalofríos.

—A mí los que me preocupan son los de carne y sangre —dijo Burton.

—Oh, sí, si uno los patea, no por deseo de hacerles daño, ya entiendes, sino simplemente por el deseo de despertar alguna emoción, uno sabe que, puesto que son de carne y sangre, experimentan dolor. Pero no se sienten agraviados por el insulto o el daño, y eso los hace no humanos. Sin embargo, uno no tiene que pagarles ningún salario, y sabe que nunca van a ir a la huelga.

—Son sus ojos lo que no me gusta —dijo Burton. De Marbot se echó a reír.

—No parecen tan terribles como los ojos de mis húsares al final de una larga campaña. Puedes leer en ellos una falta de vida que no existe. La falta, quiero decir. Sabes que carecen de cerebro, mejor dicho, para ser exactos, utilizan tan sólo una pequeña porción de sus cerebros. Pero uno puede decir lo mismo de algunos humanos que todos hemos conocido.

—Uno puede decir muchas cosas —dijo Burton—. ¿Nos reunimos con los demás?

De Marbot miró al reloj en su muñeca.

—Falta una hora para la cena. Quizá consiga que Aphra se alegre de nuevo. No hay nada que estropee más la digestión de una persona que una compañía enfurruñada en la mesa.

—Dile que participará en la siguiente fase del proyecto —indicó Burton—. Eso la animará. Pero no le digas lo que hemos hecho a menos que utilices esto.

Señaló el bloc de notas.

De Marbot hizo una mueca y dijo:

—Este, el observador, debe estar preguntándose detrás de qué vamos. ¿Cómo podemos ocultarle nada? Uno no puede ni siquiera pedorrear sin que él se entere.

Burton sonrió.

—Quizá consigamos que se ensucie sus pantalones —dijo—. Es una forma de hablar, por supuesto.

Los ocho habían decidido que cada uno de ellos por turno haría de anfitrión de todos los demás. Aquella noche le tocaba a Alice, y los recibió llevando un traje de noche largo y muy escotado color lincoln al estilo de 1890. Burton dudó que llevara también la numerosa ropa interior de aquel período. Estaba demasiado acostumbrada a las confortables ropas del Valle del Río, una toalla sirviendo como falda corta y un delgado y ligero trozo de tela como corpiño. Llevaba unos elegantes zapatos verdes de tacón alto y unas medias de seda, aunque estas últimas probablemente no le llegaran a las rodillas. Sus joyas, proporcionadas por un conversor e-m, eran una esmeralda engarzada en un anillo de oro, pequeños pendientes de oro, cada uno de ellos con una gran esmeralda, y un collar de perlas.

—Luces espléndidas —dijo, y se inclinó y besó su mano—. De los ochocientos noventa, ¿eh? El año de mi muerte. ¿Estás intentando decirme de una manera sutil que estás celebrando ese acontecimiento?

—Si lo hago, es de una forma inconsciente —dijo ella—. No hagas más comentarios chistosos, ¿quieres?

—Comentarios chistosos. Mil novecientos treinta y cuatro —dijo Frigate a Alice—. El año de tu primera muerte.

—La única, gracias a Dios —dijo ella—. ¿Debemos hablar de la Parca?

Frigate se inclinó y besó su mano extendida.

—Eres absolutamente devastadora. Di una palabra, y soy todo tuyo. No, no necesitas decirla. Soy todo tuyo de todos modos.

—Eres muy galante —dijo ella—. Y también muy insistente. Burton bufó y dijo:

—Eso sí que no lo es. Excepto cuando ha estado bebiendo. El valor de la botella.

—*In bourbono veritas* —dijo el americano—. Pero estás equivocado. Ni siquiera entonces. ¿Lo soy, Alice?

—Alice es un castillo bien custodiado en una empinada colina, rodeado por un amplio foso —dijo Burton—. No intentes minarla. Tómala por sorpresa.

El americano enrojeció. Alice no perdió su sonrisa, pero dijo:

—Por favor, Dick. No seas desagradable.

—Lo prometo —dijo Burton. Se volvió, y se sobresaltó—. ¡Dios mío! ¿Qué...?

Dos hombres vestidos con librea aguardaban de pie cerca de la mesa de la cena. No. No hombres. Eran androides. Uno tenía el rostro de Gladstone; el otro, de Disraeli.

—Nadie más ha tenido nunca a dos primeros ministros de la Gran Bretaña sirviéndole —dijo Alice.

Burton giró hacia ella, su rostro rojo y ceñudo.

—¡Alice! ¡Hablamos acerca del peligro! ¡El Snark puede programarlos para que nos ataquen!

Ella se enfrentó calmadamente a su furia.

—Sí, lo hicimos. Pero tú, o algún otro, dijo también que el Snark tiene un millar de formas de llegar hasta nosotros. Todavía no ha hecho nada, y si pensara hacerlo, ya lo habría hecho. Dos

androides, un millar, no veo ninguna diferencia.

—¡Estoy de acuerdo! —dijo Li Po con su fuerte y chillona voz—. ¡Bravo, Alice, por dar el primer paso! ¡Yo mismo tengo algunos planes para los androides! ¡Puede que los ponga en marcha esta misma noche! ¡Ah, esta noche! ¡Ya no sufrirás más, Li Po!

Burton tuvo que admitir, para sí mismo de todos modos, que ella tenía razón. Sin embargo, no hubiera debido hacer aquello sin recabar el conocimiento de los demás. Al menos, hubiera debido consultarles al respecto.

Quizá, si el líder del grupo hubiera sido otro distinto a él, lo hubiera hecho. Tuvo la impresión de que ella aprovechaba ahora cualquier oportunidad para desafiarle. Bajo aquella suave conducta, detrás de aquellos grandes y suaves ojos oscuros, había una mujer terca.

De Marbot y Behn llegaron un poco enrojecidos y sudorosos, como si acabaran de abandonar la cama o se hallaran en medio de una disputa. Si era eso último, lo estaban disimulando muy bien. Sonreían y bromeaban y parecían perfectamente tranquilos.

Burton los saludó y se dirigió hacia una mesilla lateral llena de botellas y vasos y un cubo con hielo. Hizo un gesto al androide con el rostro de Gladstone para que se apartara, al ver que se le acercaba y le preguntaba si le servía alguna bebida. Alice había hecho un muy buen trabajo si había reconstruido los datos del primer ministro de memoria. Podía hacerlo, puesto que el hombre había cenado muchas veces en su casa cuando sus padres estaban vivos. Lo más probable, sin embargo, era que hubiera pedido a la Computadora que localizara la fotografía de Gladstone en los archivos y le proporcionara una copia. Luego le habría dado a la Computadora sus especificaciones, y ésta habría reproducido su ser vivo pero sin mente.

—Buen Dios —murmuró—, ¡incluso tiene su voz!

Dio un sorbo a su whisky de centeno, más suave que el que había probado en la Tierra aunque debía haber sido reproducido a partir de algún modelo terrestre, y se puso a hablar con Nur. El pequeño moro ibérico sostenía un vaso de algún vino de color amarillo pálido, que iba a durarle toda la velada.

—El Profeta no prohíbe ninguna bebida alcohólica excepto el vino hecho de dátiles —había dicho en una ocasión a Burton, que ya sabía aquello—. Sus excesivamente celosos discípulos extendieron luego la prohibición a todos los licores. Sin embargo, creo que no tengo por qué obedecer los dictados de esos ignorantes fundamentalistas, aunque nunca me han gustado los licores fuertes. De todos modos, me he aficionado a este vino chino. Además, aunque fuera un borracho, ¿qué podría hacerme Alá que yo no me haya hecho ya a mí mismo? En cuanto a Mahoma, ¿dónde está?

Burton y Nur hablaron durante un rato de la Meca, y luego el androide que tenía el aspecto de Disraeli anunció que la cena estaba servida. Puesto que cada huésped le había dicho a Alice por la mañana lo que él o ella querían para cenar, los menús estaban en la memoria de la Computadora. Se necesitó un microsegundo para que la comida apareciera en el interior de un gigantesco conversor e-m; los sirvientes necesitaron un poco más de tiempo para disponer los platos sobre la mesa. Burton había ordenado una ensalada con salsa picante seguida por *esturión fumé a la moscovita*, y como postre dos tartas con relleno de ruibarbo. Con cada plato era servido el vino apropiado.

Burton, Behn, Frigate y Li Po tenían puros del más fino tabaco cubano. Nur se fumó su cigarrillo

de después de la cena la única nicotina que se permitía.

Burton se acercó al francés, que se echó hacia atrás.

—¡Aparta de mis preciosos pulmones ese vil veneno! —ex clamó.

—Un hombre moriría feliz respirando esto —dijo Burton De todos modos, como tú dices, *non disputandum de gustibus* ¿Has informado a Aphra de que puede unirse a nuestra próxima aventura si lo desea?

—Sí, lo he hecho —dijo de Marbot—. Desgraciadamente, no he podido decirle exactamente de qué aventura se trataba.

Burton le tendió una nota. De Marbot la leyó y alzó la vista.

—¿Qué...?

Se acercó al inglés y se puso de puntillas para hablarle a Burton al oído. Burton tuvo que inclinarse un poco, de todos modos.

—De acuerdo, yo al menos estaré preparado. Pero ¿no puedes darme ninguna indicación, ningún indicio, de lo que tienes en mente?

—Es mejor que no.

—Oh, qué intrigante —dijo de Marbot—. Espero que la realidad supere mis expectativas. Peligro, romance, astucia, una carga abierta contra el enemigo o un ataque artero y silencioso, aprensión, inseguridad, una tarea exigiendo todo nuestro valor y que tensemos al máximo nuestros nervios de acero.

—Todo eso —dijo Burton—. Quizá.

Unos pocos minutos después de la una de la madrugada, Burton estacionó su sillón delante del apartamento de Marbot y Behn. La puerta, tal como había requerido, estaba abierta. Entró en la gran sala de estar, y la iluminación sin sombras cobró vida apenas cruzar el umbral. Se detuvo al final del salón y golpeó con los nudillos la puerta del dormitorio. Soñoliento, de Marbot respondió:

—*Quelle?*

—*C'est moi, naturellement* —dijo Burton. Un momento más tarde, la inglesa y el francés aparecieron en la puerta, tambaleándose, frotándose los ojos.

—Me debes seis horas de sueño —dijo el francés—. ¿Cómo paga uno una deuda así?

—Con la pérdida por mi parte de otras seis horas de sueño —dijo Burton—. Pero todo esto es en tu propio beneficio también, así que no te debo nada.

De Marbot se había puesto un faldellín de toalla, y Aphra llevaba un delicado corpiño negro de encaje y unas medias negras.

—Hey, mi querido repollo, ¿eso es todo lo que piensas vestir? —dijo de Marbot.

—Es lo que llevo siempre en mis misiones nocturnas —dijo ella.

De Marbot se echó a reír, le dio un achuchón, y la besó en la mejilla.

—Mi salvaje rosa inglesa. Siempre lo inesperado, lo delicioso.

Ella, sin embargo, estaba engañándole. Volvió a meterse en el dormitorio, y volvió a aparecer vestida con una fina blusa, un faldellín corlo, y unas botas que le llegaban hasta los tobillos. Por aquel entonces Burton había ordenado ya tres tazones grandes de café brasileño al conversor. Los tomaron mientras les decía que les explicaría todo lo que tendrían que hacer cuando llegaran a su destino.

—Ordenes selladas —dijo de Marbot—. Pero el enemigo está observándonos y escuchándonos. Somos como el gato con un cascabel en torno a su cuello.

—Cuando hayamos terminado con esto, no va a poder vernos ni oírnos más —dijo Burton.

De Marbot alzó las cejas y sonrió.

—¡Ah! Anticipo, me estremezco, me revuelvo dentro de mí mismo con la excitación.

—Tenemos un montón de cosas que hacer —dijo Burton—. Vais a estar agotados antes de que terminemos.

—No. Soy un hombre de hierro, y Aphra, ella es tan dura como el platino y dos veces más valiosa que su peso en es valioso metal.

—Peso que está aumentando —dijo ella, palmeándose las caderas.

Burton hizo un impaciente gesto, y lo siguieron al corredor. Iban armados con dos lanzadores de rayos y cuchillos aunque no tenían ninguna razón para esperar usarlos. Subieron a sus sillones, y Burton tomó la cabeza. Dejó caer el sillón por el pozo hasta el nivel correspondiente a la superficie del frío y oscuro mar que rodeaba la torre.

Cuando Burton detuvo el sillón, de Marbot dijo:

—Esto no está lejos de la habitación secreta de Loga.

Burton asintió e indicó que debían entrar en la habitación más próxima, el laboratorio que habían

visitado el día antes Aphra miró a su alrededor y dijo suavemente:

—Debe estarse preguntando qué es lo que pensamos hacer No creo que esté más desconcertado que yo.

—Richard es el general —dijo de Marbot—, y nos dice a nosotros, pobres soldados vulgares, tan poco como es posible Es una antigua tradición.

Burton ignoró sus observaciones. Se dirigió hacia el conversor más grande y ordenó los componentes para varias escaleras de mano, quinientos botes de spray llenos con pintura negra, una docena de linternas potentes, y un pequeño generador de aire accionado por energía nuclear.

—*Mon Dieu!* —dijo de Marbot—. ¡Vamos a pintar la casa! ¿Y qué más?

Burton empezó a extraer el equipo, vaciando el conversor cuando apareció el primer cargamento, cerrando la puerta del conversor, aguardando unos cuantos segundos hasta que el segundo cargamento hubo llenado la cabina, y luego extrayéndolo también. Cuando estuvo todo listo, le dijo a los otros dos que tomaran los botes de spray mientras él montaba las secciones de las escaleras de mano.

De Marbot miró a Aphra y alzó las cejas como diciendo: «¿Y a continuación qué?». Ella alzó también de hombros y sudando, se dedicó al trabajo. De Marbot, ahora sudando también, dijo:

—Hey, mi pequeño repollo. Debemos pagar por toda esa divina comida y ese exquisito vino, ¿no?

—Hay que pagar por todo —dijo ella. Respirando pesadamente, Aphra se irguió y miró la pared frente a ella.

—El observador es como Dios —dijo—. Sabe todo lo que estamos haciendo. Únicamente espero que, como Dios, le sea indiferente lo que hagamos.

—Al contrario que Dios, el Snark duerme —dijo Burton—. Y se halla limitado por su cuerpo como todos nosotros mortales. Y su inteligencia, aunque puede ser grande, es también limitada.

—Quizá, como Dios, no exista —dijo de Marbot.

—Eso es una posibilidad —dijo Burton—. ¡Ya está! Las escaleras están listas.

—¿Por qué no podemos llamar a algunos androides para que nos ayuden? —dijo de Marbot—. Ellos pueden hacer el trabajo. Nosotros seremos los supervisores que van de un lado a otro, tomándoselo con calma mientras los esclavos sudan por nosotros.

—No deseo arriesgarme a utilizarlos —dijo Burton—. Para la tarea. Empezad cada uno en un lado, por el extremo más alejado.

Le había pedido a la Computadora una estimación del número de botes necesario para pintar al spray toda la zona. Ahora le pidió dos carretillas, las tomó del conversor, y llenó una de ellas con botes. Mientras los otros dos se subían arriba de las escaleras y cubrían los bordes del techo con la pintura, Burton llevó los botes que no se necesitaban en la habitación al corredor. Tras cuatro viajes, le dijo a la Computadora que le proporcionara veinte botes spray de cemento de secado rápido. Obtenidos estos, los sacó también al corredor. Luego ordenó el número de ladrillos que necesitaba, también estimado por la Computadora.

De Marbot, observándole, dijo:

—No hay nada como utilizar al enemigo para luchar contra él.

Había una cosa de la que Burton tenía que asegurarse antes de continuar, aunque, se abriera

todavía o no la puerta de la habitación de Loga, pensaba seguir adelante hasta completar la primera parte de su proyecto. Golpeó la pared, dijo: «¡Ah Qaaq!», y observó mientras la rueda de la entrada giraba metiéndose en su alvéolo. No había estado seguro de que el Snark no hubiera inhibido la operación desde la primera visita de Burton. Ahora metió un sillón en la abertura para asegurarse de que la puerta no iba a cerrarse si el Snark cambiaba de opinión y decidía clausurarla permanentemente.

Burton había hecho muchas cosas en la Tierra. Poner ladrillos no era una de ellas, pero a menudo había observado a los trabajadores árabes construir paredes con ladrillos de adobe. En cualquier caso, levantar una pared era una cosa sencilla. Colocó una hilera en el suelo de una pared a otra, a unos pocos pasos de la puerta de la habitación de Loga. Roció la parte superior de la hilera con el spray de cemento de secado rápido, y dispuso otra hilera encima de la primera. En el momento en que depositaba el último ladrillo de esa segunda hilera, el cemento —en realidad era como una pega— ya se había secado.

Deteniéndose tan sólo dos veces para beber agua, selló aquella zona del corredor de lado a lado, desde el suelo hasta el techo.

Fue al otro lado de la entrada del laboratorio y empezó a poner ladrillos allí también. Aphra asomó la cabeza por la puerta y dijo:

—Ya casi hemos terminado con las paredes. —El sudor chorreaba de su rostro y empapaba sus ropas.

Burton entró en la habitación y miró a su alrededor.

—Repasad lo que habéis hecho —dijo—. Aseguraos de que cada centímetro cuadrado ha quedado cubierto. Luego rociad el suelo. Cuando hayáis terminado, decídmelo.

Gruñendo en un burlón agotamiento, de Marbot trasladó su escalera de mano hasta el lugar donde había empezado a rociar la pintura y subió a ella. Burton regresó a su trabajo con los ladrillos. Rápida y eficientemente, bloqueó también aquella parte del corredor. En el momento en que terminaba, de Marbot acudió junto a él.

—Ya está listo. Ni un milímetro de pared, techo o suelo está sin cubrir. El Snark puede conectar todas las pantallas que quiera aquí. Va a estar tan ciego como yo ignorante de tus intenciones últimas.

Burton entró en el laboratorio y dijo:

—Ahora rociad las ventanillas en las puertas de los conversores. Y apartad todos los muebles que podáis mover, y rociad los lugares sin pintar donde estaban.

De Marbot hizo un gesto hacia los dos conversores móviles.

—¿Debajo de ellos también?

—Sí.

—¿Cómo piensas moverlos? Hemos estado trabajando como Sansón en Gaza, pero no somos tan fuertes como él.

—Usad vuestros sillones para desplazarlos del lugar donde están ahora.

De Marbot se dio una palmada en la frente.

—¡Por supuesto! ¡Estúpido de mí! ¡Esto se debe a que no estoy acostumbrado a los trabajos serviles! ¡Embotan mi inteligencia!

—No le eches la culpa al trabajo —dijo Burton—. ¡Hubieras debido pensar en ello!

—No se trata de un trabajo militar —dijo el francés, como si aquello lo explicara todo.

Aphra fue al corredor con Burton.

—¿Cómo vamos a salir ahora?

—Los ladrillos son normales, hechos de arcilla. Behn señaló al lanzador de rayos del hombre y lo miró a la cara. Burton asintió.

—Entonces, ¿cómo van a mantener... al Snark... fuera?

—No van a hacerlo.

Burton miró su reloj de pulsera.

—Todavía nos queda mucho por hacer. Aphra agitó la cabeza.

—No sé lo que tienes en mente —dijo.

—Lo sabrás. A su tiempo.

Tomó una escalera de mano, la colocó en la esquina de la pared de ladrillos, y empezó a utilizar el spray. Cuando llegó a la puerta del laboratorio, habiendo pintado techo, paredes y suelo del corredor de aquel lado, miró al interior. Los cables de energía conectados a las bases de los dos convertidores móviles habían sido desconectados, y los armarios habían sido arrastrados sobre el suelo pintado. Las zonas sin pintar debajo de ellos habían sido rociadas, y sus compañeros de trabajo estaban ahora recostados contra una pared, bebiendo agua. Aphra Behn estaba fumando también un puro.

—Tan pronto como hayáis descansado —dijo Burton—, venid a ayudarme a acabar de pintar el corredor.

Cuando de Marbot salió de la habitación, se detuvo, con los ojos muy abiertos.

—*Sacré bleu!* ¡Has pintado la pared de ladrillos!

—Sí —dijo Burton—. Los ladrillos *parecen* ser simplemente arcilla. Rompí uno para examinarlo por dentro. Pero es posible que el Snark haya insertado algún material conductor en ellos. Quiero asegurarme de que no puede ver a su través.

—No es muy probable —dijo de Marbot.

—No queremos correr riesgos.

—¡Ah, vosotros, malditos británicos! No es extraño que perdiéramos la guerra.

De Marbot no era sincero. Mantenía, furiosamente y con gran convicción y muchos hechos, que eran los errores y fallos de los mariscales de Napoleón —y unos cuantos del propio corso— lo que había ocasionado la caída del Imperio. Si sus bravos compatriotas hubieran sido conducidos por hombres que siempre hubieran tomado las decisiones correctas, hubieran sido imbatibles.

Burton, siempre, se había contenido de decir que lo mismo podía decirse de cualquier ejército.

Cuando hubieron terminado de rociar con pintura el corredor y la habitación de Loga, eran las 5:00 a.m.

La luz y el aire procedentes del material de las paredes y respiraderos habían sido cortados, pero las linternas y el generador de aire los reemplazaban.

—*Voilà! C'est fini!* —dijo de Marbot—. Creo.

—Crees equivocadamente —dijo Burton—. Ahora tenemos que trasladar el convertidor más

grande a la habitación secreta.

Lo consiguieron empujando el armario con uno de los sillones volantes, Burton de pie junto al sillón y operando los controles. La tarea requirió diez minutos, y la parte superior y los lados del convertidor se rayaron contra la redonda entrada. Habiendo medido el día antes las dimensiones del armario y de la puerta, Burton sabía que iba a ser justo pero realizable. Cuando hubo maniobrado el armario desde el laboratorio y lo tuvo metido en la habitación secreta, conectó el cable de loma de energía.

—Has cubierto la zona que detecta el código de entrada —dijo Aphra Behn—. ¿Qué piensas hacer si deseas entrar de nuevo? ¿O acaso vas a dejar la puerta abierta?

—La pintura puede ser rascada fácilmente si es necesario —dijo Burton.

El francés hizo un gesto hacia las paredes.

—Todo es impenetrable. El Snark ya no puede vernos ni oírnos. ¿Se nos permitirá al fin saber lo que pretendes hacer ahora?

La luz de las linternas en el suelo arrojaba densas sombras en sus rostros y los hacía parecer como máscaras. Las máscaras de gente cansada y desesperada. Los azules ojos de de Marbot y Behn, sin embargo, parecían brillar con una incansable luz. Su voluntad no estaba debilitándose.

—La toma de energía del convertidor está conectada a la línea principal de energía —dijo Burton—. Pero no se halla en los archivos esquemáticos de la Computadora, y cualquier energía que fluya por ella no es registrada por la Computadora. No lo es, por supuesto, a menos que el Snark haya cambiado las cosas. Podemos hacer cualquier cosa que queramos, y el Snark no tendrá ni la más remota idea de lo que estamos haciendo. Sabrá que estamos maquinando algo, y se preocupará al respecto. Pero no podrá averiguar lo que es a menos que baje aquí. Tendrá que venir a investigar personalmente.

—No necesita hacerlo —dijo Aphra—. Puede enviar androides.

—Si es sentiente, es decir, si es humano, se sentirá tan curioso como un mono. Deseará venir a echar una mirada personalmente.

—Quizá.

—¿Les has dicho algo a los otros? —preguntó de Marbot.

—No. No creí que fuera necesario. El francés miró su reloj de pulsera.

—Dentro de unas dos horas y media, algunos de nuestros compañeros se reunirán para el desayuno. Tú siempre estás allí. ¿No empezarán a buscarte?

—Probablemente. Y no me encontrarán. Finalmente, sabrán también que vosotros dos habéis desaparecido.

—¿Pensarán que el Snark nos ha atrapado! —dijo Aphra—. Se preocuparán.

—Eso los sacará un poco de su letargia —dijo Burton—. Al menos no se sentirán aburridos.

—Eso es un poco cruel —dijo Aphra.

—Y acudirán a buscarnos —dijo de Marbot.

—No hay muchas posibilidades de que nos encuentren —dijo Burton—. No teniendo treinta y cinco mil setecientas noventa y tres habitaciones que registrar.

—Pero pueden utilizar la Computadora, ella rastreará por ellos. Y cuando informe... Se detuvo,

sonrió, y dijo:

—Ah, entiendo. Es probable, es casi seguro, que el Snark impida que la Computadora les diga que estamos aquí.

—Empezarán a buscarnos, y el Snark hará todo lo que pueda por meterles palos entre las ruedas —dijo Burton—. Espero que eso les proporcione algo de distracción.

—Sí —dijo Aphra—, pero hubieran podido hacer lo mismo si tú se lo hubieras dicho, y no se hubieran preocupado acerca de nuestra desaparición.

—Cuanto menos sepan de nosotros, mejor. Si creen realmente que hemos desaparecido, no tendrán que fingir. No estoy seguro de que el Snark no pueda detectar su insinceridad. Después de todo, puede controlar sus voces analizando sus emociones y examinar sus *wathans*. Puede decir si están fingiendo o no.

—Es como luchar contra Dios —dijo Aphra.

—Tú lo has dicho —admitió Burton—. Y yo te digo que el Snark no es Dios. Y aunque lo fuera, estoy dispuesto a hacerle pagar su diversión.

—*Mcrbleu* —dijo Marbot—. ¿Y si no viene? ¿Qué pasará si simplemente nos deja que nos quedemos sentados aquí como ratas atrapadas en su propia trampa? ¿Qué haremos entonces?

—Tú puedes ver a una rata en su propia trampa. El no puede vernos a nosotros.

Permanecieron un rato en silencio. Se habían encerrado por voluntad propia en un pequeño rincón, pero tenían todo lo que podían necesitar para aguardar allí durante tanto tiempo como pudieran soportarlo. Había un baño en la habitación de Loga y varios en el laboratorio. Podían utilizar el conversor en el escondite de Loga para conseguir comida o cualquier otra cosa que necesitaran. El conversor estaba ahora conectado a una pequeña computadora auxiliar desconectada por completo de la principal.

Llegaron las siete. Su conversación era escasa y banal. El silencio, la luz, que parecía extraña y poco natural acostumbrados a una iluminación sin sombras, y la espera de que ocurriera algo, pesaban sobre ellos. A las siete y media, Burton sugirió a los otros dos que podían desayunar. Podían dormir en la gran cama mientras él montaba guardia.

A las ocho, los dos decidieron que podían comer algo y luego descansar un poco. El desayuno fue proporcionado por el conversor en la habitación de Loga. Burton comió poco; no deseaba sentirse pesado si era necesario un poco de acción rápida. De Marbot y Behn se fueron a la cama, pero el francés dijo:

—No voy a sentirme bien durmiendo. Puedes necesitarme.

—Todo irá bien —dijo Burton—. Tú tienes el sueño ligero. Además, no espero que el Snark haga algo inmediatamente.

—Pero no lo sabes.

—Exacto.

Burton volvió a su puesto junto a la entrada de la habitación secreta. Soñoliento, temeroso de que pudiera dar una involuntaria cabezada, empezó a caminar arriba y abajo junto a la puerta. No sabía si iba a ocurrir algo pero, si ocurría, quería que la ventaja estuviera de su parte. Fuera lo que fuese lo que ocurriera, seguramente sería algo inesperado.

Quizá estaba actuando de forma estúpida e insensata. Sin embargo, era mejor que no hacer nada en absoluto. Si él fuera el desconocido, ¿sería capaz de dejar que aquellos tres inobservados se quedaran ocultos dentro de sus paredes? ¿No empezaría a preguntarse qué estaban haciendo? ¿No intentaría pensar en todo lo que podían llegar a hacer? ¿No llegaría incluso a preguntarle a la Computadora que editara una lista de todo lo que podían hacer?

No. Él no haría eso. La Computadora no era sentiente; no tenía imaginación. Sus salidas nunca excedían a sus entradas. En eso, era distinta e inferior a los seres humanos. Algunos seres humanos.

Eres demasiado cínico, se dijo a sí mismo. ¿Lo soy realmente? ¿No hay millones, miles de millones, de gente que no son más que robots proteínicos? Difieren de ellos únicamente en que pueden sentir dolor, pesar, decepción, rabia, simpatía, empatía... bien, no muchos podían sentir eso último... imaginación... algunos de ellos... *Vive la difference!*

Frigate había dicho en una ocasión que la mayor parte de la gente eran personas y la minoría eran seres humanos.

—Lo que están intentando hacer los Éticos es convertir a la mayoría en seres humanos. Les deseo que tengan éxito, pero no espero gran cosa. Y seré el primero en admitir que yo no soy todavía un ser humano.

Frigate hablaba mucho acerca de los principios filosóficos correctos, pero hacía muy poco por actuar de acuerdo con ellos. Nur era también un filósofo, pero actuaba de acuerdo con su filosofía. ¿Y tú, Burton? ¿Qué pasa contigo?

Había explorado continentes y mentes, una legión de demonios conocidos, excepto los de Burtonia.

—Tan sólo hay una gran aventura —había dicho Frigate—, y es el descenso a uno mismo. — Estaba citando o rephraseando a un escritor del siglo XX, Henry Miller, al que el americano admiraba grandemente al mismo tiempo que despreciaba algunas de sus actitudes.

—La más oscura África, el más alto Everest, el más profundo abismo del Pacífico, están en tu propia mente. Así que, ¿por qué tan pocos se esfuerzan en conquistarlo?

—Porque es como un pez intentando describir la naturaleza del agua —había dicho Burton. Palabras, palabras, palabras. Como cotorras. Las palabras eran el plumaje de los seres humanos. ¿Cómo lo hacía uno para derribar las barreras que él mismo había levantado?

En aquel momento, algo intentó forzar sus protecciones. Hubo un rugir y un crujir, Burton dio un salto en el aire y se volvió hacia el lugar de donde procedía el ruido, su corazón latiendo tan fuertemente que casi ahogaba los demás sonidos.

Cuando miró más allá de la puerta, vio que el corredor estaba a oscuras excepto la luz de la linterna procedente del interior de la habitación de Loga y la que brotaba de la semiabierta puerta del laboratorio. No. Había también otra luz brillando a través de un enorme orificio en la pared de ladrillos. Revelaba confusamente la presencia de algo enorme y monstruoso, un cilindro horizontal con una nariz cónica, una masa oscura que avanzaba sobre ruedas hacia él.

Burton saltó dentro de la habitación, se volvió, y sacó la cabeza tanto como pudo para ver la cosa. Estaba moviéndose lentamente, como si hubiera tenido que tomar mucho impulso para romper la pared, cuyos ladrillos estaban unidos entre sí con un cemento mucho más fuerte que cualquier cosa conocida en la Tierra de su tiempo. La luz procedente de las paredes del corredor más allá del enorme orificio mostraban que el monstruo se movía sobre diez ruedas.

Burton apuntó su lanzador de rayos a un lugar más atrás de la nariz del monstruo. El extremo del rayo parecido a una varilla golpeó, pero aunque podía atravesar treinta centímetros de acroníquel en cinco segundos, no causó ninguna huella visible en la gris superficie de apariencia metálica. Retrocedió dentro de la habitación y se echó rápidamente a un lado mientras un rayo de color violeta procedente de un costado de la máquina lamía casi su hombro. Otros rayos siguieron; luego el extremo cónico del monstruo hubo pasado por delante de él. Atreviéndose a asomar de nuevo la cabeza, vio que sus potentes lanzadores de rayos estaban proyectando sus descargas en varios ángulos desde ambos costados contra todos lados.

Cuando estaba a unos pocos pasos de la otra pared que bloqueaba el corredor, se detuvo y empezó a retroceder. Los rayos seguían brotando de sus costados a intervalos de pocos segundos. Además, los ángulos de tiro estaban cambiando. Donde golpeaban aparecían lugares desnudos. La pintura era quemada y saltaba.

Burton retrocedió y se echó hacia un lado. Un rayo cruzó la puerta y quemó la pintura en la pared del fondo. Otro, en un ángulo más alto, destruyó más pintura.

—Dick, ¿estás bien? —llamó de Marbot.

—¡No estoy herido! —gritó Burton—. ¡No te asomes!

—¡No soy un estúpido! —gritó de vuelta el francés.

Pero era estúpido; al menos, desde el punto de vista de Burton, lo era. De Marbot apareció corriendo por su lado y salió al corredor en dirección a la máquina. Burton le gritó que se detuviera. El francés no dudó, sino que saltó a lomos del juggernaut y se agarró a un travesaño en su parte superior. Burton había esperado que los rayos lo cortaran a rodajas, pero los lanzadores detuvieron su acción en el momento en que de Marbot apareció corriendo en el pasillo. Más tarde, Burton se preguntó si los rayos que habían sido lanzados contra él no tendrían otra finalidad que la de desanimarle a avanzar hacia el monstruo o seguirle cuando se retirara.

Ahora la máquina retrocedió pasando la abertura que conducía a la habitación de Loga. De Marbot, aferrándose con una mano a ella y sonriendo, saludó a Burton.

—¡Bájate de ahí! —gritó Burton—. ¡No puedes hacerle nada! ¡Bájate antes de que te mate!

—¡Allá donde vaya ella, iré yo! —exclamó de Marbot.

Entonces perdió toda su valentía, porque la máquina, tras detenerse, aceleró de pronto hacia adelante, con sus neumáticos chillando mientras ardían contra el suelo. Todos sus rayos habían sido desactivados, pero ahora uno brotó de su nariz. La lanza violeta golpeó la pared de ladrillos y la atravesó, y entonces el rayo se abrió hasta convertirse en un cono, que fundió los ladrillos en todo su radio de acción, abriendo una abertura tan sólo lo suficientemente grande como para que la máquina

pasara por ella.

De Marbot, sin embargo, se había soltado lanzando un grito antes de que los ladrillos del borde de la abertura lo golpearan. Se dejó caer en el suelo, boca abajo, silencioso.

—¡Ese sapo estúpido! —dijo Burton. La máquina estaba girando de forma culebreante en un lejano recodo, revelando que no era de una sola pieza sino que tenía articulaciones que le permitían doblar esquinas, aunque con justeza. De Marbot estaba sentándose en el suelo en aquel momento, sujetándose la cabeza.

Burton corrió hacia él, ganándole a Aphra por unos pocos pasos.

—¿Estás herido?

De Marbot se irguió, sentado, hizo una mueca, y sonrió.

—Sólo mi orgullo. Me asusté. Grité de miedo. Ayudado por Burton, se puso en pie.

—Tengo unos cuantos arañazos, magulladuras y contusiones. He sufrido muchas veces revolcones a causa de un caballo mientras batallaba por mi glorioso emperador, ¡pero nunca, nunca, cabalgué durante tan poco tiempo!

Aphra lo rodeó con sus brazos y hundió la cabeza del hombre contra su pecho.

—¡Estúpido hijo de puta! ¡Me asustaste mortalmente!

—Pero no tienes que llorar ningún cadáver —dijo él, dándole un achuchón—. ¡Oh, mis pobres brazo y hombro! ¡No podré abrazarte, mi pequeño repollo, con mi acostumbrada fuerza y amor!

Ella se soltó y se secó las lágrimas con los dedos.

—¡Tu pequeño repollo, y un cuerno! No soy ningún vegetal. ¡Soy una mujer! ¡Una mujer que está muy irritada contigo y tus heroicidades!

—Entonces una rosa con espinas quizá, ¿no?

Burton miró a ambos lados del corredor. Nadie a la vista.

—¿Por qué saltaste encima de esa cosa? —dijo—. ¿Qué esperabas conseguir?

—Pensaba cabalgarla hasta su madriguera, donde quizá pudiera descubrir a su amo, el Snark, esperándola. Y entonces hubiera podido sorprenderlo y tomarlo prisionero o matarlo si era necesario. Pero olvidé, en el calor del combate, que la cosa iba a abrir solamente un agujero lo suficientemente grande como para poder pasar ella.

—Has tenido suerte de no haber perdido completamente los sesos —dijo Burton. Compartía una buena parte de la irritación de Aphra; sentía un gran afecto hacia el francés—. Fue algo magnífico, pero militarmente dejaba mucho que desear.

—Oh, simplemente estás celoso porque a ti no se te ocurrió hacerlo.

Burton se echó a reír.

—Quizá tengas razón.

Señaló los lugares donde la pintura había sido quemada.

—Ahora el Snark puede vernos y oírnos.

—¡Por la sangre de todos los dioses! —dijo Aphra—. No ha hecho más que demostrarnos lo débiles e indefensos que somos. ¡Ni siquiera podemos ocultarnos de él!

—Pero le obligamos a actuar —dijo Burton—. Tenía que descubrir lo que estábamos haciendo aquí. No nos desdeña lo suficiente como para ignorarnos.

—Y para eso he trabajado como un esclavo rociando pintura, sudando como un condenado para nada —dijo de Marbot.

—Conseguiste una cabalgada muy poco usual. De Marbot mostró sus dientes.

—Sí. ¡Valió la pena!

Burton no estaba tan seguro. No habían conseguido nada. Es más, probablemente la máquina poseía cámaras que le habían mostrado al Snark la puerta abierta a la habitación secreta de Loga.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —dijo Aphra—. ¿Volver a nuestros apartamentos como unos cachorrillos traviesos a los que les han dado unos azotes?

Burton no respondió debido a un grito que sonó a su derecha. Un sillón volante estaba suspendido cerca de la intersección del corredor, y la voz había brotado de detrás de la especie de cortina que cubría el sillón. Había sido sujetada mediante un armazón del que colgaba un plástico transparente. El hombre en el sillón estaba sentado con las piernas recogidas en el asiento.

—¿Quién es? —dijo Marbot.

—Frigate —respondió Aphra, habiendo reconocido la voz.

El sillón avanzó rápidamente y se posó en el suelo, y Frigate corrió la cortina, que formaba una especie de cabina sobre el sillón. Salió, miró a su alrededor, y dijo:

—¿Qué ha ocurrido?

Burton se lo explicó. Luego el americano tuvo que decirles a de Marbot y Behn por qué estaba allí y cuál era la finalidad de la cortina.

—Dick quedó de acuerdo conmigo para que acudiera aquí ocho horas después de que vosotros tres os hubierais marchado. Esta especie de cabina hecha con el plástico transparente es para impedir que mi calor corporal sea detectado por la Computadora.

—Dijiste que solamente nos habías alistado a nosotros. De Marbot miró a Burton con reproche.

—No digo la verdad cuando resulta útil no hacerlo —dijo Burton—. Pensé que sería mejor si tenía a dos siguiéndonos pero sin que vosotros lo supierais. No quería que tú y Aphra os dijerais nada al respecto.

—¿Dos? —dijo de Marbot—. ¿Quién es el otro?

—Se supone que Nur debe llegar de un momento a otro por el otro lado del corredor —dijo Burton, señalando en la dirección por la cual se había marchado la máquina.

—¿Y qué crees que ha ocurrido? —dijo de Marbot—. ¿Crees que quizá Nur puede haber seguido a la máquina hasta su escondrijo?

—No lo sabremos hasta más tarde. Burton se volvió hacia Frigate.

—Supongo, puesto que no has informado de nada, que no has visto nada.

—Correcto.

—La máquina puede haber ido en cualquier dirección en este laberinto. Aguardaremos aquí hasta que llegue Nur.

—Si el Snark no lo ha atrapado —dijo Frigate.

—Eres tan optimista —dijo Aphra.

—Simplemente considero todas las posibilidades —dijo Frigate, un poco acaloradamente—. No es culpa mía el que las posibilidades negativas superen siempre a las positivas.

—No lo hacen. Lo que ocurre es que tú simplemente ves con mayor facilidad el lado oscuro de las cosas que el claro.

Burton miró su reloj de pulsera. Habían pasado cinco minutos desde que la máquina se había abierto camino y había desaparecido. Aguardaría hasta treinta. Si Nur no aparecía por entonces volverían a sus apartamentos. Quizá tuvieran que aguardar un tiempo hasta que Turpin, Alice y Li Po regresaran de buscarles. Si, por supuesto, habían decidido ir a buscarles. La lógica podía indicarles que permanecieran juntos en un solo apartamento para una mejor defensa.

Una voz los sobresaltó. Era la de Nur, hablando desde el otro lado de la más cercana pared de ladrillos.

—No disparéis. Soy yo, Nur. Tengo buenas noticias.

—Adelante —dijo Burton.

El hombrecillo entró. Se sacó el material plástico que llevaba sobre su rostro y se quitó los guantes y la chaqueta.

—Es caluroso —dijo.

Burton salió fuera. El sillón de Nur, equipado con una cabina como la de Frigate, estaba estacionado junto a la pared. Burton volvió dentro. Nur estaba sonriendo, como siempre.

—Atrapé al Snark fuera de su habitación secreta. Avancé a toda velocidad surgiendo de la parte oscura del corredor y le grité que se rindiera. Ella se negó; empezó a sacar su lanzador de rayos de su funda. De modo que tuve que dispararle.

—¿Ella? —dijo Burton.

—Sí. Sabíamos que el desconocido podía ser de cualquiera de los dos sexos, pero desde un principio hablamos de él en masculino, de modo que todos llegamos a la conclusión inconsciente de que debía ser un él. Vosotros, al menos. Yo no.

Nur dijo que sería mejor que los llevara a la escena de su descubrimiento y luego les explicara lo que había ocurrido. Lo siguieron en sus sillones a través de la brecha en la pared, recorrieron un pasillo, giraron, y se detuvieron a unos treinta metros de la esquina. La desconocida yacía de espaldas, ojos y boca abiertos, una delgada herida cauterizada en su garganta allá donde el rayo de Nur la había atravesado de parte a parte. Era de baja estatura y delgada, e iba vestida con una camisa escarlata, unos pantalones azul celeste y unas sandalias amarillas. Un lanzador de rayos yacía cerca de su abierta mano en el suelo.

—Es mongola —dijo Nur. El que señalara algo tan obvio mostraba que no estaba tan calmado como aparentaba—. No sé si es china, japonesa, o de alguna otra de las nacionalidades mongólicas. Li Po quizá pueda decírnoslo. Pero eso es irrelevante.

Había una gran abertura redonda en la pared, cuya puerta circular había rodado al interior de su alvéolo. Al otro lado debía estar su apartamento, donde había permanecido oculta mientras se mantenía informada de los movimientos de los ocho. Pantallas murales mostraban todas las habitaciones en sus apartamentos. Las camas de Alice, Tom Turpin y Li Po estaban vacías; otra pantalla los mostraba en la mesa, jugando a cartas en el apartamento de Turpin. Si estaban alarmados, no lo mostraban. Aparentemente, habían decidido que sus colegas habían desaparecido porque Burton estaba llevando a cabo uno de sus planes secretos, o se habían quedado allí juntos para mayor

seguridad. Tal como resultó, habían decidido quedarse allí por ambas razones.

Burton, sin embargo, iba a tener que soportar sus reproches cuando regresara al apartamento. No le costaría mucho soportarlos porque regresaría con la victoria en el bolsillo.

La noche antes, Peter Frigate y Nur el-Musafir habían ido a sus respectivos dormitorios. Esperaban que el Snark estuviera durmiendo y que la Computadora despertara al Snark solamente si detectaba a alguien abandonando la suite para entrar en el corredor. Los únicos detectores en funcionamiento, esperaban, debían ser los dispositivos de calor. Estaban rezando para que ninguna pantalla vídeo estuviera en la pared del corredor frente a la puerta de la suite.

Los dos ordenaron a sus conversores un par de trajes y cascos para ellos y cabinas para los sillones. Aquello podía serle informado al Snark, pero apostaban a que la Computadora —si había registrado esas acciones— no las sometería al Snark hasta que éste se despertara.

Vestidos con sus atuendos retenedores del calor, llevando los armazones de las cabinas para sus sillones, Frigate y Nur habían abandonado la suite. Y los sensores de la pared no habían sido activados por ellos. El desconocido, no habiendo tomado medidas contra tales camuflajes, había seguido durmiendo. Al contrario de la Computadora, hubiera podido imaginarlos, pero no lo había hecho.

—Tuvimos mucha suerte —dijo Burton—. Los acontecimientos se pusieron a nuestro favor, aunque hubieran podido ponerse con la misma facilidad en nuestra contra. De hecho, las posibilidades de que tuviéramos éxito no eran muy altas.

—Piensas que tuvimos demasiada suerte —dijo Nur. Burton aguardó a que elaborara más su idea, pero Nur dijo—: Lo primero que pensé cuando la maté... sólo tenía intención de hierirla... fue que ella debía haber arreglado las cosas para una resurrección automática e inmediata.

Siguieron al moro al interior de la habitación. En una esquina había un conversor, y a unos pocos pasos de distancia, tendido boca abajo, había otro cuerpo de la mujer. La consola de la computadora auxiliar había resultado destruida por los rayos.

—Entré en esta habitación tan pronto como la hube matado —dijo Nur—. Su cuerpo acababa de ser formado, y estaba corriendo para alcanzar un lanzador de rayos que había sobre la mesa. Le grité que se detuviera. Me ignoró, de modo que le disparé. Inmediatamente inutilicé la computadora e impedí así una tercera resurrección. Desgraciadamente, el rayo destruyó también la grabación corporal.

Condujo a Burton hacia la ruina y señaló a una sección que había resultado alcanzada. Dentro de ella había una ennegrecida, medio fundida, arrugada cosa del tamaño de una baya que había contenido todo lo necesario para duplicar el cuerpo hasta su nivel submolecular.

—Me sentiría abrumado por los remordimientos y el pesar si creyera que había eliminado por completo sus posibilidades de ser resucitada de nuevo. Pero estoy seguro de que debe existir otra grabación en los archivos de la Computadora. Dudo que podamos llegar a ella, de todos modos. Seguramente debe haber inhibido a la Computadora de permitirnos alcanzarla.

—Veremos —dijo Burton—. De todos modos, probablemente tengas razón.

—¿Y quién infiernos era? —dijo Frigate—. ¿Qué estaba haciendo aquí? Loga dijo que todos los Éticos y sus Agentes estaban muertos. Si tenía razón, entonces no era uno de ellos. ¿Pero qué otra

cosa podía ser?

—Uno de los enemigos de Loga, de otro modo no lo hubiera eliminado —dijo Nur—. Pero si no era un Ético ni un Agente, ¿qué razón tendría para encargarse de él? Y si solamente deseaba un completo poder, ¿por qué no nos mató a nosotros?

—Quizá Monat el Operador era mucho más previsor de lo que Loga esperaba —dijo Aphra lentamente—. Quizá Monat hizo los arreglos necesarios para que un Agente, esta mujer, fuera resucitado si ocurrían algunos acontecimientos. Algunos acontecimientos en general, quiero decir. Monat no podía haber anticipado todos los acontecimientos en particular.

Burton pidió a la Computadora que identificara a la mujer muerta. La Computadora replicó que los datos no estaban disponibles, y que no podía decir por qué.

Burton preguntó si la grabación del cuerpo de la mujer muerta estaba en sus archivos.

La Computadora dijo que aquella información no estaba disponible.

—Otro misterio —dijo Frigate, y gruñó.

Burton pidió a la Computadora que localizara la máquina que había roto las paredes de la barricada. Como había esperado, recibió la respuesta de que aquella información no estaba disponible.

—He visto todos los robots que contiene la torre —dijo Burton—. En una ocasión hice que la Computadora me los mostrara en una pantalla. Esa máquina no estaba entre ellos.

La mujer debía haberla hecho construir por la Computadora con la única finalidad de derribar las paredes.

Nur y Frigate arrastraron el cuerpo del corredor y lo dejaron junto al otro cuerpo cerca del armario. Puestas boca arriba, una al lado de la otra, las dos mujeres parecían hermanas gemelas.

—¿Las desintegramos en el conversor? —dijo Nur.

—Una de ellas —dijo Burton—. Quiero que la Computadora examine a la otra.

—¿Para comprobar si tiene una bolita negra en el cerebro? Burton hizo una mueca. Nur siempre parecía ser capaz de leer su mente.

—Sí.

Entre los dos metieron uno de los cuerpos en el armario y ordenaron a la Computadora que se hiciera cargo de él. Una luz blanca llenó el armario y, cuando miraron a través de la ventanilla de la puerta, el armario estaba vacío. Ni siquiera quedaban cenizas en él.

El otro cadáver fue colocado sobre una mesa encima de la cual había un gran dispositivo en forma de domo. Aunque no hubo ninguna exhibición de energía, el interior del cuerpo fue mostrado en una pantalla en una serie de imágenes. Burton hizo que la Computadora fuera pasando las imágenes hasta llegar a la que deseaba. *Había* una pequeña esfera negra en la parte anterior del cerebro. Había sido implantada quirúrgicamente y, actuando a un código subvocalizado, desencadenaba un veneno en el cuerpo del portador, matándolo instantáneamente.

—Así pues era un Agente.

—Pero seguimos sin saber cuándo llegó aquí o cuáles eran sus intenciones finales —dijo Frigate.

—Por el momento —dijo Burton— no lo necesitamos saber. Es suficiente habernos librado del Snark, Ahora estamos a nuestros propios medios, libres.

Estaban libres, sin embargo, tan sólo en un cierto sentido. Burton preguntó a la Computadora si las inhibiciones instaladas por la mujer habían sido anuladas ahora. La respuesta fue no.

—Entonces, ¿cuándo quedarán liberadas? La Computadora no lo sabía.

—Estamos en un callejón sin salida —dijo Frigate.

—No para siempre —respondió Burton. Su confianza era más aparente que real.

En aquella quizá perdida para siempre Tierra, tan lejos en la distancia y en el tiempo, en el año 1880 d.C., en la ciudad de Londres, Inglaterra, apareció un libro editado de forma particular. Estaba titulado *La Kasîdah de Hâjî Abdû El-Yezdî*, un «Poema de la Ley Superior»^[1]. Traducido y anotado por Su Amigo y Pupilo F.B. Las iniciales correspondían a Frank Baker, un seudónimo del Capitán Richard Francis Burton. «Frank» era su segundo nombre; «Baker» era el nombre de soltera de su madre. Hasta después de su muerte no apareció su verdadero nombre en una reedición.

El poema, elaborado en dísticos imitando la forma árabe clásica, se suponía era la obra de un sufí persa, Haji Abdu de la ciudad de Yezdi en Persia. Haji era un título llevado por cualquier musulmán que hubiera efectuado el peregrinaje a la Meca. El propio Burton, habiendo efectuado el peregrinaje, disfrazado como un musulmán, podía llamarse a sí mismo un Haji. En aquel poema, Burton derramaba su sabiduría, pesimismo, enorme conocimiento, y agnosticismo, la Visión del Mundo y el Dolor del Mundo burtonianos. Como Frank Baker, había efectuado anotaciones al poema de «Abdu» y escrito un epílogo que expresaba una visión en cierto modo cínica e irónica de sí mismo. La risa era, por supuesto, triste.

El prefacio resumía su filosofía, elaborada tras cincuenta y nueve años de vagar por el único planeta que nunca había conocido... o así pensaba en aquel tiempo.

(El comentario de Frigate a tal afirmación era que podía ser válida. Pero si Burton pretendía dar a entender que los *individuos* recibían una cantidad igual de felicidad y miseria, estaba equivocado. Alguna gente se tambaleaba bajo un gran peso de miseria y apenas conocía la felicidad para aligerar su carga. Otros recibían más cantidad de la que les correspondía de felicidad. De todos modos, Burton no había definido lo que quería dar a entender por felicidad y miseria. Aunque, naturalmente, no tenía que hacerlo en lo relativo a la miseria. Todo el mundo sabía lo que era eso. La felicidad, sin embargo, ¿qué era con exactitud? ¿Simplemente liberarse del dolor y los problemas? ¿O una cualidad positiva? ¿Era el sentirse satisfecho la felicidad? ¿O te sentías satisfecho de sentirte feliz?).

Hace del cultivo de uno mismo, con la debida atención hacia los demás, el único y suficiente objetivo de la vida humana.

(¿Qué hay acerca de tus hijos?, había dicho Alice. Tienes que cultivarlos más de lo que te cultivas a ti mismo a fin de que puedan ser mejores, más felices y más ajustados que tú mismo. Cada generación debería ser una mejora con respecto a la anterior. Admitiré, sin embargo, que eso raras veces ocurre. Quizá tengas razón en que no puedes cultivar adecuadamente a tus hijos si no te has cultivado adecuadamente a ti mismo. Pero tú no tienes hijos, ¿verdad?).

(El cultivo de uno mismo es un principio importante y vital, había dicho Nur. Nosotros los sufíes lo acentuamos, teniendo en mente que exige autodisciplina, compasión e inteligencia. Pero la mayor parte de la gente lo lleva hasta su extremo y convierte el cultivo de uno mismo en el centrar las cosas en uno mismo. Esto no es sorprendente. La humanidad siempre hace las cosas con exceso. Es decir la

mayor parte de la gente lo hace).

Sugiere que los afectos, las simpatías, y el «divino don de la Compasión» son las mayores alegrías del hombre.

(Una pulgarada de compasión añade sabor a la sopa de la vida, había dicho Nur. Demasiada, la estropea. La compasión puede conducir al sentimiento y a la sensiblería).

(La compasión alimenta un sentimiento de superioridad, había dicho Frigate. Conduce también a la autocompasión. No es que desaprobe eso. Hay una alegría exquisita en la autocompasión, si es complaciente de tanto en tanto, aquí y allí, y terminas riéndote de ti mismo).

(Olvidas incluir el sexo, había dicho Aphra Behn. Aunque supongo que el sexo forma parte de los afectos y simpatías).

(Crear algo, una pintura, un poema, música, un libro, una estatua, un mueble, dar nacimiento a un niño, educar a ese niño propiamente... esas son las más grandes alegrías de un hombre o de una mujer, había añadido Frigate. Aunque también hay mucho que decir de crear prístinas y resplandecientes porquerías).

Aboga la suspensión del juicio, con una adecuada sospecha acerca de los «Hechos, la más ociosa de las supersticiones».

(Pero llegará un momento en el que debes juzgar, había dicho Nur. Primero, sin embargo, debes estar seguro de que estás cualificado para juzgar. ¿Y quién sabe eso?).

(Los hechos de una persona son otra superstición, había dicho Frigate. ¿Y qué significa eso, por cierto?).

(Puedes creer tan sólo en lo que ves, había dicho Li Po. E incluso entonces no puedes estar seguro. Quizá realmente puedas creer tan sólo en lo que has visto, en lo que has imaginado. Los dragones y las hadas existen porque yo creo en ellos. Una roca es un hecho, y así pertenece a mi imaginación).

Finalmente, aunque destructivo en apariencia, es esencialmente reconstructivo.

(El hombre es el único animal que piensa en el *debería ser* antes que en el *es*, había dicho Nur. Por lo cual el hombre es el único animal que cambia conscientemente el entorno para que se adapte a él. Y normalmente lo expolia debido a su estupidez y excesos. Hay excepciones a esta regla, por supuesto).

(Una espléndida afirmación, había dicho Alice. Pero Dick Burton siempre ha sido autodestructivo. ¿Cuándo, si se produce alguna vez, dejará de destruirse a sí mismo?).

En cuanto a otros detalles relativos al Poema y al Poeta, el lector curioso es remitido al

final del volumen. Viena, noviembre de 1880.

(¿Se te ha ocurrido pensar, había dicho Nur, que estás acercándote al final de ese libro que tú llamas Richard Francis Burton? Ha sido publicado en dos volúmenes, Burton/Tierra y Burton/Mundo del Río. Esta torre puede ser El Final).

(Siempre ha sido una excelente filosofía vivir como si fueras a morirte a la siguiente hora, había dicho Frigate. Todo el mundo acepta eso, pero la única gente que lo vive es aquella que sabe que va a morir pronto. Y ni siquiera ellos).

(Es por eso por lo que me gusta retozar en la cama siempre que es posible, había dicho Aphra. Marcellin, ¿estás de humor?).

(Incluso el más ardiente soldado necesita un reposo de tanto en tanto, había dicho de Marbot. En este momento, soy un viejo, débil y desengañado veterano).

Burton también se sentía como un débil y desengañado veterano. Había estado cabalgando, conduciendo a los demás, demasiado duramente y durante demasiado tiempo. Ahora que había cruzado el último de centenares de obstáculos con los que había tenido que enfrentarse a la vez, necesitaba descanso y diversión. Los problemas que debían ser resueltos, aquellos representados por la Computadora, podían ser examinados más tarde.

Sin embargo, pensó, mientras se miraba al espejo, mi aspecto no es el de haber vivido sesenta y nueve años en la Tierra y sesenta y siete años aquí. Mi rostro no es el de un hombre de ciento treinta y seis años. Es el rostro que tenía cuando era un joven de veinticinco. Menos el largo bigote colgante color ala de cuervo, un peludo creciente de luna. Los Éticos habían arreglado las cosas de modo que a los hombres resucitados no les creciera pelo en el rostro, un arreglo que Burton siempre había lamentado. Era cierto que así los hombres no tenían que afeitarse, pero ¿y los sentimientos —los derechos— de aquellos que deseaban bigotes y barbas?

Ahora que estoy en la torre, pensó, ¿por qué no cambiar esos despóticos arreglos? Seguramente tiene que haber una forma de conseguir que el pelo empiece a crecer de nuevo en mi rostro.

En la Tierra, se había visto afligido —quizá la palabra afligido fuera demasiado fuerte— por un ligero estrabismo. Tenía un «ojo errante». En más de un sentido. Su pequeño defecto había sido corregido por la Computadora cuando había sido alzado de entre los muertos en el Valle del Río.

Así, la pérdida de la barba se contrarrestaba con la corrección del foco. Pero ahora, ¿por qué no tener ambas cosas?

Tomó nota mental de ocuparse de aquella cuestión.

«La frente de un dios, la mandíbula de un demonio», había escrito de él algún impresionable biógrafo. Una acertada descripción, sin embargo. Y una que describía a las dos personalidades que yacían en su interior, la que ansiaba el éxito y la que ansiaba el fracaso.

Esto es, si los libros escritos sobre él eran correctos en sus juicios.

Algunos de ellos estaban ahora sobre la mesa. Había pedido alguno de los títulos sugeridos por Frigate, y la Computadora los había impreso y encuadernado para él, y había depositado sus reproducciones en un conversor. El mejor, decía Frigate, era *El demonio viajero*, escrito por una mujer americana, Fawn M. Brodie, publicado por primera vez en 1967.

—Yo tenía intención de escribir una biografía tuya cuando ese libro salió a la luz —había dicho Frigate—. Pero era un libro tan excelente y completo que no animaba a los demás a escribir biografías tuyas después de aquélla. Siempre serían inferiores. De todos modos, puede que no te guste *El demonio viajero*. Brodie no pudo impedir el analizarte en términos freudianos. Por otra parte, quizá puedas decirme si tenía razón o no. Pero por supuesto, tú eres la última persona para juzgar eso, ¿verdad?

Burton no había leído el texto todavía, pero había contemplado las reproducciones de las fotografías. Había una de él a la edad de cincuenta y un años, un cuadro pintado por el famoso artista Sir Frederick Leighton, que se hallaba expuesto por aquel entonces en la Galería Nacional de Retratos de Londres. Su expresión era fiera, isabelina, bucanera. Leighton lo había representado en

un ángulo que resaltaba la alta frente, los abultados arcos supraorbitales, las espesas cejas, la ansiosa y hambrienta expresión de sus ojos, la prominente mandíbula, los altos pómulos. La cicatriz dejada por una lanza somalí era protuberante; Leighton había insistido en reflejarla, y Burton no había puesto ninguna objeción. Una cicatriz, si había sido conseguida honorablemente, era una especie de medalla, y él, que hubiera debido haber sido cubierto de medallas reales, se había visto privado de muchas de ellas.

—Parcialmente por culpa tuya —había dicho Frigate—. Puedo comprender esto, y simpatizar con ello. Yo también fui, soy, un autofracasado.

—El lema de mi familia era «Honor, no honores».

Al lado opuesto del retrato de Leighton había una fotografía de su esposa, Isabel, hecha en 1869, cuando tenía treinta y ocho años. Tenía un aspecto rollizo, regio, agradable. Como una madre amable pero dominante, pensó. Unas cuantas páginas más atrás había un retrato de ella hecho por el artista francés Louis Desanges en 1861, cuando se había casado con Burton. Parecía joven, amante y optimista. Junto con el de ella estaba el cuadro de Burton que Desanges había pintado al mismo tiempo. Ella tenía treinta años; él, cuarenta. Su bigote caía casi hasta sus clavículas, y su aspecto era realmente sombrío y fiero. Y lo gruesos que eran sus labios. Lo cual había sugerido a algunos biógrafos, y oírás personas, la existencia de una naturaleza abiertamente sensual. Mientras que los labios de Isabel eran tan delgados y severos y fruncidos. Un defecto en un rostro por lo demás perfectamente hermoso. Labios delgados. Labios gruesos. Amor, ternura y alegría versus fiereza, ambición y pesimismo. Isabel, rubia; él, moreno.

Volvió las páginas hasta una fotografía de él a los sesenta y nueve años, en 1890, y otra de él mismo e Isabel, aquel mismo año, aquel mismo lugar, Trieste. Había sido tomada por el doctor Baker, su médico personal, bajo un árbol en el palio trasero de su casa. Burton estaba sentado en una silla, no visible en la fotografía, una mano en la empuñadura de su bastón de hierro, la otra apoyada sobre su muñeca derecha. Los dedos parecían esqueléticos: la mano misma de la Muerte. Llevaba un alto sombrero hongo gris, un rígido cuello blanco, y un traje de mañana gris. Los ojos en el demacrado rostro parecían los de un prisionero agonizante. Lo cual, en un cierto sentido, era auténtico. Poca de la fiereza de las anteriores fotos estaba allí.

A su lado, con los ojos bajos, mirándole, una blanca mano alzada, con un dedo extendido como si estuviera reprendiéndole, se hallaba Lady Isabel. Gorda, gorda, gorda. Mientras él se contraía, ella se expandía. Sin embargo, según Frigate, mientras ella sabía que él se estaba muriendo, llevaba también en su cuerpo las semillas de la muerte, un cáncer. No le había dicho a él ni una sola palabra al respecto; no deseaba preocuparle más.

Con su traje negro y su sombrero, parecía una monja, una enfermera monja. Amable pero firme. Decidida.

Contrastó el joven en el espejo con el de la fotografía. Aquellos viejos, viejos ojos. Hundidos, desesperados, perdidos. Los de un prisionero sin esperanzas de indulto o perdón. Lunas en eclipse.

Recordó como en Trieste, en setiembre, el último mes de su vida, había comprado unos pájaros enjaulados en el mercado, los había llevado a casa, y allí los había soltado. Y como, un día, se había detenido delante de un mono en una jaula.

—¿Qué crimen cometiste en algún otro mundo. Jocó, para estar ahora enjaulado y atormentado y pasando por este purgatorio personal? —le había dicho. Y, agitando la cabeza, había murmurado mientras se alejaba—: Me pregunto lo que hizo. Me pregunto lo que hizo.

Este mundo, el Mundo del Río, era un purgatorio, si lo que habían dicho los Éticos era cierto. El purgatorio era el más duro de los tres mundos después de la muerte, cielo, purgatorio e infierno. En el cielo te sentías libre y en éxtasis y sabías que el futuro siempre sería bueno. En el infierno, aunque sufieras, sabías desde un principio cuál iba a ser tu futuro. No necesitabas forcejear hacia la libertad; sabías que nunca la alcanzarías. Pero en el purgatorio sabías que ibas a terminar en el infierno o en el cielo, y que el resultado final dependía de ti. Con la alegría y la libertad del cielo como una zanahoria ante tus ojos, te debatías infernalmente en el purgatorio. Sabías la teoría de cómo conseguir un billete al cielo. Pero la práctica... ah, la práctica... la práctica te eludía. Te sentías desgarrado por todas partes.

La Tierra había estado erizada con zanahorias de muchas clases: físicas, mentales, espirituales, económicas, políticas. De todas ellas, una de las mayores, si no la mayor, era el sexo. Frigate había escrito en una ocasión una historia en la cual Dios había hecho a todos los animales, incluidos los humanos, con un sólo sexo. A todas las especies les faltaban los machos; sólo existían las hembras. Las mujeres se fecundaban a sí mismas comiendo los frutos de los árboles de esperma. El proceso de fertilización era muy intrincado en la historia, con las mujeres proporcionando los genes en sus excrementos y los árboles recogiénolos a través de sus raíces. De este modo, los machos eran innecesarios y no estaban incluidos en el mundo paralelo que Frigate había imaginado.

Cada tres años, las mujeres se veían afligidas por un frenesí arbóreo y devoraban compulsivamente sus frutos hasta que quedaban embarazadas. Mientras tanto, las mujeres se enamoraban las unas de las otras, vivían entre ellas amistosamente o apasionadamente o furiosamente, sentían celos, cometían adulterio, y por supuesto practicaban a menudo desviaciones eróticas. Una de las cuales, y no la menos común, era enamorarse de un árbol en particular y comer sus frutos fuera de estación.

El argumento principal de la historia residía en los celos dementes de una mujer que, pensando que había sido embarazada por el árbol de su amante, lo derribaba a hachazos. Abrumada por el dolor, su amante se retiraba a un convento.

Un argumento secundario se refería a una escritora de ciencia ficción que había imaginado otro mundo en el cual los árboles no eran de esperma. En vez de ello, las mujeres tenían compañeros que eran físicamente su reflejo excepto que no tenían glándulas mamarias y estaban equipados con un órgano como una raíz que arrojaba semillas en los úteros de sus amantes.

Este método, según la escritora de ciencia ficción en la historia de Frigate, era un método mucho mejor y eliminaba también la competencia con relación a los árboles. Los compañeros con los órganos como raíces eran muy parecidos a los árboles en el sentido de que su naturaleza vegetal los hacía sometidos a las mujeres. Pero, al contrario de los árboles, eran útiles para otras cosas además de la reproducción. Se ocupaban del trabajo de la casa y de los campos y cuidaban de los bebés mientras las mujeres jugaban al bridge o asistían a los mítines políticos.

Al final, sin embargo, las criaturas-raíz, siendo más humanas que los vegetales y más musculadas

que las mujeres, se rebelaban y convertían a las mujeres en sus sirvientes.

Burton, oyendo la historia de Frigate, había sugerido que una idea mejor hubiera sido hacer a los humanos con un sólo sexo, el masculino, y hacer que ellos fecundaran a los árboles. Los machos obtendrían así la mayor parte de su comida de los frutos de los árboles. Sin embargo, siendo humanos, los machos desearían poder, de modo que guerrearían entre sí por la posesión de los árboles. Los que salieran victoriosos serían recompensados con enormes harenes arbóreos. Los derrotados serían o bien muertos o conducidos a los bosques para satisfacerse con especies inferiores de vegetación, arbustos con los que podrían fornicar pero con los que no podrían concebir hijos.

—Una buena idea —había dicho Frigate—, pero ¿quién se haría cargo de los hijos? Los árboles no podrían. Además, el macho victorioso, el propietario del harén, o bosquecillo, estaría tan ocupado guardando sus árboles de otros machos que descuidaría a los niños. La mayoría de ellos morirían. Y si era vencido por otro macho, sus hijos serían abandonados hasta que murieran o quizá serían asesinados por el conquistador. El vencedor no desearía hacerse cargo de los hijos de otro hombre.

»No, ese no parece ser un sistema perfecto de reproducción y cuidado de los hijos, ¿no? —había dicho Frigate—. Quizá Dios sabía lo que estaba haciendo cuando nos hizo macho y hembra.

—Quizá Sus elecciones eran limitadas, y escogió la mejor. Tal vez la perfección no sea posible en este universo. O, si lo es, quizá la perfección elimine el progreso. La ameba es perfecta, pero no puede evolucionar a algo distinto. O, si lo hace, deja de ser una ameba y debe ceder algo de su perfección a cambio de algunas ventajas, equilibradas o desequilibradas con algunas desventajas.

Y así, la escisión del *Homo sapiens* en dos especies en el mundo real y en los antojos del Destino unió al teniente general Joseph Netterville Burton y a Martha Baker, el presuntuoso e hipocondríaco padre y la corruptora de hijos y seductora pero moralista madre. Se habían casado después de un corto noviazgo, posiblemente debido a que el oficial retirado con media paga se había visto inducido por la fortuna de Martha a casarse con ella. En un tiempo había tenido dinero, pero no había sabido conservarlo. Aunque despreciaba a los jugadores, no consideraba que la especulación mercantil fuera algo no cristiano.

Una noche por los alrededores del 19 de junio de 1820, el teniente general había arrojado millones de espermatozoides en el seno de la heredera, y uno de ellos había vencido culebreando a todos los demás en su carrera hacia el óvulo que aguardaba en su guarida. La combinación de genes al azar había dado como resultado a Richard Francis Burton, el mayor de tres hermanos, nacido el 19 de marzo de 1821 en Torquay, Devonshire, Inglaterra. La madre de Richard había sido afortunada no viéndose infectada por las fiebres puerperales, que mataban a tantas mujeres que daban a luz en aquellos días. Richard también fue afortunado atrapando tan sólo una de las enfermedades infantiles que llevaban a tantos niños a la tumba por aquel entonces. El sarampión le golpeó fuertemente, pero sobrevivió a él sin secuelas.

El padre de su madre se sintió tan encantado cuando su hija dio a luz un niño pelirrojo y de ojos azules que decidió cambiar su testamento y legar el grueso de su fortuna a Richard en vez de al hermanastro de Martha. La señora Burton luchó contra ello, una acción por la cual Richard nunca

perdonó realmente a su madre. Finalmente, el abuelo decidió ignorar las argumentaciones de su hija y decidió las cosas de modo que su querido nieto heredara. Desgraciadamente, el señor Baker murió de un ataque al corazón mientras se dirigía en su coche a su abogado. Su hijo recibió el dinero, fue engañado por un timador, y murió en la pobreza. Cierta tiempo después, el pelo rojo de Richard se volvió negro y sus azules ojos adquirieron una tonalidad amarronada. Aquel fue el primero de sus muchos disfraces, aunque no, en este caso, el primero deliberadamente asumido.

Fue ese amor obsesivo de su madre hacia su hermano lo que causó el primero de los muchos infortunios de Burton. O eso fue lo que Burton creyó siempre. Si hubiera sido independientemente rico, él, un hombre enormemente indisciplinado y discutidor, no hubiera tenido que soportar la vida militar durante tanto tiempo a fin de ganarse la vida. No se hubiera visto privado del dinero necesario para hacer que sus exploraciones africanas tuvieran un completo éxito.

Y la decisión de su padre de trasladarse al Continente, donde la vida era más barata y donde podía hallar una cura para sus más o menos imaginarias enfermedades, había cortado los contactos con sus viejos amigos escolares que hubieran podido dar un impulso a la carrera de su hijo. También convirtió a Burton en un vagabundo sin raíces, alguien que jamás se sintió en su hogar en Inglaterra. Aunque lo cierto, como había señalado Frigate, era que nunca se había sentido en su hogar en ninguna parte.

No podía permanecer más de una semana en un mismo lugar. Transcurrido este tiempo, su inquietud lo empujaba hacia adelante. O, si las circunstancias lo obligaban a quedarse, sufría.

Lo cual significaba que estaba sufriendo aquí.

—Puedes mudarte de un apartamento a otro —le había dicho Nur—. Aunque dudo que esto te satisfaga. Este es un mundo pequeño, y solamente puedes realizar viajes pequeños en él. Además, ¿para qué mudarte? Puedes cambiar tu apartamento de modo que parezca como otro mundo. Y cuando te canses de él, puedes cambiarlo de nuevo. Puedes viajar de África a América sin necesidad de dar ni un sólo paso.

—Tú eres Piscis —había dicho Frigate—. Regido por Neptuno y Júpiter y asociado con la doceava casa. El principio de Neptuno es el idealismo, y el de Júpiter la expansión. Piscis armoniza. Las cualidades positivas de Piscis te hacen intuitivo, favorablemente dispuesto y artístico. Sus cualidades negativas tienden a hacerte un mártir, indeciso y melancólico. Las características y actividades de la doceava casa son la mente inconsciente, intuiciones, bancos, prisiones, universidades, bibliotecas, hospitales, enemigos ocultos, intuición, inspiración, persecuciones solitarias, sueños, y una inclinación hacia los animales de compañía.

—Cuanto más claro el diagnóstico, más oscura la superstición —había dicho Burton.

—Sí. Pero tú siempre has sido un pez fuera del agua. Idealista, y sin embargo cínico. Expansivo, evidentemente. Has intentado serlo todo. Has pretendido armonizar muchos campos, sintetizarlos. Eres intuitivo, favorablemente dispuesto y artístico. Evidentemente, has hecho un mártir de ti mismo. A menudo has sido indeciso. ¡Y melancólico! Lee tus propios libros.

»En cuanto al inconsciente o subconsciente, fuiste más que un explorador de territorios desconocidos. Exploraste también las más oscuras Áfricas de la mente humana. Tuviste muchos enemigos ocultos, aunque tuviste también muchos enemigos declarados. Dependiste muy a menudo de

intuiciones, corazonadas. Amaste las persecuciones solitarias: la erudición y la escritura. En cuanto a las instituciones, no te gustó trabajar en ellas, pero las estudiaste y analizaste. En cuanto a los sueños, te viste fascinado por ellos, y te convertiste en un hábil hipnotizador.

»Tu inclinación hacia los animales de compañía. Eso parece no ser cierto. Los tuyos fueron en su mayoría bullterriers y gallos de pelea y monos. Pero nunca te gustaron los caballos.

—Podría tomar cualquier otro de los demás signos zodiacales, o todos ellos —había dicho Burton, sonriendo burlonamente—, y podría mostrarte cómo cada uno de ellos pueden aplicarse apropiadamente a mí. O a ti. O a cualquiera de nosotros.

—Probablemente —había dicho Frigate—. Pero es divertido ocuparse un poco de astrología, aunque sólo sea para demostrar que no funciona. Sin embargo...

Nur y Frigate estaban convencidos de que el universo era una tela de araña cósmica, y un aterrizaje en uno de sus hilos producía estremecimientos en toda la tela. Alguien estornudando en un planeta de Mizrab podía causar de alguna manera que un campesino chino tropezara con una piedra.

—El entorno es tan importante como los genes, pero el entorno es mucho más vasto de lo que cree la mayoría de la gente.

—Todo lo es —había respondido Burton.

Estaba pensando en esto cuando la pared ante él empezó a brillar. Se envaró y se echó hacia atrás. Aquella iba a ser una pantalla mucho más grande que lo habitual. Cuando dejó de crecer tenía tres metros de ancho.

—¿Y bien? —dijo cuando el rostro esperado, uno de los siete, no apareció. En vez de ello, la luz disminuyó hasta que se convirtió en una negrura sobre el gris de la pared. Débiles sonidos brotaban de ella.

Le dijo a la Computadora que los amplificara y se inclinó hacia adelante. Los sonidos eran tan débiles como antes. Repitió su orden; la Computadora no obedeció.

Repentinamente, la luz trazó un rasgado orificio en el centro de la pantalla, y los sonidos incrementaron su volumen, aunque seguían siendo ininteligibles. El orificio se expandió, y se encontró mirando a algo blanco y estriado con sangre. Algo húmedo con algo más que sangre.

—Aquí viene el diablillo —dijo alguien. Burton saltó de su silla.

—¡Buen Dios!

Estaba viendo a través de los ojos de alguien. La cosa blanca era una sábana; el agua, la que brotaba antes del nacimiento; las estrías rojas, sangre. La voz no le era familiar. Pero el grito que la ahogó era, no podía saber cómo lo sabía pero lo sabía, de su madre.

Repentinamente, la pantalla le mostró más, aunque era una visión imprecisa. A su alrededor había una habitación conteniendo gigantes. La pantalla quedó cegada por unos momentos, como si algo cruzara por delante de ella. Y luego la habitación giró, y captó gigantescos brazos, desnudos desde los codos hacia abajo, las mangas subidas. Una enorme cama estaba girando también, y en ella estaba su madre, sudorosa, el pelo empapado. Su madre era joven. Una mano gigantesca estaba echando una sábana sobre el desnudo estómago y las piernas y el ensangrentado y velludo hogar del cual había sido extraído.

Ahora estaba boca abajo. Una seca palmada. Un débil lloriqueo. Su primera inspiración.

—Un vigoroso diablillo, ¿eh? —dijo una voz de hombre.
Burton estaba asistiendo a su propio nacimiento.

Burton podía ver y oír lo que le estaba ocurriendo, a él, al recién nacido, mejor dicho, pero no podía captar sus reacciones. No sintió dolor, excepto enfáticamente, cuando fue cortado su cordón umbilical. Naturalmente, no vio la operación pero, cuando fue alzado, vislumbró el resto del cordón sobre una toalla. Tampoco supo que estaba siendo limpiado hasta que una toalla se apretó contra sus ojos del bebé. Luego fue envuelto en una sábana y colocado entre los brazos de su madre. De todo ello sólo vio a la enfermera acercándose con la sábana, su almidonado rostro desde abajo.

Finalmente, su padre entró. ¡Qué joven era su cetrino rostro romano! Y su padre estaba sonriendo. Aquello tan sólo ocurría normalmente cuando el señor Burton había conseguido un beneficio en la bolsa, y eso no ocurría a menudo.

Se estremeció cuando vio las manos del doctor. Estaba secándose las con una toalla, no lavándose las y frotándose las cuidadosamente. Sin duda el doctor no se había preocupado de lavarse las manos antes de atender a su nacimiento. Era extraño sin embargo, poco habitual al menos, que el doctor hubiera asistido personalmente al parto. Si recordaba correctamente, la mayor parte de los doctores de aquella época daban instrucciones a las enfermeras o comadronas pero no tocaban a la mujer que estaba de parto. Algunos ni siquiera veían las partes inferiores de la madre, que estaban ocultas por una sábana, pero oían los detalles del acontecimiento a través de la comadrona y entonces daban sus instrucciones. Una enorme mano, la de su padre, descendió y alzó algo junto a él. La sábana.

—Me has dado un hijo precioso, querida —dijo su padre.

—Es hermoso, hermoso —dijo una voz ronca. La de su madre.

—Vamos, vamos —dijo una profunda voz. El rostro del doctor apareció en su campo visual—. No debemos cansar a la señora Burton. Además, el diablillo parece estar hambriento.

En este punto, debió quedarse dormido. Su próxima visión fue la de un enorme pecho, un hinchado pezón rojo pálido, y sus pequeñas manos adelantándose. Luego vio un ojo, un campo de carne rosada, y la parte inferior del rostro de su ama de cría. La señora Burton, como gentil dama que era, no alimentaba personalmente a su hijo.

—Me pregunto quien sería —murmuró—. ¿Alguna irlandesa?

Tenía un vago recuerdo de su madre mencionando el nombre del ama de cría en una ocasión. ¿Una tal señora Riley? ¿O Kiley?

Se sintió asombrado, aunque no mucho, de que no pudiera pensar claramente. La Computadora había leído sus memorias de la grabación de su cuerpo, tirando de ellas como un pescador tira de una trucha. Tras almacenarlas en un archivo aparte, la Computadora se las estaba ofreciendo vía pantalla mural. La exhibición de su totalidad, si se efectuaba a tiempo real, ocuparía toda una vida. Sin embargo, nadie conservaba los recuerdos de todo lo que había visto, oído, saboreado y sentido a lo largo de toda su vida. La memoria era selectiva, y había grandes lagunas cuando la persona estaba durmiendo, excepto cuando estaba soñando, por supuesto. Así, no ocupaba tanto tiempo como era de esperar la exhibición de todo lo que la memoria del sujeto conservaba.

El film, pues era en un cierto sentido un film, podía ser acelerado o ralentizado o accionado hacia

atrás. La Computadora debía estar haciendo esto ahora. Por otra parte, era posible que se hubiera dormido poco después de su nacimiento.

Burton, contemplando ahora como sus pañales eran cambiados por otra criada, una doncella, se preguntó por qué habría sido ordenada aquella exhibición de su memoria. ¿Y por quién?

Antes de que pudiera preguntarle a la Computadora, varias pantallas pequeñas blanquearon distintas zonas de la pared. Los rostros de Frigate, Turpin y de Marbot aparecieron. Parecían impresionados.

—Sí —dijo, antes de que ninguno de ellos pudiera empezar a hablar—. Yo también he sido visitado por el pasado. Desde la sangre del nacimiento hacia adelante.

—Esto es terrible —dijo Alice—. Y maravilloso también. Asombroso. Siento deseos de echarme a llorar.

—Llamaré a los demás y veré si están pasando por lo mismo —dijo Frigate. Su pantalla griseó. Tom Turpin estaba llorando.

—Te lo juro, ver a mi propia mamá y a mi papá y todo eso... No creo que pueda resistirlo.

Burton contempló la gran pantalla. Allí estaba de nuevo, siendo alzado hacia aquel titánico pecho. Podía oír sus lloros infantiles de hambre. La escena se desvaneció y fue reemplazada por la visión de un dosel azul, y la habitación oscilando. No, una gran mano estaba meciendo su cuna.

Las pantallas de los demás volvieron a iluminarse. Siete rostros expresando distintas emociones lo miraron.

Li Po, sonriendo, dijo:

—Es algo indescriptible, excepto para un poeta, por supuesto, el verse a uno mismo siendo amamantado por tu propia madre. Pero... ¿quién ordenó esto?

—Espera un momento —dijo Burton—, y se lo preguntaré a la Computadora.

—Yo ya lo he hecho —dijo Nur—. Dice que el quién y el porqué no están disponibles. Pero no se ha negado a decirme el cuándo. Hace dos días recibió la orden de iniciar la exhibición memorística esta mañana.

—Entonces debió haber sido dada por la mujer a la que mataste —dijo Burton.

—Es el candidato más probable.

—Estoy completamente desorientado acerca del porqué pudo ordenar esto —dijo Burton.

—Obviamente —dijo Nur—, fue hecho para acelerar nuestro avance ético. Si nos vemos obligados a conocer nuestro pasado, cómo nos hemos comportado, cómo se han comportado los demás, veremos nuestras debilidades, nuestras faltas y nuestros vicios en todos sus detalles. Nos guste o no, nos encontraremos con lo que somos, exactamente lo que somos, siéndonos restregado por nuestras narices. Hundido en nuestras almas. Observando este inevitable drama y comedia, puede que nos veamos tan fuertemente afectados que tomemos los pasos necesarios para eliminar los rasgos indeseables de nuestro carácter. Y entonces nos convirtamos en mejores seres humanos.

—O puede que nos conduzca a la locura —dijo Frigate.

—Lo más probable es que nos conduzca a idear ingeniosos métodos para detener el proceso —dijo Burton—. Nur, ¿le pediste a la Computadora que parara la exhibición?

—Sí. La Computadora no respondió. Obviamente, la orden de la mujer es otra orden prioritaria.

—Esperad un momento —dijo Burton.

Salió de la habitación, al corredor. La pantalla se deslizó a lo largo de la pared de la gran estancia hasta que abandonó la habitación. Ahora apareció en la pared del corredor opuesta a él. Maldijo y giró sobre sus talones y regresó dentro de la estancia. La pantalla lo acompañó.

Le dijo a los otros lo que había ocurrido.

—Aparentemente, no podemos librarnos de ella. Es como el albatros en torno al cuello del antiguo marinero.

Burton cerró los ojos. Se oyó a sí mismo gritar. Abriendo los ojos, vio el dosel azul encima suyo y luego oyó, débilmente, la voz de la doncella:

—¡Los santos nos ayuden! ¿Qué ocurre ahora?

—Creo —dijo lentamente— que si queremos conseguir parar esto vamos a tener que pintar nuestras paredes. No podremos utilizar la Computadora en nuestros apartamentos, aunque supongo que podremos utilizar las computadoras auxiliares. Y tendremos que llevar tapones en los oídos si queremos dormir. No habrá forma de librarnos de eso fuera de los apartamentos.

—¡Vamos a volvernos locos! —dijo Frigate.

—Seguramente la mujer pensó ya en ello —dijo Nur—. Quizá tengamos un poco de alivio durante algunas horas al día. Y por la noche también.

Burton le preguntó a de Marbot y Behn la localización de sus pantallas.

—Una se halla en una pared y la otra en la pared opuesta —dijo el francés—. Podemos turnarnos, mi pequeño diamante y yo, en observar al otro en su encantadora infancia.

—¿Cómo demonios voy a conseguir realizar cualquier investigación con todo esto encima? —murmuró Burton.

Les dijo adiós a los otros después de acordar reunirse con ellos en la piscina. La Computadora no se negó a hacerle un par de auriculares que bloquearan los sonidos. La única forma en que podía escapar de la imagen en la pared era fijar la vista en la pantalla de la computadora auxiliar. Y descubrió que no podía concentrarse en su trabajo. Era muy curioso. No podía resistirse a contemplar las escenas que ni siquiera recordaba. Sin embargo, al cabo de un minuto, se sentía aburrido. No le ocurrían muchas cosas a un bebé excepto la rutina, y ver a sus padres cuando eran jóvenes perdió rápidamente su interés. No hablaban de nada excepto de él cuando estaban juntos, y su madre solamente le decía tonterías en un lenguaje que quería ser de bebé. El cual, por supuesto, él no podía comprender aún, aunque seguramente respondía a su rostro y a los tonos de su voz. Ahora empezaba a cansarse de aquello. No era que ella estuviera mucho con él. La gente a la que más veía era al ama de cría y a las dos doncellas que se turnaban limpiándole y llevándole de un lado para otro.

A las 11:00 a.m. fue a la piscina. La pantalla lo siguió a lo largo de las paredes. Los pasados de los otros los acompañaban también. Las pantallas estaban al principio en una de las paredes largas, luego estaban por todas las paredes.

—La familiaridad, espero, traerá consigo la sordera y la ceguera —dijo Aphra mientras salía del agua cerca de Burton.

—Yo nunca me familiarizaré con esto, aunque tiene que ver por ahora principalmente con la

familia —dijo—. Lo que voy a alimentar va a ser vergüenza, dolor e irritación. Y humillación. ¿Deseas verte a ti misma cuando eras mala, infantil, degradada?

—Oh, yo nunca fui mala. Y jamás me sentí degradada, aunque otros intentaron degradarme.

Él no creyó que fuera tan imperturbable como parecía. Nadie podía.

Era difícil nadar y hablar y divertirse. No podía dejar de mirar a las pantallas.

Frigate emergió en la superficie de la piscina al lado de Burton.

—Mira eso —dijo—. Puedo verme a mí mismo ahora.

Su madre, una mujer delgada con un pelo negro estilo indio, ojos marrones oscuros, y altos pómulos, estaba sujetando a su bebé delante de un espejo. El Pete niño estaba desnudo y sonreía, con una boca tan abierta que parecía la de una rana.

—Causa una auténtica impresión verte a ti mismo a esa edad. Y puedo esperar muchos miles de imágenes en el espejo, desde el plañidero bebé hasta el viejo de sesenta y cinco años. ¡Jesucristo!

Aquella tarde, Frigate le preguntó a la Computadora cuándo había empezado la grabación de la vida. La Computadora respondió que había empezado en el momento mismo de la concepción. La Computadora no pudo responder a la pregunta de Frigate acerca del porqué la exhibición no había empezado también entonces. Pero Frigate y algunos otros decidieron que era porque los nueve meses en el seno materno eran en su mayor parte oscuridad y silencio. Podían aprender poco de ello, de modo que podía ser ignorado fácilmente.

Sin embargo, cuando Frigate le pidió a la Computadora que le mostrara su período de gestación y mostrara únicamente aquellos momentos en los que los sonidos llegaran hasta el embrión, se asombró. Muchas veces, aunque los sonidos eran ahogados, podía oír claramente a aquellas personas que estaban cerca de su madre, y la voz de su madre. Había otros sonidos también, ruido de motos, silbido de locomotoras y petardeo de tubos de escape, triquitraques, sonidos de excreción, caída de cristales o platos, risas estentóreas y, embarazosamente, sus padres haciendo el amor. Al cabo de dos horas de esto, Frigate ordenó a la Computadora que detuviera la grabación.

—Supongo que la mujer que empezó esto no lo hizo sin una cierta malicia —dijo—. Es probable que su propósito fuera mostrarnos, deseáramos verlo o no, nuestras debilidades, vanidades, mezquindades, bajezas, egoísmos, pensamientos estúpidos, prejuicios, pon lo que quieras, todo lo indeseable que hay en nosotros. Con, supongo, una finalidad en mente, un propósito. Eso debería ser capaz de hacernos cambiar a mejores. Avance ético.

—Probablemente sea cierto —dijo Nur—. Pero... ¿por qué el secreto por su parte? ¿Por qué mató a Loga?

—Eso es algo que tendremos que descubrir —dijo Burton—. Si podemos.

La mujer que había ordenado las despiadadas grabaciones había tenido algo de compasión, sin embargo. A las 8:00 a.m. las pantallas se desvanecieron, y no volvieron a aparecer hasta las 8:00 a.m. Había un poco de respiro.

Burton se fue temprano a su apartamento aquella noche. Sin embargo, sufriendo de insomnio desde toda su vida, fue incapaz de dormir. Al cabo de dos horas de agitarse y dar vueltas, con su mente llena de escenas de las visiones del pasado, se levantó, se vistió, y abandonó el apartamento. Durante tres horas, vagabundó con un sillón por multitud de corredores y penetró en multitud de

habitaciones y subió y bajó por multitud de pozos. Su recorrido era errático hasta que decidió organizar sus exploraciones. ¿Por qué no obtener un diagrama de la Computadora y empezar desde arriba y revisar concienzudamente cada nivel de arriba a abajo? No tenía ningún objetivo en mente, no pensaba que fuera a descubrir algo nuevo. Se sentía inquieto, deseaba seguir moviéndose, y quizá pudiera descubrir algo nuevo o útil o ambas cosas a la vez.

En su camino hacia el hangar, su punto de partida, cambió de nuevo de opinión. Las doce inmensas estancias que habían sido los mundos privados del Consejo de los Doce lo atrajeron. Ellas al menos le ofrecían una cierta variedad, algo diferente de la monótona igualdad del corredor y las habitaciones. Su exploración duró cuatro horas. Cuando hubo terminado con todas ellas, sabía que tenía que decirles a los otros que ellos también tenían que explorar aquellos fascinantes mundos.

Burton visitó el hangar de nuevo y lo encontró, por todo lo que podía decir, sin ningún cambio. Contó los aparatos para asegurarse de que no faltaba ninguno. Aquello no quería decir sin embargo que la mujer Agente no hubiera utilizado alguno desde su última visita.

Regresó a su apartamento a las cuatro de la madrugada y durmió desde las 4:30 hasta las 7:30. Tras darse una ducha, decidió ir a tomar el desayuno con Li Po. Primero lo llamó, para asegurarse de que el chino aceptaría ser su anfitrión aquella mañana. El agradable y en cierto modo maquiavélico rostro estaba sonriendo.

—Sí, me encantará tenerte como invitado. Tengo una sorpresa para ti.

Volvió la cabeza, y dijo algo en chino.

Otro rostro apareció junto al suyo. Burton se sorprendió. Era una desconocida, una hermosa mujer china.

Algunos hombres y mujeres parecen locomotoras de vapor, traqueteando regularmente sobre sus vías, reduciendo su marcha al subir las colinas y acelerando alegremente al bajarlas. Otros son como automóviles de combustión interna que toman diferentes carreteras pero que de tanto en tanto se quedan sin combustible y tienen que aguardar a ser repostados.

Lo Po parecía ser un cohete con una cantidad inagotable de combustible. Siempre estaba estallando, lanzando de aquí para allá, ruidoso, a veces detestable, pero siempre haciendo saber que no podías ignorarle. Su rostro, expresión y gesticulaciones le recordaban a Burton las estrofas finales del *Kubla Khan* de Coleridge:

*Y todos deberían gritar, ¡cuidado!, ¡cuidado!
¡Sus llameantes ojos, su flotante pelo!
Teje un círculo tres veces a su alrededor.
Y cierra tus ojos con sagrado temor.
Para que él te alimente con ambrosía.
Y te dé a beber la leche del Paraíso.*

Li Po, conocido también como Li T'al-Po y Tai-Peng, había nacido el 701 d.C. en la ciudad oasis de Yarkanda. En la época de su nacimiento, el enorme territorio desértico no pertenecía a ningún reino chino. Yarkanda se hallaba en una ruta comercial entre Persia y China, y el tatarabuelo de Li Po había llegado allí procedente de China. Según la tradición familiar, había sido expulsado por alguna razón política. Se llevó consigo a su esposa e hijos, y su hijo mayor se casó con una mujer de idioma turco, una uigur. Su hijo menor se casó con una mujer china; el segundo hijo de su matrimonio había tomado por esposa a una mujer afgana-uigur.

La familia prosperó, y cinco años más tarde nació Li Po, y se dirigió con sus padres hacia la provincia china sudoccidental de Szechwan. Se instalaron en una ciudad que contenía a muchos extranjeros, persas zoroastrianos, hindúes, judíos, cristianos nestorianos, y musulmanes de Persia, Afganistán y la zona de Mesopotamia. Li Po aprendió los idiomas de todos ellos, y más tarde añadió el coreano y algunos dialectos japoneses a su stock.

Medía unos centímetros más de metro ochenta, una altura atribuida por los chinos a su sangre extranjera. A una temprana edad, empezó a componer poesía y beber vino. Aunque alcanzó una gran reputación como borracho más adelante en su vida, no fue condenado por ello. El beber mucho era algo endémico entre las clases superiores; el licor era considerado como una ayuda para abrir la puerta a la inspiración divina. La velocidad a la cual podía componer poesía estando borracho asombraba a sus contemporáneos. Sorprendentemente, muchos de esos poemas eran lo suficientemente buenos como para situarle entre los más destacados poetas chinos.

A sus veinte años, inició su etapa errante por la cual muchos poetas, hombres de estado y artistas chinos se hicieron famosos. Durante un tiempo se convirtió en un caballero andante, un vagabundo

que intentaba desfacer entuertos con su espada. Durante este tiempo, mató a varios guerreros en duelo y fue ampliamente conocido como un demonio con la espada. En una ocasión, fue encarcelado por matar a un hombre en una disputa de taberna, pero escapó antes de que se pudiera dictar sentencia.

Sin embargo, era muy estudioso, y aprendió, entre otras cosas, la física y la química de su tiempo.

En muchos aspectos, no fue solamente el Byron de su época, sino también el Burton. Como este último, vagabundó por todas partes, se convirtió en un erudito y un excelente espadachín, era políticamente ingenuo, se irritaba suavemente ante cualquier tipo de sufrimiento, era versado en muchas lenguas, y no era demasiado discreto ni educado.

Al contrario de la mayoría de los hombres chinos, sentía una clara simpatía hacia los sufrimientos y la vida casi de esclavas de las mujeres chinas. Esto, sin embargo, no le impedía explotarlas. Aún descontando sus baladronadas, era un hombre extraordinariamente viril. «¡Tres mujeres a la vez no son suficientes!».

Tras sus días de caballero andante, vivió durante un tiempo con un ermitaño llamado Tung Yentsu en el Monte Min en el País de Shu. Allí perfeccionó su conocimiento y su amor hacia la filosofía taoísta y se convirtió en una especie de San Francisco. Él y Tung criaron y adiestraron pájaros salvajes, y les enseñaron a acudir al sonido de sus voces para ser alimentados en sus manos.

Los «ermitaños» chinos, sin embargo, no eran como los anacoretas occidentales. Normalmente eran hombres que se habían retirado de la vida pública, pero vivían con sus familias y sirvientes y a menudo recibían amigos y viajeros.

Cuando tenía veinticinco años, Li Po abandonó el País de Shu para viajar por las provincias del este y del norte. Pasó un cierto tiempo en Anlu, en Hubei, debido a que se había enamorado de una mujer llamada Hu. Se convirtió en su primera esposa, y le dio varios hijos antes de morir.

En una ocasión, viajó con un amigo a un famoso lago, pero el amigo murió allí. Li Po enterró su cuerpo cerca del lago, pero, puesto que su amigo deseaba ser enterrado en su tierra ancestral, Li Po lo desenterró, lo envolvió, y trasladó su cuerpo sobre sus hombros durante centenares de kilómetros hasta Wuchang, en Hubei.

—No tenía dinero para comprar un caballo. Se lo había dado todo a los pobres.

La reputación de Li Po como poeta hizo que el emperador T'ang, Hsüan Tsung, lo llamara a su corte en el año 742 d.C., pese a que el arrogante poeta se había negado a pasar los exámenes para acceder al servicio civil. Li Po se sintió disgustado con el abandono y la indolencia de Hsüan, con la corrupción de los oficiales de la corte, y con el consecuente empobrecimiento y grandes sufrimientos de la gente. En una ocasión, llamado a presentarse ante el rey para recitar sus poemas, Li Po se presentó borracho en el palacio e insistió en que el jefe eunuco, un oficial muy poderoso, le quitara las botas. Eso hizo que perdiera todos sus amigos en la corte y que los espías del emperador lo vigilaran muy de cerca.

Eso hizo también que Li Po tuviera que viajar a muchos lugares para buscar nuevos patronos. Eso no le importó, porque le encantaba ir de un lado a otro.

Su segunda esposa murió, y él y su tercera esposa se divorciaron de mutuo acuerdo tras un matrimonio muy corto. Su cuarta esposa iba a sobrevivirle.

En el año 757 d.C., el decimosexto hijo del emperador, el príncipe de Lin, reunió un ejército y

partió, supuestamente para luchar contra el rebelde An Lu-Shan. Li Po, sin saber que Lin pretendía rebelarse contra su padre, se unió a él.

—Por aquel entonces tenía cincuenta y siete años, pero me sentía muy fuerte y ágil para mi edad. Pensé que aún no era demasiado tarde para conseguir un poco de gloria como guerrero, y el emperador podría así cambiar de opinión acerca de mí y elevarme a algún puesto de importancia. Al menos, quizá me concediera una pensión.

Desgraciadamente, la traición de Lin fue expuesta por uno de sus hermanos mayores, y sus fuerzas fueron masacradas. Li Po fue sentenciado a muerte —culpable de complicidad—, pero el emperador decidió que Li Po era un poeta demasiado grande como para matarlo. Fue desterrado, pero fue perdonado cuando tenía sesenta años. En su camino de vuelta a la casa de su cuarta esposa, se emborrachó en un barco e intentó agarrar su reflejo en el agua. Cayó por la borda, pilló una pulmonía, y murió poco después.

—¿Estabas realmente convencido en aquel momento de que podías agarrar tu propia imagen en el río? —había preguntado Frigate.

—Sí. Y si hubiera llevado encima una copa más de vino, lo hubiera conseguido. Ninguna otra persona hubiera podido hacerlo, pero yo sí.

—¿Y qué hubieras hecho con ella? —había preguntado fríamente Nur.

—¡La hubiera nombrado emperador! ¡Cincuenta hombres no pueden conquistar a Li Po! ¡Dos Li Po hubieran podido conquistar toda China!

Se había echado a reír tan fuerte y prolongadamente que los otros se convencieron de que incluso él sabía que su fanfarronada era ridícula. Sin embargo, no estaban completamente seguros.

—El más grande borrachín del mundo —había dicho Frigate.

Li Po se había despertado de entre los muertos en la orilla del Río. Allí había iniciado de nuevo sus vagabundeos, pero, como decía, estaba acostumbrado a esta vida. En la Tierra, había ido arriba y abajo por todos los grandes ríos de China y muchos de los pequeños.

Una noche, fue despertado en su cabina por un hombre enmascarado y encapuchado. Ese extraño era el mismo que había despertado a Burton y a muchos otros para alistarlos a su causa. De los muchos reclutados por el Ético renegado, Loga, Li Po había sido uno de los muy pocos en alcanzar la torre.

—¿Y qué es lo que has aprendido durante tu estancia aquí? —había preguntado Nur—. ¿Cómo te ha cambiado, en mejor o en peor, si es que te ha cambiado de alguna forma?

—Al contrario que tú, mi musulmán si herético amigo, yo no creía en un después. Estaba de acuerdo con los Sabios en que el mundo de los espíritus no es asunto nuestro. Tenía la seguridad de que, cuando muriera, me convertiría en carne podrida y luego en polvo, y eso sería todo. Despertarme en el Río fue un gran shock, el peor de mi vida. ¿Dónde estaban los dioses que me habían alzado de entre los muertos, los dioses en los cuales no había creído? No había dioses ni demonios aquí, solamente seres humanos como yo que, aunque en otro mundo, no sabían más que yo acerca del porqué y el cómo de lo que habían sabido allá en la Tierra. ¡Pobres desdichados! Pobres ignorantes tropezando en la oscuridad. ¿Dónde estaban aquellos que nos habían prendido de nuevo, convirtiéndonos en pequeñas llamas buscando a la llama madre?

—¿Dónde están las nieves del año pasado? —dijo Frigate—. Es fácil responder a eso. Se fundieron y se convirtieron en nubes, y hoy vuelven a ser nieves de nuevo.

Al final de su vagabundeo en la Tierra y en el Mundo del Río, Li Po había alcanzado la torre. Parecía no haber cambiado, lo cual, decía Nur, era lamentable. El Mundo del Río estaba diseñado para hacer que la gente cambiara. El alto, delgado, agraciado hombre de diabólico rostro y ojos verdes y pelo negro atado en un moño sobre su cabeza lo único que hizo fue reírse de ello.

—La perfección sólo puede cambiar hacia peor.

Había redecorado su suite de tal modo que se parecía al palacio del Glorioso Emperador. Había reproducido de los archivos de la Computadora muchas famosas pinturas chinas, y estaba pintando otras personales suyas. Estas no eran duplicados de sus creaciones terrestres sino escenas del Mundo del Río.

—Tengo todo lo que tuvo el emperador y mucho más. Excepto, por supuesto, millones de súbditos y muchas esposas y concubinas. De hecho, ni siquiera tengo una esposa, y por ello soy tan pobre y más miserable que el más bajo de los campesinos. No por mucho tiempo, de todos modos.

Había una mujer acerca de la cual los historiadores no sabían nada, aunque Li Po había escrito doscientos poemas sobre ella. Esos poemas, sin embargo, se hallaban entre sus nueve mil obras perdidas.

En el Lu Oriental, una parte del Shantung del siglo XX en la parte norte de China, Li Po había construido una casa contigua a una taberna de la que era propietaria la familia de su cuarta esposa. Y en la taberna había una esclava que servía a los patronos; su nombre era Hsing Shih. En inglés, Puñado de Estrellas.

—La mujer más hermosa que jamás haya visto. Me perdonaréis, Alice, Aphra, por decir eso. Ambas sois por supuesto muy hermosas, pero seguramente estaréis de acuerdo conmigo, puesto que sois bastante inteligentes para vuestro sexo, que es muy posible que no seáis las más hermosas del mundo.

»Puñado de Estrellas era tranquila, de hablar suave, y poseía modales elegantes que estaban completamente fuera de lugar en aquella taberna y no eran apreciados por los clientes. No era una chica campesina. Su madre había sido una concubina del Glorioso Monarca, y Puñado de Estrellas se suponía que era hija suya. Esa paternidad, sin embargo, fue cuestionada cuando la madre de Puñado de Estrellas fue descubierta en adulterio con un guardia del palacio. La madre y el amante fueron decapitados, y Puñado de Estrellas, entonces con nueve años, fue vendida a un rico mercader. Este se la llevó a la cama cuando tenía diez años. Tras cansarse de ella, sus seis hijos ocuparon por turno su lugar a medida que iban alcanzando la pubertad. Cuando el mercader perdió su fortuna y murió poco después, Puñado de Estrellas fue vendida a mi suegro, el propietario de la taberna. Se convirtió en su concubina, y fue tratada bien, relativamente hablando al menos, aunque tenía que trabajar en la taberna. Después de que yo me casara con su hija, llegué a conocer bien a Puñado de Estrellas. Me enamoré apasionadamente de ella. Por supuesto, yo todo lo hago apasionadamente. Tuvo un hijo mío. Pero murió unos pocos días después de nacer de unas fiebres. Aunque no le temo a nada, yo no deseaba tener problemas bajo mi techo. Mi esposa era muy celosa y propensa a la violencia. Tenía una cicatriz en mi hombro causada por su cuchillo para probarlo. Así que ni Puñado de Estrellas ni

yo dijimos nunca a nadie quién era el padre.

Si fuera sólo una compañía íntima lo que Li Po deseaba, hubiera elegido a un hombre. Pero necesitaba una mujer, y sus pensamientos se enfocaron en Hsing Shih. Podría encontrar más tarde a sus antiguos camaradas para hallar en ellos el calor masculino y reír con ellos y conseguir un estímulo mental.

La primera cuestión para localizar a Puñado de Estrellas era: ¿estaba disponible en los archivos de la Computadora?

Estos empezaban el año 97.000 a.C., cuando los predecesores de los Éticos habían aterrizado en la Tierra. (Loga había dicho que habían empezado aproximadamente el 100.000 a.C., pero hablaba en términos aproximados, redondeando las cifras). La Computadora señalaba el año 97.000 a.C. como el Año Uno de su cronología. Así pues, teniendo en cuenta que Puñado de Estrellas había nacido el año 721 d.C., según el calendario occidental, su año de nacimiento era el 97.724 según la cuenta de la Computadora.

Li Po había ordenado que la búsqueda empezara ese año y en la zona donde ella había nacido. Puesto que el palacio del Glorioso Monarca era un lugar muy importante en China, era probable que los agentes Éticos lo hubieran fotografiado, así como sus ocupantes.

Las grabaciones distaban mucho de ser completas, sin embargo. Era posible que hubiera muy pocos films hechos en aquel lugar durante la dinastía T'ang. Li Po, sin embargo, había reconstruido los rasgos de Puñado de Estrellas con la ayuda de la Computadora y su memoria, la cual, como las de Burton y Nur, aferraba del mismo modo que las garras de un águila.

La Computadora había extrapolado entonces el rostro de la mujer hacia atrás, modelando sus rasgos como debían haber sido en su infancia.

Con esto como modelo, la Computadora había rastreado sus archivos en aquella zona y período. Y la había localizado, no sólo una sino tres veces. Li Po podía considerarse muy afortunado... por ahora.

Su *wathan* estaba identificado ahora a partir de los films, que fotografiaban más que su cuerpo. Utilizando esto como referencia, la Computadora rastreó los más de dieciocho mil millones de *wathans* en el gran pozo central de la torre. Si Puñado de Estrellas estaba viva en el Valle, su *wathan* no estaría en el pozo, y la suerte de Li Po habría terminado. Pero la Computadora lo encontró. Quince minutos más tarde, entregaba a Puñado de Estrellas, vía conversor e-m, en el apartamento de Li Po.

Se mostró impresionada y confusa. Había resultado muerta en aquellos horribles días cuando en la orilla este las piedras de cilindros había fallado en proporcionar comida a los habitantes de la orilla este. Ella, junto con otras hordas, había cruzado el Río en botes para luchar por la comida que aún recibían los moradores de la orilla oeste. No sabía entonces que las resurrecciones de los muertos habían cesado, y así había esperado despertar de nuevo en algún otro lugar a lo largo del Río.

En vez de ello, allí estaba en un extraño lugar, uno que obviamente no pertenecía al Valle. ¿Y quién era aquel compatriota que le sonreía como un demonio?

—Realmente, al principio pensó que yo era un demonio —diría más tarde Li Po—. Se equivocó a medias —añadiría—. No me reconoció hasta que yo no hablé. Entonces lo comprendió todo, y

lloró durante largo rato.

Li Po había necesitado la mayor parte de la noche tan sólo para explicarle lo que les había ocurrido a él y a ella. Luego tuvo que dejarla dormir, aunque ansiaba meterse en la cama con ella.

—No soy de los que fuerzan a las mujeres. Ella debía consentir primero.

Todo el mundo acudió a su suite a conocer a la recién llegada. Por supuesto era hermosa y delgada, un poco más de metro y medio de altura, huesos y carne delicados, pero bien redondeada y con largas piernas. Sus ojos eran grandes y marrón oscuro, e iba vestida con el mismo tipo de ropas que había llevado en la Tierra. No era tan tímida como Li Po la había pintado. El Mundo del Río la había cambiado en ese aspecto. Su voz era, sin embargo, baja y ronca cuando hablaba en esperanto. Hablaba fluentemente una docena de idiomas o más, pero el inglés no era uno de ellos.

Burton se sintió irritado pero, por una vez, se controló. Puñado de Estrellas era ya algo inevitable. Reprocharle al chino el haber roto el acuerdo de no resucitar todavía a nadie trastornaría a la mujer, y únicamente conseguiría que Li Po discutiera con él o, peor aún, lo desafiara a un duelo. Burton había perdido toda su autoridad. Ahora que la situación había cambiado y el peligro había desaparecido, ya no podía seguir siendo el capitán de aquel grupo de fuertes individualidades. Cada uno de ellos podía hacer lo que quisiera.

Burton consiguió sonreír, pero su voz lo traicionó. Gruñó:

—¿Cuántas más planeas traer contigo?

—No muchas. No soy un maníaco. Burton resopló.

—Los Seis Holgazanes del Bosquecillo de Bambú, mis inmortales compañeros. Te gustarán. Mujeres para ellos, y quizá unas cuantas más para mí. Mis honorables padres, mis hermanas y hermanos, y una tía a la que quise mucho. Mis hijos. Por supuesto, primero tengo que *encontrarlos*.

Frigate gruñó y dijo:

—Una invasión. El Peligro Amarillo acecha de nuevo.

—¿Qué? —dijo Li Po.

—Nada. Estoy seguro de que todos nos sentiremos felices y complacidos.

—Voy a ver cuántos de ellos puedo localizar y traer —dijo Li Po.

Frigate sonrió y le dio una palmada en el hombro a Li Po. Apreciaba mucho al poeta, aunque, como los demás, a veces se sentía irritado con él.

Peter Jairus Frigate había nacido en 1918 en North Terre Haute, Indiana, cerca de las orillas del río Wabash. Aunque se calificaba a sí mismo de racionalista, creía, o afirmaba creer, que cada zona terrestre poseía sus propiedades psíquicas únicas. Así, el suelo del condado de Vigo había absorbido las peculiares cualidades de los indios que habían vivido allí y de los pioneros que los habían arrojado de sus tierras y se habían establecido en su lugar. Su propia psique, empapada con los efluvios de amerindios y naturales de Indiana, nunca podría verse libre de ellos por mucho que se evaporaran en otros climas y tiempos.

—En un cierto sentido, contengo pieles rojas y hombres de la frontera.

Su voz recordaba a la gente la de aquel actor cinematográfico de Montana, Gary Cooper, pero de tanto en tanto el acento de Indiana se asomaba en ella. A veces alargaba las eses, e intercalaba expresiones típicas, y deformaba otras palabras con su acento peculiar.

En su infancia, se había visto sometido a la Ciencia Cristiana, aquella mezcla de filosofía hindú y budista transmutada a la religión occidental por la trastornada y neurótica Mary Baker Eddy. Sus padres habían sido originalmente Episcopalistas Metodistas y Baptistas, pero había ocurrido un «milagro» cuando la tía de su padre fue enviada a casa desde un hospital para que muriera de un cáncer incurable. Un amigo le había recomendado que leyera *La Clave de las Escrituras* y, mientras lo estaba haciendo, el cáncer había remitido. La mayor parte de la familia de Frigate en Terre Haute se había convertido en devotos discípulos de Eddy y de Jesucristo como Científico.

El niño Peter Frigate había confundido de alguna manera la figura de Jesús con aquella de los científicos sobre los cuales leía a la edad de siete años, el doctor Frankenstein y Doolittle y Van Helsing. Dos de ellos estaban implicados con la devolución de la vida a la gente muerta, y Doolittle, al que más tarde fundió con San Francisco, estaba implicado con animales que hablaban. El precoz e imaginativo muchacho visualizó a un barbudo Cristo envuelto en una túnica trabajando en un laboratorio cuando no estaba recorriendo otros lugares y predicando.

—¿Debemos operar ahora, Judas? Creo que esa pierna va ahí, pero no tengo ni la menor idea de dónde viene este ojo ni en qué lugar encajarlo.

Esta conversación tenía lugar cuando Jesús estaba intentando resucitar a *Lázaro*. El problema se había complicado con los otros cuerpos que habían sido depositados en la tumba de Lázaro antes que él. Tras permanecer tres días en un agujero en unos riscos en aquel clima cálido, *Lázaro* estaba más bien descompuesto, y de ahí la confusión. De ahí también las máscaras antigás que llevaban Jesús y sus ayudantes, Judas y Pedro, encima de sus mascarillas quirúrgicas.

Cerca de ellos había enormes retortas con líquidos burbujeantes y un generador estático lanzado retorcientes chispas eléctricas de polo a polo, y otro equipo de laboratorio de aspecto impresionantemente hollywoodiano. Este equipo no procedía del film Frankenstein, que no apareció hasta 1931, sino de una película muda serializada que Frigate había visto cuando tenía seis años.

Judas, el tesorero de la organización del doctor Cristo, que dependía enteramente de contribuciones voluntarias, estaba nervioso acerca de los gastos.

—Esta operación va a dejarnos a cero —le dijo roncamente al gran científico.

—Sí, pero piensa en la publicidad. Cuando el millonario, José de Arimatea, se entere de eso, vendrá corriendo con montones de siclos. Además, es deducible de sus impuestos.

En años posteriores, cuando pensaba en aquella escena, Frigate estaba seguro de que por aquel entonces no sabía nada acerca de cosas tales como publicidad y deducciones de los impuestos. Debía haber reconstruido su imaginación infantil. La imaginación trabaja tanto hacia atrás como hacia adelante, mejor, de hecho.

Quizá fue esta versión de Cristo como científico lo que inclinó al joven Frigate hacia la lectura de la ciencia ficción. Aunque siguió leyendo también a Swift, Twain, Doyle, London, Dumas, Baum, y Homero, y también leyó la Biblia, y una edición de John Bunyan ilustrada por Doré. En algún lugar, muy profundo en las bullentes y lodosas profundidades de su subconsciente, sus impulsos religiosos se mezclaban con su adoración hacia la ciencia como salvadora de la humanidad. Las primitivas revistas y libros de ciencia ficción que leyó se basaban en la premisa de que la racionalidad, la lógica y la ciencia sacarían al *Homo sapiens* del lío en que se había metido durante los últimos cien mil años. Entonces no había aprendido todavía, pese a que vivía en una civilización altamente tecnológica, que la Vieja Edad de Piedra, la Media Edad de Piedra, la Moderna Edad de Piedra, la Edad de Bronce, la Edad de Hierro, y la Edad Media estaban en todo niño recién nacido. Un equipaje que acompañaba a todas las personas a lo largo de toda su vida. Pocos eran los que conseguían librarse de aquella impedimenta, y nadie podía desembarazarse totalmente de ella. Bien, Nur podía ser una excepción.

—Hay algunas cosas acerca de esas eras que son deseables —había dicho Nur—. Yo no me he librado completamente de ellas, estoy seguro.

Cuando Frigate tenía once años, sus padres cayeron en una apatía religiosa. Dejaron de acudir, durante un tiempo, a la Primera Iglesia de Cristo Científico en el bulevar Hamilton en Peoria. Pero aunque no deseaban que su hijo mayor dejara de asistir a la iglesia, no deseaban tampoco transportarlo cada mañana a la Iglesia de Cristo Científico. Así que lo apuntaron a la escuela sabatina de la Iglesia Presbiteriana de la avenida Arcadia, que estaba a una distancia que podía recorrerse a pie.

Fue allí donde se metió de cabeza y a toda velocidad teológica en la predestinación. Aún no se había recuperado de la concusión del alma y del trauma filosófico resultantes de la colisión.

—Todo el mundo se convirtió para mí en un asilo para convalecientes después de eso —le había dicho Frigate a Burton en una ocasión—. Bueno, es posible que esté exagerando algo.

Hasta entonces, Frigate había estado convencido de que uno era recompensado con el Cielo si vivía una vida llena de buenas acciones y pensamientos y sin la menor duda acerca de la existencia de Dios y la validez de la Biblia.

—Los presbiterianos mantenían que no había ninguna diferencia aunque tú creyeras que estabas lleno de gracia y llevaras una vida cristiana ejemplar. Dios había decretado miles de años antes de que tú nacieras, antes de crear el universo, de hecho, que *esta* persona aún no nacida sería salvada y que *esa otra* persona aún no nacida sería condenada. Su creencia era como la teoría de Twain del predeterminismo. Desde el momento en que el primer átomo golpeó contra el segundo átomo creado, una cadena de movimientos se había puesto en marcha a fin de que ese primer átomo colisionara con

el segundo átomo en ese ángulo determinado y a esa velocidad determinada. Si el ángulo o la velocidad hubieran sido distintos, todo lo que hubiera ocurrido a partir de entonces hubiera sido diferente. Tu curso a través de la vida estaba ya establecido. Nada de lo que hicieras podía cambiarlo. Todas tus acciones estaban predeterminadas. Para utilizar el lenguaje de computadoras del siglo XX, preprogramado.

El problema era que no podías decirte a ti mismo: «¿Qué infiernos?», y llevar una vida impía de disolución. Tenías que comportarte como si fueras un completo cristiano. Lo que era peor, tenías que *ser* uno. Tenías que creer realmente; no podías ser un hipócrita.

Pero no podías saber hasta después de tu muerte si Dios te había elegido para subir volando al Paraíso o para caer a las eternas llamas del Infierno.

—Realmente, si los presbiterianos tenían razón, podías ser una persona malvada durante toda tu vida. Pero si Dios te había señalado como uno de los salvados, te arrepentirías en el último momento y ascenderías sin problemas a las bendiciones eternas. ¿Quién, sin embargo, iba a correr el riesgo de que esto ocurriera o no?

»Hubiera debido contarle a mis padres mis agonías espirituales al respecto. Ellos me hubieran enderezado diciéndome que no existe eso que se llama predeterminación, ni un Infierno literal. Al menos, hubieran intentado tranquilizar mi mente. Pero no les dije nada, lo cual te puede dar una idea de mi comunicabilidad... y sufrí. Ellos, por supuesto, no tenían ni idea de lo que me estaban enseñando allá en aquella iglesia a la que podía irse caminando. Un corto paseo a la Desesperación, la Duda, y el Infierno.

—¿Tanto sufriste realmente? —había preguntado Burton.

—No todo el tiempo. Sólo de tanto en tanto, aquí y allá. Después de todo, era un muchacho saludable y activo. Y observé que si los adultos en la iglesia creían realmente en la predeterminación, no se comportaban como si lo creyeran. No estaban en absoluto obsesionados por las dudas y los pesares acerca de su extraña doctrina. Aparentaban estar de acuerdo en la iglesia, y olvidaban todo aquello tan pronto como salían por su puerta. Antes quizá.

»Además, leyendo acerca de la vida de Twain, vi que él no creía en este universo sin Dios y estrictamente mecánico. Actuaba como si poseyera libre albedrío pese a que hablaba mucho acerca de su ausencia en los seres humanos.

A la edad de doce años, Frigate se convirtió en un ateo.

—Más bien, debería decir, un devoto creyente en la ciencia como nuestra salvadora. La ciencia tal como es utilizada por la gente racional. No obstante, había olvidado lo que Swift había dicho, implicado al menos, acerca de que la mayor parte de la gente era como los yahoos de sus *Viajes de Gulliver*.

Se había apresurado a rectificar y modificar su afirmación. La mayor parte de la gente eran simplemente brutos como los yahoos; sólo una minoría eran genuinos, absolutamente auténticos yahoos. Una minoría bastante importante, sin embargo.

—La ciencia podía ser nuestra salvadora únicamente en un sentido limitado, y si no se abusaba de ella. Pero abusamos y utilizamos mal todas las cosas. Eso no lo aprendí realmente hasta que tuve treinta y cinco años, de todos modos. A la mitad de mi vida, como Dante, estaba justo frente a las

Puertas del Infierno.

—A él le tomó largo tiempo darse cuenta de que la gente es irracional la mayor parte del tiempo, y normalmente más que eso —había dicho Nur—. ¡Vaya sorprendente revelación!

—No sólo la Era Paleolítica, sino también el mono bípedo vive en nosotros —había dicho Burton—. No estoy seguro, sin embargo, de que esto no sea un insulto a los monos.

Frigate había mantenido durante muchos años que no existía nada parecido al alma. Pero entonces pensó que si Dios no le había proporcionado al *Homo sapiens* un alma, entonces éste debería fabricarse su propia alma. Escribió una historia basada en la idea de almas artificiales que aseguraban a la gente la inmortalidad que Dios, si existía, había olvidado crear.

Por todo lo que sabía, nadie había pensado nunca en aquello, y le ofrecía una muy buena premisa para una novela de ciencia ficción. También le hizo consciente de que, en algún lugar dentro de él, seguía creyendo que solamente la humanidad podía salvarse a sí misma. No había ningún salvador que acudiera de los Cielos o de otro planeta para redimir a la humanidad.

—Estaba equivocado, y sin embargo en lo cierto —había dicho Frigate—. Nuestra salvación era el alma sintética, pero había sido inventada por una especie extraterrestre.

—Esa alma, el *wathan*, no es nuestra salvación —había dicho Nur—. Es solamente un medio para alcanzar un fin. La salvación debe seguir saliendo de nosotros.

La ciencia y el impulso religioso se habían combinado para construir el Mundo del Río y el *wathan*, pero esos solamente podían llevarte un trecho del camino. A partir de ahí, la ciencia se desvanecía como el sol en el ocaso, y la metafísica tomaba su lugar.

Mientras tanto, tenías que vivir un segundo tras otro, moverte con el fluir del tiempo. Te gustara o no, tenías que dormir y comer y excretar y, como Burton decía, cultivar tu yo con la debida atención hacia los demás. Podías formular preguntas, pero si no recibías respuestas en este momento, podías esperar recibirlas algún día.

Cuando Frigate fue presentado a Puñado de Estrellas y habló con ella durante un rato, pensó tener una cierta dificultad en comprenderla. Ella hablaba esperanto, pero puesto que había vivido en una zona ocupada principalmente por chinos del siglo VII d.C. y sabinos italianos del siglo V a.C., su esperanto estaba repleto de palabras desconocidas. Al cabo de un rato, se disculpó y regresó a su apartamento. Como Burton, se sentía preocupado porque Li Po no había consultado a sus compañeros acerca de Puñado de Estrellas. El grupo necesitaba nuevos miembros; ocho no eran suficientes como para proporcionar la variedad y la frescura necesaria. Estaban muy unidos a causa de las dificultades que habían tenido que sufrir mientras se debatían para alcanzar su meta, pero su intimidad había hecho de ellos una familia, y como la mayor parte de las familias, se ponían a veces nerviosos los unos con los otros y se peleaban a causa de trivialidades. Excepto Nur.

Frigate pensaba que era a la vez correcto y necesario resucitar a otros. Pero esos otros tenían que ser cuidadosamente considerados antes de ser admitidos. No necesitaban busca-problemas.

Li Po había abierto las compuertas. El resto del grupo desearía resucitar a sus propios muertos, y actuando así no habría límite al número de los que podían ser traídos hasta allí ni consideración hacia sus cualificaciones.

Burton sentía lo mismo que Frigate y, sin la menor duda, la mayor parte del grupo también. Sin

embargo se veía imposibilitado, por ahora, de controlar a esos individualistas. Era un hombre valiente, fuerte y osado, pero no era un buen líder excepto en situaciones que requerían una acción inmediata y violenta. Simplemente no era un administrador para tiempos de paz.

Nur el-Musafir debería ser la persona a la que siguiera y obedeciera el grupo ahora, pero no se había presentado voluntario para el cargo, y probablemente no lo haría nunca. De todos ellos, era el más prudente. Sabía que nadie podía controlar el inevitable movimiento hacia la anarquía.

Burton vio lo impresionada que estaba Puñado de Estrellas cuando una pantalla le mostró su nacimiento. Había esperado que se impresionara, pero le sorprendió que evidenciara tanta emoción al respecto. Como la mayor parte de los occidentales, consideraba a los chinos como una nación firmemente autocontrolada, los «inescrutables orientales». Li Po era un hombre desinhibido, casi un maniaco, pero era la excepción que confirmaba la regla. En un aparte con Li Po, Burton le habló de esto. El chino se echó a reír fuertemente y dijo:

—Puede que los chinos de tu tiempo fueran inexpresivos... cuando había extranjeros a su alrededor o en situaciones amenazadoras. Pero Puñado de Estrellas y yo pertenecemos a lo que vosotros llamáis el siglo VII. ¿Crees que somos idénticos a los chinos de tu tiempo, del mismo modo que los ingleses del siglo VII son iguales a los de tu tiempo?

—Creo que he sido suficientemente reprendido y castigado —dijo Burton. Nur dijo:

—Puede que ella se sienta impresionada no tanto por lo que ve ahora sino por lo que sabe que va a ver.

Era imposible sentirse tranquilo cuando el pasado estaba siendo exhibido delante de uno. Burton propuso que eligieran un apartamento vacío para sus comidas comunitarias a partir de ahora. Podrían pintar las paredes de modo que no vieran las pantallas. Admitieron que aquella era una excelente idea, tras lo cual Burton regresó a su apartamento. Ordenó dos androides, robots proteínicos, a la Computadora, dio las especificaciones, luego aguardó exactamente trece segundos antes de que aparecieran en los conversores. Le había divertido el darle a uno el rostro de Henry Corsellis, difunto coronel del Dieciocho de Infantería Nativa de Bombay, y al otro el rostro de Sir James Outram, difunto héroe del Amotinamiento Indio y Ministro Residente de Su Majestad en Aden. Corsellis se había convertido en enemigo de Burton cuando, durante la comida de oficiales, Burton había estado improvisando poemas con los nombres de sus compañeros. Había ignorado a Corsellis porque sabía lo temperamental y sensible que era su comandante. Pero, cuando el coronel le había pedido que Burton hiciera un pareado basado en su nombre, Burton había recitado:

*Aquí yace el cuerpo de Corsellis el coronel;
Todo lo demás, en el infierno está con él.*

Como era de esperar, el coronel se había puesto furioso, y se habían peleado. A partir de entonces, Corsellis había adjudicado a Burton todos los peores servicios que pudo.

—Lo cual es algo que yo hubiera debido anticipar. Quizá lo hice.

Burton había caído en desgracia con Outram, luego un general en el ejército indio, cuando Sir Charles Napier, al que Burton admiraba grandemente, inició una larga y amarga lucha contra Outram. Burton había defendido a Napier en artículos y cartas en el *Advertiser* de Karachi, una publicación privada dedicada a la defensa de Napier. Outram se había resentido de aquello, y había marcado a Burton para atacarle apenas tuviera una oportunidad. Años más tarde, Burton, entonces capitán en el

ejército indio, pidió permiso para explorar Somalia en África. Outram le negó ese permiso. Aunque sus órdenes fueron revocadas por sus superiores, Outram limitó más tarde los planes de exploración de Burton.

Ahora los androides, a los que llamó Corsellis y Outram, estaban de pie ante él. El primero llevaba un uniforme de coronel; el último, ropas civiles. Sus rostros eran carentes de expresión; sonreirían tan sólo cuando se les pidiera, y únicamente si habían sido programados para hacerlo.

—Vosotros, tontos del culo, pintaréis como se os ha ordenado las habitaciones con los materiales que encontraréis en ese conversor de ahí —les dijo, señalando.

Los androides no siguieron su gesto, de modo que añadió:

—Mirad hacia allá. Hacia donde señala mi dedo. Ese armario es el conversor al que me refiero. La pintura está en sprays. Sabéis como utilizarlos. Las escaleras están también ahí. Sabéis como montarlas y luego como utilizarlas.

Burton había pensado en programarlos para que le besaran el culo antes de empezar a trabajar, pero luego había rechazado aquel acto infantil y esencialmente carente de significado. Si resucitaba a los auténticos Outram y Corsellis y les hacía que le besaran el culo, aquello sería diferente. Pero ellos podían negarse, por supuesto. Además, no iba a traerlos a la vida por ahora, pese a que le hubiera gustado hacerlo para dedicarlos a trabajos serviles. Eran seres humanos, y no podría desintegrarlos cuando hubiera terminado con ellos.

Sin embargo, obtuvo una cierta satisfacción, incluso dejó escapar alguna que otra risita, cuando los vio a los dos caminar hacia el conversor. Si tan sólo pudiera arreglar las cosas de modo que los hombres auténticos, los modelos, pudieran al menos ver a aquellos androides. Se hubieran sentido ultrajados, furiosamente indignados.

Suspiró. Aquella forma de venganza era mezquina, y lo sabía. Si Nur la viera, diría:

—Está por debajo de ti. Te has convertido en algo no mejor que ellos.

—¿Debería volver la otra mejilla? —murmuró Burton, prosiguiendo en voz alta la imaginaria conversación—. No soy cristiano. Además, nunca he conocido a ningún cristiano que volviera la otra mejilla cuando lo abofeteaban.

Tenía que guardar la identidad de los simulacros para sí mismo, y eso lo privaba del placer que podía conseguir con aquello. Alice podía seguir adelante dándoles a sus androides los rostros de Gladstone y Disraeli porque no sentía ninguna animosidad hacia ellos. Para ella, simplemente resultaba divertido ser servida por dos primeros ministros.

Abandonó su apartamento por un rato, aunque no estaba convencido de que debiera dejar a los androides sin vigilancia. Si se encontraban con algún problema que un pintor sentiente hubiera podido resolver, o lo ignorarían, o se detendrían y aguardarían órdenes. Sin embargo, se sentía irritado por los acontecimientos que había exhibido la pantalla, aún no cubierta. Su secuencia no seguía la cronología correcta; había saltado a cuando tenía tres años y estaba siendo salvajemente azotado por su tutor.

—Todo lo que hice fue decirle que su aliento era como el de un perro enfermo —dijo Burton—. Y que eructaba demasiado. Eso es todo.

Burton no sabía leer aún a aquella edad, pero el tutor había empezado a enseñarle a hablar latín.

A la edad de diez años Burton sabría más latín que su tutor y lo hablaría fluentemente.

—Pero eso fue pese a él, no a causa de él. Tenía un talento innato para los idiomas que ningún pedante brutal podía arrancarme. Desgraciadamente, la mayoría de los muchachos odiaban el lema tanto como odiaban los azotes de su maestro. En sus mentes, una cosa era la otra.

La pantalla exhibiendo su pasado apareció en la pared al lado de la puerta una vez hubo cerrado ésta. Burton se sentó en el sillón volante estacionado junto a la puerta y se volvió dándole la espalda a la pared. Inmediatamente, la pantalla apareció en la pared opuesta. Burton se puso los auriculares a prueba de sonidos en los oídos y una larga visera en su cabeza. Si mantenía los ojos bajos, conseguía no ver la pantalla. Aparentemente, la Computadora no tenía órdenes de deslizar la pantalla hasta el suelo. De este modo, Burton podía leer el libro que mantenía cerca de su pecho sin ver ni oír el repaso de su vida.

El libro era la gramática etrusca del emperador romano Claudio, localizada y reproducida para Burton por la Computadora. Se había perdido en algún momento durante la Edad Media de la Tierra, pero un agente Ético había fotografiado un ejemplar poco después de que Claudio lo hubiera terminado. Mientras los lingüistas de la Tierra se lamentaban de su pérdida, había permanecido en las grabaciones de los Éticos durante un millar de años.

Pese a intentar absorberse en el libro, no podía impedir el echar furtivas miradas a la pantalla. Ahora él, un niño, se había vuelto en redondo para enfrentarse a los enrojecidos y furiosos rasgos de McClanahan, el tutor. Aunque Burton no podía oír al hombre, sí podía leer sus temblorosos labios. Y de pronto recordó otras ocasiones en las cuales McClanahan había aullado invectivas y acusaciones contra él, y la profecía de que iría a parar al Infierno cuando muriera... si no antes.

Burton no podía ver sus propios labios, pero estaba gritando: «¡Allí lo encontraré a usted!». La imagen cambió. Estaba mirando otra vez hacia el otro lado, y el tutor estaba azotándole de nuevo. No lloraba ni gritaba; mantenía los labios tercamente apretados, de modo que el tutor no tuviera la satisfacción de saber el daño que le estaba haciendo. Aquello lo único que conseguía era poner aún más furioso a McClanahan, haciéndole incrementar la severidad de sus golpes. Pero tenía miedo de azotarle tanto como debía estar deseando. Aunque el padre de Burton aprobaba el instilar amor al estudio y obediencia con ayuda de la vara, no aceptaría una azotaina hasta casi los bordes de la muerte. El tutor sabía que el niño no iba a gritar hasta que estuviera medio muerto, y quizá ni siquiera entonces.

Burton apartó la cabeza hacia un lado y enfocó su atención a las palabras de la gramática. Terminó dos páginas, luego cerró los ojos y proyectó las páginas, como si fueran un film, en la pantalla de su mente. Tras lo cual abrió los ojos para comprobar su exactitud. Sonrió. Su memoria era un cien por cien perfecta.

Aprender un idioma a través de los libros era un paso hacia su dominación. Pero debería resucitar a una etrusca e imbibirse del idioma hablado. Sin embargo —siempre había un sin embargo—, ¿qué haría con la etrusca una vez hubiera terminado con ella?

Fue entonces cuando pensó en la posibilidad de leer las grabaciones de los muertos en los archivos. ¿Por qué no hacer que la Computadora rebobinara sus memorias? Quizá los muertos pudieran hablar.

Utilizando un código, pidió a la Computadora que formara una pantalla en el suelo. Lo hizo, y Burton planteó su pregunta en ella. La Computadora respondió que las memorias de las grabaciones podían ser extraídas y exhibidas. Sin embargo, algunas grabaciones no estaban disponibles a causa de inhibiciones.

Miró su reloj de pulsera. Ya era tiempo de que los androides hubieran terminado su trabajo.

Por aquel entonces la exhibición de su pasado había saltado a Nápoles, donde la familia había permanecido un tiempo durante su incesante vagabundear por el sur de Europa. Una vez más, estaba siendo azotado por un tutor, esta vez por DuPré, un graduado de Oxford.

Como había dicho Frigate, sus vidas eran films, pero antes de serles presentada la gran película, estaban viendo un «avance».

Podía ser embarazoso cuando la Computadora llegara a los sucesos del día anterior a aquel acontecimiento en particular. El y un compañero de juegos italiano se habían masturbado el uno delante del otro.

Iba ser embarazoso también cuando fueran exhibidas las innumerables excreciones, y las escenas sexuales podían llegar a ser intolerables. Eran esas las que habían decidido a Burton de que la idea de pintar un apartamento donde pudieran reunirse todos no era suficiente. Había que pintar también su propio apartamento y, si los demás tenían algo de buen sentido, iban a seguir su ejemplo.

Entró por la puerta, y la pantalla quedó oculta detrás de la pintura. Los androides, sudorosos, estaban terminando con su dormitorio. No les había dicho que pintaran todas las habitaciones, puesto que había algunas en las cuales no iba a entrar. Eso es, a menos que deseara ver su pasado, y sabía que iban a presentarse muchas ocasiones en las cuales no iba a ser capaz de resistir a la tentación. Ahora, sin embargo, lo vería únicamente cuando deseara hacerlo. Maldijo y chasqueó los dedos. Quizá no.

Fue a la consola de la computadora auxiliar, que no había sido pintada. Activándola, contempló la pantalla. Sonrió. La Computadora no exhibía allí las odiadas imágenes. Aparentemente se le había ordenado utilizar únicamente las paredes para las proyecciones memorísticas.

El androide Outram informó que ya habían terminado. Burton les dijo que almacenaran las escaleras y los botes de pintura no utilizados en un dormitorio y echaran los botes usados en un conversor. Desintegró los botes, luego ordenó a los androides que entraran en el conversor. Se metieron en el enorme armario; aseguró la puerta; la energía llameó; no quedó ni el menor asomo de cenizas.

Tenía que ser su imaginación la que le había hecho pensar que sus ojos parecían estar suplicando. No eran conscientes de sí mismos ni poseían el menor sentido de autoconservación.

Las paredes, suelo y techo eran de un deslumbrante color blanco, pero podía pintar murales encima.

Frigate llamó a través de la pantalla de la consola.

—He estado explorando los pequeños mundos en ese segundo nivel de la parte superior de la torre —dijo—. Descubrí que la Computadora no muestra el pasado ahí. No sé por qué, pero pienso que los Éticos habían establecido algunas limitaciones allí por encima de las cuales no pudo pasar el Snark. De todos modos, aparte esto, hay otras razones por las cuales deberíamos mudarnos a ellos.

Dan la ilusión de estar al aire libre; me siento mucho más libre allí que en mi apartamento. Voy a sugerir que nos traslademos todos a aquel lugar, y que cualquiera que lo desee lo remodele a su gusto. Yo voy a hacerlo, lo hagan o no los demás, pero sería estupendo que lo hiciéramos todos. Estaríamos mucho más juntos y podríamos utilizar la zona central para las reuniones sociales o cualquier otra cosa que quisiéramos.

Se reunieron en la zona central del «pastel en el cielo» aquella tarde, para hablar de la proposición de Frigate.

—Tenéis que ver esos lugares por vosotros mismos —dijo Frigate—. Son fabulosos.

El americano les recordó que la sección circular estaba dividida en segmentos de treinta grados cada uno. Las puntas de esos doce segmentos terminaban en la gran zona central circular.

—Se me ocurrió que, a vista de pájaro, el círculo tiene el aspecto de un mapa zodiacal. Está dividido en doce partes, doce casas, Acuario, Aries, Tauro, Géminis, y así... si queréis mirarlo de ese modo. Estaba pensando que quizá cada uno de nosotros pudiera ocupar el área que le corresponde según su fecha de nacimiento.

—¿Por qué? —dijo de Marbot.

—Es una idea mía. De todos modos, puesto que la fecha de nacimiento puede determinar la zona en particular en la cual vivir, evitará discusiones si utilizamos el método zodiacal. Por supuesto, no hay razón alguna de desacuerdo, puesto que todas son iguales una vez desembarazadas de la parafernalia original. Tan sólo es una idea.

Los otros admitieron que parecía una idea tan buena para escoger las zonas como cualquier otra.

—Pero tú no crees en esta mierda de la astrología, ¿verdad? —dijo Turpin.

—No. No realmente. De todos modos, sé algo al respecto. Veamos, Po, tú naciste, según el calendario occidental, el 19 de abril del 701 d.C. Eso te hace Aries, la primera casa, cuyo principio es la energía. Evidentemente, eres energético.

—¡Y mucho más! —dijo el chino.

—Sí. La primera casa es también pionera, y tú fuiste un pionero. Tus cualidades positivas son: expansivo, original y dinámico.

—¡Muy cierto! Debo aprender más acerca de esa astrología occidental.

—Tus cualidades negativas —dijo Frigate, sonriendo— son que eres temerario, tienes poca autosuficiencia, y eres engañoso.

—¿Qué? ¿Yo? Quizá pueda ser temerario, pero preferiría llamarlo absolutamente valeroso. ¿Pero cómo puedes decir que soy poco autosuficiente, tú que me conoces tan bien?

—Simplemente estoy transmitiéndote lo que dice la astrología acerca de tu signo. De todos modos, las cualidades negativas están para ser superadas, y tú evidentemente superaste las tuyas, si alguna vez las tuviste.

—Uno podría decir que se pasó en su superación —dijo Burton secamente.

—¿La casa de Aries está bien para ti? —preguntó Frigate.

—¿Por qué no? ¡Es la *primera*!

Frigate se dirigió a Alice.

—Tú naciste el 4 de mayo de 1852. Eso te hace Tauro. Regido por Venus, las emociones.

—¡Ja! —dijo Burton. Alice le lanzó una mirada asesina.

—Tauro edifica. Tus cualidades positivas te hacen leal, responsable y paciente. Pero tienes que luchar contra el orgullo excesivo, la complacencia contigo misma y la codicia.

—No por lo que yo sé —dijo Alice suavemente.

—¿La segunda casa está bien para ti?

—Por supuesto.

Frigate se dirigió a Thomas Million Turpin, que estaba fumando una panatela y sosteniendo un vaso de bourbon.

—Tú naciste el 21 de mayo de 1873, bajo el signo de Géminis. Eres regido por Mercurio, y eres fuerte en comunicaciones. Eres versátil, genial y creativo.

—¡Y que lo digas, hombre!

—Pero tus cualidades negativas... esto... tienes dos caras, eres superficial e inestable.

—¡Eso es una maldita mentira! Nunca he tenido dos caras, siempre he sido directo en todo. ¿De dónde has sacado esa mierda?

—Nadie dice que lo seas —advirtió Frigate—. Lo que indica eso es que tienes que superar esas tendencias.

—Nunca he tenido dos caras. Simplemente soy discreto y educado. No sirve de nada herir los sentimientos de uno si no tienes que hacerlo. No compensa.

—¿La tercera casa es agradable para ti?

—Una es tan buena como otra, y quizá mejor.

—No tenemos a nadie nacido bajo el signo de Cáncer —dijo Frigate—, todavía no, al menos. La quinta casa es Leo, que representa la vitalidad y está regida por el sol. Leo dramatiza. Ese eres tú, Marcelin. Nacido el 18 de agosto de 1782.

—Por ahora, excelente —dijo de Marbot—. Soy todo eso.

—Un Leo es regio...

—¡Cierto!

—... divertido...

—¡Doblemente cierto!

—... y convincente.

—Tres veces cierto.

—Las malas cualidades, sin embargo, son que Leo es pomposo, dominante y vanidoso.

El francés enrojeció y frunció el ceño; los otros se echaron a reír.

—¡Te ha atrapado! —dijo Turpin.

—Leo, la quinta casa, ¿de acuerdo? —dijo Frigate.

—¡Si queda bien entendido que estamos simplemente divirtiéndonos con toda esa charlatanería de la astrología y todo lo demás, y que aunque puede que sea un líder nato, no soy dominante, y aunque pueda alardear mucho de mí mismo no soy vanidoso, y que nunca, nunca he sido pomposo!

—Nadie discutirá nada de eso contigo —dijo Frigate ambiguamente—. Ahora vayamos a la sexta casa, Virgo. Regida también por Mercurio, el comunicador. Virgo analiza. Esa eres tú, Aphra, nacida el 22 de setiembre de 1640. Virgo es práctica, analítica, intelectual.

—Nunca he sido nada de eso —dijo Aphra.

—Virgo es también crítica, hipocondríaca y escrupulosa. Aphra estalló en una sonora carcajada.

—¿Yo, con mi reputación y mis dramas obscenos?

—¿Te va la sexta casa?

—¿Por qué no?

—¿Por qué no? —dijo de Marbot—. Eso es lo que yo pregunto, ¿por qué no? Hemos estado viviendo juntos, mi pequeño repollo, y me siento feliz y contento. Ahora... *sacrebleu*... vamos a dejar de compartir techo y cama. ¿Acaso no has pensado en eso? Si no lo has pensado, ¿por qué no? ¿Estás cansada de mí?

Ella le dio unas palmadas en el brazo.

—En absoluto, mi gallito de pelea, en absoluto. Pero... bien... siempre hemos estado juntos, nunca nos hemos alejado el uno de la vista del otro. Es posible, sólo posible, digo, después de todo somos humanos, que una intimidad tan profunda y continuada pueda perder sabor al cabo de un tiempo. Además... me gusta la idea de tener mi propio mundo. Podemos edificarlo nosotros mismos, cada cual según nuestro propio deseo, y pese a ello estar juntos siempre que lo queramos. Estaré una noche en tu mundo. Tú, a la noche siguiente, en el mío. Podemos pretender que somos un rey y una reina efectuando cada uno visitas de estado a la monarquía del otro.

—No lo entiendo —dijo de Marbot.

Aphra se alzó de hombros.

—Bien, si no funciona, podemos volver a vivir juntos como antes. Estoy segura, Marcelin, de que no tendrás miedo a esta aventura.

—¿Yo? ¿Miedo? ¡Nunca! Muy bien, Peter, ocuparé mi residencia en la quinta casa y Aphra en la sexta. Después de todo, seremos vecinos puerta contra puerta.

—Con una gruesa pared entre vosotros. Las paredes hacen buenos vecinos.

—Pero malos amantes —dijo Burton.

—Eres demasiado cínico, amigo mío —dijo de Marbot.

—Libra y Escorpio, las casas séptima y octava, deberán quedar vacías por un cierto tiempo —dijo Frigate—. La novena es Sagitario, regida por Júpiter, cuya dominante es la expansión. Sagitario filosofa. Lo cual es apropiado, puesto que tú, Nur, eres Sagitario. Tú eres, según la antigua ciencia, jovial, profetice y lógico.

—Y más —dijo Nur.

—Tienes las cualidades negativas de brusquedad, fanatismo e intolerancia.

—Tenía. Las conquisté en mi muerta juventud.

—Debemos saltarnos Capricornio. Acuario, mi signo —dijo Frigate—, es la onceava casa. Acuario está regido por Saturno, que simboliza lecciones, y por Urano, que se refiere a oportunidades. Acuario humaniza. Acuario es diplomático, altruista e inventivo. Desgraciadamente, en el lado negativo, es egoísta, excéntrico e impulsivo.

—¿Te confiesas culpable? —dijo Burton.

—Más o menos. Ahora, Dick, llegamos a ti, Piséis, puesto que tú naciste el 19 de marzo de 1821. Piscis armoniza, ¡ja! Regido por Neptuno o el idealismo y Júpiter o la expansión. Ninguna discusión

aquí. Cualidades positivas: intuitivo, compasivo, artístico.

—Más de una vez me has dicho que yo era un automártir —dijo Burton.

—Y así —dijo Nur—, llevando nuestro equipaje de buenas y malas cualidades, entramos en nuestros nuevos hogares. Si tan sólo pudiéramos dejar las maletas que contienen las malas junto a la puerta.

Trasladarse a las cámaras del «pastel en el cielo» requería mucha preparación. Los inquilinos tenían que explorar sus pequeños mundos y decidir si querían mantener su actual decoración o «entorno» o crear el suyo propio. Excepto Nur, que se sentía intrigado por la cámara de oscuros espejos, cada uno de ellos decidió variar su lugar. Mientras las hordas de androides y robots estaban eliminando las actuales decoraciones, los inquilinos decidieron qué tipo de mundo privado deseaban. Tras lo cual, tenían que dar instrucciones a la Computadora, elaborando sus especificaciones hasta el más mínimo detalle.

Nur cambió de opinión. Se quedaría en su suite, aunque visitaría el mundo-espejos de tanto en tanto para meditar.

Burton sorprendió a todo el mundo con su inesperada reluctancia a cambiar de hogar. Siempre había sido un vagabundo que se volvía tremendamente inquieto cuando debía permanecer en un mismo lugar más de una semana. Sin embargo, ahora se negó a trasladarse hasta que hubiera construido su mundo exactamente tal como lo quería. A la mitad de la construcción de su primer mundo, detuvo el trabajo y lo hizo eliminar de nuevo. Tras largo tiempo, empezó con un segundo diseño, pero lo abandonó al cabo de dos semanas.

—Quizá no desee venir aquí —dijo Nur— porque éste será su último hogar. ¿A qué otro sitio puede ir después de trasladarse a él?

La tarde en que los seis tenían que mudarse, todos los ocho celebraron una gran fiesta de traslado en la zona central. No fue enteramente una ocasión alegre porque de Marbot y Behn se pelearon justo antes de tomar posesión. El francés ardía ante la negativa de Aphra a vivir con él en su mundo, y, después de beber más vino del que acostumbraba, la acusó de no quererle.

—Quiero ir a mi propio mundo, el mundo que yo construí —dijo ella orgullosamente.

—El lugar de una mujer es el del hombre al que quiere. Tiene que ir a dónde él vaya.

—Ya he pasado por eso demasiadas veces —dijo ella—. Empiezo a sentirme cansada.

—Deberías estar bajo mi techo. Es mi derecho. ¿Cómo puedo confiar en ti?

—No tengo que estar bajo tu vista a cada minuto. Si no puedes confiar en mí, si crees que puedo saltar a la cama de otro hombre en el momento en que tú dobles la esquina... ¿Soy sólo yo, o simplemente no confías en ninguna mujer? A menudo estabas ausente durante muchos meses del lado de tu mujer cuando eras un soldado. ¿Confiabas en ella? Tenías que hacerlo, ¿no?

—¿Mi esposa estaba por encima de toda sospecha! —gritó de Marbot.

—¿Hail, César! —dijo Aphra burlonamente—. La auténtica esposa del César, mi preciosa mierdecita, le puso los cuernos. Así que, si tu esposa era tan buena como la esposa del César...

Aphra se alejó de él mientras él empezaba a chillarle, y cruzó el umbral hacia la sexta casa.

Sollozando, dejó que la puerta se cerrara tras ella. Tenía la sensación como si estuviera cerrándola sobre su amante para siempre, aunque tenía la suficiente experiencia como para saber que eran sus emociones, no su razón, las que estaban hablando. ¿De cuántos hombres se había separado esperando no volver a verlos nunca más? Parecía como si fueran un centenar, aunque realmente debían ser tan sólo una veintena. Y no podía ni recordar los nombres de algunos. Los recordaría, de

todos modos, cuando la acosante pantalla de su pasado se los mostrara de nuevo. Aquí, al menos, podría permanecer alejada de ello.

Subió los escalones, la puerta se abrió para ella cuando llegó arriba, y penetró en su mundo. Había otro sillón volante allí; montó en él y lo hizo remontarse a una altitud de treinta metros, y se adentró en su mundo. Bajo ella había una jungla tropical sudamericana de poca altura, con estrechos y serpenteantes ríos resplandeciendo a la luz de la falsa luna. Los gritos de los pájaros nocturnos resonaban bajo ella; un murciélago pasó zumbando cerca de ella y picó hacia las oscuras copas de los árboles pocos metros más abajo. La luna era llena porque había arreglado las cosas para que cada noche fuera así, y su luz era dos veces más potente que la de la Tierra. Y las estrellas, también las del ecuador sudamericano, eran tres veces más brillantes que las auténticas. En aquella luminosa noche, vio una sombra deslizarse cruzando un umbroso claro. Un jaguar. Y oyó los gritos de los cocodrilos.

El viento era frío y agitaba sus ropas mientras se encaminaba hacia el gran lago en medio de la jungla. Sus aguas resplandecían en torno al palacio flotante en su centro. Lo había reconstruido de sus recuerdos de una aparición que había vislumbrado mientras viajaba de Amberes a Londres. Había aparecido repentinamente delante del barco como si hubiera sido colocada allí por arte de magia, y había sorprendido y asustado a todo el mundo a bordo. Su mágico edificio era cuadrado, de cuatro pisos de altura, hecho de mármol de varios colores, y rodeado por hileras de acanaladas y retorcidas columnas con plantas trepadoras y flores y banderolas agitándose a la brisa. Cada columna estaba tallada con pequeños Cupidos que parecían estar trepando por ellas con la ayuda de sus agitadas alas.

El palacio había sido visto por todo el mundo a bordo del barco. ¿De dónde había procedido? ¿Era un espejismo, qué edificio reflejaba? En ningún lugar ni en Inglaterra ni en el Continente había un palacio fantástico tan rococó.

Aquella inexplicable visión la había perseguido durante el resto de su vida en la Tierra, y aún seguía haciéndolo en el Mundo del Río. Le había pedido a la Computadora que se la explicara, pero su búsqueda solamente había dado como resultado una referencia a ella en su biografía escrita por John Gildon. Aquella obra póstuma la había intrigado y disgustado a la vez debido a sus inexactitudes y mentiras. Entonces había pedido toda la literatura disponible relativa a ella, y había leído los relatos de Montague Summers, Bernbaum y Sackville-West. Aquellos autores se habían ocupado principalmente de extraer la verdad a partir del romance y la especulación, y normalmente habían fracasado. No podía culpárseles por ello. Los informes oficiales y documentos acerca de ella eran escasos, y obtener los hechos históricos a partir de sus novelas, obras teatrales y poemas era inútil.

Aphra sabía, o le habían dicho, que era la hija de un barbero, James Johnson de Canterbury. Su madre había muerto pocos días después del nacimiento de Aphra, y ella y su hermana y hermano habían sido adoptados por unos familiares, John y Amy Amis. Ni ella ni los Amis, por supuesto, habían tenido ninguna presciencia de que aquella niña iba a convertirse algún día en la primera mujer inglesa que se ganara completamente la vida escribiendo. Ni de que uno de sus poemas iba a ser incluido en numerosas antologías durante varios siglos, y una de sus novelas sobreviviría como

un clásico menor.

Su exitosa intrusión en el campo literario, hasta entonces exclusivamente masculino, había sorprendido y afrentado a muchos. El más profundo shock había procedido de los escritores masculinos y críticos. Sus observaciones, llenas de prejuicios y vindicativas, y sus politiqueros, la pusieron furiosa, y respondió como correspondía. Sufrió todos los malos tragos, todas las pedradas y feroces crucifixiones del pionero, pero abrió el camino para una multitud de mujeres que aprendieron a vivir de sus plumas.

De niña, había sido nerviosa e imaginativa y a veces enfermiza. Sin embargo, sobrevivió al duro y peligroso viaje de casi diez mil kilómetros hasta Surinam, una posesión inglesa al norte de Sudamérica, en el océano Atlántico. Su padre adoptivo, John Amis, no tuvo tanta suerte. Murió en el camino, víctima de una «fiebre». Había sido nombrado teniente general de Surinam gracias a la influencia de un familiar, Lord Willoughby de Parham. Pese a la pérdida de su padre, gozó de su vida, y aprovechó todas las ventajas de aquella exótica tierra. Allí conoció a un esclavo negro que había sido secuestrado de su tribu en África occidental y traído a Surinam. Sus historias de su país nativo y su exaltada posición allí, fueran o no ciertas, sirvieron de fuente para la romántica novela que escribiría unos años más tarde, *Oroonako, o el esclavo real*.

—Aquellos fueron los más felices años de mi vida. Allí siempre era primavera, siempre abril, mayo y junio. Los árboles mostraban a la vez todos los grados de hojas y frutos. Había arboledas de naranjos, limones, cidros, higos, mirísticas y nobles árboles aromáticos exudando constantemente fragancias. Guacamayos, loros y canarios de alegres colores resplandecían sobre los lirios de agua en los lagos y acequias. El pájaro *twa-twa* tenía un grito como un gong de plata. El ques-quedaí llamaba: *Qu'est-ce que dit? Qu'est-ce que dit?* Me volví una experta en el extraño lenguaje de los negros, entre semiafricanos y semiingleses, y oí hablar del Gran Gado, el Gran Dios, su esposa María, y su hijo Jesi Kist. Los indios bajaban de las montañas trayendo sacos llenos de polvo de oro.

»No todo era encantador y paradisíaco, por supuesto; caí enferma de malaria en una ocasión, y estuve a punto de morir.

En 1658, a la edad de dieciocho años, regresó a Londres. A los diecinueve se casaba con un hombre mucho mayor, un rico comerciante holandés, Jans Behn. Aunque ella no tenía dinero, su buena presencia y sus cualidades y su educación habían inspirado el amor del señor Behn. A través de sus conexiones, introdujo a su esposa en la corte de Carlos II.

—¿Y es cierto —había preguntado Frigate— que fuiste la amante del rey?

—Su majestad me pidió que me fuera a la cama con él —había dicho ella—, pero por aquel entonces yo estaba casada. En aquel tiempo tenía la concepción, que más tarde abandoné, de que el adulterio era pecaminoso. Además, amaba a mi esposo, ningún holandés lo soportaba, y sabía que iba a sentirse terriblemente dolido si yo lo traicionaba.

En 1665, su esposo perdió su inmensa fortuna a causa del naufragio de varios de sus barcos debido a las tormentas y el apresamiento de otros por piratas, con la pérdida de todas sus mercancías. Murió de un ataque al corazón a principios de 1666, dejando a su viuda con tan sólo cincuenta libras. Cuando consiguió encontrar empleo, tan sólo le quedaban cuarenta libras. A través de amigos en la corte, se convirtió en una agente de espionaje y se dirigió a Amberes. Le habían

dicho que cualquier información que pudiera conseguir sobre la flota holandesa sería bienvenida. Pero su principal misión era espiar a los renegados ingleses que vivían en Holanda. Había mucha gente allí que había huido de Inglaterra y estaba conspirando para derribar la actual monarquía.

—Una James Bond femenina —había dicho Frigate.

—¿Quién?

—Oh, no importa.

—Se me encargó especialmente que me hiciera amiga de un exiliado, William Scott, y tratara de conseguir que regresara a Inglaterra. Él no pensaba hacerlo hasta que obtuviera el completo perdón, pero al final aceptó colaborar conmigo. Por aquel entonces yo estaba sin un céntimo. Envié una carta a James Halsall, el copero del rey, mi inmediato superior. Le pedí fondos para proseguir con mi espionaje. No obtuve respuesta, así que escribí una segunda misiva, diciéndole lo cara que era Amberes, y que había conseguido comida y un techo únicamente empeñando un anillo. De nuevo no obtuve respuesta. Escribí una vez más a Halsall y, al mismo tiempo, a Thomas Killigrew, un amigo que estaba también en el servicio secreto. Indiqué que necesitaba cincuenta libras para pagar mis deudas. Envié también noticias del número y disposición de las naves holandesas, del ejército holandés y de mis progresos con Scott. Tras no recibir respuesta tampoco, escribí completamente desesperada al secretario de estado, Lord Arlington. Le dije todo lo que había hecho, lo arruinada que estaba, y que pronto estaría en prisión en Holanda por deudas. Pero no obtuve respuesta tampoco.

—¿No pensaste entonces en acudir a los holandeses? —había preguntado Burton.

—¿Yo? ¡Nunca!

—Incluso entonces, el gobierno británico trataba y olvidaba a sus soldados y espías —había dicho Burton.

—Escribí de nuevo a Lord Arlington y le supliqué que me enviara cien libras para pagar mis deudas y regresar a Inglaterra. De nuevo silencio. De modo que allí estaba yo, sin un penique de paga por mis servicios, sin una sola palabra de mis jefes. ¿Qué estaba haciendo allí sino el ridículo más espantoso, una pobre estúpida anegada en la miseria? Finalmente, conseguí un préstamo de ciento cincuenta libras de un amigo en Inglaterra, Edward Butler, y embarqué de regreso a casa en enero del año de Nuestro Señor de 1667.

Débil, enferma y fuertemente endeudada, Aphra cruzó el Canal de Amberes a Londres. Allí vio las ruinas de la ciudad arrasada por el Gran Fuego. Sin embargo, el terrible desastre había tenido también su lado bueno. Había consumido a los centenares de miles de ratas y millones de piojos que habían difundido la Gran Plaga. Aphra, sin embargo, tuvo poco tiempo para pensar ni en el fuego ni en la plaga. El señor Butler la presionaba para que le devolviera el dinero, y Lord Arlington y el rey seguían ignorando sus justas demandas de ser retribuida. De modo que llegó lo inevitable: fue encarcelada por deudas.

—Fui metida en prisión —había dicho Aphra—, donde, si no tenías dinero para comprarte comida, te morías de hambre. Eso es, si las enfermedades que asolaban las prisiones como salvajes pieles rojas en una incursión no terminaban primero contigo. Las plagas eran democráticas, de todos modos. Te mataban fueras bajo o alto en alcurnia, pobre o con dinero en tu bolsa, joven o viejo.

Todas las prisiones de la City habían ardido o habían quedado inutilizadas por el Gran Fuego. Newgate fue rápidamente reparada, pero Aphra fue enviada a Caronne House, en South Lambeth. La suciedad y el hacinamiento ya eran bastante malos antes del fuego. Ahora eran diez veces peores debido a la falta de prisiones y al gran número de ciudadanos cuyas casas y propiedades habían sido destruidas. Incapaces de pagar sus deudas, ellos también iban a parar a prisión.

—Sobreviví a todo ello, aunque hubo momentos en los que deseé morir. El olor de los cuerpos y las ropas sin lavar, el hedor de los enfermos, la pestilencia de las llagas abiertas, los gemidos de los niños asustados y enfermos, los robos, los gritos de los locos y los furiosos, las toses y los vómitos, las peleas, la brutalidad, la falta total de intimidad... si querías orinar o defecar tenías que hacerlo en una celda con una docena mirándote o riéndose de ti... si mi madre no hubiera pedido prestado dinero para enviarme comida, la mitad de la cual fue confiscada por los guardias para su propio beneficio... hubiera ido consumiéndome hasta estar demasiado débil como para resistir a las miasmas que flotaban en el nauseabundo aire de aquel agujero infernal. Cualesquiera que hubieran sido mis pecados, antes de entrar en prisión o después, pagué por ellos. Era un purgatorio sin llamas, llamas que hubieran sido bienvenidas para mantenernos al menos calientes.

Dos de los guardias le ofrecieron proporcionarle una comida al día con carne, verduras y vino, si tenía relaciones sexuales con los dos al mismo tiempo.

—Si mi madre no me hubiera enviado lo suficiente como para impedir que me muriera completamente de hambre, supongo que hubiera aceptado sus exigencias antes o después, probablemente antes. Mi estómago vacío no hacía más que succionar aire, y me decía a mí misma, aunque realmente no creyera en ello, que los guardias eran preferibles a morirme de hambre. Sin embargo, uno de los guardias, además de desusadamente sucio, tuerto, jorobado y con los dientes podridos, tenía el mal francés. No recuerdo...

—¿Sífilis o gonorrea? —había dicho Frigate.

—Ambas cosas, creo. ¿Qué importa? De todos modos, gracias a mi madre, no a Dios, escapé de ellos. Y, finalmente, Killigrew me pagó lo suficiente como para liquidar mis deudas y vivir por un tiempo. Un tiempo muy corto.

Había hecho una pausa, y luego había dicho, sonriendo, y lucía muy hermosa cuando sonreía:

—Mentí cuando dije que deseé morir cuando estaba en prisión. Oh, quizá consideré brevemente los beneficios del suicidio. No, siempre he creído apasionadamente que la vida es algo valioso, y yo no era de los que alzan la bandera blanca al primer revés. Como tampoco aceptaba la derrota. No hasta que llegara el último aliento, y ni siquiera entonces. La muerte no me ha derrotado más de lo que me derrotó la vida. Simplemente hizo que me retirara.

»Allí estaba yo, recién salida de prisión, delgada y pálida, con mis deudas pagadas excepto lo que le debía a mi madre, y sin un penique para pagarle a menos que me pasara sin comida y alojamiento y cosméticos y ropas y libros.

Estaba acercándose a los treinta años en unos tiempos en los que una mujer de treinta parecía —normalmente— mucho más vieja que una mujer de treinta años de finales de los 1900. La mayoría habían perdido varios dientes, y su aliento apestaba por los dientes careados. Una mujer sin un marido, padre, hermano, tío o primo para protegerla era considerada una presa fácil. Si cometía

algún error, podía acudir a una ley que estaba muy del lado de los ricos y los privilegiados. Los jueces, los abogados, los alguaciles, los jurados, estaban abiertos a soborno —con muy pocas excepciones—, eran fácilmente impresionados por los ricos y los ostentadores de títulos. Las mujeres escritoras no eran desconocidas, pero no eran profesionales. Eran las hijas de vicarios rurales que escribían en su tiempo libre o mujeres de noble cuna que deseaban hacerse un «nombre» por sí mismas. Ninguna mujer en Inglaterra había intentado ganarse la vida con su pluma.

Aphra sabía que podía escribir fluentemente, ingeniosamente y con interés, y tenía imaginación. Era culta, y creía que podía hacerlo tan bien como un hombre creando novelas, poemas y obras de teatro. Pero debía empezar con un handicap en la carrera literaria porque era una mujer.

Sin embargo, algo que compensaba ese handicap era que su aspecto era mejor que el de la mayoría de las mujeres de su edad. Tenía todos sus dientes, posiblemente a causa de que había pasado la primera parte de su vida en Surinam y los minerales en la comida habían ayudado a conservarlos. Posiblemente la herencia era también parte de su salud dental. Aunque baja, tenía unas piernas largas, si bien las faldas de su época apenas permitían observar eso. Tenía unos pechos llenos y firmes, que los trajes de su época no ocultaban. Poseía un hermoso pelo amarillo y grandes ojos azules con densas cejas negras que enmarcaban un rostro muy atractivo pese a su larga nariz y su mandíbula inferior ligeramente corta. Poseía un gran encanto, y una voluntad con el impulso de un coche con seis caballos galopando colina abajo.

Más aún, estaba decidida a permanecer soltera. Como había escrito en una ocasión: «El matrimonio es al amor un veneno tan grande como un préstamo lo es a la amistad; nunca debería pedir ni dar una promesa».

También escribió:

*De acuerdo con las estrictas reglas del honor,
La belleza debería seguir siendo la recompensa del amor,
No la vil mercancía de la fortuna,
O la droga barata de una ceremonia en una iglesia.
No sólo es infame aquella que en su cama
Por interés toma a algún nauseabundo payaso al que odia;
Y aunque un usufructo o promesa en público
Sea su precio, eso la convierte tan sólo en una puta más cara...
Toma tu oro, y dame tu amor,
El tesoro de tu corazón, no el de tu bolsa.*

Pese a lo cual, dio su corazón al hombre equivocado, un abogado llamado John Hoyle, que la utilizó, tomó su amor y su dinero, dándole principalmente a cambio infidelidad y desprecio, y estuvo a punto, aunque no lo consiguió plenamente, de romper su corazón. (Hoyle fue asesinado en una riña de taberna en 1692, después de la muerte de ella. Frigate se lo dijo).

—Alguien, no recuerdo quién, dijo de Hoyle que era un ateo, un sodomita profeso, un corruptor

de jóvenes, y un blasfemo de Cristo.

—Sócrates fue acusado también de todo ello excepto de lo último —había dicho Aphra—. No me importa que fuera esto y mucho más Era... no me amó tanto como yo le amé a él... no me amó en absoluto excepto al principio.

—¿Qué harías ahora si lo encontraras? —había preguntado Frigate.

—No lo sé. No le odio. Sin embargo... quizá le pateara en los testículos y luego le besara. ¿Quién sabe? Espero no volver a verlo de nuevo nunca.

Aphra se hizo famosa, o infamosa, y compuso *Astrea* según la doncella estelar de la antigua mitología griega, hija de Zeus y Temis, o quizá de Astreus el Titán y Eos. Astrea, durante la edad de oro, distribuyó bendiciones. Pero cuando llegó la edad de hierro, abandonó disgustada la tierra, y los dioses la situaron entre las estrellas como la constelación de Virgo.

Grandes figuras literarias y sus satélites y jóvenes dramaturgos y poetas se congregaron en torno a ella formando su corte. Algunos de ellos fueron lo suficientemente afortunados como para convertirse en sus amantes.

—Sin embargo, como ya he dicho, muchos hombres se resintieron de mis éxitos, y muchos críticos condenaron mis obras porque estaban escritas por una mujer. Malditos sean sus cerebros empapados en ron y sus ojos enturbiados por el vino, dijeron que mis obras eran obscenas y concupiscentes. También lo eran las suyas, pero si un hombre escribe esas cosas, los criticones ni siquiera abren sus bocazas. ¿Por qué debería ser la obscenidad y la concupiscencia una prerrogativa de los hombres? ¿Son las mujeres ángeles o Evas?

Sin embargo, ganó una fortuna, que de alguna forma dilapidó bajo la presión de su alto nivel de vida y su generosidad, y tuvo muchos amantes, aunque, como ella misma dijo, no obtuvo mucho auténtico amor de ellos. Cuando tenía cuarenta y seis años, empezó a sufrir los violentos y dolorosos ataques de la artritis, que terminarían matándola.

—Aunque creo que los efectos de la sífilis son igual de fatales, aunque más insidiosos.

Aunque la mano con la que escribía le dolía y había veces en que la pluma escapaba de la débil presión de sus dedos, escribió furiosamente, y la novela que debía asegurarle un lugar respetable en la literatura inglesa, *Oroonoko*, fue publicada antes de su muerte. El dieciséis de abril de 1689, su batalla contra los prejuicios, los celos, las charlatanerías y los odios de los puritanos y los hipócritas terminó.

A Guillermo de Orange, el príncipe holandés que se había convertido en monarca de Inglaterra, no le gustaba la señora Behn. Sin embargo, de alguna manera, aunque era considerada como una mujer perversa y escandalosa, fue enterrada en la Abadía de Westminster.

—¿Cómo ocurrió esto? ¿Enterrada entre los más grandes de los grandes? ¿Yo?

—Nadie en mi época sabía por qué —dijo Frigate.

—Ni en la mía —dijo Burton—. Tendremos que resucitar a algunos de tus contemporáneos para determinarlo.

—A Byron se le negó una tumba en la Abadía de Westminster —dijo Frigate—. Se consideró que había sido demasiado blasfemo y pervertido como para serle concedido tal honor. Y sin embargo, tú lo conseguiste.

—Y a mí —dijo Burton— también me fue negado. La había merecido más que muchos que descansaban allí, pero al Negro Dick no se le permitió descansar entre aquellas sagradas paredes.

Aphra había pasado muchas épocas miserables y terribles en el Mundo del Río, pero la vida valía casi siempre la pena de ser vivida. No era divertido estar muerto. Así, ella estaba ahora en la torre, y acababa de despedir a otro amante. Podía vivir con de Marbot de nuevo, aunque no parecía probable en este momento. No importaba. No tenía intención de seguir sola durante mucho tiempo.

Mientras aguardaba a la construcción de su pequeño mundo, Peter Jairus Frigate no estaba ocioso. Decidió que no deseaba cortar enteramente la «película de sus recuerdos». Se sentía demasiado curioso acerca de su pasado; tenía muchas cuestiones al respecto que había pensado que nunca iban a ser respondidas. Aunque había sufrido viéndolo, se obligó a sí mismo a soportar el dolor. De tanto en tanto. Así que retiró un cuadrado de pintura de una pared de una habitación en su suite, y pasaba una hora cada día en aquella habitación. En el momento en que aparecía en ella, el pasado cobraba vida tal como había sido visto por sus ojos y escuchado por sus oídos.

Experimentando, descubrió que la Computadora no insistía en mostrarle todo de acuerdo con el programa. Si él solicitaba algún período de tiempo, lo obtenía.

Igualmente, la Computadora poseía un reloj sincronizado con el tiempo de su memoria subjetiva. Si Frigate había sabido en el pasado qué fecha era porque había mirado a un calendario aquel día o alguien había mencionado la fecha, la Computadora podía acudir a tal acontecimiento. De otro modo, tenía que estimar el tiempo aproximado y rastrear primero la zona temporal, luego la fecha en particular.

Había, como descubrió pronto, algunas lagunas en el «film». Pidió por una fecha al azar, el 27 de octubre de 1923. Por aquel tiempo estaba tomándose unas vacaciones y divirtiéndose todo lo que podía. Aquel día estaba en blanco; no había nada en su memoria acerca de él.

La Computadora le dijo porqué.

No había espacio suficiente en sus células de memoria para almacenar toda su vida. Un mecanismo en el complejo mnemónico eliminaba todo lo que para él era insignificante, consiguiendo así más espacio para lo significativo. A menudo, sin embargo, lo que su consciente consideraba poco importante era considerado digno de ser almacenado por su subconsciente.

Se suponía que el *wathan* había almacenado las experiencias de toda la vida del individuo. Nada quedaba sin grabar. Aquella teoría no podía ser válida, sin embargo, puesto que por todo lo que sabían ningún *wathan* podía ser grabado.

Su brillante y multicolorado exterior permanecía invulnerable a las sondas. Como la Esfinge, era hermoso y sorprendente, pero silencioso.

La Computadora calculó para él que había vivido, hasta entonces, 55.188.000 minutos. De ellos. 22.075.200 estaban disponibles en aquel momento. Aquel era el total, pero aquello no quería decir que cada uno de aquellos minutos pudiera ser exhibido en su totalidad. Había muchos fragmentos de minutos en el almacenaje. Si Frigate deseaba saber exactamente cuántos fragmentos había y cuál era la duración de cada uno, podía obtener las cifras de la Computadora. Pero no le preocupaba saberlo.

—El sesenta por ciento de la película de mi vida se ha quedado en el suelo de la sala de montaje—murmuró—. ¡Jesús! Si me sentara y viera toda la película de principio a fin, me tomaría 15.330 días de veinticuatro horas verla. Cuarenta y dos años simplemente sentado aquí, mirando.

¿Cómo podía el cerebro humano, esa pequeña materia gris, contener tantos recuerdos, tantos datos, tantos millones, quizá miles de millones, de kilómetros de film?

Frigate preguntó si la Computadora podía mostrarle la unidad contenedora que albergaba la

película. Servicialmente, la Computadora lo hizo, y Frigate vio en la pantalla una esfera amarilla del tamaño de un arándano. Y estaba tan sólo medio llena.

Lo que más deseaba ver —y al mismo tiempo no deseaba ver— era un período muy temprano de su vida. Debía tener un año de edad, y vivía en una casa en North Terre Haute, Indiana. La madre de su madre estaba visitándoles por aquel entonces, tras venir desde Kansas City, Missouri, para ayudar a su madre con el niño. Frigate tenía la idea de que su abuela lo había tratado mal cuando lo había cuidado en ausencia de sus padres. Creía que aquello había sido debido no a que ella fuera cruel o sádica, sino simplemente a que perdía la paciencia con mucha facilidad. Basaba sus especulaciones en las visiones que de ella había tenido durante algunas sesiones con un psicoanalista en Beverly Hills. Allá, mientras intentaba sondear sus memorias infantiles, había llegado al convencimiento de que su abuela lo había tratado de tal modo que él se había vuelto deprimido, sometido y temeroso durante su infancia. O que ella había sentado las bases de esas actitudes, que habían florecido al llegar él a la adolescencia.

Obviamente el psicoanalista no había dado mucho crédito a aquello, pero había permitido que Frigate hiciera el esfuerzo. Probablemente, el analista estaba ponderando el significado de su intento de fijar las culpas de ello en su abuela.

Vacilante, Frigate hizo pasar la película a gran velocidad hasta que localizó la zona exacta de tiempo en la cual su abuela había cuidado de él.

Le tomó una semana convencerse de que había estado equivocado. Evidentemente, no había nada en el comportamiento de su abuela que justificara en lo más mínimo su fantasía. Porque era una fantasía. Su abuela no le había sacudido ni pegado para impedirle que llorara, ni lo había maltratado en ningún sentido. Se había reprochado mucho a sí misma el que él llorara, pero Frigate no comprendía ni una cuarta parte de lo que ella decía, porque normalmente hablaba consigo misma en alemán. Podía haberle pedido a la Computadora que lo tradujera para él, pero no importaba. A aquella edad, no se había visto muy afectado por lo que se decía, sino por la forma en que era dicho. El tono de queja no significaba mucho para él, puesto que ella no dejaba entrever al bebé que estaba disgustada con él. Y ella siempre le cantaba cancioncillas alemanas, aunque no solía cogerle mucho entre sus brazos.

—Bueno, infiernos —se dijo Frigate a sí mismo—. Eso plantea otra teoría. Probablemente descubriré que las deficiencias de mi carácter fueron debidas más a la disposición genética que al entorno.

Le habló a Nur acerca de su investigación. El pequeño moro se echó a reír y dijo:

—No es el pasado lo que cuenta. Es el presente. No puedes culparle al pasado de tus fracasos y debilidades presentes. El presente está aquí para que tú cambies lo que has sido y eres.

—Sí, pero la película de la memoria es una gran herramienta psicoanalítica —dijo Frigate—. Es una pena que no dispusiéramos de ella en la Tierra. El paciente y el doctor podrían haber acudido a las zonas dudosas y ponerlo todo en claro. El paciente hubiera podido ver lo que realmente había ocurrido, y hubiera podido separar la verdad de la fantasía, lo no importante de lo realmente significativo.

—Quizá. Pero esto no es necesario. Tú sabes quién eres ahora. Al menos, deberías saberlo, a

menos que sigas engañándote a ti mismo acerca de ti, lo cual es altamente posible. Una buena cosa acerca de la película es que puede destruir tu imagen de ti mismo, puede demostrarte que puedes haber estado equivocado muchas veces cuando tú creías que tenías razón. O convencerte de que los demás no eran enteramente unos monstruos o unos egoístas cuando trataban contigo. O mostrarte las veces en que tú realmente lo fuiste.

»De todos modos, aparte satisfacer tu curiosidad, y eso puede ser muy doloroso y humillante, o satisfacer tu deseo de ver los rostros de aquellos a quienes amaste u odiaste, las películas son tiempo perdido. Es el ahora lo que importa, el ahora es el borde del risco en el que estás de pie y desde donde debes saltar al futuro. Lo que has sido y eres no es lo que debes ser. Estás evitando emprender una acción en el ahora sumergiéndote en el pasado. El pasado debería ser tan sólo una luz iluminando el futuro. O un hito medidor de tu progreso. Eso, y solamente eso.

—¿Tú no miras tu película? —pregunto Frigate.

—No. No estoy interesado en ella.

—¿No te importa ver a tus padres cuando eran jóvenes, a tus compañeros de juegos? Nur se golpeó la cabeza.

—Todos están aquí dentro. Puedo verlos cuando desee.

—Si la película es una pérdida de tiempo, entonces ¿por qué la desconocida arregló las cosas de modo que permaneciera con nosotros a cada segundo que estuviéramos despiertos?

—La desconocida no arregló simplemente esto. La desconocida preparó las cosas de modo que pudiéramos ver la película si lo deseábamos. Era consciente de la posibilidad de que pintáramos las paredes y bloqueáramos así el film. Quizá, pintando las paredes, hayamos fallado la prueba.

—¿Y cuál puede ser la penalización por haber fallado? Nur se alzó de hombros.

—Supongo que la penalización será algo autoinfligido. Será una incapacidad de progresar.

—Pero tú dijiste que no necesitabas ver tu pasado.

—No lo necesito. Pero yo no soy tú o los demás.

—¿No es eso arrogancia?

—La arrogancia de un hombre es el realismo de otro.

—A vosotros los sufíes os gusta abriros camino en la vida a base de proverbios —dijo Frigate.

Nur se limitó a sonreír. Aquello hizo sentir al americano como si hubiera fallado en pasar una prueba. Durante algún tiempo Frigate había sufrido creyendo que había decepcionado a Nur —y a sí mismo— al dejar de ser su discípulo. Había perdido la fe en su propia habilidad de alcanzar la encumbrada estatura de Nur como completo maestro de sí mismo, libre de neurosis y debilidades, siempre lógico aunque compasivo. Simplemente no podía alcanzar nada de aquello.

De modo que, antes de fracasar y verse humillado cuando Nur lo apartara, Frigate había renunciado a seguir siendo el discípulo de Nur.

—Un sufí no debe temer el fracaso —había dicho Nur.

—¿Qué ocurrirá si cambio de opinión y te pido que me tomes de nuevo como tu pupilo?

—Veremos.

—He abandonado un montón de cosas, o me he visto obligado a abandonarlas —dijo Frigate—. Pero siempre he vuelto y las he intentado de nuevo.

—Quizá sea tiempo de que te liberes de esa costumbre de arrancar y parar. Necesitas formarte un impulso psíquico que no se agote de una forma tan rápida.

—El gran quizá.

—¿Qué quieres decir con eso? Frigate no lo sabía, y aquello lo irritó.

—Todavía no has aprendido, después de ciento treinta y dos años, a fusionar a tus oponentes en una lisa unidad cooperativa —había dicho Nur—. Siempre has sido un conservador en tu interior, lo cual no siempre es malo, de todos modos, y un liberal, lo cual no siempre es bueno. Posees en tu interior a un cobarde y un valiente. Detestas y temes la violencia, y sin embargo hay alguien violento dentro de ti, una persona a la que has intentado reprimir. No sabes cómo convertir tu violencia en algo creativo, cómo controlarla de modo que se descargue por las líneas adecuadas. Tú...

—Cuéntame algo que yo no sepa —había dicho Frigate, y se había marchado.

A veces obtenía el mismo tipo de tamborileo filosófico de Li Po. Al chino le gustaba hablarle del proceso de volverse «redondo», es decir, convertirse en un hombre «completo». Equilibrando su yin y su yang, sus cualidades negativas y positivas. Pero Li Po, en estimación de Frigate, estaba muy desequilibrado. Admiraba la energía y la creatividad poética de Li Po, y su compasión y su confianza en sí mismo y su maestría lingüística y su valor jamás teñido por el miedo. Por otra parte, sin embargo —la gente siempre era bisimétrica, en más de un sentido—, Li Po tenía una propensión excesiva a dominar, estaba demasiado absorto en sí mismo, y fracasaba absolutamente en ver que esas cualidades lo hacían a menudo agotador y ofensivo. También era un borracho, aunque distinto de cualquier otro que Frigate hubiera conocido nunca.

Frigate creía que Li Po, pese a su aparente superioridad, no tenía más posibilidades de Seguir Adelante que él. De hecho, de los ocho, solamente Nur y quizá Aphra Behn y Alice eran en aquel momento prometedores candidatos a Seguir Adelante. Lo cual podía ser deseable o no. La teoría era que tal estado era el final y definitivo porque solamente podía ser alcanzado si eras éticamente perfecto o casi perfecto. El *wathan* de una persona que lo alcanzara simplemente desaparecía de todos los detectores debido a que, o al menos eso decían todos los razonamientos, era absorbido en la masa de Dios o de Alá o de Como-Quisieras-Lllamarle.

La teoría afirmaba también que el *wathan* pasaba a formar parte entonces del Creador, perdía su individualidad, y experimentaba a partir de entonces un éxtasis eterno. Un éxtasis indescriptible, desconocido por el estado físico.

—¿Cómo sé —pensaba Frigate— que el *wathan* simplemente no desaparece? ¿Se evapora como una burbuja de ectoplasma? ¿Se convierte en una nulidad, nada, *nil*, cero? ¿Es eso algo digno de esperar anhelante? ¿En qué difiere del estar simplemente muerto? No es que no hayan algunas cosas buenas que decir respecto a estar simplemente muerto. Olvidar lo que sabes, olvidar las preocupaciones, olvidar los tormentos físicos y mentales, olvidar las frustraciones y los fracasos, olvidar la soledad. Oh, Muerte, ¿cuál es tu atractivo?

La Muerte no tenía atractivo. Por otro lado, tampoco tenía activo.

Gana algo, pierde algo. Esa era la inmutable ley, la invariable economía del universo.

—¿Soy un paranoico? ¿Es todo esto un gran juego estúpido? ¿Con qué finalidad? Un hombre estúpido espera ganar algo. ¿Quién puede ganar en esta situación? ¿Qué es lo que puede ganar?

A veces, sus torbellineantes pensamientos hinchaban su cerebro, o parecían hacerlo, hasta que parecía que su cráneo, como un globo bajo excesiva presión, iba a estallar. Quizá debido a que sus pensamientos eran en su mayor parte demasiado aire caliente.

—Después de ciento treinta y dos años, debería saber mejor de lo que sé cómo salirme de este estado. ¿Llegaré a graduarme alguna vez de mi clase de segundo grado?

La vida era una clase de segundo grado, él era un genio estúpido, no podía seguir el consejo de Nur de librarse de tales pensamientos, de arrojarlos por la borda como si fueran lastre en un globo. En vez de ello, los desviaba, los ponía en una vía muerta de los Grandes Ferrocarriles de P.J.F., y se convertía por un tiempo en un ingeniero del E.P.C.O.R., el Exprés de las Piedras de Cilindros de las Orillas del Río.

Había descubierto algo que el Ético, Loga, no había mencionado, aunque indudablemente lo hubiera hecho si hubiera vivido un poco más. El que las piedras de cilindros que se alineaban a ambas orillas del Río eran más que simplemente descargadores eléctricos para proporcionar a los cilindros la energía que se convertiría en comida y licor y artículos varios para los habitantes del Valle. Eran también equipo de observación, máquinas que eran ventanas para ver y oídos para escuchar. Una persona en la torre podía ver y oír a la gente dentro del radio de detección de las piedras de cilindros.

Habiendo descubierto esto, Frigate lo aprovechó hasta que empezó a sentirse mareado y confuso. Registró el Valle en su orilla derecha a razón de una piedra de cilindros cada dos segundos, empezando con la primera en la zona polar. Al cabo de un rato, dándose cuenta de que a aquel ritmo le iba a tomar unos 232 días ir de un extremo a otro del Río, empezó a saltar de veinte en veinte piedras y a observar la que hacía veintiuna durante diez segundos. La confusa mancha de cuerpos humanos y Río y llanura y montañas se detuvo. Pese a ello, al cabo de una hora empezó a sentirse mareado. Tendría que abandonar su plan de dar un vistazo a toda la humanidad, de verlo todo en dos barridos. No, aquello era un error. Había dieciocho mil millones que ya no estaban en el Valle; estaban retirados, por el momento, en los registros de la Computadora y en el pozo de los *wathans*. Pero el número de los que quedaban seguía siendo abrumador.

—Siempre demasiado grandioso, Frigate —se dijo a sí mismo—. No eres lo suficientemente grande. Tu ambición se halla a un año luz por delante de tu habilidad. Tu imaginación es el corcel de ocho patas Sleipnir, pero tú, como Odín, has caído de él hace miles de leguas.

Era difícil de decir la nacionalidad de la gente que veía. Excepto aquellos que estaban desnudos, y todo estaba lleno de ellos, los hombres llevaban las toallas como faldellines o taparrabos y las mujeres usaban trozos de tela más pequeños y finos como corpiños. La raza era normalmente identificable, aunque a veces no podía estar seguro. Algunos de los rostros eran inconfundiblemente mediterráneos, españoles, italianos, griegos, árabes y así. De todos modos, uno podía equivocarse acerca de ello. El idioma era una clave, pero había miles de lenguas que no podía etiquetar simplemente escuchándolas. Además, la mayoría hablaban esperanto o distintos dialectos de él.

Al cabo de dos horas, se sintió aburrido de aquel tipo de observación.

—¡Bueno, infiernos! De lo colectivo a lo personal.

No viendo a nadie que llamara su atención cerca de la piedra en la que se había detenido, fue

moviendo sus puntos de observación de piedra en piedra hacia el sur, deteniéndose unos veinte segundos en cada una de ellas. Era a primera hora de la tarde, y los ciudadanos de la orilla derecha habían tomado su comida y estaban pasando el tiempo. Algunos estaban de pie o sentados por los alrededores, hablando. Algunos estaban jugando a algo. Unos cuantos nadaban o pescaban. Un cierto número debían estar en sus cabañas y así fuera de su vista. Aquellos que se hallaban en un radio de cien metros podían ser observados en primer plano y oídos fácilmente, sin embargo. La piedra, como una cámara de televisión, podía ampliar la imagen, y poseía amplificadores direccionales de sonido.

La Computadora podía mostrar también lo que los ciudadanos no podían ver. La pantalla de Frigate desplegaba en todo su multicoloreado esplendor a los *wathans* unidos a las cabezas y girando justo encima de ellas. Por aquel entonces tenía ya la suficiente experiencia como para decir al primer vistazo cuándo un *wathan* destellaba con colores «malos» o tenía una «mala» estructura, aunque aquí «malo» no significaba necesariamente «malvado». Amplias bandas de negro o rojo podían indicar debilidades de carácter tanto como rasgos «malvados». Su indefinición e inconexión e inestabilidad —las tres «in», pensaba Frigate— reflejaban tensiones mentales y emocionales y dispersiones de las mentes tanto conscientes como subconscientes. En todo el sistema nervioso, de hecho. Una persona enferma podía poseer un montón de negro en su *wathan*. Esa entidad no era fácil de interpretar; se necesitaba una persona muy hábil o la Computadora para leer correctamente un *wathan*, e incluso entonces la lectura podía ser errónea.

En aquel momento, sus ojos fueron atraídos por un hombre cuyo *wathan* era casi enteramente negro y rojo, con un llamear de púrpura aquí y allá. Era un caucasiano, de metro ochenta de alto, bien formado, con pelo rubio y ojos azules, y si su rostro no hubiera estado tan rojo y distorsionado hubiera podido considerársele pasablemente agraciado. Estaba gritándole en inglés a una mujer que era mucho más pequeña que él y parecía asustada. No hacía más que retroceder, los ojos muy abiertos, mientras el hombre avanzaba con agitantes puños. Aunque hablaba tan rápidamente y de una forma tan embarullada que no podía comprenderle bien, Frigate tuvo la sensación de que el hombre estaba acusándole a la mujer de serle infiel. La gente a su alrededor los observaba cautelosamente, pero nadie intentaba interferir.

Repentinamente, el *wathan* del hombre se volvió completamente negro, y aferró a la mujer por su largo pelo y empezó a golpearla con su puño derecho. Ella cayó de rodillas e intentó colocar las manos delante de su rostro. Tirando malignamente de su pelo, el hombre abatió el puño sobre su cabeza, luego golpeó su nariz y boca. Ella dejó de gritar y colgó flácida, sujeta solamente por la presa de él en su pelo. La sangre empezó a manar de su abierta boca; algunos dientes cayeron al charco rojo que se iba formando sobre la hierba.

Los hombres saltaron sobre él y tiraron de él, apartándolo de la mujer. Esta cayó al suelo y quedó inmóvil.

Un hombre llegó corriendo de una cabaña, se detuvo al llegar junto a la mujer, se arrodilló, gimiendo, y la tomó entre sus brazos. La acunó por unos momentos, luego la volvió a dejar con suavidad, se alzó, y caminó de vuelta a la cabina a largas zancadas. El hombre que había golpeado a la mujer fue soltado, y empezó a disculparse por el ataque. Ella era una zorra, una prostituta, una ninfómana, era su mujer, y ninguna mujer suya jodía con otro hombre. Se merecía lo que había recibido. Más aún. En cuanto a Tracy, el hombre que había jodido con su mujer, él, Bill Standish, lo mataría a su debido tiempo.

Si lo haces, dijo uno de los hombres que lo habían sujetado, te colgarán. Es probable que te cuelguen de todos modos.

El hombre que había entrado en la cabaña volvió a salir a paso de carga con una lanza con punta de piedra en su mano. Standish lo vio y empezó a correr hacia el Río. El hombre que había amenazado con colgarle le gritó a Tracy que dejara su lanza, pero Tracy lo ignoró. Corrió junto al grupo y arrojó su lanza, y su punta se clavó en la espalda de Standish, cerca de su omoplato derecho. Standish cayó boca abajo a la somera agua, pero se esforzó en ponerse en pie, y tendió su mano hacia atrás, y consiguió sujetar el otro extremo del mango de la lanza. Tracy estaba ya sobre él, y lo golpeó. Algunos de los otros hombres corrieron hacia ellos y sujetaron al gritante Tracy y lo apartaron de Standish. Por aquel entonces, Standish, su piel muy pálida, su boca muy abierta, había conseguido arrancarse la punta de piedra de su espalda. Antes de que los otros pudieran detenerle, Standish había hundido la punta de piedra en el vientre de Tracy.

Frigate sintió deseos de vomitar, pero consiguió observar el drama hasta su final. Tenía planes para Standish.

Uno de los hombres que había corrido tras de Standish llevaba una enorme maza de roble. Golpeó con ella a Standish en la cabeza. Standish pareció fundirse en su propia carne y se derrumbó en el agua. Fue arrastrado fuera a la orilla, con la cabeza colgando. Un hombre lo examinó. Se puso en pie y dijo:

—No deberías haberle golpeado tan fuerte, Ben. Está muerto.

—Eso que tiene ganado —dijo Ben—. No será necesario que lo colguemos.

—No sabes si lo hubiéramos colgado —dijo el hombre.

—Si alguna vez un hombre ha merecido morir, ése es Standish —dijo un hombre, y la mayoría del grupo se mostraron de acuerdo con él.

Frigate había sabido que el hombre estaba muerto antes que ningún otro. Había visto el *wathan* de Standish desaparecer, absorbido por la mágica Muerte.

Apagó la escena y le dijo a la Computadora que localizara el *wathan* de Standish. No era tan fácil como hubiera debido ser teniendo en cuenta lo reciente de la muerte de Standish. En dos minutos, otros diecisiete *wathans* habían entrado en el pozo detrás de Standish.

Frigate preguntó a la Computadora si Standish había sido muerto antes de esta vez. La Computadora dijo que el hombre había muerto tres veces en aquel mundo.

¿Había sondeado y grabado las memorias de Standish durante esas veces?

Tras definir cuidadosamente la violencia a la Computadora, Frigate le dijo que revisara rápidamente todos los períodos de violencia en la vida de Standish.

—Empezando cuando tenía quince años de edad —precisó.

Aquello significaba que la Computadora debería determinar primero cuándo Standish tenía esa edad. Lo hizo rápido, pero le tomó una hora localizar el período que proporcionó la prueba definitiva. Standish había celebrado una fiesta de cumpleaños en 1965. (Lo cual significaba que había nacido en 1950, pensó Frigate). Frigate se hizo mostrar la fiesta de cumpleaños. La madre de Standish era una desaliñada mujer muy gorda y baja; su padre era un hombre grande y barrigón con muchas venillas rotas en su rostro. Ambos estaban completamente borrachos. Lo mismo podía decirse de todos los invitados, muchos de los cuales eran compañeros de escuela de Standish. La casa estaba sucia, y los muebles eran raídos y medio rotos. El padre, según algunas observaciones hechas por un invitado, era un carpintero que no trabajaba tanto como debería. Standish se atiborró de cerveza y de *bretzels* y de bocadillos de salchichón de Bolonia durante toda la noche, y la fiesta terminó cuando los padres empezaron a gritarse insultos y obscenidades. Parecía que iban a pegarse el uno al otro cuando Frigate cortó la escena.

Frigate le dijo a la Computadora que aquél era un ejemplo de violencia verbal. Lo que él deseaba era violencia física. Luego se dirigió a la reunión de la noche, que hoy correspondía al apartamento de Li Po. La Computadora prosiguió su búsqueda, que a partir de entonces quedó limitada a los diez años entre 1965 y 1975.

En la fiesta, Frigate descubrió que los otros estaban realizando también investigaciones. Alice, por ejemplo, estaba intentando localizar a sus tres hijos, sus padres, y sus hermanos y hermanas.

—¿Planeas resucitarlos? —dijo Frigate.

Los oscuros ojos de la mujer parecieron turbados.

—Francamente, no lo sé. Creo que simplemente deseo asegurarme de que están bien. De que son felices. Por supuesto, algunos de ellos al menos pueden estar muertos. Entonces, naturalmente...

Lo que quería decir era que cualquiera que estuviera encerrado en las grabaciones, con su *wathan* en el pozo central, no podría vivir de nuevo a menos que ella lo reclamara. Pero no estaba segura de qué efecto tendría en ella su presencia, cómo se circunscribirían a ella. O cuáles serían sus reacciones a lo que ella era ahora ¿Qué pensarían si se enteraban de que había sido la compañera de aquel detestable hombre, Dick Burton?

Además, la reunión de padres e hijos podía ser infeliz. Los padres estaban acostumbrados a gobernar a sus hijos, al menos así era en tiempos de Alice. Pero allí no había huellas evidentes de edad; los padres parecían tan jóvenes como sus hijos. Más aún, tras una separación de tantos años y tras tan distintas experiencias, tanto padres como hijos habían cambiado considerablemente. Había, literalmente, un mundo entre ellos, un abismo que pocos podían cruzar.

Sin embargo, Alice había amado a su madre, padre, hijos, y demás familia.

Frigate observó que no había dicho nada de su esposo, Reginald Gervis Hargreaves. Pero era demasiado discreto como para mencionarlo.

—¿No has tenido éxito hasta ahora? —preguntó.

Alice dio un sorbo a su vaso de vino de cristal de cuarzo tallado y dijo:

—No. Le he dado sus nombres y fechas de nacimiento y de muerte a la Computadora, todas excepto la fecha de la muerte de mi hijo Caryl. No la sé, pero estoy segura de que puedo encontrar algún libro o periódico en las grabaciones que la indique, y estoy buscando fotografías que la Computadora pueda comparar con sus archivos. Todo eso toma tiempo, ya sabes. Si cualquiera de ellos está muerto y en las grabaciones, entonces podrán ser hallados. Pero si están vivos, las posibilidades de que sean localizados son menores. La Computadora puede efectuar un registro a través de las piedras de cilindros. Sin embargo, a menos que los míos estén en su radio de acción durante el necesariamente rápido registro, no serán hallados. Quizá ni siquiera aunque lo estén.

Si no puedes encontrarlos, pensó Frigate, al menos te sentirás aliviada de la decisión de si resucitarlos o no.

—¿Qué hay acerca de Lewis Carroll, el señor Dodgson? —preguntó.

—No.

Alice no se ofreció a explicarse, y se hubiera sentido ofendida si él le hubiera pedido que lo hiciera.

Frigate abandonó la «fiesta» y se dirigió a su apartamento. En vez de irse a la cama, examinó algunas escenas más del pasado de Standing, Estas lo turbaron tanto que no pudo dormirse después de cerrar la pantalla. Standish era un hombre de vida rastrera, brutal, sucio, peligroso y poco inteligente, tanto en la Tierra como en el Mundo del Río. No fue hasta dos días más tarde sin embargo que Frigate se sintió tan horrorizado que dejó de observar a Standish por un tiempo.

Standish estaba sin trabajo, lo cual era habitual en él, y vivía con su hermana y la hija de ésta en su apartamento en una pequeña ciudad del Medio Oeste. La hermana tenía veinte años, y hubiera sido atractiva si fuera un poco más limpia y mostrara alguna señal de inteligencia. Su hija era una niña de tres años rubia y de ojos azules que hubiera sido hermosa si no estuviera tan gorda de comer mala

comida y beber enormes cantidades de coca-cola. En aquella escena en particular, Frigate estaba mirando a través de los ojos de Standish la sala de estar del desastrado apartamento. La hermana de Standish, Maizie, estaba bebiendo cerveza en un medio roto sofá. La niña estaba jugando con una muñeca hecha trizas, pero quedaba medio oculta por una silla en un rincón. De tanto en tanto, Frigate podía ver la lata de cerveza que sostenía Standish. A juzgar por la conversación, los dos adultos habían estado bebiendo cerveza desde el desayuno.

—¿Dónde está Linda? —preguntó Standish, mirando nubladamente a su alrededor.

—Ahí —Maizie agitó una mano hacia la silla.

—Ajá. ¡Ven aquí, Linda! —dijo Standish en voz alta. Reluctante, la niña, sujetando su muñeca, salió de detrás de la silla. Standish abrió la cremallera de sus pantalones y se sacó el rígido pene.

—¿Has visto alguna vez algo así, Linda? —dijo Standish.

Linda retrocedió un poco. Standish le gritó que se quedara donde estaba. Maizie se puso en pie tambaleante de su asiento.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Voy a joder a Linda.

Frigate se sintió enfermo, pero siguió observando, con un nudo en la garganta, mientras Maizie discutía con su hermano. Finalmente, la mujer dijo:

—Bueno, infiernos, algún día va a joderla alguien. ¿Por qué no puede ser ahora?

—Ajá, tú lo sabes bien, ¿verdad? A ti te ensartaron cuando tenías siete años, ¿no?

Maizie no respondió. Standish dijo:

—Ven aquí, Linda.

Cuando ella agitó negativamente la cabeza, aulló:

—¡Ven aquí, maldita sea! ¿Quieres una azotaina como la que te dio el tío Bill la pasada noche? ¡Ven aquí!

Frigate ya no pudo soportarlo más. Apagó la escena. Le dijo a la Computadora que avanzara tres días. Y vio, a través de los ojos de Standish, la celda de una prisión. Standish estaba con otros dos y jactándose de cómo había jodido a la hija de su hermana.

—La pequeña putilla lo deseaba, de modo que le di lo que me estaba pidiendo. ¿Hay algo malo en ello?

—La pobre chiquilla —murmuró Frigate—. ¡Dios!

La Computadora estaba conectada a la grabación de Standish. Todo lo que tenía que hacer Frigate era ordenarle a la Computadora que la destruyera. Standish quedaría muerto para siempre excepto por su *wathan*, y ése flotaría ciego y sin rumbo a través del universo.

Mordiéndose el labio, estremeciéndose, sintiendo el calor fluir a través de él, Frigate se puso en pie de la consola y caminó salvajemente de un lado a otro murmurando:

—¡Maldito, maldito, maldito! ¡Maldito sea hasta el Infierno y luego de vuelta! ¡No, de vuelta no!

Finalmente, se apoyó en la consola y gritó:

—¡Cuando yo te dé su código, destruye a Standish!

Tenía que hacer algo más, sin embargo, para conseguir aquello; tenía que identificar la grabación del hombre por el código de la Computadora, afirmar tres veces que deseaba que fuera destruida, y

establecer el código.

—Pero por el momento, Standish se halla en la cuerda floja —dijo Frigate.

Sin ninguna razón racional que pudiera descubrir, se sintió avergonzado de sí mismo unas cuantas horas más tarde. ¿Quién era él para juzgar? Sin embargo... cualquiera que violara a una niña... merecía ser relegado al olvido.

Al día siguiente, de forma vacilante, le dijo a Nur lo que había hecho. El moro alzó las cejas y dijo:

—Puedo comprender tu furia. No vi lo que tú viste, pero yo también me siento asqueado y furioso. El hombre parece totalmente más allá de redención, y se ha probado a sí mismo no ser mejor aquí de lo que era en la Tierra. Pero aún tiene tiempo de hacerse algo mejor. Sé que tú no crees que lo consiga nunca, y probablemente tengas razón. Los Éticos, sin embargo, le dieron a todo el mundo una cierta cantidad de tiempo para salvarse, y Loga consiguió extender aún más ese tiempo. No debes interferir, no importa lo que sientas.

—No debería ser soltado de nuevo entre la gente —dijo Frigate.

—No debería, quizá, ser soltado sobre sí mismo tampoco —dijo Nur—. Pero lo será. Lo que te mueve ahora es simplemente venganza. Eso es comprensible. Pero no está permitido, y hay una razón para ello.

—¿Cuál es la razón?

—Tú sabes cuál es —dijo Nur—. Algunas de las personas más irredimibles, irredimibles según todas las apariencias al menos, se han salvado, se han convertido en auténticos seres humanos. Mira a Goering. Y estoy seguro de que encontrarás a otros en tus búsquedas.

—Standish murió cuando tenía treinta y cinco años —dijo Frigate—. Borracho, se saltó un semáforo conduciendo un coche y se estrelló contra el costado de otro coche. No sé si mató o hirió a los otros, pero puedo averiguarlo. Aunque supongo que no importa. Lo que importa es que Standish nunca aprendió nada, nunca se arrepintió, nunca se culpó de nada, nunca pensó cambiar. Y nunca lo hará.

—Te conozco —dijo Nur—. Si tú hicieras esto, sufrirías de una angustiada culpabilidad.

—Los Éticos no han sufrido de culpabilidad. Ellos sabían que llegaría un momento en el que la gente como Standish se sentenciaría a sí misma al olvido.

—Tu justificable indignación y cólera están nublando tu mente. Acabas de pronunciar la *razón* por la cual no deberías interferir.

—Sí, pero... los Éticos solamente nos dieron una cierta cantidad de tiempo. ¿Quién puede decir que, teniendo un poco más de tiempo del que nos concedieron, algunos más no podrían haber alcanzado su meta? Quizá un año más, un mes, un día, podrían marcar la diferencia.

—Ese era el razonamiento de Loga, e interfirió con el plan de sus compañeros Éticos, y los acontecimientos se complicaron y fueron mal. Quizá nos equivocamos poniéndonos del lado de Loga.

—Ahora estás argumentando en contra de ti mismo. Nur sonrió y dijo:

—Suelo hacerlo muy a menudo.

—No sé —dijo Frigate—. De momento, Standish está atrapado, al menos. No puede hacerle daño a nadie. Pero cuando... si... llega el día en que los dieciocho mil millones sean devueltos de nuevo

al Valle, puedo disolverlo.

—Si alguien debe hacer esto, tendría que ser la niña. Preguntarle si ella quiere.

—No puedo. Murió de una enfermedad hepática cuando tenía cinco años.

—Entonces creció en el Mundo Jardín. Puede que sea uno de los Agentes que hay en las grabaciones, y por lo tanto esté a nuestro alcance.

¿Por qué estoy haciendo esto?, se preguntó Frigate. No era fácil dilucidarlo. ¿Obtengo una sensación de poder aferrando entre mis manos el destino de esa bestia? ¿Me gusta esa sensación de poder? No, nunca me gustó el poder. Soy demasiado consciente de la responsabilidad que trae emparejado el poder. O debería serlo. Siempre he intentado eludir las responsabilidades. Dentro de unos límites razonables, por supuesto.

Otros podían estar inseguros acerca de a quienes deseaban resucitar para poblar sus mundos privados, pero Thomas Million Turpin no era uno de ellos. Deseaba a Scott Joplin, Louis Chauvin, James Scott, Sam Patterson, Otis Saunders, Artie Mathews, Eubie Blake, Joe Jordan. Montones de otros, a los que conocía y amaba de los días del ragtime, todos grandes músicos, aunque los más grandes eran Joplin y Chauvin. Tom podía tocar el piano como un ángel, pero aquellos dos estaban a tres círculos del Cielo por encima de él, y los adoraba.

¿Las mujeres? La mayoría de aquellas que había conocido en la Tierra eran prostitutas, pero algunas de ellas eran fáciles de soportar y dignas de ver. Cuando había estado en el Valle, se había enamorado de una mujer a la que nunca había dejado de amar, una antigua egipcia llamada Menti. Quizá hubiera muerto; de ser así, podía traerla de vuelta. Hacía treinta años desde que la había visto por última vez, pero ella no debía haberle olvidado. Era una caucasiana, pero de piel más oscura que la de él, y no sentía ningún prejuicio hacia los negros. Era la hija de un mercader de Menfis, Egipto, no Memphis, Tennessee. Ella... había sido la primera que había pedido que buscara la Computadora.

Incluso había compuesto una pieza de ragtime en su honor, «Mi bella egipcia», que tocaría para ella una vez se adaptara a su nueva vida.

Exactamente en el centro de su mundo, Turpinville, se erguiría su Café Nuevo Rosebud. No sería jamás el original, el cuadrado edificio de ladrillo rojo en el 2220 de Market Street en el distrito del barrio chino negro de St. Louis. Tendría diez pisos de altura, y sería redondo, con sus paredes de aleación de oro, incrustadas con diamantes y esmeraldas. El techo estaría rematado por una gran T en aleación de oro. T por Turpin.

Las calles a su alrededor estarían pavimentadas con ladrillos de oro, y aparcados a su alrededor habría Rolls-Royces, Cadillacs, Studebakers, Mercedes, Stutz Bearcats, Cords.

La pequeña ciudad tendría otros edificios a su alrededor, de tres pisos de altura, hechos también de aleación de oro e incrustados con joyas. Soñaba realmente con ello. Habría una gran fuente delante del Rosebud, que manaría *bourbon* día y noche sobre una estatua de oro de un piano. Habría otras fuentes manando champán y ginebra y licores sobre las estatuas de Joplin y Chauvin y Turpin. Las decoraciones y los muebles en los edificios harían que J. P. Morgan se volviera verde de envidia. Claro que el viejo pirata nunca llegaría a verlas.

Habría un centenar de pianos en Turpinville, y violines, y trompetas, y baterías, y todos los instrumentos que fueran necesarios. Los sirvientes serían androides, todos de piel blanca, y se dirigirían a los invitados de Tom como Massah y Marse, independientemente de su sexo. Pero Tom sería el único al que llamarían Boss.

Fuera de los cuarenta edificios de la ciudad habría un bosque con un río y arroyos y algunas grandes lagunas y altas colinas aquí y allá. Una carretera de cemento serpentearía por entre el bosque de modo que Tom y sus amigos y las mujeres que los acompañaban pudieran conducir sus lujosos coches siempre que lo desearan. Los bosques y lagunas y arroyos estarían llenos de conejos y jabalíes y zorros y patos y faisanes y urogallos y pavos y peces y tortugas y cocodrilos. A Tom le gustaba cazar; imaginaba ya abatir montones de conejos y patos.

—¿Estás planeando pasártelo bien para siempre? —dijo Nur.

—Quizá no para siempre —dijo Tom—. Sólo durante tanto tiempo como dure.

La expresión de Nur le hizo sentirse intranquilo, aunque no supo decir por qué.

—Será un mundo saltarín —le dijo a Nur, y desde entonces, cuando se refería a su universo privado, lo llamaba «el Planeta Saltarín».

—Has recorrido un largo camino, muchacho —se dijo a sí mismo.

—¿Qué? —dijo Nur.

—Que he recorrido un largo camino. Nací en una ruinoso cabaña en Savannah, Georgia, pero mi padre era un gran hombre, grande en muchos aspectos. Hizo buen dinero, y nos mudamos a una enorme y lujosa casa, no me refiero a un prostíbulo, quiero decir una casa hermosa como aquellas en las que vivían los ricos blancos. Pero entonces el Ku Klux Klan empezó a causar problemas, y mi Pa decidió que nos fuéramos al Mississippi. Había en Savannah una calle llamada Turpin Hill, por mi padre y sus hermanos. Eso te dirá lo gran hombre que era mi Pa.

Tuvo aún más problemas con la gente blanca en el Mississippi, de modo que se mudaron de nuevo, esta vez a St. Louis. Allí se instalaron en los bajos fondos del distrito negro, y «Honesto John» Turpin hizo una fortuna con su Silver Dollar Saloon y su pensión para caballos.

—Mi Pa decía que nunca trabajaría para otro hombre después de que los esclavos fueron liberados, y nunca luchó con los puños. Era un hombre luchador, sin embargo. Agarraba al otro hombre por las muñecas, se las juntaba, y golpeaba su cabeza contra la del hombre. Pa tenía el cráneo más duro al oeste del Mississippi, y al este también. Siempre dejaba al otro sin sentido. El pobre tipo se pasaba una semana tambaleante, medio ciego y viendo estrellitas brillantes. Nadie hacía nunca el tonto con mi Pa.

Como tantos otros músicos negros, Tom había sido un autodidacta, pero, al revés de muchos, sabía leer música.

—Cuando tenía dieciocho años, yo y mi hermano Charlie fuimos al Oeste simplemente para ver el país. Él buscaba oro también, había mucho oro por allí por aquel entonces, aunque no era fácil arrancarlo de la tierra. Pasamos un año en Nevada, pero el oro simplemente se escondía cuando nosotros estábamos por allá.

»Morí el 13 de agosto de 1922. La Vieja Muerte tenía una cabeza más dura que la de Pa, y yo no pude ganarle. La Vieja Muerte, la única persona honesta en todo St. Louis. No aceptaba sobornos, nada de dinero bajo mano. Pero le di mucho trabajo, y aún sigo dándoselo. No tuve hijos, pero me llamaron el padre del ragtime de St. Louis.

—Tu esposa también tuvo éxito, y tu hermano Charlie —dijo Frigate—. Fue alguacil, el primer negro elegido para ese puesto en Missouri. Cuando murió, creo que fue el día de Navidad de 1935, dejó ciento cinco mil dólares en un fondo fiduciario para su familia. Era mucho dinero en aquellos días.

—Mucho más aún para un negro —dijo Tom—. ¿Mil novecientos treinta y cinco, dices?

—Le he preguntado a la Computadora si podía conseguir un libro titulado *Todos tocaban ragtime* —dijo Frigate—. Te gustará leerlo. Habla mucho de ti. Te hará sentirte orgulloso.

—No necesito ningún libro para eso, pero lo leeré.

Al día siguiente que la Computadora le dijera que su Planeta Saltarín estaba listo, Tom Turpin entró en él. Eran las diez de la mañana; el cielo era azul excepto unas cuantas diáfanas, algodonosas, aparentemente muy altas nubes. Tom bajó los peldaños que conducían a él y encontró, como había ordenado, a su chófer y a su Mercedes-Benz convertible de 1920 aguardándole. El chófer androide medía metro noventa de estatura, tenía la piel pálida, los ojos azules, y el pelo amarillo. Era también el blanco más feo que hubiera visto nunca Tom, debido a que su rostro había sido diseñado por el propio Tom. Llevaba un típico uniforme de chófer, excepto que era rosa.

—Para que haga juego con el coche —había dicho Tom a los otros.

Subió al asiento de atrás y dijo:

—A casa, James. —La belleza se puso en marcha, ronroneando suavemente, e iniciaron el largo y serpenteante camino a través del túnel formado por las entrecruzadas ramas de los árboles.

—No hubiera debido hacer la carretera tan estrecha —murmuró Tom—. Pero qué infiernos, no viene ningún tráfico.

Al cabo de un rato los bosques empezaron a clarear, y pasaron junto al borde de un largo. Su superficie estaba brillantemente coloreada con patos y gansos y garzas y grullas pescando en las aguas someras. A todo su alrededor había el ruido de graznidos y chirridos y extraños gritos.

La carretera se alejaba de Turpinville, acercándose al borde de la enorme cámara.

—No conocería nada de esto si no lo conociera —dijo Turpin—. Parece como si hubiera más bosques y colinas allí. Pero no voy a acercarme demasiado a la pared. Quiero mantener la ilusión.

Desde la entrada, un sendero directo a Turpinville tendría tan sólo cuatro kilómetros trescientos metros. La carretera diseñada por Turpin tenía al menos quince kilómetros, sin embargo, hasta la ciudad, y podía tomar otro ramal y efectuar un viaje de al menos treinta y cinco kilómetros. De tanto en tanto podía ver los techos de su ciudad, y su corazón latía con orgullo.

—Mía, toda mía.

Cuando salieron del penumbroso bosque en dirección a Turpinville, deseó haber arreglado las cosas de modo que una gran banda y una multitud salieran a recibirle. El lugar estaba tan vacío, tan silencioso.

—Una ciudad fantasma antes de su tiempo —dijo—. Bien, estará repleta de sonidos y de gente antes de mucho.

El coche se detuvo delante del Rosebud, y Tom salió. Cruzó la plaza de la ciudad hasta la fuente central, tomó una copa de plata de una hornacina en sus cimientos, la hundió en el oloroso líquido, y bebió.

—¡Hombres, eso es lo mejor de lo mejor! Pero necesito las viejas multitudes, la música, el humo, las risas, los... amigos. No es divertido beber solo, hablar solo.

Entró en el Rosebud, subió en el ornamentado ascensor hasta el tercer piso, entró en su suite, se dirigió a la habitación donde había una enorme consola, y empezó a buscar.

Tres semanas más tarde, tenía no tan sólo a la cuarentena de personas que quería, sino a dos mil.

—Es el cielo de los negros —dijo a sus antiguos compañeros durante una de las raras ocasiones en que asistió a sus veladas—. Es como un circo de pulgas. Todo el mundo está saltando.

Tom se sintió divertido cuando Frigate frunció el ceño ante la expresión «el cielo de los negros».

Frigate era un liberal que consideraba repulsivos tales términos. Tom no los toleraba de los demás, a menos que fueran negros, pero no había dudado en usarlos él. Cuando Frigate le preguntó por qué lo había hecho así, Tom respondió que simplemente porque quería. No había sido capaz de romper sus viejos hábitos de la Tierra.

—Has vivido lo suficiente en el Mundo del Río como para haberlo superado —dijo Nur.

—Aleja el dolor.

—Flagelarte tú mismo es un curioso método de curar las heridas —dijo Frigate.

Parecía no haber ninguna respuesta a eso. Aphra dijo:

—¿Cuándo vamos a poder ver tu mundo?

—¿Qué os parece el viernes próximo? —dijo Tom—. Os lo pasaréis bien. Os divertiréis.

Hablaré a mis amigos de vosotros, y a ellos no les importará que vayáis. —Se echó a reír—.

Siempre que sepáis cuál es vuestro lugar.

Después de que Turpin se hubiera ido, Frigate dijo:

—Después de sesenta y siete años aquí, los viejos demonios de la Tierra siguen haciendo de las suyas.

—Nunca Seguirá Adelante hasta que esos demonios desaparezcan de él —dijo Nur—. Me refiero a sus efectos.

Lo que había nacido en la Tierra no había muerto necesariamente en el Mundo del Río. Sin embargo, como decía Nur, la humanidad en general había hecho bastantes progresos, tanto éticos como psíquicos.

—Dílo en inglés llano —murmuró Burton—. Te refieres a que muchos se han convertido en unos seres humanos mejores.

—Sí. El Mundo del Río es un duro remodelador, pero los cambios muy pocas veces se producen sin dolor.

Nur permaneció en silencio durante un momento, luego dijo:

—Tom tiene muchas buenas cualidades. Normalmente es alegre, siempre es valeroso, resulta fácil convivir con él si no le pisas los talones, lo cual es como tiene que ser. Pero nunca ha dicho que lamentara su pasado de alcahuete. Un hombre que trata con prostitutas es en sí mismo un prostituto, y se halla metido en negocios violentos y sucios. Tiene que ser duro y despiadado y mancharse de tanto en tanto las manos de sangre. Carece de una cierta empatía.

Hubo otro silencio, roto cuando Frigate dijo:

—¿Y?

—No es solamente en Tom en quien estaba pensando. Todos vosotros os habéis sellado en nuestros pequeños mundos. ¿Puede una persona crecer en el vacío?

—Por supuesto que podemos —dijo Frigate.

—Veremos —dijo Nur.

Sólo él había cambiado de opinión acerca de mudarse. Había decidido quedarse en su apartamento.

—Que es un mundo lo suficientemente grande para mí.

—Y eso significa problemas —dijo Burton—. Algunos de entre los recién resucitados desearán

esos mundos vacíos para ellos, y estarán dispuestos a derramar sangre para conseguirlos.

Burton, Frigate y Behn estaban hablando acerca de los estándares a establecer para resucitar a la gente en la torre.

—No hay que aceptar actores, ni de teatro, ni de cine, ni de televisión —dijo Frigate—. Son egoístas engreídos, interesados, oportunistas, y poco de fiar. Puede que sean compañeros divertidos por un tiempo, pero sólo piensan en sí mismos.

—¿Todos? —dijo Burton.

—Todos —dijo Behn—. Yo lo sé. Escribí otras de teatro; tuve mucho contado con ellos.

—Puede que haya algunas excepciones —dijo Frigate—. No obstante, no hay excepciones entre los productores, y son aún más despiadados y de sangre más fría que los actores. No hay que resucitar a ningún productor, especialmente si es de Hollywood. No son enteramente humanos.

—Entonces yo los clasificaría con los políticos —dijo Burton.

—Oh, sí. Ni políticos ni hombres de estado. Todos ellos son mentirosos y oportunistas.

—¿Todos? —dijo Behn.

—Tú deberías saberlo —dijo Burton.

—No los conocí muy a fondo, de modo que realmente no puedo juzgarlos con honestidad.

—Acepta mi palabra al respecto —dijo Burton—. Nada de políticos aquí. ¿Qué hay acerca de sacerdotes?

—Clérigos, sacerdotes, ministros, rabinos, mullahs, doctores brujos... todos son hermanos bajo su uniforme. Pero... no, no todos son iguales. Hay algunos auténticos seres humanos entre ellos, de tanto en tanto, aquí y allá —dijo Frigate—. Pero tienes que sospechar de cualquiera que piense lo suficientemente bien de sí mismo como para convertirse en un líder espiritual. ¿Cuál es su auténtico motivo?

—Los papas quedan descartados —dijo Burton—. Son políticos, mentirosos, maniobran con la gente a sangre fría, pervierten el cristianismo en bien de la iglesia. Nada de papas.

—Ni jefes rabinos ni jefes mullahs ni arzobispos de Canterbury y los de su clase —dijo Frigate—. Lo que se aplica a los papas puede aplicarse también a ellos.

—¿Madres superiores?

—¡Fuera! —dijo Burton, señalando con un dedo hacia el techo.

—Seguro que habrá excepciones.

—No las suficientes como para que valga la pena perder el tiempo en ellas —dijo Burton.

—¿Qué hay acerca de los vendedores de coches usados? ¿Los vendedores de coches usados también? —dijo Frigate. Burton y Behn le miraron, inexpresivos.

—Un fenómeno del siglo XX —dijo Frigate—. Olvidadlo. Los vigilaré, y os avisaré si es necesario. Dudo que tenga que hacerlo.

—¿Doctores?

—No puede aplicarse ninguna regla universal con ellos. Pero la mayoría son almas perdidas aquí, donde se les necesita muy poco y no tienen ninguna autoridad. Habrá que ir con cuidado.

—¿Abogados?

—Algunos de ellos son la gente mejor del mundo; algunos, la peor. Habrá que ir con cuidado. Oh, incidentalmente: he localizado a Buda —dijo Frigate—, Siddharta, el Buda histórico.

—¿Qué tiene eso que ver con los abogados? —dijo Burton.

—Nada. Pero Buda... ah... se halla incluido en las grabaciones, están llenas de films de él, si quieres ver al Buda viviente, Gautama, simplemente pídeselo a la Computadora. Viviente en la Tierra, por supuesto. Nunca fue resucitado en el Mundo del Río. Cuando murió en la Tierra, Siguió Adelante.

—¡Ah! —dijo Burton, como si de pronto comprendiera muchas cosas que hasta entonces le habían permanecido ocultas.

—¿Ah?

—Sí. Localicé el archivo del Jesucristo histórico hace algunos días —dijo Burton.

—¡Yo también! —dijo Frigate.

—Entonces ya sabes que fue resucitado en el Río, murió varias veces, la última hace veinte años. Y él también ha Seguido Adelante ahora. Pero, aparentemente, Buda estaba más éticamente avanzado que Jesús.

—Buda tuvo una vida mucho más larga en la Tierra que Jesús —dijo Frigate.

—No estoy atacando a nadie, simplemente estoy señalando un hecho.

—Localicé a San Francisco de Asís —dijo Frigate—. Resucitó en el Mundo del Río, pero cuando murió, hace diez años, Siguió Adelante.

—¿Cuántos papas y cardenales, cuántos grandes hombres de las iglesias de cualquier fe, han Seguido Adelante? —preguntó Aphra Behn.

—Ninguno —dijo Frigate—. Ninguno, por lo que he podido determinar, quiero decir. No los he localizado a todos. Mejor dicho, la Computadora no lo ha hecho. La puse a rastrearlos. Ha localizado a todos los papas menos a doce...

—¿Incluido el primero, San Pedro? —dijo Burton—. Él no fue el primer papa, fue el primer obispo de Roma. Es decir, técnicamente hablando.

—Oh, entonces ¿estuvo realmente en Roma?

—Sí, fue ejecutado allí por los romanos. Pero... sigue aún en el Río. Ha muerto tres veces, y aún no ha Seguido Adelante.

—De modo —dijo Burton— que podemos resucitarlo y saber la verdad acerca de Jesús y el cristianismo. Es decir, la verdad tal como él la conoce, lo cual puede que no sea tampoco la verdad objetiva.

—Las grabaciones de Jesús están todavía en la Computadora —dijo Frigate—. Su *wathan* ha desaparecido, pero su vida está aún ahí para ser exhibida.

—¿San Pablo?

—¡Ah, San Pablo! —exclamó Frigate, sonriendo—. Primero fue un fanático hebraísta ortodoxo, luego un fanático cristiano, probablemente hizo más por pervertir el camino de las enseñanzas del fundador que cualquier otro, y ahora es un fanático miembro de la Iglesia de la Segunda Oportunidad. Mejor dicho, fue, debería decir. La Iglesia desea entusiastas pero no fanáticos, de modo que recientemente lo echó. Ahora está interesado en las enseñanzas de los dowistas.

—¿Los dowistas?

—Te hablaré de ellos en alguna otra ocasión. Pablo está vivo en el Río. Lo localicé y lo estuve examinando durante un tiempo. Es un tipo bajito y feo, pero un poderoso orador. Ya no es célibe; decidió que *está* ardiendo y que desea una mujer que apague su llama.

Frigate les mostró a tres hombres que había localizado a causa de su innegable maldad y su prominencia en su tiempo. Burton había oído hablar de ellos en el Valle pero había sabido poco de ellos hasta ahora. Adolf Hitler había nacido el año antes de la muerte de Burton, Iósiv Dzhugashvili, más conocido como Stalin, había nacido once años antes de la muerte de Burton, y Mao Tse-tung había nacido tres años después de 1890.

—Ahora se hallan apresados en los archivos —dijo Frigate—. No he tenido mucho tiempo para examinar sus vidas post-Tierra, pero he visto lo suficiente como para estar seguro de que no han cambiado a mejor. Sus naturalezas siguen siendo esencialmente como la de Iván el Terrible. Al cual, incidentalmente, también he localizado.

—¿Crees que no hay esperanza para ellos, que nunca van a cambiar a mejor? —preguntó Nur.

—Sí. Al menos, eso es lo que parece. Fueron y siguen siendo malvados, sádicos y asesinos a sangre fría, carniceros de masas, sin ningún amor. Psicópatas.

—Pero Loga dijo que no había auténticos psicópatas en el Mundo del Río. Dijo que los auténticos psicópatas lo eran debido a desequilibrios químicos en sus cuerpos. Esos desequilibrios, esas deficiencias, fueron eliminadas cuando los cuerpos fueron resucitados.

Frigate se alzó de hombros y dijo:

—Sí, lo sé. De modo que... ¿cuál es su excusa? No tienen ninguna; han elegido sus actitudes a través de su propio libre albedrío. Ellos y sólo ellos son responsables.

—Es posible —dijo Nur—, pero no es asunto tuyo el destruirles, el acortar su tiempo disponible. ¿Quién sabe? Pueden, en el último momento, efectuar un radical cambio de carácter. Ver la luz podríamos decir. Recuerda a Goering.

—Goering empezó a sufrir remordimientos y culpabilidad hace muchos años. Esas... criaturas... Stalin, Hitler, Mao, Iván el Terrible... siguen aún dispuestos... ansiosos, de hecho... a matar a cualquiera que se les interponga en su camino. Lo cual, incidentalmente, es un firme avance hacia el poder, el supremo poder, el poder de dominar y controlar a los otros y aplastar a todos aquellos que se les oponen. O que creen que se les oponen. Todos son auténticos paranoicos, y tú lo sabes. Aunque su ambición es modelar la realidad, y a menudo lo hacen, no están conectados con la realidad. Quiero decir que no perciben realmente las cosas tal como son. Son arrastrados por su anhelo de modelar la realidad hacia lo que creen que es o debería ser.

—La mayoría de la gente se ve arrastrada por el mismo deseo.

—Hay grandes maldades y pequeñas maldades.

—Grandes hacedores de maldades y pequeños hacedores de maldades, querrás decir. No existe la maldad como término abstracto. La maldad consiste siempre en actos concretos y actores concretos.

Burton, que había estado escuchando, empezó a impacientarse.

—La auténtica filosofía no está en la charla, que la mayor parte de filósofos creen que es la

filosofía, sino en la acción.

Pete, estás hablando mucho acerca de lo que te gustaría hacer. ¿Por qué? ¿Porque tienes miedo de actuar, y tu miedo procede de tu sensación de no autojustificarte?

—No dejo de pensar, *Juzga para que no seas juzgado*.

—¿Has pensado por un momento en que no vas a ser juzgado aunque te refrenes de juzgar a los demás? —dijo Burton burlonamente—. Además, es imposible para nadie no juzgar a los demás. Incluso los santos no pueden evitar el juzgar, por mucho que intenten no hacerlo. Es automático, y se produce tanto en la mente consciente como en la inconsciente. De modo que yo digo; ¡juzga a derecha e izquierda, adelante y atrás, arriba y abajo, dentro y fuera!

Nur se echó a reír y dijo:

—Pero no dictes sentencia.

—¿Por qué no? —dijo Burton, sonriendo amistosamente—. ¿Por qué no?

—He localizado a un auténtico juez, quiero decir un juez en su sentido legal —dijo Frigate—. Un hombre que se sentó en los tribunales de mi ciudad natal, Peoria, durante la época de la Prohibición. Recuerdo haber leído sobre él cuando era un muchacho; recuerdo también lo que mi padre y sus amigos decían de él. Formaba parte del muy corrupto sistema municipal por aquel entonces, envió a muchos contrabandistas de licores a prisión, y confinó a aquellos que eran descubiertos con alcohol en sus casas o en tabernas clandestinas. Sin embargo, tenía un sótano lleno de whisky y ginebra que compraba a los contrabandistas. A algunos de los cuales, incidentalmente, dejaba libres porque eran sus proveedores directos.

—Has estado muy atareado —dijo Nur.

—No puedo resistirlo —dijo Frigate.

Burton comprendía la fascinación de Frigate, o al menos creía comprenderla. La gente malvada poseía un cierto magnetismo que atraía a todo el mundo, buenos o malos o indecisos entre ambos extremos, hacia ella. Primero atracción, luego repulsión. De hecho, paradójicamente, era la repulsión la que causaba la atracción.

—Lo más curioso —dijo Frigate de pronto, como si hubiera estado pensando en ello durante mucho tiempo pero hasta entonces no hubiera caído en el asunto—, lo más curioso es que ninguno de ellos, Hitler, Stalin, Mao, el Zar Iván, el juez de Peoria, y el violador de la niña de la que os hablé, ninguno de ellos se cree malvado.

—Goering sí lo creía, y ese fue su primer paso fuera de su maldad —dijo Nur—. Esos hombres... Hitler, Stalin y los demás... ¿qué pretendes hacer con ellos?

—Los he puesto en *cuarentena* —dijo Frigate.

—¿Todavía no has llegado a una conclusión acerca de lo que hacer con ellos?

—No. Pero si la Computadora empieza a soltar a los dieciocho mil millones de personas de vuelta al Valle, no lo hará con esos hombres. ¡Comprendedlo! ¡He visto lo que hicieron! ¡Lo he visto a través de sus propios ojos, lo he visto a través de los ojos de la gente a quien se lo hicieron!

Los ojos de Frigate estaban muy abiertos, como enloquecidos, y su rostro muy rojo.

—¡No deseo que puedan seguir haciendo esas cosas! ¿Por qué deberían escapar a la justicia ahora? ¡Lo hicieron en la Tierra pero las cosas son distintas aquí! Esta es en cierto modo la razón por

la cual los he encerrado en los archivos y por la cual me siento en posición de juzgar. ¡Y condenar y ejecutar si es necesario!

—No es ninguna intervención ni intención divina lo que ha causado el atasco —dijo Nur—. Fue un accidente.

—¿De veras? —dijo Frigate.

Nur sonrió y se alzó de hombros.

—Quizá no. Razón de más para que actuemos discreta, razonable y cautelosamente.

—¿Por qué deberíamos hacerlo? —rugió Burton—. ¿A quién le importa?

—Ah —dijo el moro, alzando su dedo índice y contemplando su punta como si contuviera la respuesta—. ¿Quién sabe? ¿No has tenido acaso la sensación, de tanto en tanto, de que aún seguimos siendo observados? No quiero decir por la Computadora, sino por alguien más que está utilizando la Computadora.

—¿Y cómo podría ser eso?

—No lo sé. ¿Pero no habéis tenido esa sensación?

—No.

—Yo sí —dijo Frigate—. Pero eso no significa nada. Siempre he tenido la sensación... durante toda mi vida... de que alguien estaba observándome.

—¿Quién es entonces el que observa al observador? ¿Quién juzga al juez?

—Vosotros los sufíes... —dijo Burton, disgustado.

—Lo importante —dijo Frigate— es que esos hombres, Hitler, Stalin, Mao, Iván el Terrible, etcétera, poseyeron un inmenso poder durante su vida en la Tierra. Fueron figuras históricas excesivamente importantes. Y ahora...

—Y ahora tú, el insignificante, los tienes a todos en tu poder —dijo Nur.

—Desearía haberlos podido tener en mi poder cuando apenas estaban iniciando sus criminales carreras —dijo Frigate.

—¿Entonces hubieras pulsado el botón de *Destrucción*?

—¡Jesús! ¡No lo sé! ¡Debería! Pero...

—¿Y si alguien pulsara el botón de destruirte a ti? —dijo Nur.

—Mis pecados nunca fueron tan grandes —dijo Frigate.

—Su tamaño depende de la actitud del que pulsa el botón —dijo Nur. O de las mentes de aquellos perjudicados por tus pecados.

Burton se marchó entonces, aunque se detuvo un momento para decirle adiós a Li Po y su mujer, Puñado de Estrellas, y sus camaradas. Li Po había localizado y resucitado a siete de los poetas y pintores que habían sido grandes amigos suyos.

Mientras Burton se volvía hacia la puerta, Puñado de Estrellas le dijo en voz baja:

—Tenemos que vernos de nuevo. Pronto.

—Por supuesto —dijo Burton—. Nos veremos.

—Quiero decir a solas —murmuró ella, y se alejó antes de que los demás se dieran cuenta de que le había dicho algo.

Burton no creyó que ella simplemente deseara hablar con él. En otras circunstancias, se hubiera

sentido complacido. Pero Li Po era un amigo y era muy celoso, pese a que no tenía derecho a sentirse posesivo. No sería honorable verse con ella a solas.

Pero ella era una agente libre, se dijo a sí mismo. Li Po le había devuelto la vida, pero ella no le pertenecía. No a menos que ella misma pensara que sí le pertenecía. Si ella desea verme y lo hace abiertamente, con Li sabiéndolo todo, bien, entonces...

El muy egoísta chino podía encontrar difícil de creer que ella prefiriera a otro hombre. Podía producirse una escena, con muchos gritos y discusiones ampulosas, y quizá Li Po lo desafiara a un duelo. Ese desafío, y su aceptación, serían dos cosas estúpidas. Li Po había nacido el año 701 d.C. y él había nacido el 1821 d.C., pero ninguno de los dos estaba ligado ya a los códigos de honor de aquellas épocas y, de hecho, nunca habían sido enteramente criaturas de su tiempo. Luchar por una mujer era ridículo. Li Po se daría cuenta de ello. Seguro.

Pero Li Po ya no sería más su amigo. Y Burton valoraba su amistad.

Por otra parte, Puñado de Estrellas no era un robot, y Li Po debería haber sabido cuando la resucitó que no iba a poder controlarla. Ya no era una esclava.

El agitar de sus caderas era como el tañir de una campana de carne. ¡Ding, dong! ¡Ding, dong! Suspiró e intentó pensar en algo más allá de su rígida y dolorida carne. Era inútil. Había sido demasiado tiempo.

Pero, si llegaba a conocerla bien, no en sentido bíblico, ¿le gustaría ella? Probablemente no valía los problemas que iba a causar, y estaba seguro de que iba a causarlos.

Ser un hombre viejo en un cuerpo joven crea conflictos, pensó. Mis hormonas nadan a contracorriente con respecto a mi larga experiencia. Es cierto que un pene rígido no posee consciencia. También es cierto que no posee tampoco cerebro.

Sin embargo, Puñado de Estrellas no era la única mujer en el mundo. Tenía disponibles, al menos teóricamente, a nueve mil millones y medio de ellas. Desgraciadamente; en ese momento, Puñado de Estrellas era la mujer a la que deseaba. No estaba «enamorado» de ella, no creía que volviera a «enamorarse» nunca, nadie con 136 años y su inteligencia se dejaría arrastrar por un amor romántico. No debería, al menos.

De los más de ocho mil millones y medio de hombres encerrados en los archivos, quizá un sesenta por ciento eran tan viejos como él. De ellos, podía decirse de un sesenta por ciento que eran lo suficientemente inteligentes como para amarrarse a un amor romántico. No tenía mucha compañía.

Por el momento, su única compañía era la pantalla de sus recuerdos en la pared a un lado de su silla volante. La Computadora se había trasladado a la edad de treinta y nueve años y seleccionado una escena realmente dolorosa. Estaba en Londres por aquel entonces, preparándose para el viaje secreto a la Meca. Puesto que habría varias ocasiones en las cuales su pene quedaría expuesto delante de sus compañeros musulmanes de viaje, había tenido que hacerse circuncidar. De otro modo, una mirada a su prepucio les revelaría que era un perro infiel, y sería muerto, con toda probabilidad literalmente despedazado, allí mismo. Aunque los hombres musulmanes normalmente se acuclillaban para orinar, y normalmente también sus ropas cubrían sus penes, había ocasiones en las cuales no podría evitar que lo vieran. Así, se había hecho circuncidar, y su única anestesia había sido media botella de whisky.

Burton detuvo su sillón. La escena se detuvo con él. Burton, sin saber por qué estaba haciendo aquello, le dijo a la Computadora que proyectara el campo neuroemotivo.

Inmediatamente, sintió un dolor atroz mientras el cuchillo del doctor rebanaba la piel de su prepucio.

Encajó sus dientes para impedirse gritar, como los había encajado sobre su cigarro durante la operación real.

Al mismo tiempo, se sintió mareado y flácido. El campo lo estaba rodeando con sus sensaciones como lo había hecho en aquella ocasión, en la que había acabado borracho. No lo bastante borracho como hubiera debido.

—¡Ya basta! —gritó—. Retira el campo NE.

Inmediatamente, el dolor desapareció. ¿Realmente? ¿No quedaba acaso el fantasma o la sombra de una lenta partida?

Burton no era masoquista. Se había infligido dolor tan sólo a fin de que su deseo hacia Puñado de Estrellas, hacia cualquier mujer, se alejara. Funcionó. Pero no durante mucho tiempo.

Hacia mucho tiempo, Frigate le había dicho a Burton que le había sido imposible en la Tierra determinar la identidad de Jack el Destripador. Pero puesto que el Destripador debía estar en el Valle del Río, podía ser hallado aquí. De todos modos, las posibilidades de tropezar con él eran tremendamente remotas. Más remotas eran las posibilidades de que él, si era encontrado, confesara. Además, un hombre que admitiera ser el autor de los asesinatos podía ser un mentiroso. Realmente, la solución del enigma no estaba mucho más cerca aquí de lo que había estado en la Tierra.

Frigate había afirmado eso mucho tiempo antes de que él y Burton llegaran a la torre. Ahora se hallaban en un lugar donde las posibilidades de encontrar al hombre conocido como Jack el Destripador eran altas. Frigate sabía quiénes eran los candidatos, aunque era posible que el auténtico Destripador no estuviera entre ellos, y resultaba probable que la Computadora pudiera localizarlos a todos en sus archivos.

Frigate no había seguido adelante con este proyecto porque estaba demasiado atareado con otras líneas de investigación, incluido el trazar su genealogía. Aquella torre, decía, era un paraíso genealógico. No tenía que enfrentarse a la búsqueda de difíciles y a menudo perdidos documentos: testamentos, declaraciones de impuestos y contribuciones territoriales, legalizaciones y registros de orfandad, censos, historias del condado, periódicos, lápidas, registros militares y de pensiones, y todas las demás elusivas huellas de gente que podía ser o no tus antepasados. Aquí podías poner a la Computadora tras la pista, empezar contigo mismo, y la Computadora podía trabajar hacia atrás a través de tus padres. Podías ver en una pantalla el aspecto de tus padres, quiénes habían sido él o ella, seguir sus vidas a través de sus propios ojos y ver su apariencia a través de los ojos de los demás. A veces, tenías que aguardar mientras la Computadora usaba el *wathan* de un antepasado para buscar en sus archivos el *wathan* compañero o compañera y luego identificar el *wathan* de los padres de esa persona. Donde había alguna duda acerca de la paternidad de un niño, la Computadora podía comparar el esquema genético del niño y del padre en duda y establecer el parentesco. Si quedaba probado que un niño determinado no podía ser el descendiente de un adulto determinado, entonces la Computadora podía examinar los genes de aquellos sospechosos de ser el auténtico padre. Los sospechosos podían ser fácilmente identificados, puesto que la Computadora podía revisar el pasado de la madre y determinar exactamente cuándo y con quién había mantenido relaciones sexuales. Tras lo cual, las grabaciones físicas del sospechoso o sospechosos podían ser examinadas para identidad genética.

Burton consideró aquello interesante pero no se sintió, por el momento al menos, ansioso de establecer su propio linaje. Siempre se había sentido subyugado por las historias de asesinatos, mutilaciones y torturas, y había leído los artículos periodísticos acerca de los asesinatos de Whitechapel. Una vez decidió que podía arrancar con la Operación Destripador, como la llamó, solicitó a la Computadora la bibliografía de todos los libros en inglés relativos al Destripador que contuvieran sus archivos. Quienesquiera que fuesen el agente o agentes que habían sido asignados a obtener la literatura relativa al Destripador, habían hecho un buen trabajo. Frigate distrajo algunos minutos de su propio trabajo para verificarlos, y señaló aquellos que creía que Burton iba a

encontrar más provechosos como punto de partida.

—Yo leería un libro de Stephen Knight, *Jack el Destripador, la solución final*, publicado en 1976. Me impresionó no sólo como el más documentado y brillante y convincente en sus razonamientos, de los que el propio Sherlock Holmes se hubiera sentido orgulloso, sino también como el único libro que era probable que contuviera las auténticas respuestas. Sin embargo, algunos críticos señalaron fallos en él. Esté en lo cierto o equivocado o sólo a mitad de camino, es bueno para utilizarlo como punto de partida para sumergirte en el rojo océano del misterio.

Era extraño tener en sus manos un libro que había sido copiado de un libro publicado ochenta y siete años *después* de su muerte. Pero ya no se maravillaba demasiado, puesto que las maravillas eran tantas que uno apenas podía detenerse brevemente en cada una de ellas. Leyó las más de 270 páginas en tres horas. Cuando dejó el libro, hubiera podido repetir sin ningún error largos pasajes, que en total representaban como mínimo una cuarta parte del texto.

Si el libro hubiera aparecido durante su vida terrestre, Burton se hubiera sentido ultrajado considerándolo descabellado. ¿O no? ¿No hubiera actuado de forma refleja, sabiendo lo que sabía de las secretas maniobras por el poder de aquellos que estaban en lo alto, conociendo los inhumanos y totalmente injustos actos llevados a cabo por el gobierno y los individuos de la clase superior en su lucha por mantener su poder, no hubiera considerado que las conclusiones extraídas de los acontecimientos descritos en el libro eran válidas?

Lo que el señor Knight había puesto a la luz tras profundas y amplias investigaciones e iluminadas e iluminadoras deducciones era:

En 1888, las masas, el pueblo miserable, de Inglaterra, Escocia, Gales e Irlanda, se hallaban, o parecían hallarse, al borde de la revolución. Los radicales de izquierdas, los socialistas y anarquistas, estaban vociferando fuertemente contra las opresiones y los sufrimientos de la clase trabajadora. El gobierno estaba no sólo alarmado, sino enormemente asustado, y muchos de los componentes de la clase gobernante creían que la propia monarquía estaba amenazada. Estaban reaccionando desproporcionadamente: su ignorancia de las masas los hacía inconscientes del profundo conservadurismo del pueblo: lo que el pueblo deseaba no era un cambio en la estructura de la monarquía sino un trabajo estable con una buena paga, comida, alojamiento adecuado y alguna seguridad económica. Deseaban vivir como debían hacerlo los seres humanos, no como ratas.

La Reina Victoria, pensaba la clase dominante, no iba a ser destronada, pero era vieja y, por aquel entonces, impopular. Cuando muriera, su hijo Eduardo («Bertie») ocuparía el trono. Y era un hombre lujurioso, testarudo y totalmente inmoral cuyas actividades no podían ser ocultadas.

Había por aquel entonces muchos francmasones en los escalones superiores del gobierno británico, incluido el marqués de Salisbury, el primer ministro. Knight proclamaba que esos masones altamente situados constituían el poder detrás del trono, y que temían que la monarquía se derrumbara, y su sociedad secreta se derrumbara también con ella.

El hijo mayor superviviente del Príncipe Eduardo, el duque de Clarence y Avondale, Albert Víctor Christian Edward, «Eddy» para sus íntimos, subiría al trono si su padre moría. Era una criatura patética (desde el punto de vista Victoriano), le gustaba mezclarse bajo un nombre supuesto con artistas y otros bohemios, era bisexual, y en una ocasión había frecuentado un burdel masculino.

Peor aún, después de enamorarse de una empleada de una tienda, Annie Elizabeth Crook, que le había sido presentada por el pintor. Walter Sickert, el duque se había casado con ella en una ceremonia secreta. Era un matrimonio ilegal bajo varios aspectos, pero el más ofensivo y peligroso de todos era que Eddy había tomado como esposa a una católica romana. Según la ley, ningún monarca inglés podía casarse con una católica. Eddy no era el rey, pero podía llegar a convertirse fácilmente y pronto en el rey. Un cierto número de gente había intentado asesinar a la reina; era vieja, y el padre de Eddy, el Príncipe Eduardo, podía morir de sus excesos con la comida y la bebida, una enfermedad venérea, una bala de algún marido celoso, un revolucionario o un maníaco, o de cualquiera de las enfermedades contra las cuales no había ninguna prevención y para las cuales no había ninguna cura excepto la resistencia natural del afligido.

Añadido a la infamia de las acciones de Eddy estaba el nacimiento en abril de 1888 de su hija de Annie Crook. La niña era la biznieta de la Reina Victoria y la prima en primer grado de aquellos hombres que debían reinar como Eduardo VIII y Jorge VI.

Aquello era demasiado para la reina, que envió una colérica nota al primer ministro, Lord Salisbury, exigiéndole que se asegurara de que los periódicos y el público no entraran en conocimiento del escándalo.

Salisbury, a su vez, pasó al médico de la reina, Sir William Gull, un camarada masón, la responsabilidad del encubrimiento. Gull era un hombre brillante y un gran médico, según los estándares Victorianos, y se distinguía también por un grotesco y perverso sentido del humor y una obvia esquizofrenia (obvia para una generación posterior). Podía ser muy amable y compasivo, pero en otras ocasiones era frío, cruel e insensible. Este último comportamiento, sin embargo, era sólo evidente cuando trataba con pacientes de clase inferior y sus familias. Era un buen amo para sus propios animales de compañía, pero había justificado, para su propia satisfacción, a un viviseccionista que había asado lentamente hasta morir a perros vivos en un horno durante sus experimentos.

Siguiendo las órdenes secretas de Gull, transmitidas a través del comisionado de policía, también masón, agentes especiales de la policía asaltaron los apartamentos de Walter Sickert, antiguo compañero de Eddy, y Annie Crook. Sacaron por la fuerza a Eddy del piso de Sickert y lo llevaron a palacio, y a Crook a un asilo. Gull certificó que Annie estaba trastornada, aunque no lo estaba por aquel entonces, y la mujer pasó el resto de su vida en asilos y manicomios. En 1920, realmente loca, murió. Eddy jamás volvió a verla.

La policía intentó atrapar también a Mary Kelly, una joven irlandesa que había actuado como testigo en la ilícita boda. Probablemente, Gull hubiera certificado que también estaba loca. Fuera lo que fuese lo que pretendía para ella, se vio frustrado. De alguna forma, la muchacha escapó de la red de la policía y se sumergió en el laberinto del East End. Más tarde, tomó a su cuidado durante un tiempo a Alice Margaret, la hija de Eddy y Annie. Ambas acompañaron a Sickert en sus largos viajes a Dieppe. Mientras estaba en Francia, Mary Jane Kelly cambió su nombre a Marie Jeanette Kelly. Finalmente, Kelly tuvo que ocultarse de nuevo en la gran madriguera de gente que era en Londres el East End. Allí inició la cuesta abajo que terminaría convirtiéndola en una de los muchos miles de alcohólicas y enfermas prostitutas que vivían allí sus miserables vidas condenadas. Como sus

hermanas en la profesión, se consideraba afortunada si ganaba el dinero suficiente como para comprarse ginebra para unas cuantas horas de torpor, y obtener la comida suficiente como para no morir de hambre y un techo sobre su cabeza.

Kelly no carecía de amigas, sin embargo, las más íntimas de las cuales eran Mary Anne Nichols, Anne Siffey, alias la Buhonera, y Elizabeth «Larga Liz» Stride, todas ellas borrachas, enfermas, malnutridas y condenadas a morir pronto aunque «Jack el Destripador» no hubiera existido. Cuando Kelly se encontraba con ellas en las tabernas o en sus piojosos apartamentos y la ginebra se llevaba la discreción en las doradas olas del alcohol, les revelaba la relación del Príncipe Eddy con Annie Crook y sus terribles resultados. Y, durante una de esas ruidosas sesiones, nació la idea de chantajear al Príncipe Eddy.

Knight había sugerido que las cuatro intentaron la extorsión debido a que se vieron forzadas a ello por parte de un grupo de peligrosos sujetos, la Banda del Viejo Nichol.

Fuera cual fuese el motivo, la idea era muy peligrosa y estúpida. Salisbury había abandonado la búsqueda de Kelly porque no había sabido nada de ella ni sus espías de la policía habían oído nada que indicara que estaba divulgando algo acerca del asunto. Mientras ella mantuviera la boca cerrada, no había peligro para el círculo gobernante al que Salisbury representaba. Ahora, sin embargo, al recibir un mensaje exigiendo dinero a cambio de silencio, Salisbury puso la maquinaria punitiva en marcha.

Azuzado por Salisbury, Gull no perdió tiempo en reaccionar. El primer ministro le había dado órdenes de acallar el asunto, pero probablemente Salisbury no tenía la menor idea de cómo pensaba hacer Gull aquello. A buen seguro, por desesperado que estuviera acerca de silenciar a los chantajistas, se hubiera sentido horrorizado si hubiera sabido lo que pretendía hacer Gull. Una cosa era encerrar a una mujer de clase baja en una serie de hospitales y asilos de por vida, una lamentable pero necesaria acción desde el punto de vista de Salisbury. Pero asesinar y descuartizar a la mujer era una acción que Salisbury no hubiera ordenado. Una vez se iniciaron los asesinatos, sin embargo, lo único que podía hacer Salisbury era dejar que continuaran y hacer todo lo posible por proteger a «Jack el Destripador».

John Netley era el cochero que había conducido al Príncipe Eddy a la casa de Sickert y otros lugares donde Eddy hacía lo que un príncipe de la realeza se suponía que no debía hacer. Gull se había garantizado su silencio con amenazas y sobornos después de que Eddy y Annie Crook hubieran sido separados. Conociendo el carácter de Netley, Gull le dijo ahora, en términos generales, cuáles eran sus planes para los chantajistas. Netley se mostró ansioso de servirle. Y, puesto que Sickert conocía a los principales implicados en el asunto, estaba bien relacionado con el East End, y había aceptado dinero para mantener la boca cerrada acerca de Eddy y Crook, Sickert fue alistado también por Gull. Aunque relucante de tomar parte en los asesinatos, sabía que, si no lo hacía, él también sería asesinado.

El coche, conducido por Netley, y llevando a Sickert y a Gull, penetró en la zona de Whitechapel. Tras un cierto número de reconocimientos, Gull y Sickert hicieron que Mary Anne Nichols montara en su coche tras reclamar sus servicios. Halagada de que dos caballeros tan elegantes se hubieran fijado en ella, aunque sin duda preguntándose qué tipo de perversidades tendrían en mente exigirle

que les hiciera, Nichols subió al coche. Gull le ofreció un vaso de vino conteniendo una droga (Knight había sugerido que utilizó uvas envenenadas) y, cuando ella estuvo inconsciente, le cortó la garganta de izquierda a derecha, la destripó y la apuñaló. Sickert asomó la cabeza fuera del coche y vomitó.

Más tarde, el cochero condujo hasta la oscura y momentáneamente desierta calle de Bucks Row, donde Netley y Sickert cargaron el cuerpo sacándolo del coche y lo abandonaron allí. Conocían el itinerario de los policías de ronda, pero pese a ello se alejaron tan sólo unos cuantos minutos antes de que el policía llegara.

Ocho días más tarde, los tres atacaron de nuevo. Anne Siffey, alias la Buhonera, fue encontrada muerta en el patio de atrás del número 29 de Hanbury Street. Su garganta había sido profundamente cortada de izquierda a derecha, dos veces. Sus intestinos delgados y un faldón de su abdomen estaban a su derecha, cerca de su hombro, aún unidos por un cordón al resto de los intestinos dentro del cuerpo. Dos faldones de piel de la parte inferior de su región abdominal yacían en un charco de sangre sobre su hombro izquierdo.

Esta vez, Gull había sacado a la mujer inconsciente del coche y la había llevado al patio trasero, donde había realizado las mutilaciones rituales a la débil luz.

El 29 de setiembre, Gull mató a dos prostitutas. El primer asesinato fue efectuado precipitadamente porque «Larga Liz» Stride se negó a subir al coche. Netley y Sickert abandonaron el coche, la agarraron, la sujetaron mientras Gull cortaba su garganta. Pero Gull no tuvo tiempo de hacer lo que hubiera deseado. Oyó fuertes voces cerca y no quiso correr el riesgo de ser visto llevando su cuerpo al coche. Los tres se marcharon apresuradamente.

Más tarde aquella misma noche, el segundo asesinato fue cometido con todo el tiempo necesario para su ejecución. Catherine Eddowes fue encontrada en Mitre Square (que no forma parte de la zona de Whitechapel), con una porción de su nariz cortada, el lóbulo de la oreja derecha casi seccionado, su rostro y garganta acribillados por un instrumento punzante, sus entrañas extirpadas, y su riñón izquierdo y su útero desaparecidos.

Desgraciadamente, desde el punto de vista de Gull —y Eddowes—, Sickert se había equivocado relacionando a Eddowes con Marie Kelly. Ella no había sido confidente de Kelly, no sabía absolutamente nada del asunto Eddy-Crook, y murió a causa de que el pintor había pensado, a la débil luz, que era Marie Jeanette Kelly. Aunque descubrió su error inmediatamente después de que su garganta fuera cortada, Gull insistió en llevar a cabo el ritual. ¿Por qué perder su tiempo? Además, era tan sólo una prostituta, y si, por alguna casualidad, algún policía tenía un vislumbre del complot, aquel sería un falso indicio.

A última hora de la noche del 9 de noviembre, el último y más importante objetivo, Kelly, fue sometido a la más salvaje carnicería de todas. El ritual tomó dos horas. Y los asesinatos de Jack el Destripador terminaron.

Burton había localizado las grabaciones de Gull, Netley, Kelly, Crook, Sickert, Salisbury, el Príncipe Eddy, y Stride. Por alguna razón que la Computadora no podía explicar, las de Chapman y Nichols no estaban disponibles. La Computadora, sin embargo, siguió buscándolas.

Burton revisó los acontecimientos del encuentro de Eddy con Annie Crook hasta el asesinato de

Kelly vía ojos y oídos de las grabaciones. Hizo pasar varias veces algunos de ellos, aunque vomitó dos veces, la primera observando a Gull trabajar sobre Eddowes, la segunda vez durante la disección de Kelly. Había creído tener un estómago fuerte, pero había sobreestimado su tolerancia.

Luego hizo que la Computadora pasara algunos de los episodios de la vida en el Mundo del Río de cada uno de los participantes en el asunto del Destripador. Annie Elizabeth Crook había sido resucitada en la Orilla con toda su cordura restaurada, pero con la mayor parte de sus recuerdos de 1888 a 1920 ausentes.

La esquizofrenia de Sir William Gull parecía haber sido eliminada. Veinte años después de la primera resurrección, había sido convertido a una secta religiosa, los dowistas, por su propio fundador, Lorenzo Dow.

John Netley, el cochero, se había visto profundamente afectado por el shock de ahogarse en el Támesis y luego despertarse en la orilla del Río. Durante seis meses, su comportamiento hubiera podido describirse como cristiano (de acuerdo con el ideal, no la práctica, de muchos cristianos). Una vez el shock se hubo desvanecido y estuvo razonablemente seguro de que no iba a ser castigado por sus pecados, volvió a su yo terrestre, un oportunista, lúbrico, egoísta criminal de sangre fría.

Walter Sickert, el pintor, se convirtió muy pronto a la Iglesia de la Segunda Oportunidad y alcanzó el rango de obispo.

«Larga Liz» Stride y Marie Kelly fueron resucitadas en el Valle a unos pocos pasos la una de la otra. Durante cinco años, fueron amigas y vecinas inmediatas. Ninguna de las dos había continuado como prostituta, aunque habían tomado una serie de amantes, y bebían tanto como podían conseguir. Luego Stride se había vuelto religiosa y se había unido a una popular secta budista, los nichirenitas. Kelly la había abandonado, se había ido Río arriba y, tras muchas aventuras, se había establecido en una zona pacífica. Ambas habían muerto durante los terribles momentos siguientes al fallo de las piedras de cilindros de la orilla derecha del Río.

Los largos viajes de todos habían terminado, por un tiempo al menos. Todos se hallaban encerrados en las grabaciones corporales y los *wathans* que flotaban girando en el pozo central.

Su investigación sobre el asunto del Destripador estaba completa; el misterio, resuelto. Ahora podía acudir a tomar posesión de su mundo particular, pero, por alguna insondable razón, seguía reluctante a hacerlo. Sin embargo, no podía seguir retrasando su traslado. Le irritaba oponerse inconscientemente a sí mismo; tenía que decidirse.

Antes de ir, sin embargo, consideró lo que había estado viviendo, indirectamente, durante aquellas últimas dos semanas. Se sentía sacudido e impresionado, especialmente por el mundo que había visto a través de los ojos de las prostitutas. Había presenciado muchos hechos salvajes y espantosos y mucha injusticia y opresión, pero nada podía compararse al inhumano y espeluznante hecho que era el East End de Londres en los años 1880. En aquella relativamente pequeña zona se hallaban hacinadas ochocientas mil personas, hambrientas la mayor parte del tiempo, comiendo bazofia y felices de poder hacerlo, borrachas si podían permitírselo y a menudo aunque no pudieran permitírselo, viviendo en pequeñas y sucias habitaciones con paredes desconchadas rezumando humedad y llenas de bichos, crueles las unas con las otras, ignorantes, supersticiosas y, lo peor de todo, impotentes.

Burton sabía que las vidas de los habitantes del East End habían sido desdichadas, pero hasta que no había vivido allí, aunque fuera por persona interpuesta, no se había sentido enfermo y lleno de culpabilidad por la simple existencia de aquel agujero infernal. Lleno de culpabilidad porque ahora comprendía que él y todos los demás que habían ignorado aquello eran los responsables.

Desde un cierto punto de vista, pervertido pero sin embargo válido, el Destripador había cometido un acto de caridad cuando había librado a aquellas hambrientas, demacradas, enfermas e impotentes prostitutas de su profunda miseria.

También, sin quererlo, había forzado a la Inglaterra de fuera del East End a contemplar aquel infierno del que habían apartado sus ojos. El resultado había sido un gran grito pidiendo su transformación, y muchos edificios habían sido derribados para crear un poco más de espacio para mejores alojamientos. Pero a su debido tiempo la pobreza y el dolor habían vuelto a su anterior nivel —nunca habían descendido demasiado—, y el East End había vuelto a ser olvidado por aquellos que no tenían que vivir en él.

Frigate, cuando Burton le contó los resultados de su investigación, se sintió intrigado.

—Lo que deberías hacer sería rastrear a esos señores propietarios que no vivían allí y que ganaron su buen dinero con esa horrible pobreza de la que se despreocupaban —dijo.

—Eso es marxismo —dijo Burton.

—Yo desprecié la práctica del comunismo, pero tenía algunos grandes ideales —dijo Frigate—. También desprecié la práctica del capitalismo, algunos de sus aspectos al menos.

—Pero tenía sus ideales —dijo Burton.

Había mirado a Frigate y luego se había echado a reír.

—¿Existe algún sistema socio-económico-político que haya llegado alguna vez a algún lugar cerca de sus ideales? ¿Acaso no los había visto a todos corromperse?

—Por supuesto. De modo que... los corruptores deberían ser castigados.

Nur el-Musafir había señalado algo que sabían pero que habían ignorado.

—No se trata de lo que ellos... nosotros... hicimos en la Tierra. Lo que importa es lo que hacemos ahora. Si el corruptor y el corrompido han cambiado a mejor, entonces deberían ser tan recompensados como aquellos que siempre han sido virtuosos. Ahora, dejadme definir lo que es la virtud y lo que son los virtuosos... —Sonrió.

»No, creo que no. Estáis cansados del sabio de la torre, como a veces me llamáis. Mis verdades os hacen sentir inquietos, aunque en el fondo estéis de acuerdo conmigo.

—Acerca de este asunto de preguntarnos a quienes resucitar para que sean nuestros compañeros —dijo Frigate—. Toma a Cleopatra, por ejemplo. A ti y a mí nos gustaría verla en carne y huesos y oír su historia, descubrir la verdad de lo que ocurrió entonces. Pero a ella le gustaba clavar afiladas agujas en los pechos de sus esclavas, y podía gozar viéndolas gritar y retorcerse. Shakespeare ignoraba eso cuando escribió *Marco Antonio y Cleopatra*. Lo mismo le pasó a George Bernard Shaw con su *César y Cleopatra*. Desde un punto de vista literario, ellos tenían razón. ¿Podrías creer en o preocuparos por el genio y la grandeza de Cleopatra y César o sentir pena por su tragedia si vierais su bárbaro sadismo y sus insensibles ansias de asesinato? Sin embargo, nosotros vivimos en el mundo real, no en el de ficción. Así que, ¿desearíais a Cleopatra o al César o a Marco Antonio como vuestros vecinos?

—Nur diría que eso depende de cómo sean ahora.

—Tiene razón, por supuesto. Siempre tiene razón. Sin embargo...

Se volvió hacia Nur.

—Tú eres un elitista. Tú crees, y probablemente tengas razón, que muy pocos tienen la habilidad natal de convertirse en un sufi o en su equivalente filosófico-ético. Tú mantienes que muy pocos Seguirán Adelante. La mayoría no poseen la suficiente como para alcanzar el nivel ético capaz de conseguirlo. Es triste, pero así son las cosas. La naturaleza es derrochadora en cuerpos, y lo es también en almas. La naturaleza ha arreglado las cosas de modo que la mayor parte de las moscas se conviertan en alimento para pájaros y ranas, y también ha arreglado las cosas de modo que la mayor parte de las almas no alcancen la salvación sino que, aunque no mueran como las moscas, fracasen en alcanzar el nivel establecido para ellas. Unas pocas Seguirán Adelante, pero la mayoría son como las moscas que se convierten en comida.

—La diferencia —dijo Nur— es que las moscas no tienen cerebro ni consciencia, pero los seres humanos son sentientes y conscientes de lo que deben hacer. Deberían serlo, al menos.

—¿Es realmente la Naturaleza —dijo Burton—, o Dios si lo prefieres, tan derrochadora, tan insensible?

—Dio a la humanidad el libre albedrío —dijo Nur—. No es culpa de Dios el que resulte un derroche tan grande.

—Sí, pero tú mismo has dicho que los defectos genéticos, desequilibrios químicos, accidentes cerebrales, y entorno social, pueden influenciar en el comportamiento de una persona.

—Influenciar, sí. Determinar, no. No. Debo cualificar eso. Hay algunas situaciones y condiciones en las que una persona no puede utilizar su libre albedrío. Pero... eso no es así aquí, no en el Mundo del Río.

—¿Qué hubiera ocurrido si los Éticos no nos hubieran dado una segunda oportunidad?

Nur sonrió y alzó hacia adelante sus palmas abiertas.

—Ah, pero Él *arregló* las cosas de modo que los Éticos nos *dieran* otra oportunidad.

—La cual, según tú, la mayor parte de la gente está dejando perder.

—Tú también crees eso, ¿verdad?

Burton y Frigate se sentían incómodos. Normalmente les ocurría esto cuando hablaban con Nur acerca de temas serios.

Aquella fue la última conversación que Burton tuvo en el apartamento. Tan pronto como las pantallas se desvanecieron, salió al corredor. Pensó por un momento en cancelar el código de modo que alguna otra persona pudiera utilizar las habitaciones. Sin embargo, era posible que necesitara algún lugar al que acudir, un lugar donde nadie pudiera encontrarle.

Sin llevar consigo ninguna posesión excepto el lanzador de rayos, vestido tan sólo con un faldellín de toalla y unas sandalias, cruzó la puerta. Inmediatamente, una pantalla apareció en la pared al otro lado del corredor. Ignorando la imagen —su padre acercándosele amenazadoramente, por una razón que Burton no recordaba—, Burton fue a subir a su sillón volante estacionado junto a la pared. Entonces se volvió para mirar al fondo del pasillo. Un rugido se acercaba, procedente de aquella dirección. Su mano se dirigió hacia el lanzador de rayos, pero se detuvo cuando reconoció el sonido.

Finalmente, una enorme moto negra apareció zumbando por un recodo del pasillo, a varios centenares de metros de distancia. Su conductor mantenía el vehículo fuertemente inclinado para tomar la curva a gran velocidad. Luego la máquina se enderezó y, acompañada por una pantalla mural que desplegaba un acontecimiento del pasado del conductor, avanzó hacia Burton. El conductor, un fornido negro llevando un casco con visor y una chaquetilla de cuero negro, le mostró unos grandes y blancos dientes.

Burton se mantuvo de pie junto al sillón, negándose a moverse pese a que el manillar de la moto le pasó apenas a unos centímetros.

—¡Ve con cuidado, hijo de madre! —gritó el hombre, y su risa doppleró alejándose de Burton.

Burton maldijo, e hizo que la Computadora formara una pantalla para él a fin de poder llamar a Tom Turpin. Tuvo que esperar varios minutos antes de que el sonriente rostro de Turpin apareciera. Estaba rodeado por su cohorte, hombres y mujeres ostentadamente vestidos, hablando en voz alta y riendo estridentemente. Tom llevaba un traje de principios del siglo XX con un brillante dibujo y un sombrero hongo escarlata con una larga pluma blanca. Un enorme cigarro colgaba de su boca. Había ganado al menos cuatro kilos desde que Burton lo había visto por última vez.

—¿Cómo estás, muchacho?

—No tan bien como tú —dijo Burton hoscamente—. Tom, tengo una queja, una queja legítima.

—Seguramente no querrás plantear quejas ilegítimas, ¿verdad? —dijo Tom, y lanzó una densa bocanada de humo verde.

—Tu gente está yendo a toda velocidad por los pasillos con motos y coches y Dios sabe qué otras cosas —dijo Burton—. No sólo he estado a punto de ser atropellado dos veces, sino que todo huele a gasolina y a mierda de caballo y eso es insoportable. ¿Puedes hacer algo al respecto? Son peligrosos

y ofensivos.

—Infiernos, no, no puedo hacer nada al respecto —dijo Tom, aún sonriendo—. Son mi gente, sí, y yo soy el rey aquí. Pero no tengo fuerzas de policía, ya sabes. Además, los robots limpian inmediatamente las cagadas de los caballos, y los ventiladores absorben el humo. Y puedes oírles llegar, ¿no? Simplemente apártate a un lado. De todos modos, debe ser aburrido y solitario ahí abajo. ¿No te proporcionan un poco de emoción, no te hacen sentir que no estás solo? Admítelo, Dick, has estado viviendo demasiado tiempo encerrado en ti mismo. Eso agria tu leche. ¿Por qué no te buscas una mujer? Infiernos, búscate cuatro o cinco. Quizá entonces no estés tan malhumorado.

—¿No piensas hacer nada al respecto?

—No puedo. No van a hacerme caso. Los negros son realmente orgullosos de sí mismos, ya sabes. Sonrió.

—Mira, te diré lo que puedes hacer. La próxima vez que te molesten, simplemente dispáralos. Nadie va a resultar permanentemente dañado. Yo simplemente los resucitaré, y nos reiremos mucho sobre lo ocurrido. Claro que, la próxima vez, puede que sean ellos quienes te disparen a ti. Nos veremos, Dick. Que lo pases bien.

La pantalla se desvaneció.

Burton hervía. Había poco, sin embargo, que pudiera hacer acerca de la situación, a menos que deseara iniciar una mini-guerra. Lo cual no era su intención. Sin embargo... Subió a su sillón y se dirigió hacia su mundo privado. Allá no podría ser molestado por nadie y, cuando lo poblara, se aseguraría de que sus compañeros fueran no sólo agradables sino también sensibles. Sin embargo, le gustaba una discusión de tanto en tanto, y encontraba las violentas peleas verbales de lo más satisfactorio.

Girando la esquina por la cual había aparecido el jinete negro, Burton casi se dio de *cabeza* con cinco personas. Sorprendido, accionó los controles en el brazo del sillón de modo que éste se elevara por encima de ellos. Se habían agachado, pero si la silla hubiera ido un poco más baja, hubiera golpeado de lleno al grupo.

Con el corazón latiéndole fuertemente debido a lo inesperado del encuentro, detuvo el sillón, le hizo dar la vuelta, y lo bajó hasta el suelo. Los dos hombres y tres mujeres eran desconocidos, pero no parecían ser peligrosos. Estaban desnudos, de modo que no había ningún lugar donde pudieran ocultar armas. Además, estaban obviamente asustados y poco seguros de sí mismos. No se le acercaron, aunque le habían gritado en inglés. Inglés británico, uno con el acento de un hombre culto, uno con un acento cockney, uno con un chapurreo escocés, uno con un canturreo irlandés, y uno con un acento extranjero, probablemente escandinavo.

Burton había dado dos pasos hacia ellos cuando se detuvo.

—¡Dios mío! —exclamó.

Ahora los reconoció. Eran Gull, Netley, Crook, Kelly, y Stride.

Burton normalmente reaccionaba con rapidez a cualquier situación, y muy raramente se dejaba ganar por la sorpresa o el miedo. Pero ver a aquellas cinco personas allí era tan inesperado y tan imposible que no pudo hacer otra cosa más que quedárselas mirando unos segundos. Si hubieran sido unos desconocidos para él, simplemente se hubiera sentido sorprendido, pero el hecho de que los conociera tan bien, y pensara que estaban bloqueados en las grabaciones, inmovilizó su cerebro.

Ellos, por supuesto, estaban aún en una peor situación que él. No tenían ni idea de dónde estaban ni del porqué habían sido resucitados. Al menos, a juzgar por sus expresiones, nadie les había dicho nada. Quienquiera que fuese el que los había resucitado debía haberles abandonado a sus propios recursos. Probablemente, pensó Burton, sintiendo que un fueguito pequeño empezaba a prender en su cerebro, probablemente no es una coincidencia el que hayan sido situados cerca de mí. ¿Pero quién... quién en nombre de Dios... podía haber hecho esto? ¿Y por qué?

Gull estaba ahora en sus puros huesos, mirando hacia arriba, sus manos unidas en una posición de plegaría, su boca moviéndose. Netley parecía un animal acorralado, gruñendo, agazapado, listo para saltar contra algún peligro desconocido. Las tres mujeres estaban mirándole con ojos muy abiertos. Podía leer a la vez miedo y esperanza en su rostros, miedo de que pudiera ser alguna horrible criatura, esperanza de que pudiera ser su salvador.

Saltó del sillón y, sonriendo, se les acercó lentamente. Cuando estuvo a metro y medio de ellos, se detuvo. Alzó su mano y dijo:

—No hay nada de qué preocuparse. Al contrario. Si no os importa dejar de balbucear y me seguís, os explicaré lo que os ha ocurrido. Y haré que os sintáis cómodos. Incidentalmente, mi nombre es Richard Francis Burton. No necesitáis presentaros. Sé quienes sois.

Se dirigió a una puerta abierta, probablemente aquella por la que acababan de salir. Avanzaron hacia él justo en el momento en que se oyó de nuevo un débil rugir. Burton reconoció el sonido del motor de la moto. En vez de acomodarles tal como había planeado, se detuvo en la puerta. Los otros se apiñaron tras él. Entonces, el corredor retumbó con el ruido, y la moto giró muy ladeada la esquina, se enderezó, y pasó a toda velocidad junto a ellos. El negro conductor agitó una enguantada mano.

—¿Te gusta eso, hijo de madre?

Burton se volvió y vio que todos estaban desconcertados y tremendamente asustados. No era extraño. Ninguno de ellos había visto jamás una moto antes, ningún vehículo de combustión interna, de hecho. Tampoco los había visto él cuando murió, pero se había familiarizado con ellos a través de los films que había visto y los libros que había leído desde que había llegado a la torre.

—Os explicaré esto más tarde —dijo. Les indicó que se sentaran, y lo hicieron, pero todos intentaron hablarle a la vez.

—Sé que tenéis muchas preguntas —les dijo—, pero por favor conteneos. Llegaremos a ellas en un momento. Primero, sin embargo, es probable que deseéis beber algo.

No, primero debía proporcionarles faldelines, corpiños, y mantas del conversor. Por el momento, estaban demasiado impresionados como para preocuparse por su desnudez. De todos

modos, después de su exposición a la gente desnuda en las orillas del Río, era probable que no se sintieran muy ansiosos al respecto. Se alegraron de recibir las ropas y las mantas, y murmuraron sus gracias antes de vestirse. Aunque Netley había perdido su salvaje mirada, parecía aún suspicaz con respecto a Burton.

—Puede que necesitéis algo que beber —dijo—. ¿Qué os gustaría?

Nadie parecía haber hecho votos de abstemio. Netley, Stride y Kelly desearon una ginebra a palo seco. Gull pidió un escocés con agua; Annie Crook, vino. Después de que Burton les hubiera servido, dijo:

—Vuestros estómagos estarán vacíos, pero imagino que no os sentiréis hambrientos en este momento. Aquí donde estáis, podéis obtener cualquier cosa y en la cantidad que queráis. Al contrario de vuestra situación en el Río, no tenéis que tomar lo que os dé vuestro cilindro.

Vaciaron sus vasos tan rápidamente que Burton les pasó otra ronda. Ahora parecían menos pálidos y alterados, y parecían ansiosos de escucharle.

Gull dijo, con una intensa voz de barítono:

—¿No serás por casualidad Sir Richard Burton, el famoso lingüista y explorador africano?

—A tu servicio.

—Buen Dios, lo imaginé. Te pareces a él, un poco más joven, por supuesto. Asistí a varias de tus conferencias en la Sociedad Antropológica.

—Lo recuerdo —dijo Burton.

Gull agitó la mano que sostenía el vaso de cristal de cuarzo tallado, derramando algo de escocés.

—Pero... todo esto... ¿qué...?

—Todo a su tiempo.

Gull y Netley se debían conocer mutuamente, por supuesto, aunque habían pasado más de cuarenta años desde que se habían visto por última vez. Burton dudaba que los dos reconocieran a las tres mujeres. Gull había visto a Crook muy brevemente cuando certificó su locura, y ella no llevaba ahora ninguno de sus atuendos Victorianos y se había cortado muy corto su oscuro pelo. (Se parecía un poco a la Princesa Alexandra, la madre de Eddy, lo cual debía haber sido un motivo por el cual Eddy, que había poseído obvias tendencias edípicas, se hubiera enamorado de ella). John Netley había visto a Annie Elizabeth Crook, la amante del Príncipe Eddy, varias veces, pero si la había reconocido ahora no estaba actuando como si así fuera. Quizá no deseaba demostrarlo. Si ella no lo reconocía a él, mucho mejor. Por otra parte, ¿por qué Crook no lo había reconocido a él? Le faltaba el bigote, pero incluso así... Quizá la impresión y la falta de ropas victorianas y el largo tiempo transcurrido desde su último encuentro podían contribuir a su falta de memoria.

En cuanto a Kelly, había sido recogida por Sickert y Gull en una calle oscura, metida en un oscuro coche, y bebido un licor drogado. Stride había visto también a Netley y Gull en un entorno oscuro, y brevemente además.

Burton no sabía si primero debía explicar acerca de la torre y el método por el que habían sido traídos allí o presentarlos. Deseaba ver su reacción cuando se dieran cuenta de en qué compañía se encontraban. Pero temía que el furor resultante alejara la explicación por largo tiempo. Por otra parte, la explicación iba a tomar largo rato, y durante ella podían empezar a reconocerse los unos a

los otros.

Se decidió y dijo:

—Primero deberíais conoceros mutuamente.

—¡Eso no es necesario en lo que respecta a Annie y a mí! —dijo Kelly—. Hemos sido amigas desde hace mucho tiempo. Y Liz y yo somos viejas amigas también.

—Incluso así —dijo Burton, sonriendo—, es un asunto de educación, y los hombres deberían saber quiénes sois.

Hizo una pausa —¡oh, cómo estaba gozando con aquello!—, y dijo:

—Elizabeth Stride, Mary Jane Kelly, y Annie Elizabeth Crook, ¡os presento a Sir William Gull y a John Netley!

Lo que siguió fue lo que había esperado. Gull palideció, y el borde de su vaso, a punto de tocar su labio, tembló. No llegó a terminar su bebida. Netley palideció también y, tras un momento de rigidez, se puso en pie de un salto y retrocedió, los ojos fijos en las mujeres.

Annie se levantó rápidamente de su silla y dijo:

—¡Ahora te reconozco! ¡Ahora! —Apuntó un tembloroso dedo hacia Gull—. ¡Tú eres el deshonesto doctor que dijo que yo estaba loca! Y tú —desvió el dedo para atravesar con él a Netley—, tú te llevaste a mi Eddy cuando vino la policía.

—También intentó matar a tu hija dos veces —dijo Burton—. Y, señorita Stride y señorita Kelly, este hombre —señaló a Gull— es el hombre que terminó con vuestras vidas. Con la ayuda de este otro hombre.

—Dios me ayude —dijo Gull, dejándose caer de rodillas—. Dios me ayude y me perdone, como espero que la hagáis vosotras.

—Eso fue hace mucho tiempo —dijo Netley, burlonamente—. ¿Qué importa ahora? Todas estáis vivas ahora, ¿no? Así que, ¿qué auténtico daño os hemos hecho?

—Lo importante —dijo Burton— es que Stride y Kelly saben que vosotros fuisteis quienes las matasteis, pero durante sus muchos años en el Río nunca se cruzaron con nadie que hablara de los crímenes de Jack el Destripador. De modo que ellas...

—¡Hey! —dijo Kelly, señalando a Gull—. ¿Él es Jack el Destripador?

—No existe tal Jack el Destripador, es decir, Jack era no uno sino tres hombres trabajando juntos. Sin embargo, él, Gull, fue quien escribió las cartas que hicieron famoso el nombre, y dirigió todo el asunto. Lo que tú, Kelly, no sabes es lo que te hizo después de matarte. ¿Recuerdas, Kelly, cómo fue mutilada Catherine Eddowes? Aquello no fue nada comparado con la carnicería que Gull hizo contigo. ¿Debo describirla?

Gull saltó en pie y gritó:

—¡No! ¡No! ¡Ni siquiera ahora, aunque he hecho las paces con Dios, puedo olvidar lo que hice!

—¿Y qué hay de mí? —dijo Stride—. ¿Qué me ocurrió a mí?

—Fuiste degollada, eso es todo. Gull no tuvo tiempo de ejecutar su ritual contigo.

—¡Eso es todo! —chilló Stride—. ¡Eso es todo! ¡Eso no es suficiente!

Gritando, corrió hacia Gull con las manos por delante, los dedos engarfiados. Él no corrió, aunque retrocedió cuando ella clavó las uñas en su rostro. Netley había avanzado unos pasos como

con intención de ayudar a Gull, pero se retiró a un lado tras una ligera vacilación.

Burton apartó a la aullante mujer. Gull notó sangrar sus mejillas, pero no dijo nada.

—Me gustaría arrancarle las tripas y sostenérselas delante de sus agonizantes ojos —dijo Kelly. Se dirigió a Stride, rodeó los hombros de la mujer con sus brazos, y la apartó a un lado.

—Ya hay suficiente de drama, castigo y reproche —dijo Burton—. Lo que hagáis una vez estéis a vuestras propias expensas es asunto vuestro, a menos que implique a otros que no tengan nada que ver con el asunto. Por el momento, os comportaréis decentemente y me escucharéis con atención. Necesitáis ser educados, y aunque me molesta instruiros, debo hacerlo. Simplemente no puedo dejar que descubráis cosas por vosotros mismos.

Primero, hizo que le describieran su aparición en el conversor. Se había producido en el enorme cubo en un rincón de aquella misma estancia. Se habían despertado de la muerte en el conversor y, al cabo de unos momentos de confusión, habían abierto la puerta y habían salido de él. Habían explorado las otras habitaciones, luego habían salido al corredor. Y Burton había aparecido doblando la esquina en su sillón volante.

—Entonces, ¿no visteis a nadie más? —preguntó.

Respondieron que no.

Burton llevó a Gull al cuarto de baño de la siguiente habitación y encontró, como había esperado, una botella con un líquido que aplicar a los sangrantes rasguños de su cara. Aquello detendría la hemorragia y, en un término de veinticuatro horas, curaría las heridas.

Les preguntó si sentían hambre. Netley y las mujeres dijeron que sí; Gull se limitó a agitar la cabeza. Burton recogió sus órdenes y las transmitió al conversor. Después que se hubieron sentado ante unas pequeñas mesas y hubieron comido, Burton inició la larga exposición de sus aventuras en el Mundo del Río, de sus tribulaciones y las de los otros para alcanzar la torre, y lo que había ocurrido a partir de entonces. Cuando hubo terminado, se había bebido dos altos vasos de escocés, y los demás no le iban a la zaga.

—Así que —dijo— ya veis cuál es la situación. Sé que tenéis un millar de preguntas, y os tomará algún tiempo aprender como utilizar la Computadora. Mientras tanto, sugiero que os retiréis a descansar por esta noche... puedo proporcionaros pastillas para dormir si las queréis... y nos veremos de nuevo mañana. Entonces os presentaré también a mis ocho compañeros. Quizá no personalmente, pero sí a través de las pantallas murales.

Con voz farfullante, Mary Kelly dijo:

—¿Cómo sabremos que estos dos bastardos no van a intentar matarnos de nuevo mientras dormimos?

—¡Jamás soñaría en hacer algo así! —dijo Gull—. He cambiado; ¡no soy el que era! Creedme, amigas mías, lamento profundamente mis crímenes, y he intentado, estoy intentando, vivir una vida cristiana, una auténtica vida cristiana. No solamente sería incapaz de haceros ningún daño, sino que os defendería contra cualquiera que intentara hacéroslo.

—Buenas palabras —dijo Liz Stride burlonamente.

—Son sinceras, lo juro: ¡Lo haría realmente!

—Creo que es sincero —dijo Burton—. En cualquier caso, sugiero que las mujeres duerman en

un apartamento separado del de los hombres. Puedo proporcionaros un código que impida que nadie pueda entrar por vuestra puerta excepto yo y vosotras tres.

Tras enseñarles como conseguir comida y bebida de sus conversores y como llamarle, los dejó. En vez de dirigirse a su mundo, regresó a su apartamento. Puesto que iba a tener que enseñarles todos los trucos de la torre mañana por la mañana, debía estar cerca de ellos.

En su camino de vuelta, estudió la cuestión de quién había resucitado a los cinco. Quienquiera que fuese, tenía un retorcido sentido de la ironía. ¿Pero quién podía ser? Solamente Frigate y Nur sabían acerca de sus investigaciones sobre el Destripador, y ninguno de los dos habría traído nunca a los cinco allí. ¿Quién entonces? Loga y la Agente mongola estaban muertos. ¿Había... no se atrevía a enfrentarse al pensamiento... otro desconocido, otro Snark?

Burton acababa de meterse en la cama cuando una pantalla apareció en la pared. El perturbado rostro de Puñado de Estrellas lo miró desde ella.

Hablando rápidamente en esperanto, el rostro lleno de lágrimas, le preguntó a Burton si podía ir a su apartamento.

—¿Por qué?

—Estoy cansada de compartir a Po con otras cinco mujeres, aunque nos concede muy poco tiempo a cada una de nosotras. Está demasiado ocupado bebiendo con sus amigos o estudiando. Además... no deseo sus abrazos.

Burton no tenía que preguntarle los abrazos de quién deseaba.

—¿Sabe Po que estás llamándome?

—Sí. Se lo dije hace una hora. Despotricó y desvarió durante un rato, y luego...

—¿Te pegó?

—No, él no pega a las mujeres. Diré esto en su honor. No físicamente, al menos.

—¿Entonces qué?

—¿Entonces? ¡Oh! Sonrió y me dio su bendición y me dijo que esperaba que fuera feliz contigo; lo estropeó, de todos modos, diciendo que dudaba que lo consiguiera.

Burton saltó de la cama y se puso un faldellín de toalla.

—Me gustaría hablar con él.

Los negros ojos de la mujer se abrieron mucho.

—¿Por qué? ¿Crees que estoy mintiendo?

—No, por supuesto que no. Es simplemente que no deseo que piense que tengo miedo de enfrentarme a él. También deseo asegurarme de que él no piensa que yo he estado haciendo maniobras a sus espaldas.

—Oh, él no piensa eso. Le dije que tú ni siquiera sabías que yo te deseaba.

—Eso es una mentira —dijo Burton, pero no se lo reprochó.

Había mentiras y mentiras, y aquella pertenecía a la categoría de las «blancas». Además, ¿quién era él para reprender a nadie por falsedad?

—Hablaré con él si está despierto —dijo Burton.

—Sí, está despierto, pero no desea ser molestado. Está con una mujer. Una mujer a la que acaba de resucitar. Dijo que ella me reemplazaría. Pobre diablo.

—Quizá —dijo Burton—. Pero por el momento se sentirá muy agradecida de haber sido rescatada de entre los muertos.

No se sentía enamorado de la mujer china. Sin embargo, no consideraba el amor como un prerrequisito para que un hombre y una mujer disfrutaran de un buen revolcón de tanto en tanto. Realmente había estado enamorado de Alice, y bastaba mirar lo que les había ocurrido.

—Ven —dijo Burton—. Le diré a la Computadora que te deje entrar.

Puñado de Estrellas dejó de llorar y de sorber sus lágrimas y sonrió como el sol al amanecer.

—Tan pronto como repare un poco mi maquillaje y reúna mis pertenencias. Tú me deseas, ¿verdad?

—Si no fuera así, te lo diría —murmuró Burton. No se durmió hasta las cinco de la madrugada.

Burton llamó a las tres mujeres a su habitación, y a los dos hombres que habían dormido en otra habitación separada. Tras darles los buenos días, les comunicó que había dado instrucciones a la Computadora para que les enseñara cómo operarla. También les invitó a la reunión semanal de los ocho —más ahora—, aquella misma noche.

—Después de todo, estáis a vuestros propios recursos. Os llamaré de todos modos de tanto en tanto, o me dejaré caer entre vosotros si soy bien recibido. Y vosotros podéis llamarme si tenéis algún problema.

No les gustó lo que les dijo. Aparentemente, tenían la sensación de que él debería dedicar todo su tiempo a asegurarse de que estaban bien ajustados. Pero no podían hacer nada al respecto.

El y Puñado de Estrellas desayunaron, huevos *au beurre noir*, pastelillos de arándanos, e higos con crema. Luego volaron a su pequeño mundo, Thélème, llamado así según el mítico estado del *Gargantúa y Pantagruel* de Rabelais. Su lema era, en la obra del viejo francés, Haz lo que quieras. El lema de Burton era: Haz lo que quiera Burton. El mundo, sin embargo, hubiera podido ser llamado más apropiadamente Bagdad-en-la-Torre. Burton había levantado en su centro una pequeña ciudad y un castillo que parecía como la idea de un romántico o de un productor de Hollywood de un lugar sacado de *Las mil y una noches*. Un río discurría desde el extremo occidental de la enorme cámara, rodeaba la ciudad, y serpenteaba hacia el este, desapareciendo en las arenas del desierto no lejos de la entrada. Por las afueras de la ciudad merodeaban unos cuantos leones y leopardos y muchas gacelas, antílopes, avestruces, y otras criaturas del desierto. Hipopótamos y cocodrilos nadaban en el río, y las extensiones de jungla estaban llenas de monos, civetas y pájaros.

Por el momento, Thélème estaba poblado tan sólo por él mismo y Puñado de Estrellas. Planeaba traer a alguna gente adecuada más tarde, aunque no tenía prisa.

A las 8:00 p.m. él y Puñado de Estrellas acudieron a la fiesta, aunque no sin incidentes. El conductor negro de la moto, esta vez con una mujer negra detrás, rugió por debajo de ellos. El hombre les agitó una mano, pero su saludo fue más cortés.

—¡Hey, Burton, ¿qué ocurre?!

Unos pocos segundos más tarde, pasaron por encima de un enorme cerdo que avanzaba trotando, haciendo resonar sus pezuñas.

—Dios mío —dijo Burton—. ¿Y ahora qué?

—No lo sé —dijo Puñado de Estrellas—. Hablé con Aphra esta tarde, y dijo que está encontrándose con gente a la que nunca había visto antes. La mayoría proceden del mundo de Tom Turpin. Al menos, eso es lo que ella piensa, puesto que todos son negros. Pero se encontró también con una docena de personas que parecían gitanos.

—¿Gitanos? ¿Quién los resucitó?

Entraron en el apartamento de Nur, lleno con el ruido de charlas y risas. Alice estaba allí, vestida con las descocadas ropas de los años 1920 que tanto le gustaban. Le sonrió ligeramente, pero no hizo ningún esfuerzo ni entonces ni luego por hablar con él. Burton había esperado sorprenderlos a todos presentándose con la mujer china. Aparentemente, sin embargo, Li Po se lo había dicho a todos. Si se

sentía celoso, no lo demostró. Era lo suficientemente realista como para saber que mostrar celos no solamente sería inútil, sino que le haría perder dignidad. Además, no estaba sufriendo por falta de compañía o sexo. Por aquel entonces había resucitado a cuarenta hombres y cuarenta y siete mujeres, a todos los cuales había conocido en la Tierra. Siete de las mujeres eran suyas, una para cada día de la semana. Aquella noche, sin embargo, había traído consigo solamente a una.

—Toman turnos para venir conmigo a estas reuniones —le dijo a Burton.

—Finalmente, se cansarán de ese compartir y resucitarán a hombres para ellas mismas —dijo Burton—. ¿Qué piensas hacer entonces?

—Nada —dijo Li Po, sonriendo—. No soy un tirano. Cuando ocurra eso, resucitaré a otras para reemplazarlas. Y es lógico que pase, puesto que yo también me cansaré de ellas o, aunque resulte difícil de concebir, ellas pueden cansarse de mí.

Burton podía visualizar el hormiguear de la gente en el mundo de Li Po. Cuando se alcanzara el punto de saturación, el exceso debería vivir en los apartamentos. Lo mismo estaba ocurriendo en el mundo de Turpin.

—Hombre, no sé —dijo Turpin, agitando la cabeza—. Todo empezó con la gente a la que traje, y luego la cosa se me escapó de las manos. *Ellos* resucitaron a más gente, y *esa* a su vez resucitó a más gente, y ahora lo que yo pretendía al principio se ha desbordado.

Burton le habló del motorista negro. Turpin sonrió y dijo:

—Ese es Bill Williams. No sé quién infiernos lo trajo aquí. Podría averiguarlo, pero ¿qué diferencia representaría? No es un negro americano, ya sabes. Es ruso.

—¿Ruso?

—Ajá. Es toda una historia. Algún día tendrías que hablar con él.

Burton había observado a Gull, Netley, Crook, Stride y Kelly cuando entró. Estaban de pie en dos rincones, los hombres en uno, las mujeres en otro, y obviamente no se mezclaban con los demás. Burton les hizo dar una vuelta por la habitación para presentarlos. Parecía, sin embargo, que Frigate ya había difundido la noticia respecto a ellos. Aquello había despertado una cierta curiosidad hacia los recién llegados, pero muchos se mostraban incómodos con Netley y Gull. A nadie le gustaba estar en compañía de dos tercios de la sacrílega trinidad que había formado a «Jack el Destripador». Netley se sintió tan afectado por ello que se marchó pronto. Burton salió de la habitación principal al pasillo, donde no podía ser observado, y ordenó a la Computadora que le siguiera el rastro.

Notando la timidez de Stride, Crook y Nelly, Nur se dirigió hacia ellas y pronto las hubo animado. Se sentía a gusto con los de clase alta y los de clase baja, los educados y los sin educación, los ricos y los pobres, y se ajustaba rápidamente a cualquier compañía, aunque siempre mantenía su dignidad. Al cabo de un momento, Aphra Behn y Frigate se unieron a ellos, y Nur se apartó, terminando con Gull. Curioso, Burton se invitó a la conversación.

Gull estaba hablándole al moro del hombre que lo había convertido, Lorenzo Dow. Dow había nacido en Coventry, en el condado de Tolland, Connecticut, en 1777. Siendo un niño altamente imaginativo e impresionable, se había convertido en un devoto pese a sus pocos años cuando vio un ángel. O afirmó haberlo visto. Más tarde, siendo ya un joven adulto, se convirtió en un predicador itinerante libremente conectado con la Iglesia Metodista. De todos los errabundos ministros de la

primitiva frontera americana, había sido el que más había viajado y el más conocido. Era famoso desde el Maine hasta Carolina del Sur y desde Nueva York a los lugares salvajes del río Mississippi. Allá donde hubiera un puñado de personas, por pequeño que fuera, allá viajaba en bote, carromato, caballo, o a pie, y predicaba sus excéntricos y disgresivos sermones.

Cuando fue resucitado de entre los muertos en el Mundo del Río, se había sentido sorprendido pero no impresionado.

—Estaba equivocado en algunas cosas —dijo a sus conversos—, pero básicamente en lo cierto.

Estaba convencido de que el ángel que había visto cuando niño era uno de aquellos que habían construido este Mundo del Río como un estadio por el que debían pasar aquellos dignos de alcanzar un mundo mejor. Creía, como los de la Segunda Oportunidad, que todo estribaba en mejorar moral y espiritualmente. Al contrario de los de la Segunda Oportunidad, sin embargo, no creía que la finalidad última fuera la absorción en la esencia de Dios. No, este Río era solamente una especie de purgatorio en el cual Dios y sus ángeles habían dado a todo el mundo otra oportunidad. Pero aquellos que alcanzaban el intenso cambio espiritual exigido allí irían a otro mundo en el cual serían resucitados físicamente de nuevo.

Sin embargo, aquellos que fracasaran morirían allí y se convertirían en polvo para siempre.

—He conocido a vuestros ángeles —dijo Burton—, y solamente son hombre y mujeres. De hecho, excepto uno, todos nacieron en la Tierra y murieron en ella cuando eran unos niños. La excepción era Monat, un extraterrestre, un no humano, que estaba a cargo de este proyecto. ¿Tiene esta torre el aspecto de haber sido construida por ángeles?

—Tiene que haberlo sido —dijo Gull—. Este Loga del que hablas... debe tratarse de un ángel caído.

—Estás loco, hombre —dijo Burton, y se alejó.

—Ese hombre —dijo Puñado de Estrellas— resucitará a otros de su fe, y no vamos a poder ir por los pasillos sin tropezar con ellos a cada momento. No son del tipo de los que te dejen solo.

—Estaremos en Thélème. No podrán entrar ahí.

—Ninguna persona o lugar son inviolables.

Puñado de Estrellas había encajado en la forma de vivir de Burton con tanta precisión como un zapato bien hecho en torno a un pie. La analogía no era tan sólo literaria. Cuando él se quitaba los zapatos, no tenía que prestarles la menor atención hasta que tenía que ponérselos de nuevo. La mujer parecía contenta siendo ignorada cuando él estaba atareado estudiando o trabajando con la Computadora. A menudo la operaba cuando él estaba haciendo lo mismo. Era una excelente compañera, una conversadora siempre dispuesta y a menudo divertida, y no insistía en interrumpirle. Era inteligente, conocía la poesía china, podía pintar bien, y tocaba maravillosamente el laúd chino. Era apasionada, muy versada en todos los aspectos del sexo, carente de inhibiciones, y sin embargo, cuando Burton no hacía el amor con ella durante una semana porque estaba absorto en sus estudios, no parecía importarle.

Lo único de lo que se quejaba Puñado de Estrellas era de no poder traer a sus padres a aquel lugar. Había localizado a su madre, pero estaba viva en el Valle. Su padre no podía ser encontrado.

—¿No te importaría si pudiera traerlos aquí? —había preguntado—. Quizá, algún día, sea capaz

de hacerlo. Podrían tener su propio apartamento, y no te molestarían. Los vería tan sólo cuando tú lo consintieras.

—No me importaría en absoluto —dijo Burton—. Trae a tus hermanos y hermanas también. Y a tus tíos y abuelos y primos.

No hubiera podido detenerla ni aunque quisiera hacerlo, pero eso no iba a decírselo. ¿Para qué estropear su deseo de complacerle? Era una perfecta compañera para él.

Cuando habló de aquello con Frigate, el americano dijo:

—Me sorprende que no haya aprendido a ser más independiente mientras estaba en el Valle. Fue educada en la cultura china del siglo VIII, pero debió vivir en muchas otras culturas en el Valle. Normalmente, el Valle libera a las mujeres.

—No siempre, en absoluto —dijo Burton—. Ella tuvo una vida dura, por decirlo suavemente. Conoces la triste historia de su vida terrestre. No fue mucho mejor en el Río. Fue violada varias docenas de veces en el Valle, aunque no parece haber sufrido ningún trauma profundo a causa de ello.

—No lo parece, pero se trata de una mujer muy autocontrolada.

—Oh, sí, la inescrutable oriental.

—Es muy hermosa.

—Exquisita. Y debo confesar que me siento halagado de que me deseara tan vehemente. Sin embargo... sigo prefiriendo a una rubia y no demasiado brillante caucasiana que se dedique enteramente a mí.

—Si encuentras una y la resucitas, vigila atentamente a Puñado de Estrellas. Hay mucho más fuego en ella del que deja aparentar.

Algunos días después de la fiesta, Burton y Puñado de Estrellas acudieron a visitar el mundo de Frigate en sillones especialmente contruidos diseñados por Burton. Eran más grandes que los otros y estaban completamente rodeados por una semiesfera de plástico irradiado de ocho centímetros de grosor. Lanzadores de rayos podían ser disparados hacia adelante y hacia atrás, hacia arriba y hacia abajo, a través de la protección.

Puñado de Estrellas, viéndolos por primera vez, había murmurado:

—¿De quién tienes miedo?

—No tengo miedo de nadie —dijo él—. Pero confío en muy pocos. Hay demasiados desconocidos, en cantidades ignoradas, merodeando por los corredores. Además, seguimos sin tener ninguna seguridad de que no haya algún Ético escondido por ahí.

Se alzaron en sus sillones por encima de los minaretes y los domos hechos de aleación de oro y resplandeciendo con enormes joyas, y aceleraron por encima del río y la jungla hacia la salida. Burton pulsó un botón de la consola, que transmitió el codificado ábrete-sésamo vía radio. El vehículo de Puñado de Estrellas no tenía este dispositivo porque él le había negado el acceso a su código. Ella le había preguntado, vacilante, por qué, y él le había dicho que no deseaba correr el riesgo de que ella pudiera ser secuestrada y le obligaran a revelar el código.

—¿Quién podría hacer eso? —había dicho ella suavemente.

—Quizá nadie. Pero es una posibilidad.

—¿Y si te secuestran a ti y te torturan hasta que digas el código?

—Ya he anticipado eso.

Ella no le preguntó qué precauciones había tomado. Obviamente, si las sabía, podían obligarla a dar aquella información.

La zona circular estaba vacía de gente, aunque unos cuantos robots estaban limpiando el lugar. Deteniendo su silla delante de la entrada del mundo de Frigate, Burton gritó el nombre de Frigate. Al cabo de unos pocos segundos, el rostro del americano apareció en una brillante pantalla. La puerta se abrió hacia afuera, y entraron en fila india. La segunda puerta los admitió a un mundo donde el sol estaba a diez grados más allá del cenit, la temperatura era de 29 grados y el aire era húmedo. Avanzaron por encima de una densa y lujuriente jungla, un río y varios afluentes, y algunos amplios claros. Las criaturas en los afluentes y tomando el sol en sus orillas eran cocodriláceas, enormes y llenas de dientes. De tanto en tanto podían divisar una enorme cabeza reptiliana al extremo de un largo cuello y, en una ocasión, un saurio de blindadas escamas cruzó torpemente uno de los claros. Reptiles alados planearon junto a ellos: pterodáctilos. Esos no procedían de grabaciones, puesto que los Éticos habían llegado a la Tierra setenta millones de años después de que el último de los dinosaurios hubiera muerto. Pero Frigate había hecho que la Computadora elaborara réplicas vivientes de las poderosas bestias, y esas reinaban entre la lujuriente vegetación. En el centro de la gigantesca cámara había un monolito rocoso, de sesenta metros de altura, con lisas paredes inclinadas hacia afuera imposibles de escalar. En la parte superior estaba su fortaleza, una llanura de veinticinco hectáreas con una mansión sureña del período anterior a la guerra civil en el centro de una isla rodeada por un amplio foso donde nadaban patos, gansos y cisnes. Burton y Puñado de Estrellas aterrizaron en el verde césped delante de ella.

Peter Frigate estaba sentada en el porche en una mecedora, escuchando la *Música acuática* de Haendel, bebiendo un julepe de menta y rodeado por tres perros. Sujetaba un gato siamés en sus rodillas. Los perros, auténticos perros, no imitaciones, saltaron ladrando del porche y corrieron hacia Burton. Se pusieron a dar saltos a su alrededor agitando sus cuartos traseros y gimoteando mientras él les palmeaba las cabezas. Uno de ellos era un enorme rottweiler; uno, un pastor alemán; uno, un ovejero shetland. Frigate se levantó, echando al gato de su regazo, y acudió a recibirles. Llevaba una chaquetilla blanca de lino con jeroglíficos egipcios bordados y un faldellín de lino blanco que le llegaba a la altura de la rodilla.

—¡Bienvenidos a Frigatelandia! —dijo, sonriendo—. Sentaos. —Señaló a otras dos mecedoras—. ¿Qué queréis beber? —Dio una palmada, y dos androides aparecieron por la puerta delantera. Llevaban uniformes de mayordomo.

—No los reconoceréis —dijo—. Tienen la apariencia exacta de dos presidentes de los Estados Unidos que nunca me gustaron particularmente. Los llamo Tricky Dicky y Ronnie. El de aspecto furtivo es Dicky. —Hizo una pausa—. La dama de la casa bajará en un minuto.

Burton alzó las cejas.

—Oh, finalmente te decidiste por una compañera.

—Sí. Los perros y los gatos son espléndidos compañeros, no te hablan. Pero empecé a echar en falta algo de conversación y otras cosas.

Los sirvientes trajeron las bebidas, escocés para Burton y vino para Puñado de Estrellas. Burton

extrajo un fino habano de su bolsillo, y Dick se inclinó hacia adelante, sacó un encendedor, y mantuvo firmemente la llama para él. Ronnie hizo lo mismo para el cigarrillo de Puñado de Estrellas.

—Esto es vida —dijo Frigate—. Vuelo por ahí y observo mis dinosaurios, y realmente disfruto con ellos. Impido que los tiranosaurios se coman a todos los brontosaurios suministrándoles la carne que necesitan mediante una estación alimentadora al fondo de mi monolito. Pese a todo, resulta difícil mantener el equilibrio entre presas y predadores. Algún día me cansaré de ello. Cuando ocurra, borraré el período jurásico y lo reemplazaré por el cretáceo. Planeo recorrer todas las eras de la evolución en sus varios estadios hasta el pleistoceno. Cuando llegue allí, me detendré. Siempre me he sentido muy atraído por los mamuts y los dientes de sable.

Burton apartó una mosca.

—¿Tienes que ser tan auténtico?

—También hay mosquitos. Tengo que retirarme al interior de mi mansión al anochecer por culpa de ellos. No deseo que la vida sea aquí un paraíso de aire acondicionado libre de bichos. Hubo un tiempo en el que maldecía a las moscas, mosquitos y hormigas y me preguntaba por qué Dios los habría puesto en la Tierra para mortificarnos. Ahora ya lo sé. Son una fuente de placer. Cuando están zumbando incansablemente a tu alrededor, y consigues al fin librarte de algún modo de ellos, llegar a algún lugar donde no pueden alcanzarte, descubres el summum del placer. Los he puesto aquí para poder gozar de su ausencia.

Puñado de Estrellas lo miró como si lo considerara un tipo extraño. Burton, sin embargo, lo comprendía. Para conocer el auténtico placer tenías que conocer también la falta, de placer. La existencia de lo malo podía ser justificada. Sin lo malo, ¿cómo podrías llegar a saber nunca que lo bueno es bueno? Quizá, pensó, aquello no fuera necesario. De serlo, ¿por qué los Éticos habrían trabajado tan duramente para eliminar lo malo?

En aquel momento, una mujer salió de la casa. Era muy hermosa, de pelo castaño rojizo, ojos verdes, piel pálida, largas piernas, generosos pechos, fino talle. Su rostro era irregular, la nariz un poco demasiado larga, el labio superior un poco demasiado corto, y sus ojos quizá un poco demasiado hundidos. Sin embargo, el conjunto ofrecía un rostro hermoso difícil de olvidar. Tendría casi metro setenta de estatura, y llevaba una túnica blanca de algún brillante material, muy escotada y abierta hasta la cadera en su lado izquierdo. Sus zapatos de lacón alto eran abiertos y blancos. No llevaba joyas ni perlas, sino tan sólo un brazalete de plata en su muñeca izquierda. Frigate, sonriendo, la presentó:

—Sophie Lefkowitz. La conocí en una convención de ciencia ficción en 1955. Mantuvimos una cierta correspondencia y nos encontramos más tarde ocasionalmente en otras convenciones. Murió en 1979 de cáncer. Sus abuelos vinieron de Rusia a Cleveland, Ohio, en 1900, y su padre se casó con una mujer descendiente de judíos sefarditas que vinieron a Nueva Amsterdam en 1652. Lo curioso es que en una ocasión me encontré en el Valle con el inmigrante original, Abraham López. No congeniamos: era un fanático intolerante. Ella era una ama de casa, pero llevó una vida muy activa en un montón de organizaciones, incluida la Organización Nacional para las Mujeres. También hizo bastante dinero escribiendo libros para niños bajo el seudónimo de Begonia West.

—Encantador, estoy seguro —dijo Burton, sinceramente—. Pero fuiste tú quien nos previniste a los demás de resucitar escritores, ¿recuerdas?

—No todos están podridos.

Sophie era vivaz e inteligente, aunque demasiado aficionada a los juegos de palabras. También parecía muy agradecida a Frigate por haberla resucitado de entre los muertos, y él parecía encantado con ella.

—Por supuesto, vamos a resucitar a otros. Vamos a acabar con los nervios de punta el uno con el otro si no tenemos otros compañeros. Pero toma un montón de tiempo enjuiciar a los candidatos.

—Él está buscando la perfección, y no va a conseguirla —dijo Sophie—. Los perfectos han Seguido Adelante. Yo le digo: toma a aquellos que parezcan razonablemente compatibles, y si no funcionan, siempre puedes echarles.

—Por la forma como están yendo las cosas —dijo Puñado de Estrellas—, la torre está empezando a hormiguar de gente. Todo el mundo a quien se resucita empieza a resucitar a otros.

—Puede albergar confortablemente a más de un par de millones de personas —dijo Sophie.

—Pero si todo el mundo a quien se resucita llama a cuatro más, no se necesitará mucho tiempo a ese ritmo exponencial para que la torre quede atestada —dijo Burton.

—No solamente eso —dijo Frigate—, sino que puede llegar a ser peor. Estuve hablando con Tom Turpin el otro día. Dijo que dos parejas en su mundo estaban intentando tener niños. Habían hecho que la Computadora eliminara de sus dietas los anticonceptivos químicos que los hacían estériles. Tom estaba furioso. Les dijo que si la mujer quedaba embarazada, deberían abandonar Turpinlandia. Pero ellos dijeron que no les importaba.

Permanecieron en silencio durante un rato, horrorizados por las noticias. Los Éticos habían arreglado las cosas de modo que no pudieran nacer niños, ya que no había suficiente sitio en el Mundo del Río para una población en expansión. Además, al término del plazo, el lugar debía quedar vacío para que aquellos nacidos en la Tierra después del 1983 d.C. pudieran ser resucitados.

—Todo el proyecto se está yendo al diablo —dijo Frigate.

—Al mismísimo infierno —dijo Burton—. Si es que ya no estamos en él.

—Esto no se parece en nada al infierno —dijo Sophie, sonriendo. Agitó una mano para indicar su mundo privado. Desde cerca de ellos les llegaban las canciones de los pájaros, notas anacrónicas, puesto que no había pájaros en el mesozoico, y el chirrido de algunos mapaches, también fuera de su época. Por encima del borde del monolito llegaban los profundos y gorgoteantes gritos de los brontosaurios y el retumbar como de tren expreso del tiranosaurio, parecido al inicio de una avalancha de nieve. Los diez metros de largura de las alas de los pteranodóntidos sonaban como gigantescas multitudes asmáticas.

—Eso es sólo temporal —dijo Burton.

Los androides, Ronnie y Dicky, trajeron más bebidas. Frigate y Burton, quizá inspirados por la presencia de los androides, empezaron a hablar acerca del libre albedrío versus determinismo, uno de sus temas preferidos. Frigate insistió en que el libre albedrío jugaba un papel más importante en las vidas humanas que los elementos mecánicos, químicos o neurales. Burton insistió a su vez en que las elecciones de la mayor parte de la gente eran fijadas por la química de su cuerpo y su condicionamiento precoz.

—Pero algunas personas cambian sus caracteres a mejor —dijo Frigate—. Lo hacen conscientemente y con esfuerzo. Su voluntad consigue pasar por encima de su condicionamiento e incluso de su temperamento básico.

—Admitiré que el libre albedrío juega a veces Un papel en algunas personas —dijo Burton—. Sin embargo, solamente unos cuantos utilizan efectivamente su libre albedrío, y a menudo fracasan. Incluso así, la mayor parte de la gente es, en un cierto sentido, muy parecida a robots. Los no-robots, los pocos afortunados, pueden ser capaces de ejercitar su libre albedrío solamente gracias a que sus

genes se lo permiten. De todos modos, incluso el libre albedrío depende del determinismo genético.

—Quizá será mejor que te diga, aunque quizá hubiera debido decírtelo antes —murmuró Frigate—, que le he preguntado a la Computadora si los Éticos han efectuado algún trabajo sobre libre albedrío y determinismo. No en un sentido filosófico, sino científico. La Computadora me dijo que tenía una gran cantidad de datos debido a que los primeros Éticos, la gente que precedió a Monat, habían trabajado sobre este tema, del mismo modo que la gente de Monat y sus sucesores, los hijos de la Tierra criados en el Mundo Jardín. No iba a tener tiempo de revisar todos los datos, ni siquiera una pequeña parte de ellos, y probablemente tampoco los entendería aunque tuviera tiempo. Le pedí un resumen de las conclusiones. La Computadora dijo que el proyecto se hallaba aún en desarrollo, pero que podía ofrecerme los resultados hasta el momento.

»Hace mucho tiempo que los Éticos trazaron un esquema de todos los cromosomas, fijaron su función exacta, y analizaron la interrelación de los genes. Trazaron esquemas de sus campos individuales y de interacción. Por cuyo motivo, cuando nos resucitaron, todos los genes defectuosos habían sido reemplazados por otros sanos. Fuimos resucitados en perfecta condición física, química y psicológica. Por supuesto, nuestro condicionamiento psíquico y social no fue extirpado. Librarnos de él era algo estrictamente individual. Debíamos utilizar nuestro libre albedrío, si lo teníamos o deseábamos utilizarlo.

—¿Por qué no me hablaste de eso? —dijo Burton.

—No te pongas furioso. Únicamente deseaba que expresaras tu opinión y luego mostrarte la verdad.

—¡Querías que te mostrara una pierna para tú poder cercenarla limpiamente!

—¿Por qué no? —dijo Frigate, sonriendo—. Eres un charlatán tan vehemente, tan testarudo, tan dogmático, tan farisaico, que... bueno, pensé que por una vez podría hacerte escuchar en vez de intentar dominar la conversación.

—Si eso te ayuda a librarte de tu resentimiento —dijo Burton, sonriendo también—. Hubo un tiempo en el que me hubiera sentido muy furioso contigo. Pero yo también he cambiado.

—Sí, pero en algún momento me harás pagar por esto.

—No, no lo voy a hacer —dijo Burton—. Usaré mi libre albedrío para aprender esta lección. La conservaré como un tesoro.

—Veremos. De todos modos...

—¡Las conclusiones!

—Intentaré expresarlas en inglés sencillo. No somos robots completos, como Sam Clemens y ese otro escritor del que te hablé, Kurt Vonnegut, proclamaban que éramos. Ellos decían que nuestro comportamiento y pensamientos estaban enteramente determinados por lo que había ocurrido en el pasado y por los elementos químicos en nuestros cuerpos. La teoría de Clemens era que todo lo que había ocurrido en el pasado, todo, determinaba todo lo del presente. La velocidad en que y el ángulo al cual el primer átomo del inicio del universo había golpeado contra el segundo átomo inició una cadena de acontecimientos en una dirección en particular. Lo que somos fue el resultado de esa primera colisión. Si el primer átomo hubiera golpeado contra el segundo a una velocidad y en un ángulo distintos, entonces nosotros también hubiéramos sido distintos. Vonnegut no decía nada sobre

eso pero afirmaba que actuamos y pensamos de la forma en que lo hacemos debido a lo que él llamaba «malos elementos químicos».

»Tanto Clemens como Vonnegut vituperaban el mal, pero ignoraban el hecho de que sus propias filosofías extirpaban la culpa de ese mal de sus autores. Según ellos, nadie podía evitar su forma de actuar. Así pues, ¿por qué escribieron tanto acerca de los malvados y los condenaron de tal modo, cuando ningún malvado era responsable en absoluto de sus maldades? ¿Podía culparse a los asesinos, podían los ricos que explotaban a los pobres hacer otra cosa, podían los pobres actuar de distinto modo que permitir ser explotados, podían los que pegaban a los niños ser culpados por su brutalidad, los puritanos por su intolerancia y su angosta y rígida moralidad, los libertinos por sus excesos sexuales, el juez por su corrupción, el Ku Klux Klan por sus prejuicios raciales, el liberal por su ceguera a las abiertamente declaradas metas y obviamente sangrientos métodos de los comunistas, al fascista y al capitalista por utilizar medios deshonestos para conseguir fines supuestamente honestos, al conservador por su desprecio hacia la gente común y sus excusas para explotarla? ¿Pueden ser culpados por sus acciones Iván el Terrible y Gilíes de Rais y Stalin y Hitler y Chiang Kai-Check y Mao Tse-tung y Menahem Begin y Yasser Arafat y Genghis Kahn y Simón Bolívar y los terroristas del IRA que colocan una bomba en un buzón de correos y le arrancan la pierna a un pobre bebé? No si aceptas la filosofía básica de Clemens y Vonnegut. El asesino y el que maltrata a los niños y el violador y el racista no son más culpables de sus acciones que los que sólo hacen el bien son alabables por ellas. Todos nos comportamos de la forma en que lo hacemos debido a los genes o a su condicionamiento químico o psicológico. Así que, ¿por qué molestarse en escribir acerca de la maldad si no se puede culpar a los malvados?

»Ellos lo hicieron así, de acuerdo con su propia filosofía, porque estaban predestinados a hacerlo. Así pues, no merecían ningún crédito moral.

Burton había estado aguardando pacientemente los resultados. Finalmente dijo:

—Entonces, esos dos dijeron que somos simplemente bolas de billar aguardando a ser golpeadas por otras bolas y ser enviadas al agujero predestinado para ellas.

—Sí.

—Soy completamente consciente de esa filosofía. Como sabes, escribí un poema acerca de ella. De todos modos, incluso aquellos que no creen en el libre albedrío actúan siempre como si lo poseyeran. Parece que esta es la naturaleza de la bestia. Quizá nuestros genes determinen eso. Ahora, ¿te importaría llegar al fondo del asunto?

—Hay más de un fondo —dijo Frigate—. En primer lugar, los estudios Éticos prueban que el potencial mental es idéntico en todas las razas. Todos tienen la misma reserva de genios, muy inteligentes, inteligentes, un poco inteligentes, y estúpidos. En 1983, cuando morí, había aún una gran controversia al respecto. Los tests de inteligencia parecían demostrar que el promedio de la inteligencia de los negros estaba algunos puntos por debajo que el de la los caucasianos. Los mismos tests indicaban también que el CI mongólico estaba unos cuantos puntos por encima del de los caucasianos. Un montón de gente afirmaba que esos tests no eran exactos y que ignoraban el condicionamiento social, la oportunidad económica, los prejuicios raciales y demás. Esos objetores tenían razón. Los tests Éticos prueban que todas las razas poseen el mismo potencial mental.

»Eso va contra el conjunto de tus observaciones en la Tierra, Dick. Tú afirmabas que el negro era menos inteligente que el caucasiano. Oh, admitías que quizá el negro americano pudiera ser capaz de llegar a ser más «civilizado» y brillante que el negro africano. Pero la implicación, si había alguna, era que todo ello se debía a que el negro yanqui tenía un montón de sangre blanca, es decir, genes caucasionos procedentes de la mezcla racial.

—Dije muchas cosas en la Tierra que ahora admito que estaban equivocadas —dijo Burton vehementemente—. Después de sesenta y siete años de íntima, aunque a menudo forzada, socialización con todas las razas y nacionalidades y tribus que puedas llegar a imaginar, y algunas que no puedas, he cambiado de opinión respecto a muchas cosas. Estoy perfectamente preparado a llamarle a Sambo hermano.

—Yo en tu lugar no utilizaría «Sambo». Muestra un rastro persistente de segunda intención.

—Sé lo que quiero decir.

—Sí. Recuerdo una estrofa en tu poema, «Charla con una piedra», donde criticabas al blanco americano porque no llamaba a... Sambo... su hermano. No estabas en posición de lanzar ninguna piedra.

—Lo que era entonces no es lo que soy ahora. Codearme con mucha gente hace que te empapes un poco de su piel. Y viceversa.

—Te codeaste con mucha gente allá en la Tierra. Muy pocas personas viajaron tanto como tú y entraron en contacto con tantas clases de gente, rica y pobre.

—No fue suficiente. No solamente las condiciones eran distintas a las de aquí, sino que allí no me *codeé* simplemente. Fui sacudido y golpeado. Eso siempre suele hacerle algo a la maquinaria, ya lo sabes.

—No utilicemos términos mecanicistas —dijo Frigate.

—La maquinaria psíquica es perfectamente apropiada.

—La psique no es ningún motor, sino un sutil y complejo campo de ondas. Muchos campos, de hecho: un supercampo. Como la luz, puede ser descrita como siendo a la vez ondas y partículas, una ondícula psíquica, ondículas formando un hipercomplejo.

—Los resultados.

—De acuerdo. Cada persona es un semirobot. Es decir, cada persona está sujeta a las exigencias de la máquina biológica, el cuerpo. Si tienes hambre, comes o intentas conseguir comida. Nadie puede elevarse lo suficiente por encima de sí mismo como para pasar sin comida y no morir de hambre. Los daños al sistema neurocerebral, el cáncer, los desequilibrios químicos, todas esas cosas pueden ocasionar cambios en la mentalidad, volverte loco, hacer que tus motivos y actitudes cambien. No hay ninguna forma en que la voluntad pueda suprimir los efectos de la sífilis, los envenenamientos, los daños cerebrales, y así. Y cada cual nacemos con un surtido de genes que determina la dirección particular que toman sus intereses. Sus gustos también, me refiero a la comida. No a todo el mundo le gustan los bistecs o los tomates o el whisky escocés.

»También, algunos han nacido con complejos cromosómicos que los hacen más emocionalmente rígidos que otros. Quiero decir, no pueden adaptarse a cosas nuevas o a cambios también como otros. Tienen a aferrarse a lo viejo y a los elementos culturales que los afectaron cuando eran jóvenes.

Otros son más adaptables, menos rígidos. Pero a veces la razón, la lógica, puede afectar la voluntad, y la persona puede superar su riqueza, librarse de su fosilización.

»Toma como ejemplo a una persona que ha sido educada en una fe cristiana fundamental. Es decir, una secta en la cual se cree que cada palabra de la Biblia debe ser tomada literalmente. Así, el mundo fue creado en seis días, hubo un diluvio de alcance mundial, un Noé y una arca, Dios detuvo la rotación de la Tierra para que Josué y sus sanguinarios genocidas hebreos pudieran disponer de la suficiente luz diurna como para derrotar a los sanguinarios amorritas. Eva fue seducida por una serpiente y a su vez dio a comer a Adán la fruta del árbol del conocimiento del bien y del mal. Jesús caminó sobre las aguas. Y así. Como otros en su secta, ignora la enorme acumulación de datos estableciendo el hecho de la evolución. Lee la Biblia pero no ve que, aunque la Biblia no dice en ningún lugar que la Tierra sea plana, implica claramente que la Tierra es plana. Ni tampoco toma literalmente el precepto de Cristo de odiar a tu padre y a tu madre. Ignora eso. Lo sitúa en un compartimiento separado de su cerebro. O lo borra como si estuviera grabado en una cinta.

»Pero algunos fundamentalistas se encuentran con algunas evidencias que les gustaría ignorar. El hierro golpea el pedernal, y la chispa cae sobre material inflamable. El fuego aumenta y aumenta. Lee más evidencias, quizá las odia y se maldice a sí mismo por su «pecaminosa» curiosidad. Pero aprende más y más. Finalmente, su razón le convence de que estaba equivocado. Y se convierte en un cristiano liberal o en un ateo o en un agnóstico.

»Algo en sus defensas genéticas hizo un agujero, o el agujero existía ya aguardando a que el agua pasara por él.

»En cualquier caso, es capaz de utilizar su razón únicamente porque su esquema genético se lo permitió.

—Pensé que habías dicho que el *Homo sapiens* era un semirobot —dijo Burton—. Estás describiendo unos robots al cien por cien.

—No, los robots no poseen razón. Pueden utilizar la lógica, si están programados para hacerlo. Pero, si se enfrentan a nuevas evidencias que dicen que su programa está equivocado, no pueden rechazar el programa ya instalado. Los humanos sí pueden. *A veces*. Ni los robots tienen que racionalizar las razones que les hacen actuar de un modo determinado. Simplemente actúan. Pero los humanos tienen que explicar por qué están haciendo eso y aquello. Construyen un sistema de lógica para disculpar su comportamiento. El sistema puede estar fundado bajo premisas erróneas, pero normalmente es lógico dentro de su propio esquema de referencias. No siempre, sin embargo.

»Lo que afirman los Éticos, y pueden probarlo, es que incluso la persona más genéticamente rígida, más severamente condicionada, posee la habilidad de liberarse a sí misma, parcialmente al menos, de estas restricciones, de esos moldes. Que algunos pueden hacerlo pero la mayoría no... los Éticos dicen que esto es una demostración de libre albedrío. Los reprimidos, los que llevan una camisa de fuerza, no *desean* cambiar. Son felices en su miseria.

—¿Pueden probar esto?

—Sí. Admitiré que no poseo la educación suficiente como para validar sus descubrimientos. No comprendo las matemáticas superiores o la biología avanzada que todo ello implica. Acepto sus pruebas, sin embargo.

—Sin embargo, no hay una certeza absoluta o definitiva, ¿verdad? —dijo Burton—. A menos que puedas ver claramente, como a través de un cristal, exactamente qué evidencia presentan, jamás sabrás realmente si están en posesión de la verdad, ¿no es eso?

—Planteado de este modo, no. Algunas cosas deben ser aceptadas por la vía de la fe.

Burton lanzó una estentórea carcajada.

El americano, con el rostro enrojecido, dijo:

—A menos que seas lo bastante competente como para efectuar tú mismo la investigación, ¿cómo sabes que lo que lees en un libro de química o astronomía o biología es cierto? ¿Cómo sabes que nada es cierto a menos que dupliques la investigación? Incluso entonces, puedes estar en un error o decantarte al punto de vista opuesto porque...

—¿Porque te sientes genéticamente inclinado a ello? —dijo Burton burlonamente—. ¿Porque estás predeterminado a creer en una cosa y no en otra?

—Una actitud como la tuya hace que un hombre no crea en casi nada.

—Correcto —dijo Burton, arrastrando las palabras.

—Seguramente fuiste portavoz de muchas opiniones basadas en las observaciones de otros mientras estabas en la Tierra. A menudo opiniones muy equivocadas.

—Eso fue en la Tierra.

Permanecieron en silencio por un rato. Las mujeres estaban hablando de sus madres. Frigate podía decir, sin embargo, que Sophie estaba al mismo tiempo escuchándoles. Le hizo un guiño y un gesto que él no pudo interpretar.

Frigate tomó de nuevo el tema como si fuera una pelota de fútbol y él estuviera empeñado en marcar un gol. Tercamente, dijo:

—Allá por 1978, creo que fue, leí en un libro de psicología que uno de cada diez hombres parecía ser un líder nato. Se implicaba que este era un rasgo que venía determinado genéticamente. El estudio Ético ha validado esto, e incluso ha señalado el complejo genético responsable.

«Además, decía que un diez por ciento de los *Homo sapiens* se habían sentido siempre inclinados en un cierto grado a la homosexualidad. Es decir, el diez por ciento poseían unas ciertas inclinaciones. No todo el diez por ciento practicaban la homosexualidad, pero la tendencia estaba allí. Eso se convirtió en una regla desde que los Éticos empezaron a efectuar grabaciones duplicadas de la humanidad. Y se supuso que eso había sido así desde el origen del *Homo sapiens*.

»La tendencia es determinada genéticamente. Lo que me interesó acerca de eso es que en 1983, unos pocos años antes que eso, también, los militantes homosexuales afirmaban que habían efectuado la elección libre y consciente de ser homosexuales. En otras palabras, no habían nacido homosexuales, habían elegido deliberadamente serlo debido a que preferían esa forma sexual de vida.

»Hablaban como si, cuando uno alcanzaba la edad de la razón, eligiera deliberadamente su camino. Lo que ignoraban o dejaban de considerar era que, si esto era cierto, entonces los heterosexuales también habían efectuado su decisión libre y consciente de ser heterosexuales. Pero esto no era simplemente así. Un heterosexual lo era porque había nacido de ese modo.

—¿Pero cómo...? —dijo Burton.

—Ibas a decir: «¿Pero cómo explicas a aquellos que tienen tendencias homosexuales pero se comportan heterossexualmente? ¿O aquellos que son bisexuales? ¿O aquellos que se casan con mujeres pero tienen también aventuras homosexuales?». Hay varios grados de homosexualidad... y de heterossexualidad... por supuesto. Y en una sociedad donde es peligroso ser abiertamente homosexual, el homosexual debía ocultar su tendencia, fuera hombre o mujer. En cualquier caso, la homosexualidad o heterossexualidad no es un asunto de elección. Es algo innato.

»Eso no constituye ninguna diferencia. Ser homosexual o no constituye un asunto de moralidad. No es una decisión personal. Es lo que haces con tu homosexualidad o heterossexualidad lo que importa, lo que es moral. Violación, sadismo, violencia, son cosas malvadas, seas o no homosexual.

—No puedo evitar el oírlos, sois tan escandalosos hablando —dijo Sophie—. ¿Qué es todo eso acerca de libre albedrío y determinismo y genes y elección? Estaba muy interesada en estos temas cuando fui a la universidad. Realmente interesada. Me apasioné por esas cosas, acostumbraba a disfrutar irritando a aquellos que no estaban de acuerdo conmigo, los estúpidos pelmazos. Pero cuando me gradué, no, algún tiempo antes de eso, vi que... bueno... pensar que puedes resolverlo todo discutiendo filosóficamente sobre esos asuntos era una estupidez. No llegas nunca al final, no es posible alcanzar conclusiones irrefutables. Quizá resulte divertido, pero no extraes ningún provecho. Es algo superficial. De veras. Así que dejé de hablar de ello. Si alguien deseaba discutir tales cosas, o cambiaba a otro tema cualquiera o simplemente me marchaba, sin dejar que la discusión ahondara demasiado.

—¡Exacto, eso es! —dijo Frigate—. ¡Tienes razón! Pero el asunto es que los Éticos han llevado esos temas más allá del estadio de la discusión u opinión. Han probado todo eso. ¡Ya no seguimos en la oscuridad!

—Quizá. Tengo que estar de acuerdo con Dick al respecto. *Quizá*. Pero eso no importa. ¿Qué era lo que decía Buda? «Alcanza tu propia salvación con diligencia». Sea quien sea el señor o la señora Diligencia. He estado buscando al señor Diligencia durante mucho tiempo. Incluso le he pedido prestada a Diógenes su linterna para ayudarme. Linterna que, incidentalmente, el viejo griego no necesitaba. Él era honesto, así que, ¿por qué debería salir a buscar a otra persona honesta?

»De todos modos, como ha dicho Dick, todos nosotros actuamos como si dispusiéramos de libre albedrío. De modo que, ¿a quién le importa si existe o no tal cosa? Todo lo que sé es que solamente yo, yo sola, soy responsable de mi comportamiento moral. Herencia, entorno: excusas. Excusas, coartadas: tonterías. Raza, nacionalidad, tribu, padres, religión, sociedad: excusas. Yo decido lo que soy. ¡Y eso es todo!

—¿Fue por eso por lo que quemaste tu soufflé ayer? —dijo Frigate—. No olvidaste simplemente vigilarlo. ¿Decidiste dejar que se quemara?

Frigate y Lefkowitz estallaron en una carcajada. Burton dijo:

—¿Tú cocinas?

—Oh, sí —dijo Sophie—. Me encanta cocinar. Cuando nadie me lo exige, por supuesto. Estaba haciendo nuestra cena ayer por la noche, y olvidé vigilar el soufflé. Estaba leyendo un libro, y...

Empezaron a hablar de comida, y eso los condujo a otros temas, y finalmente a la cena. Comer juntos era una costumbre mucho más antigua que la conversación.

El día de Navidad, muchos huéspedes se detuvieron delante de la puerta del mundo de Turpin. Burton no fue el único sorprendido por el número de los compañeros de Gull. Al menos había cuarenta, todos ellos dowistas que Gull había conocido en el Valle. Parecían romanos, con sus largas togas blancas y sandalias, pero era improbable que los romanos hubieran llevado nunca turbantes con una gran D de aluminio.

—D —dijo Gull—. D por Dow y por Dádiva. D por Dios, también.

—Devastación y Destierro también empiezan por D —murmuró alguien.

Gull no se sintió afrentado por aquello, o al menos no lo dejó entrever.

—Cierto, amigo mío, seas quien seas —dijo dignamente—. Devastación y Destierro para aquellos que no sigan el auténtico sendero.

—Disgustante —dijo la misma voz.

—Decadente —dijo otra.

—Definitivamente Dudoso —dijo una tercera persona.

—¡Devastadoramente Decrépito!

—Estamos acostumbrados a los insultos y a la repulsa de todos los T.M. —dijo Gull—. Pero incluso al más importante de los pecadores le es ofrecida Gracia en abundancia.

—¿Qué demonios significa T.M.? —dijo una mujer en voz baja.

—No lo sé —dijo Burton—. No significa «Todo el Mundo», como cualquiera podría pensar. Gull y sus seguidores se niegan a definirlo. Dicen que cuando lo comprendamos, entonces la Gracia habrá descendido sobre nosotros y seremos uno de ellos.

—Era una expresión utilizada muy a menudo peyorativamente por Lorenzo Dow para describir a sus enemigos —dijo Frigate—. No es que sea muy descriptivo, aunque realmente suena ominoso, puesto que sus enemigos jamás supieron lo que quería decir.

—Fue un error invitarles —murmuró de Marbot—. No puedes mantener una conversación decente con ellos. Lo único que desean es convertirte. Tom debería haberlo pensado mejor.

—¿Quién resucitó a Gull? —dijo Sophie—. Nadie en su sano juicio lo haría.

—Nadie lo sabe —dijo Burton—. Le pregunté a la Computadora la identidad de la persona que había resucitado a Gull, Netley, Crook, Stride y Kelly, pero respondió que el dato era disponible tan sólo para una persona. No dijo quién.

Un rostro apareció en el círculo resplandeciente de la puerta.

—¡Santa Claus! —gritó Frigate.

El hombre llevaba un gran gorro rojo orlado de piel blanca, y una enorme y algodonosa barba blanca. Su piel era sin embargo demasiado oscura para el convencional San Nicolás.

—Sí, soy Santa Claus —dijo Turpin—. ¡Tom Jo-Jo-Jo! Turpin en persona, para ser más exacto.

—¡Felices Navidades! —gritaron varios.

—¡Felices Navidades a vosotros también! —dijo Turpin—. Tenemos todo esto lleno de nieve, pero no es la nieve a la que todos vosotros estáis acostumbrados. Al menos, creo que no. ¡Sois todos unos chicos tan buenos, jo, jo, jo!

La puerta se abrió de par en par, y hubo un embotellamiento cuando los que estaban delante intentaron pasar con sus sillones volantes al mismo tiempo. Eran Li Po y su grupo, la mayoría de ellos cargados al límite de la resistencia de sus aparatos con licores de varias clases. Nunca habían oído hablar de Navidad hasta la invitación de Turpin, pero se sentían ansiosos de aprender al respecto. Tras un cierto forcejeo y algunas amistosas maldiciones, Li Po consiguió organizarlos, y entraron de uno en uno. Burton y sus compañeros siguieron a continuación. Los dowistas fueron detrás; habían aguardado educadamente a que pasaran los dos primeros grupos a una orden de Gull. Burton notó que intercambiaban miradas de desdén y pesar de unos a otros. Evidentemente, no les preocupaba el alborotador comportamiento del chino.

Detrás de los dowistas iban Stride, Kelly y Crook, vestidas con elegantes aunque algo ostentosas ropas victorianas y llevando pendientes de diamantes y muchos anillos con enormes diamantes, esmeraldas y zafiros. Burton no se sorprendió al ver rostros masculinos que le eran desconocidos acompañándolas. Annie Crook iba acompañada por un hombre, las otras dos mujeres llevaban un hombre a cada brazo.

A unos seis metros detrás de ellas estaba Netley, vestido como un corredor de apuestas, resplandeciendo con joyas por todas partes y con una mujer colgando a cada brazo.

Tras ellos había un grupo de veinte personas que lo sobresaltaron. De modo que era cierto que habían sido resucitados algunos gitanos. Iban vestidos con las exóticas ropas que le eran familiares, puesto que había tenido tratos con ellos en Inglaterra y Europa. Pensó en preguntarles si conocían quién había sido su benefactor, pero no tuvo ocasión de hacerlo. Luego ya fue demasiado tarde.

El grupo voló en una larga y dispersa línea bajo un temprano sol del mediodía y por encima de bosques, marismas, carreteras y vías de ferrocarril. ¡Turpin tenía un ferrocarril! Descendieron sobre la zona señalada, Louis Chauvin Street, uno de cuyos extremos había sido acordonado como lugar de aterrizaje. La Pequeña St. Louis o Turpinville resplandecía con las luces de Navidad y los adornos y estaba llena del ruido de los juerguistas. Burton tuvo la impresión de que la cifra de dos mil que había oído hacía algunas semanas se había incrementado a cuatro mil. Las calles estaban atestadas de danzarines y juerguistas vestidos con las ropas más estrafalarias. Era algo más parecido al Mardi Gras que a la Navidad. Cinco bandas estaban tocando cinco tipos distintos de música, ragtime, dixieland, hot jazz, cool jazz, y espirituales. Manadas de perros vagaban por todos lados, ladrando.

El grupo se abrió camino por entre la multitud mientras las botellas de licor y los cigarrillos y los puros de marijuana y hashish eran pasados por encima de ellos. El olor a alcohol y yerba era casi sólido, y todo el mundo tenía los ojos enrojecidos.

Turpin, aún vestido con sus ropas de Santa Claus, estaba de pie en el porche delantero de su enorme cuartel general de ladrillo rojo para darles la bienvenida.

—¡El porro está en efervescencia, la gente está alegre, y el jazz es perfecto! —gritó Turpin—. ¡Dadme algo de piel, hermanos y hermanas!

Frigate era el único que sabía de qué estaba hablando. Tendió la mano hacia adelante, la palma hacia arriba, y Turpin le dio un fuerte palmada.

—¡Así me gusta, hermano!

Mientras los otros seguían su ejemplo, Frigate le explicó a Burton que algunos negros de finales

del siglo XX debían haber sido resucitados allí. Aquella forma de saludo procedía de aquella época.

—Eso es lo que ha querido decir cuando ha dicho que estaba lleno de nieve por Navidad —dijo Frigate. Señaló hacia dos negros que estaban sentados en los escalones, mirando al frente con ojos vacuos—. Deben estar cargados de heroína. La llaman también nieve.

Turpin estaba lanzado, pero su estado de ánimo no era de la variedad alcohólica. Sus ojos estaban limpios, y hablaba sin trabucarse. Todos los demás podían hallarse cargados y por lo tanto vulnerables, pero no el astuto Tom.

Entraron al vestíbulo del Rosebud, que era casi tan amplio como la Grand Central Station. Había una gran multitud ahí dentro, y veinte largas barras de caoba pulida u oro tras las cuales androides de piel blanca con librea servían las bebidas. Burton tuvo que pasar por encima de varios hombres y mujeres inconscientes para seguir a Turpin. Los llevó a un gran ascensor y en él al tercer piso. Entraron en una oficina, que Alice dijo que se parecía al salón de recepciones del Palacio de Buckingham.

Tom les pidió que se sentaran. Se detuvo de pie frente al escritorio de seis metros de largo y recorrió con la mirada al grupo antes de hablar.

—Soy el jefe —dijo—. Yo dirijo este lugar como si fuera un traqueteante tren y yo el maquinista. Así tiene que ser. Pero les permito que se diviertan. La mayoría de ellos son buena gente, se comportan como corresponde, no van más allá de los límites que yo les he establecido.

»El problema es que sé que a algunos de ellos les gustaría ser el jefe, así que mantengo un ojo clavado en ellos como pulgas en un perro. La Computadora hace eso por mí. El problema es que yo no he elegido a la mayoría de la gente que hay ahora aquí. He estudiado el pasado de todos aquellos a los que he resucitado. Pero no puedo adivinar a quiénes van a resucitar aquellos a los que yo he resucitado.

»Además, aquellos a quienes les gustaría sentarse en mi trono forman dos tipos distintos de gente. La mayoría de ellos son personas a las que les gusta pasárselo bien, habían sido putas y alcahuetes y músicos en la Tierra. Pero algunos de ellos son tipos de iglesia, miembros de la Iglesia de la Segunda Oportunidad o Nuevos Cristianos. Alzan un infierno acerca de los que son alzados del infierno, y los que son alzados del infierno alzan un infierno acerca de su interferencia.

—¿Por qué no te desembarazas simplemente de todos ellos y empiezas de nuevo? —dijo Puñado de Estrellas.

Burton se sorprendió. La mujer raramente hablaba a menos que se le hiciera alguna pregunta directa o se le pidiera alguna opinión. Además, sus palabras eran extrañas, no se correspondían con lo que él sabía de su naturaleza.

Turpin alzó sus palmas.

—¿Y cómo podría hacerlo?

—Debe haber formas. La Computadora...

—No soy un asesino de masas. Fui más bien duro en mis tiempos, pero no voy a masacrar a toda esa gente sólo para conseguir algo de paz y tranquilidad. Además, mantenerlos a raya me da algo que hacer.

Sonrió, y dijo:

—Ya es hora de sacarlos de las calles y meterlos en el Rosebud. Vamos a tener una fiesta aquí, y no va a ser fácil meterlos a todos dentro.

Se dirigió a la pared detrás del escritorio, dijo unas palabras, y apareció un círculo resplandeciente. Entonces murmuró un código.

Se volvió, sonriendo aún más ampliamente.

—¡Hombres, poseo el poder! Soy el Mago Merlin y el Mago de Oz en una sola persona y humeando como un habano de diez dólares. Soy el Gran Dios Turpinus, el Zeus negro, el poderoso Thor el Hacedor de Truenos, el Viejo Creador de Lluvias, el Jefe Vendedor de Aceite de Serpiente, el Fabricante de Marionetas.

Al cabo de tres minutos las nubes habían ocultado el sol, unas nubes que iban espesándose y ennegreciéndose. El viento empezó a soplar por entre los barrotes de las abiertas ventanas y alzó las togas, faldellines y faldas.

—Todos estarán dentro antes de que ninguno de vosotros podáis bufarle a un gato —dijo—. Algunos van a mojarse, pero eso no importa.

—Hay gente inconsciente ahí afuera —dijo Alice—. ¿Qué hay con ellos?

—Tendrán que correr su suerte. Además, les hará bien. Algunos de ellos necesitan un baño. Nadie puede pillar una pulmonía, de todos modos.

Les dio algunas instrucciones acerca de cómo mantenerse fuera de problemas si los borrachos se ponían pesados.

—No deberían hacerlo. Les he dado órdenes de trataros con delicadeza aunque seáis blancos.

—¿Qué hay acerca de nosotros? —dijo Li Po—. No somos blancos.

—Lo sois para ellos. Cualquiera que no sea negro es blanco. Es un asunto de distinción semántica fina pero no sutil.

Burton se sentía en parte divertido por la última afirmación, y en parte irritado. El hombre iba cambiando deliberadamente del inglés culto al slang de los ghettos, como si deseara irritar a sus oyentes. O quizá para hacer un poco el payaso. O ambas cosas a la vez. En algún lugar en su interior existía un desprecio engendrado por el sistema de su tiempo establecido por los blancos. Puede que no fuera consciente de ello, pero estaba ahí. Según Frigate, los negros americanos de finales del siglo XX habían superado esto, o lo habían intentado, y afirmaban sentirse orgullosos de ser negros. Pero Turpin estaba jugando todavía a un juego del que no había ninguna necesidad.

Pero, tal como había dicho Nur, uno no debía sentirse orgulloso de ser negro o blanco. Uno debía sentirse orgulloso únicamente de ser un buen ser humano, y ese orgullo debía evitar los traspiés.

Turpin había respondido:

—Sí, pero tú tienes que pasar por algunos estadios para llegar aquí, y sentirse orgulloso de ser negro es uno de ellos.

—Un punto muy bueno —había dicho Nur—. No obstante, uno no debería quedarse atrapado en un estadio, sino trepar al siguiente.

Bajaron al vestíbulo, como Turpin lo llamaba. Mucho antes de que llegaran a él, la fuerte música y las charlas y las risas estridentes y los efluvios del alcohol y el humo de las drogas y el tabaco los asaltaron. Todo el mundo estaba dentro, incluidos aquellos que estaban inconscientes, que habían

sido llevados por los androides y estaban ahora alineados a lo largo de una pared.

—¡Mezclaos, amigos! —gritó Turpin, y agitó su mano hacia la multitud. No sentía la necesidad de presentar a sus invitados; había mostrado sus rostros y nombres en las pantallas de las computadoras. De todos modos, sus invitados vacilaron. No era sencillo simplemente echar a andar hacia el grupo y empezar a hablar. Los dowistas se sentían repelidos y escandalizados, y obviamente estaban lamentando haber venido. Turpin, dándose cuenta de aquello, hizo un gesto a un pequeño grupo que había permanecido de pie en el extremo más alejado de la barra. El grupo se abrió camino por entre el amasijo de gente hasta los invitados e inició una conversación. Su anfitrión los había elegido para romper el hielo, y los había elegido bien. O al menos así pareció al principio. Algunos de ellos eran de la Iglesia de la Segunda Oportunidad o Nuevos Cristianos; esos se encargaron de los dowistas. Aunque diferían en algunos principios fundamentales, todas tres religiones eran pacifistas y teóricamente tolerantes. También tenían un rasgo común en el sentido de que aborrecían el excesivo uso del alcohol y cualquier uso del tabaco y otras drogas.

El hombre designado para hacerle compañía a Burton medía metro ochenta y siete de altura, poseía unos anchos hombros, un abultado pecho, y unos musculosos miembros. Llevaba una banda de ante blanco en la cabeza, una chaqueta de cabritilla blanca, un cinturón de ante blanco con una enorme hebilla de plata con la cabeza de un lobo en altorrelieve, unos apretados pantalones de ante blanco, y botas de ante blanco que le llegaban justo debajo de las rodillas. Su rostro era amplio y de altos pómulos, y su nariz era ancha, larga y aquilina. Se parecía más a Toro Sentado que a un negro, excepto por sus gruesos labios y su ensortijado pelo. Cuando sonreía, era rudamente agraciado.

Se presentó con un convencional estrechón de manos, anunciando con una intensa voz de bajo que era Bill Williams y que se sentía complacido de conocer al Capitán Sir Richard Francis Burton. Burton no estaba seguro de que aquel uso del título no fuera una burla.

—Tom Turpin me indicó que actuara como tu fiel guía indio y tu guardaespaldas —dijo, sonriendo—. Me encantó el trabajo.

—¿Oh, sí? —dijo Burton, alzando las cejas—. ¿Puedo preguntar por qué?

—Puedes. He leído acerca de ti; me intrigas. Además, Turpin me ha hablado mucho acerca de cómo los condujiste a él y a los otros a través de las montañas y dentro de la torre.

—Me siento halagado —dijo Burton—. De todos modos, tengo algo que aclarar contigo. ¿Por qué casi te echaste encima mío con tu moto?

Williams se echó a reír y dijo:

—Si esa fuera mi intención, lo hubiera hecho.

—¿Y el peyorativo?

—Algo que se me ocurrió. Los helicópteros despiertan mi irritación. También deseaba probar tu temple. Quiero decir que no había nada personal.

—¿Te hace sentirte bien el molestar a los blancos?

—A veces. Si eres realmente objetivo, no me culparás por ello.

—¿Acaso sesenta y siete años en el Río no han cambiado en nada tu actitud?

—Eso es algo de lo que nunca consigues librarte completamente. Tampoco dejo que me preocupe, sin embargo. Es como un dolor sordo de muelas al que acabas por acostumbrarte —dijo

Williams—. ¿Qué te parece una copa?

—Vino blanco. De cualquier clase.

Burton había decidido permanecer sobrio.

—Subamos a una de las habitaciones de arriba. Se estará más tranquilo allí, y no tendremos que gritar para oírnos.

—Muy bien —dijo Burton, preguntándose qué era lo que pretendía Williams.

Subieron al ascensor junto con una carcajeante, gritante y farfullante multitud. En el camino hacia arriba hubo gritos de protesta cuando los viajeros empezaron a empujarse los unos a los otros. Alguien se pedorreó antes de que llegaran al segundo piso, y hubo exclamaciones de divertida indignación. Cuando las puertas se abrieron, el culpable, o culpado, al menos, fue arrojado sin contemplaciones.

—Todo el mundo se siente bien, muy bien —murmuró Williams—. Pero no será así un poco más tarde. ¿Vas armado? Burton se palmeó el bolsillo de su chaqueta.

—Un lanzador de rayos.

Las habitaciones por las que pasaron estaban atestadas y llenas de ruido, excepto una. En ella, una docena de hombres y mujeres permanecían sentados contemplando una película en una pantalla mural. Burton, curioso, se detuvo para mirar. Era una que Frigate había insistido en que viera, con los actores Laurel y Hardy vendiendo árboles de Navidad en Los Ángeles en julio. Los espectadores estaban riéndose a carcajadas.

—Son Nuevos Cristianos —dijo Williams—. Una gente tranquila e inofensiva. No pudieron rechazar la invitación de Turpin, son tan educados. Pero no se mezclan con la mayoría de la gente de aquí.

Encontraron una habitación vacía al fondo del pasillo, tras un recodo. Por el camino, Burton admiró las reproducciones de los óleos, Rembrandt, Rubens, la «Muerte de Marat» de David, muchos rusos, Kiprensky, Surikov, Ivanov, Repin, Levitan, y otros.

—¿Por qué tantos eslavos? —dijo Burton.

—Hay una razón.

Obtuvieron sus bebidas de un conversor. Burton se sentó y encendió un cigarro.

Tras un silencio, Williams dijo:

—Yo no soy americano, ¿sabes? Burton lanzó una bocanada de humo.

—Me hubieras engañado si Turpin no me hubiera dicho que eras ruso.

—Nací Rodion Ivanovitch Kazna en 1949 en el ghetto negro de la ciudad de Kiev.

—Sorprendente —dijo Burton—. No sabía que hubiera negros... no, olvídale. Había algunos esclavos rusos negros. Pushkin era descendiente de uno de ellos.

—Lo que muy poca gente sabe, y el gobierno ruso cuidó mucho de ocultar, es que aproximadamente doce millones de negros estaban viviendo en zonas segregadas de las ciudades rusas. Eran los descendientes de los esclavos. El ruso común no deseaba mezclarse con ellos, no más de lo que lo deseaban los blancos americanos con sus negros, y el gobierno, de forma secreta, por supuesto, aprobaba y reforzaba esa política. Pese a lo cual había algunas relaciones interraciales, como siempre. No se puede mantener pura la raza, por mucho que se intente. Un pito tieso es siempre

un pito tieso, lo mires como lo mires. Uno de mis bisabuelos era un ruso blanco, y un abuelo era un uzbek. De habla turca, jamás aprendió a hablar correctamente el ruso: un mongol.

»Se me enseñó la doctrina marxista, sin embargo. Me convertí en un devoto seguidor de los principios de Marx. Como él los había enunciado, no como estaban siendo practicados en Rusia. Me uní al partido, pero no necesité mucho tiempo para descubrir que no iba a subir muy arriba en él. Siempre iba a tener que ocupar el asiento de atrás y hacer los trabajos que no querían los otros.

«Hubiera podido probar el ejército, pero los negros eran siempre enviados a Siberia para guardar la frontera china. El Politburó no nos deseaba a ninguno de nosotros estacionados en la frontera occidental. Hubiéramos llamado la atención, y la investigación hubiera revelado que estábamos siendo ocultados. Eso hubiera sido malo para los soviéticos, puesto que ellos siempre estaban acusando a la desigualdad de los negros en América. De modo que lo mantenían siempre bajo tapadera.

»Me desenvolví muy bien en la escuela, pese a que nuestras escuelas eran inferiores a las de los blancos. Sentía una irrefrenable ambición de llegar a la cima, pero ese no era mi único motivo. Deseaba aprender, saberlo todo. Leí mucho más de lo necesario; estaba especialmente bien dotado para los idiomas. Esa fue una de las cosas que me atrajeron de ti, ¿sabes? Tu dominio de tantas lenguas.

»Los peces gordos supieron de mí principalmente debido a que estaban buscando negros a los que pudieran enviar como agitadores infiltrándolos en los Estados Unidos. Me pidieron que me presentara voluntario, y lo hice. No demasiado ansiosamente en la superficie, por supuesto. No deseaba que pensarán que solamente deseaba ir a fin de poder desaparecer en Harlem. De hecho, no tenía intención de traicionarles. Sabía lo que eran y como me consideraban, pero a fin de cuentas yo era un ruso marxista y odiaba el capitalismo.

»Una de las cosas que comprendí enteramente, de todos modos, fue que el sueño de Marx del marchitamiento del estado cuando el proletariado hubiera conseguido el control del mundo simplemente no era posible. Mejor hubiera sido creer en la segunda venida de Cristo; eso, al menos, era posible que ocurriera, aunque era altamente improbable. Una vez una clase gobernante tiene el poder en sus manos, jamás lo dejará ir. No hasta que los revolucionarios se lo quiten, y entonces los nuevos gobernantes intentarán asegurarse el seguir en el poder. El marchitamiento natural del estado, nada de leyes ni fuerzas de policía ni reglamentaciones ni burocracia, todo el mundo gobernándose a sí mismo con amor y pureza de corazón y carencia de egoísmo, todo pura mierda. Nadie creía realmente en ello, pero los miembros del partido pretendían sí creer.

»Nadie llevó ese dogma hasta excesivamente lejos, sin embargo. Si uno se mostraba demasiado entusiasmado con él, quedaba marcado como un loco o un contrarrevolucionario.

Williams había desembarcado de un carguero polaco y se había sumergido en las profundidades de Harlem. Allí trabajó en F&A (Fomento y Agitación) con varios grupos liberales negros y blancos. Pero tres semanas después de desembarcar pilló la gonorrea.

—Aquella fue mi primera pero no mi última infección venérea. Los Hados estaban contra mí. Tan pronto como me curé de I esa asquerosa enfermedad volví a atraparla de nuevo. Estaba en la nómina de Gonococos U.S.A., y no había forma de salirme. Tras pillar aquel segundo caso, decidí intentar la

abstinencia sexual. No funcionó. Siempre he sido una persona demasiado sensual. De modo que, me dije a mí mismo, mordido dos veces, nunca más mordido. Existe una improbabilidad estadística de que pueda volver a infectarme de nuevo. Pero lo fui.

Su contacto con la KGB supo de su enfermedad venérea, lo informó a sus superiores, y envió un mensaje a Williams. Tu enfermedad social está interfiriendo con tu seguridad y eficiencia. Mantente apartado de las mujeres y de los asientos sucios de los servicios públicos, o de lo contrario...

Tras lo cual, cada vez que el contacto de Williams se encontraba con él, le preguntaba si tenía la gonorrea. Williams, que estaba evitando a las mujeres y consiguiendo así una reputación de homosexual, podía decirle con toda sinceridad a su contacto que no tenía la gono. Afortunadamente, el contacto no le preguntaba si tenía la sífilis. Williams, por aquel entonces, estaba sufriendo el mordisco de la temible spirocheta pallida.

—Juro que no sé ni siquiera ahora dónde o de quién la pillé. Me había mantenido tan casto como Robinson Crusoe... hasta el momento en que conoció a Viernes. No sé. Algunas personas son propensas a los accidentes. ¿Podía ser yo una de esas raras e infortunadas personas, maldecidas por los Hados o por el Materialismo Dialéctico, que podían verse infectadas por bacterias arrastradas por la brisa, deslizándose a través del ojo de la cerradura? ¿Era propenso a las enfermedades venéreas? ¿El llanero solitario sexual destinado a tropezar con todos los bandidos, los Jesse James de los Gérmenes? No sé nada. Lo que sí que puedo asegurar es que no espíe mucho, no realicé mucho fomento y agitación. Pasaba demasiado tiempo en las consultas de los doctores.

Cuando Williams supo que el FBI y quizá la CÍA habían estado preguntando a sus doctores sobre él, informó de eso a su contacto. Unas horas más tarde le llegaron órdenes de ir a Los Ángeles e infiltrarse entre los Musulmanes Negros. El contacto le entregó a Williams un billete de autobús, explicándole que la KGB no podía permitirse pagarle un pasaje de avión.

Mientras se dirigía hacia el oeste, Williams contrajo, como todo otro hombre joven, la gonorrea en el asiento de atrás de un autobús de la Greyhound.

—¡Ajá, estás riendo de nuevo, Burton! Ahora debe sonar divertido. Pero créeme, a mí no me resultó nada divertido entonces.

La historia de Williams, con sus muchos detalles, circunloquios y derivaciones, había consumido una hora. Burton se sentía interesado por ella, pero tenía la sensación de que había permanecido demasiado tiempo apartado de los demás.

Bill Williams consiguió convertirse en un miembro de los Musulmanes Negros. Pero cuando averiguaron que tenía la gonorrea —contraída en Los Ángeles después que la del autobús de la Greyhound hubiera sido curada—, lo echaron a patadas. Luego, habiendo descubierto que era un espía —aunque pensaron equivocadamente que era un agente del FBI—, pusieron un asesino tras sus huellas.

Su historia se volvía, a partir de este punto, algo confusa. Burton hubiera podido utilizar un diagrama para aclararla, que mostrara todas las luchas, escapadas, trampas y atentados que había sufrido Williams. Había huido a Chicago, luego a San Francisco, donde se había visto mezclado en una pelea en un bar gay, y había resultado apaleado y violado. Afligido de gonorrea por delante y por detrás, según sus propias palabras, había marchado a una ciudad de Oregón. No sin embargo sin

haber atracado antes al contacto de la KGB, que se había negado a facilitarle ningún dinero.

Puñado de Estrellas apareció en la puerta. Dijo en voz baja:

—Os he estado buscando por todas partes.

—Entra —dijo Burton—. Ya conoces a Bill Williams, ¿verdad?

Ella hizo una inclinación de cabeza y dijo:

—Encantado de vernos de nuevo, señor Williams. Dick, pareces tan interesado en esta conversación. Lamento interrumpirle. Volveré a la fiesta, si no te importa.

Burton le preguntó qué era lo que quería, y ella le dijo que Turpin estaba con un pequeño y selecto grupo en su suite, y que le había pedido que encontrara a Burton y lo invitara a la reunión.

—Estaré ahí dentro de un momento —dijo Burton. Ella hizo una nueva inclinación de cabeza, le dijo adiós a Williams, y se fue.

—Una hermosa mujer —dijo Williams, y suspiró.

—Sabe como mantener feliz a un hombre.

—¿Sabes tú como mantenerla feliz a ella?

—¡Por supuesto! —dijo Burton.

—No te enciendas, no es nada personal. Diría que es una mujer tranquila pero profunda. Soy bueno en el análisis de caracteres a primera vista. He tenido que serlo. Asunto de supervivencia.

—Tuvo una vida muy dura —dijo Burton—. Es sorprendente que conservara su cordura.

—¿Estás intentando ser sutil diciéndome que no soy yo solo quien tuvo una dura vida?

—Eres muy sensible, amigo.

Williams necesitó otros treinta minutos para terminar su historia. Se había casado con una mujer negra profundamente religiosa que, desgraciadamente, no sabía decirle No a su excesivamente apasionado ministro. Resultado: Williams volvió a pillar la gorronea. Reprimiendo el deseo de encontrarla y matarla, decidió ir a cazar para sublimar su deseo de violencia disparándoles a los pájaros y conejos. Mientras estaba en los bosques, fue fatalmente herido por un disparo hecho desde detrás de un arbusto. Agonizante, se preguntó cuál de entre los muchos candidatos le habría disparado. ¿Un agente de la KGB, de la CIA, de los Musulmanes Negros, de los Albaneses, del Ejército de Salvación? En realidad, el Ejército de Salvación no iba tras él, pero sí iba una de sus soldados. Mientras estaba en Los Ángeles, había pretendido convertirse al cristianismo durante un sermón dado por un Mayor Bárbaro. Luego se había unido al Ejército, pero una cabo, Rachel Goggin, se había enamorado de él y él de ella. Por aquel entonces él creía estar limpio, libre de enfermedades venéreas, pero después de que él y Rachel hubieran hecho el amor, descubrió que su némesis había golpeado de nuevo. Es más, Rachel se había contagiado.

Williams había prometido casarse con ella, pero sus enemigos estaban acercándose, y tuvo que abandonarla para salvar su vida. La cabo Goggin se había vuelto aparentemente psicótica debido a su inexplicable abandono, y debido a las secuelas de su infección se había vuelto violenta. Williams oyó, mientras estaba en Portland, que una mujer parecida a Rachel estaba preguntando por él, y que llevaba un arma.

—Todo el mundo excepto las Industrias Buena Voluntad corrían tras de mi culo, y no estaba muy seguro tampoco acerca de ellas.

—¿Y qué fue lo que aprendiste de todas esas... ah... experiencias candideanas?

—Suenas como Nur.

—¿Has hablado con él?

—Por supuesto —dijo Williams—. Conozco a todo el mundo aquí. Y muy bien.

—Si, pero ¿cuál fue la lección? —dijo Burton.

—Que había sido un juguete de la vida, pero que ya no iba a serlo nunca más. Me aseguré de ello en el Río. Luché por el poder, y lo obtuve. Si me hallaba en una situación en la que era el sometido, me convertía en el sometedor tan pronto como me era posible. Estaba cansado de ser pateado en todas partes, de que se aprovecharan de mí. De modo que...

—Nadie aquí te ha convertido en víctima, ¿estoy en lo cierto? —dijo Burton. Se levantó de su silla.

—Y nadie va a hacerlo.

Williams sonrió, con una expresión que era una curiosa mezcla de diversión y malicia.

—Siéntate tan sólo un minuto más. Luego podrás irte. ¿No ha habido algo que te haya mantenido perplejo durante estas últimas dos semanas? ¿Algo que simplemente no llegas a comprender?

Burton frunció el ceño y dijo lentamente:

—No puedo recordar nada. Su frente se aclaró.

—A menos... sí, me he estado preguntando... pero tú no puedes tener nada que ver con ello... He estado preguntándome quién resucitó a Netley, Gull, Crook, Stride y Kelly.

—¿Quieres decir aquellos implicados en el caso de Jack el Destripador?

Burton estaba sorprendido, pero intentó no demostrarlo.

—¿Cómo sabes quienes fueron?

—Oh, yo estuve observándote a ti mientras tú observabas sus films de memoria.

Burton se alzó de la silla, el rostro rojo y contorsionado.

—¡Maldito seas, has estado espiándome! ¿Por qué crees que tienes derecho a...?

Williams, aún sonriendo, aunque sus ojos estaban entrecerrados, se alzó también de su silla.

—¡Tranquilo aquí! Si tú piensas que está bien espiar a los demás, ¿por qué los demás no pueden espiarte a ti? No arrojes piedras a una casa de cristal, amigo.

Burton fue incapaz de hablar durante un momento. Luego dijo:

—Hay una enorme diferencia. Yo observaba a los muertos. Tú has estado espiando a los vivos, ¡a tus vecinos!

—¿No estuviste observando a los vivos desde las piedras de cilindros a lo largo del Río?

—¡Invasión de mi intimidad!

—No se puede invadir lo que ya está invadido —dijo Williams. Seguía sonriendo todavía, pero su cuerpo evidenciaba que estaba preparado para repeler cualquier ataque.

—Muy bien —dijo Burton—. Aún no me has dicho por qué resucitaste a esos asesinos patológicos.

—Eran asesinos patológicos, pero ya no lo son. La razón por la cual lo hice... Soy un coleccionista y un estudiante de tipos religiosos. Empecé a interesarme por ello en la Tierra. Tuve muchas experiencias con ellos, ¿sabes? Los marxistas... son religiosos, aunque ellos lo nieguen, los

Musulmanes Negros, el Ejército de Salvación, los budistas, los metodistas del sur, ya sabes cuántos de ellos se vieron implicados en asuntos religiosos. Yo también soy religioso, aunque no en un sentido convencional. Soy el que resucitó a los nuevos cristianos y a los nichirenitas y a los de la Iglesia de la Segunda Oportunidad que viven en Turpinville, y yo resucité a Gull el dowista. Dejé que él resucitara a sus compañeros, lo cual hizo. Tengo planes para traer a otros más.

Burton no sabía si creerle o no. Lanzó un bufido y salió a largas zancadas de la habitación. Williams exclamó tras él:

—¡No te pongas así, Sir Richard! —y estalló en una estruendosa carcajada.

En su camino al ascensor, Burton miró hacia atrás por el pasillo. Williams estaba bajando las escaleras, aparentemente para reunirse con la multitud festejante del vestíbulo. El hombre alzó la vista y agitó una mano hacia él por encima de la barandilla. Estaba sonriendo como si disfrutara enormemente. ¿Había estado diciéndole Williams la verdad, o había estado fantaseando? El Mundo del Río era un lugar donde ningún hombre ni mujer tenía ya razones para mentir. Se habían visto librados de las sociedades e instituciones que les habían obligado, o les habían hecho creer que eran obligados, a formar personalidades protectoras e imágenes públicas. Pero la mayoría de ellos parecían no darse cuenta de ello o encontraban difícil desechar viejos e innecesarios hábitos.

Sin embargo, ir por las escaleras era una buena idea. Necesitaba el ejercicio. Dobló una esquina, pasando junto al ascensor, y avanzó por el largo pasillo hacia la escalera. La música y las voces que había oído débilmente en el otro lado del pasillo se desvanecieron. El único sonido ahora era el de sus pasos. Pero, mientras cruzaba junto a la puerta de la habitación contigua al pozo de la escalera, creyó oír un grito. Se detuvo. No había sido fuerte. Había sonado tan débil que era posible que lo hubiera imaginado. ¡No! Ahí estaba de nuevo, y parecía proceder del otro lado de la puerta.

Las habitaciones estaban aisladas, pero no eran, como las paredes de la torre, absolutamente a prueba de ruidos. Apoyó su oído contra la intrincadamente labrada puerta de roble. No podía oír ahora los gritos, pero un hombre estaba hablando fuerte en la habitación. Las palabras no eran inteligibles; el tono sí. Era amenazador y airado.

Probó el picaporte. Giró, pero la puerta no se movió. Dudó. Por todo lo que sabía, los dos de dentro, si eran solamente dos, era posible que no desearan ser molestados. Si se volvían contra él porque estaba interfiriendo en un asunto estrictamente entre amantes, iba a encontrarse en una situación embarazosa. Por otra parte, él no se sentía fácilmente embarazado, y tenía la sensación de que se sentiría culpable si podía impedir un crimen y no lo hacía.

Llamó fuertemente con los nudillos, tres veces, luego dio un par de patadas. Una mujer empezó a gritar, pero el grito se cortó bruscamente.

—¡Abran ahí! —gritó Burton, y golpeó de nuevo la puerta.

Un hombre gritó algo. Sonaba como: «¡Lárgate, hijo de puta!», pero Burton no estuvo seguro.

Tomó el lanzador de rayos de su chaqueta y cortó un círculo alrededor de la cerradura. Cuando hubo hecho saltar el picaporte y la cerradura al mismo tiempo, se echó a un lado. Hizo bien. Retumbaron tres disparos, y tres balas atravesaron la gruesa madera. El hombre —supuso que era un hombre quien estaba disparando— poseía una pistola de gran calibre, quizá una .45 automática. Burton aulló:

—¡Sal desarmado! ¡Las manos sobre la cabeza! ¡Tengo un lanzador de rayos!

El hombre gruñó una serie de maldiciones y dijo que mataría a quien intentara entrar.

—¡No te servirá de nada! ¡Estás atrapado! —dijo Burton—. ¡Sal con las manos sobre la cabeza!

—¡Puedes...!

La voz del hombre fue cortada por un golpe sordo y el ruido de un cuerpo derrumbándose. Luego la voz de Puñado de Estrellas, aguda y temblorosa, dijo:

—¡Le he golpeado, Dick!

Burton empujó la puerta y saltó al interior de la habitación, el lanzador de rayos preparado. Un fornido negro, desnudo, yacía boca abajo sobre la gruesa alfombra oriental, con una mancha de sangre en la parte de atrás de su cabeza. Una estatuilla de oro, manchada también de sangre, estaba caída a su lado.

Burton maldijo. Puñado de Estrellas estaba desnuda también, y su rostro y brazos mostraban azulados moretones. Un ojo estaba empezando a hincharse. Las ropas estaban esparcidas, hechas jirones, por toda la habitación. Corrió sollozando hacia él, y Burton abrazó fuertemente su tembloroso cuerpo. Pero, viendo que el hombre estaba intentando levantarse del suelo, la soltó. Recogió la .45 automática, le dio la vuelta, y golpeó al hombre en la nuca con la culata. Sin un sonido, el hombre se derrumbó.

—¿Qué ha ocurrido? —dijo Burton.

A ella le costó pronunciar las palabras. Burton la llevó a una mesilla y le sirvió un vaso de vino. Ella bebió, aunque la mayor parte del líquido se derramó por su barbilla y cuello. Aún llorando, contó su historia con voz entrecortada, una historia que él había adivinado ya en su mayor parte. Puñado de Estrellas regresaba a la escalera cuando el hombre había salido por la puerta frente a ella. Sonriendo, le había preguntado su nombre. Ella se lo dijo e intentó seguir adelante, pero él la había sujetado por el brazo. Deseaba divertirse un rato con ella, dijo. Nunca antes había tenido a una mujer china, y seguro que ella era una muñequita. Y así.

Puñado de Estrellas había forcejeado mientras él la arrastraba dentro de la habitación. El aliento a whisky del hombre la enfermó cuando la besó. Cuando intentó gritar, él aplastó su mano contra su boca, cerró tras él de un portazo, le dio un empujón tan fuerte que cayó al suelo, cerró la puerta por dentro, y le arrancó las ropas.

Cuando llegó Burton, la había violado ya tres veces.

Él se aseguró de que el hombre no iba a recobrar el conocimiento, obtuvo un tranquilizante del conversor, y se lo dio a Puñado de Estrellas con un vaso de agua. La metió en la ducha y la ayudó a lavarse concienzudamente, aún temblorosa y sollozante.

Tras secarla con una toalla, ordenó algunas ropas al conversor, la ayudó a vestirse, y la hizo sentar en un sofá. Utilizó la consola de la computadora para llamar a Turpin. Turpin, una vez hubo escuchado su informe, frunció el cejo y dijo:

—¡Me encargaré personalmente de ese hijo de puta! Miró al hombre en el suelo y añadió:

—Es Crocket Dunaway. Un auténtico buscaproblemas. Llevo algún tiempo vigilándolo. Espera, vengo inmediatamente.

Al cabo de pocos minutos, Tom Turpin, seguido por los demás miembros de su fiesta, entraron. Alice, Sophie y Aphra se hicieron cargo inmediatamente de Puñado de Estrellas y la llevaron a la habitación contigua. Turpin obtuvo una hipodérmica llena de adrenalina del conversor y se la inyectó en la nalga a Dunaway. Al cabo de un minuto, Dunaway gruñó y se puso a gatas. Cuando vio a los otros, abrió mucho los ojos. Graznó:

—¿Qué estáis haciendo aquí?

Turpin no respondió. Dunaway se puso en pie y caminó vacilante hacia una silla, se sentó, se

inclinó hacia adelante y se sujetó la *cabeza* entre las manos.

—¡Hombre, tengo un dolor de cabeza que me está matando!

—No es eso lo que va a matarte —dijo Turpin duramente. Dunaway alzó la cabeza. Sus ojos ligeramente estrábicos e inyectados en sangre miraron a Turpin.

—¿De qué estás hablando? Esa zorra vino a mí, y cuando me hice cargo de ella empezó a gritar pidiendo ayuda. No puedes culparme *a mí* por lo que hizo esa puta de ojos rasgados. Debió oír llegar a su hombre, y fingió que no era ella quien me había buscado.

—Ella no pudo haberme oído —dijo Burton—. Yo no hacía ningún ruido en el pasillo. Si no hubiera oído su grito, hubiera pasado de largo junto a la puerta. Eres más culpable que el diablo, hombre.

—Juro ante Dios que no lo soy —dijo Dunaway—. Esa zorra me pidió que la alegrara un rato.

—No sirve de nada discutir sobre eso —dijo Turpin—. Simplemente vamos a desenrollar tu memoria y sabremos la verdad.

Dunaway lanzó un gruñido y saltó de su silla. Se encaminó corriendo hacia la puerta, pero le fallaron las fuerzas y se derrumbó al suelo.

—Ajá —dijo Turpin—. Lo imaginé. Dunaway, nadie se escapa con bien de una violación aquí. ¡Acabas de confesar tú mismo, hombre!

Dunaway alzó la cabeza. La saliva resbalaba de su boca abierta.

—¡No, juro por Dios que...!

Turpin dijo a sus dos guardaespaldas que llevaran a Dunaway hasta una silla delante de la consola de la computadora.

—¡Lo sabremos en unos cuantos minutos!

Dunaway intentó debatirse, pero los dos golpes que había recibido habían minado sus fuerzas. Fue sentado en la silla, y un guardaespaldas pidió a la Computadora que extrajera los recuerdos de Dunaway de la última hora y los mostrara. Dunaway permaneció sentado, temblando y farfullando mientras la pantalla mostraba su culpabilidad.

—No sólo voy a matarte —dijo Turpin—. Voy a destruir tu grabación corporal. No vas a tener nunca más otra posibilidad de hacerle eso a una mujer. ¡Tú mismo te lo has buscado, Dunaway!

Los gritos del hombre fueron cortados en seco por el chasquido del lanzador de rayos de Turpin. Dunaway se derrumbó sobre la silla, con un pequeño agujero, cauterizado en los bordes, a cada lado de su cabeza.

—Arrojadlo al conversor e incineradlo —dijo Turpin a los dos guardaespaldas.

—¿Vas a disolver realmente su grabación? —preguntó Nur.

—¿Por qué no? Nunca va a cambiar.

—Tú no eres Dios.

Turpin frunció el ceño, y luego se echó a reír.

—Eres insidioso, Nur. Me has estado llenando los oídos durante tanto tiempo con esa filosofía religiosa tuya que has llegado a confundirme. De acuerdo. ¿Así que no debo destruirlo? Con lo cual, cuando sea devuelto al Valle, seguirá violando y golpeando a otras mujeres. ¿Eso es lo que deseas sobre tu conciencia?

—Los Éticos en su sabiduría establecieron que cualquiera, no importaba lo malvado que pudiera ser, viviera hasta que terminara el proyecto. Sin excepciones. Yo confío en ellos. Tenían que saber lo que estaban haciendo.

—¿De veras? —dijo Turpin—. Si eran tan listos, ¿cómo se dejaron atrapar por Loga? ¿Por qué no tomaron precauciones contra alguien como él? Alteró todo su esquema y su programa.

—No estoy seguro de que no tomaran precauciones contra alguien como él —dijo Nur calmadamente.

—¿Te importaría explicar eso? —dijo Turpin.

—No tengo explicaciones por el momento. Tom Turpin se tomó su tiempo encendiendo un gran puro. Luego dijo:

—De acuerdo. Admitiré todo eso que dices. Hasta un cierto punto. Por el momento, nadie está siendo enviado todavía de vuelta al Valle, de modo que Dunaway no puede hacerle daño a nadie. Pero cuando... si... la Computadora empiece a enviarlos de vuelta, no voy a permitir que Dunaway sea devuelto allá hasta que yo lo diga. Lo cual puede ser nunca. En este preciso momento no sé lo que voy a hacer cuando llegue el momento.

—Hay millones de Dunaway aguardando a ser soltados como hienas encerradas desde hace mucho tiempo —dijo Burton—. ¿De qué sirve convertirse en juez de solamente uno?

—¡Fue tu mujer la violada! —dijo Turpin.

—Pero ella no me pertenece, y yo no voy a hablar por ella —dijo Burton—. ¿Por qué, puesto que ella es la víctima... por qué no permites que sea ella quien juzgue?

Alice, que acababa de salir del dormitorio, oyó aquello. Dijo:

—¡Bien, Dick! ¡Así que ella no es propiedad tuya y puede hablar por sí misma! ¡Imaginad a Richard Burton diciendo eso! ¡Has cambiado!

—Supongo que sí.

—Lástima que no lo hicieras antes, no inmediatamente después, de que nos separáramos —dijo Alice—. Eso no me hace sentir muy bien, ¿sabes? Vives muy poco tiempo con la china, y ella consigue un montón de cambios en ti.

—Ella no tiene nada que ver con esto.

—¿Quién tiene algo que ver entonces, Dios? Oh, eres imposible.

—¿Cómo se encuentra Puñado de Estrellas? —preguntó Nur.

—Tan bien como cabe esperar después de... eso. Aphra, Sophie y yo cuidaremos de ella por unos cuantos días. Si tú estás de acuerdo, Dick.

—Por supuesto —dijo él, algo rígidamente—. Es muy generoso... y compasivo... por vuestra parte.

Puñado de Estrellas se había quedado dormida bajo la influencia de un calmante recomendado por la Computadora. Burton y Frigate la llevaron en unas parihuelas a través de una entrada lateral y la colocaron en la parte de atrás de un enorme automóvil Dobler de vapor. Turpin lo condujo por la serpenteante carretera hasta la entrada. Allí Burton transfirió a la mujer a su sillón y, con ella en su regazo, voló en él la corta distancia hasta la entrada de su mundo y la larga distancia hasta el castillo de las Mil y una Noches en su centro. Los demás le siguieron. Después de que las mujeres

desvistieran a Puñado de Estrellas y la metieran en la cama, Alice y Sophie salieron de su habitación.

—Debería encontrarse completamente bien cuando se despierte —dijo Sophie—. Físicamente, al menos. En cuanto a mental y emocionalmente...

Las mujeres cuidarían de Puñado de Estrellas por turnos. Tan pronto como despertara, avisarían a Burton. Este protestó diciendo que todo aquello no era necesario. Podía sentarse junto a su cama hasta que ella despertara y entonces hacer todo lo posible por confortarla.

—Déjanos hacer algo a nosotras, también —dijo Sophie.

Burton dijo que bien, de acuerdo; comprendía por qué insistían. Sentían una profunda simpatía hacia Puñado de Estrellas porque ellas también habían sido violadas más de una vez. También necesitaban cuidar de ella; aquella compulsión, si podía llamársele una compulsión, formaba parte de sus naturalezas.

—Nacieron enfermeras —dijo Burton a Frigate.

—¿No crees que estás de suerte?

El americano no se estaba burlando. Envidiaba a la gente que deseaba ser útil a los demás.

Puñado de Estrellas se despertó a tiempo para el desayuno. Aunque bebió tan sólo una pequeña taza de té y comió parte de una tostada, estaba lo suficientemente bien como para tomar parte en la conversación. Parecía feliz de tener con ella a las tres mujeres, y la oyeron hasta reír varias veces. Sin embargo, no deseaba que Burton la tocara, y respondió a sus intentos de hablar con ella con frases incompletas o asentimientos y sacudidas de su cabeza.

Al cabo de dos días, las tres mujeres se fueron. Inmediatamente Puñado de Estrellas dejó de mirar al espacio durante largos períodos de tiempo y se atareó en varios proyectos con la Computadora.

—Está retirándose en sí misma —le dijo Burton a Nur y Frigate—. Y no sé si es simplemente en sí misma. Parece estar enterrándose en su trabajo con la Computadora. Ha dejado de hacer lo que estaba haciendo... no habla mucho... y escucha mientras yo hablo. Pero he pasado horas, días, intentando devolverla a su antigua personalidad y he fracasado.

—Sin embargo —dijo Frigate—, había sido violada antes.

—Puede que este haya sido el trauma definitivo. La última herida, incapaz de cerrarse.

No les dijo que ella se había mostrado animada y genuinamente interesada durante un corto tiempo cuando le había preguntado qué deseaba hacerle a Dunaway. Había respondido que no deseaba destruir su grabación. Realmente el hombre merecía el olvido eterno, pero ella no podía hacer algo así. Dunaway debía ser castigado, para que aprendiera algo de ello. Aunque dudaba mucho del resultado. Finalmente, dijo que iba a olvidar cualquier tipo de castigo. Deseaba simplemente olvidar todo aquello, aunque no lo conseguía.

El desinterés volvió de nuevo a su rostro y voz, y guardó silencio.

Nur habló con ella, pero informó que no podía encontrar ninguna forma de llegar a ella y aportarle alguna luz. Su alma se había oscurecido. Esperaba que no siguiera así por siempre.

—¿Pero no sabes si ella... seguirá con esta actitud? —dijo Burton.

Nur se alzó de hombros.

—Nadie lo sabe. Excepto quizá la propia Puñado de Estrellas.

Burton se sintió frustrado y, en consecuencia, irritado. No podía descargar su irritación en ella, así que la derivó hacia Frigate y Nur. Sin comprender lo que le estaba afectando, soportaron sus insultos durante un tiempo. Luego Nur dijo que volvería a ver a Burton cuando Burton volviera a mostrarse racional. Frigate parecía pensar que podía resistir más de lo que Nur había resistido, quizá en recuerdo de los viejos tiempos, o quizá porque alguna parte dentro de él gozaba con aquellas discusiones. Una hora después de que Nur se marchara, sin embargo, Frigate se levantó de su silla, arrojó su vaso medio lleno contra la pared, dijo «Me largo de aquí», y eso hizo.

Unos cuantos minutos más tarde entró Puñado de Estrellas. Miró al whisky derramado y al caviloso rostro de Burton. Entonces, sorprendentemente, fue hacia él y le dio un beso en los labios.

—Me siento mucho mejor ahora —dijo—. Creo que puedo volver a ser la mujer alegre que tú quieres que sea, que yo quiero ser. No tendrás ninguna razón de preocuparte por mí a partir de ahora. Es decir, excepto...

—Me siento muy feliz de oírte decir esto —murmuró Burton—. Creo. ¿Hay algo que siga preocupándote?

—Yo... no estoy preparada para irme a la cama contigo, todavía. Me gustaría, pero no puedo. Sin embargo creo, Dick, que no pasará mucho tiempo antes de que pueda, y entonces estaré completamente dispuesta. Simplemente sopórtame hasta entonces. Muy pronto llegará el momento.

—Como te he dicho, me siento muy feliz. Puedo esperar. Sólo que todo esto es tan repentino. ¿Qué es lo que ha causado esta metamorfosis?

—No lo sé. Simplemente ha ocurrido.

—Muy curioso —dijo él—. Quizá lo sepamos algún día. Mientras tanto, ¿te importaría si nos besáramos un poco más prolongadamente? Te prometo no ir más lejos.

—Por supuesto que no.

La vida para Burton volvió a la rutina que era antes de la violación de Dunaway. Puñado de Estrellas era más habladora, incluso a veces agresiva, durante las reuniones. Verbalmente agresiva, en el sentido de que estaba más dispuesta a discutir, a presentar sus puntos de vista. Sin embargo, pasaba tanto tiempo con la Computadora como cuando se mostraba profundamente trastornada. A Burton no le importaba. Tenía sus propios proyectos.

Todos los seres humanos, pensaba Nur, informaban de que el tiempo les parecía pasar mucho más lentamente cuando eran niños. El tiempo se aceleraba un poco cuando alcanzaban la prejuvenitud, iba un poco más aprisa cuando llegaban a la juventud, y apretaba el paso aún más cuando se convertían en unos jóvenes adultos. Cuando alcanzabas los sesenta años, lo que había sido un suave y lento curso de agua, un amplio río fluyendo mansamente cuando eras joven, se convertía en un estrecho y rugiente canal. A los setenta años, era una corta cascada en la que el tiempo se precipitaba. A los ochenta, era una profunda catarata montañosa, en la que el agua, el propio tiempo, desaparecía rugiendo sobre el borde de la vida, que estaba cerca de los pies de uno, un precipicio por el que el tiempo se precipitaba como si estuviera ansioso de destruirse a sí mismo. Y a ti también.

Si eras un hombre o una mujer viejo, con noventa años de edad, y mirabas hacia atrás, la infancia parecía ser una larga, larga carretera dirigiéndose hacia un inimaginablemente distante horizonte. Pero los últimos cuarenta años... qué cortos habían sido, qué rápidos.

Luego morías, y te despertabas en una orilla del Río, y tu cuerpo era el mismo que habías tenido a los veinticinco años, excepto que todos los defectos físicos que te aquejaban entonces habían sido reparados. Entonces podías ver que, siendo joven de nuevo, eras capaz de experimentar el tiempo como un curso de agua cuya velocidad había sido frenada. La infancia no resultaba algo tan remoto en tu memoria, ni te parecía tan larga como lo había sido antes de que volvieras a tener de nuevo veinticinco años.

No era así. El joven cuerpo albergaba un cerebro joven en tejidos pero viejo en memoria y experiencias. Si tenías ochenta años cuando moriste en la Tierra y habías vivido cuarenta años en el Mundo del Río, y por lo tanto tenías en realidad ciento veinte años de edad, entonces el tiempo se convertía en una serie de rápidos. Te arrastraba consigo, tiraba de ti y te empujaba. Sigue adelante, sigue adelante, decía. No hay descanso para ti. No tienes tiempo. No hay descanso para mí tampoco.

El cuerpo vivo de Nur había existido durante ciento sesenta y un años. Y así, cuando miró hacia atrás a su infancia, la vio como algo lejano extendiéndose interminablemente. Cuanto más viejo se hacía, más larga le parecía la infancia. Si tuviera que vivir mil años, hubiera pensado que la infancia había durado setecientos años; su edad adulta, doscientos; su madurez, cincuenta y nueve; tiempo desde entonces, un año.

Sus compañeros habían mencionado este fenómeno de tanto en tanto, pero no se habían extendido al respecto. Solamente él, por lo que sabía, había meditado sobre el asunto. Le sorprendió cuando Frigate mencionó que llevaban allí tan sólo unos pocos meses. En realidad, habían transcurrido casi siete meses. Burton había trabajado en la construcción de su mundo privado unas pocas semanas. O eso decía. En realidad, le había llevado dos meses.

Lo que hacía más fácil para todos ellos —para él también— el ser inconscientes del paso del tiempo era que ya no miraban el calendario. Podían pedirle a la Computadora que les mostrara el mes y el día en la pared cada mañana, pero allí, donde el tiempo no significaba más de lo que había significado para los comedores de lotos de Hornero, habían prescindido de hacerlo. Hubieran debido sentirse impresionados cuando Turpin les anunció que estaba celebrando la Navidad, pero no tenían

ningún punto de referencia a través del cual medir el paso del tiempo.

Fue esta incapacidad de observar el paso del tiempo, aquella actitud del *super-mañana-será-otro-día*, lo que hizo que dejaran de lado algo que se habían sentido ansiosos de hacer poco después de llegar allí. Es decir, la resurrección de aquellos camaradas que habían muerto mientras intentaban alcanzar la torre. Joe Miller el titántropo, Loghu, Kazz el neanderthal, Tom Mix, Umslopogaas, John Johnston, y muchos otros. Todos ellos se habían ganado el derecho de ser traídos a la torre, y los ocho que lo habían conseguido tenían intención de hacerlo. Hablaban de ello de tanto en tanto, pensaban en ello no tan a menudo. De algún modo, por distintas razones, fueron aplazándolo.

Nur no podía disculparse a sí mismo por haberse dejado arrastrar con ellos por la corriente del tiempo. El también había dejado de lado aquella importante tarea. Era cierto que había estado aún más atareado que los demás en diversos proyectos de investigación, pero no tomaría más de media hora a la Computadora el localizarlos —si podían ser localizados—, y unos pocos minutos el hacer los arreglos necesarios para resucitarlos.

Si vivías un millón de años, ¿parecería tu infancia haber durado setecientos cincuenta mil años? ¿Y te hubieran parecido los últimos doscientos cincuenta años tan sólo un siglo? ¿Podía la mente jugar ese tipo de truco gigantesco?

El tiempo, considerado objetivamente, fluía siempre a la misma velocidad. Una máquina observando día a día las actividades de la gente del Valle del Río la vería como disponiendo cada jornada de la misma cantidad de tiempo para hacer lo que estuvieran haciendo. Pero, en el interior de esa gente, ¿no se habría acelerado el tiempo? ¿Y no estarían haciendo menos y menos cada día? Quizá no en las acciones físicas externas tales como tomar el desayuno, bañarse, hacer ejercicio y cosas así. ¿Pero y los procesos mentales y emocionales? ¿Serían más lentos? ¿Acaso el proceso de cambiar ellos mismos a mejor, la ostensible finalidad establecida por los Éticos, no se retrasaría también? Si eso era así, los Éticos hubieran debido darles más que un centenar de años para alcanzar la proximidad a la perfección moral y espiritual necesaria para Seguir Adelante.

Había, de todos modos, una innegable razón realista por la cual un centenar de años era el límite para aquel grupo de gente. La energía necesaria para llenar los cilindros, para mantener en funcionamiento la torre y para resucitar a los muertos, derivaba del calor del núcleo fundido de ferróniquel de aquel planeta. La energía disponible era enorme, pero también lo era su consumo. Los Éticos debían haber calculado que un centenar de años para aquel grupo, gente que había vivido desde el 100.000 a.C. hasta el 1983 d.C., y un centenar de años para el siguiente grupo, aquellos que habían vivido después del 1983 d.C., consumiría la mayor parte de la energía almacenada. Con todo el calor que extraían los convertidores termiónicos, doscientos años de sangría enfriarían lo suficiente el núcleo del planeta hasta el punto de que no pudiera seguir proporcionando la energía que se le exigía.

Loga, el Ético, nunca había mencionado aquella limitación de energía. Debía haberla conocido, sin embargo, y le debía haber causado angustia y culpabilidad. Nur, pensando en aquello, le había pedido a la Computadora que le proporcionara las computaciones de la energía necesaria para los dos proyectos. Y la respuesta había sido la que Nur esperaba. Si, incluso el núcleo de aquel planeta, ligeramente más grande que el de la Tierra, perdería su incandescencia blanca y se volvería rojo y

perdería su brillo al cabo de un par de siglos.

Los padres, familiares y primos de Loga estaban todavía en el Valle del Río. Cada uno de ellos había resultado muerto al menos una vez, y ninguno había Seguido Adelante. Loga había interferido con el proyecto y se había desembarazado de sus compañeros Éticos y de los Agentes Éticos a fin de que los miembros de su familia pudieran vivir el tiempo suficiente que necesitaban, y consiguieran así, esperaba Loga, alcanzar el nivel que les permitiera Seguir Adelante.

Eso no significaba, sin embargo, que aquel proyecto, el primero, tuviera que continuar necesariamente cuando hubiera transcurrido el centenar de años. Podía salvar a sus seres queridos asegurándose de que sus grabaciones corporales no fueran borradas y sus *wathans* liberados para que flotaran libres durante tanto tiempo como existiera el universo, o quizá más. Podía terminar entonces con el primer grupo y empezar con el segundo a su debido tiempo. La ligera desviación en el procedimiento sería que su familia seguiría viviendo en el Valle. Pasarían a formar parte del siguiente grupo, y obtendrían así un siglo extra de gracia.

Si las cosas eran así, ¿por qué Loga no lo había arreglado simplemente todo de modo que la Computadora no informara de que había algunas personas que se había dispuesto que siguieran viviendo al término del plazo? Loga hubiera sido capaz de hacer algo así, ya que la Computadora había actuado ilegalmente en asuntos mucho más evidentes.

Era probable que Loga no deseara correr el riesgo de ser atrapado por un asunto tan trivial... no tan trivial, desde su punto de vista. Tenía que asegurarse un control completo, aunque el intentarlo incrementara mucho los riesgos. Sabía que un año o dos antes del final de su proyecto llegaría una nave procedente del Mundo Jardín. Traería consigo una tripulación de Éticos y las grabaciones corporales de la gente para el segundo proyecto. Loga tenía que asegurarse de que los recién llegados no interfirieran con él. Había arreglado las cosas de modo que los recién llegados fueran atrapados o muertos cuando salieran sin sospechar nada de la nave en el hangar.

Desgraciadamente, alguien había conseguido llegar hasta Loga, lo había matado, y había borrado su grabación corporal.

Todas las evidencias señalaban hacia la mujer mongola que había sido muerta por Nur. Pero Nur tenía muy pocas evidencias respecto a ella. No tenía ni la menor idea de cómo había conseguido llegar hasta el interior de la torre, cuál era su papel o cuál se suponía que debía ser, o incluso si no estaría aún escondida en algún lugar de la torre.

Se suponía que Nur y sus compañeros tenían que haber seguido trabajando en aquel misterio hasta resolverlo. Sin embargo, todo el mundo excepto él parecía haberlo olvidado. Estaban demasiado ocupados con el poder y los placeres que la torre les proporcionaba. Indudablemente, tenían intención de resolver el enigma, pero no tenían ni la menor idea de cuánto tiempo había pasado.

Nur se preguntó si serviría de algo recordarles aquella negligencia. No había llegado a ninguna parte en sus esfuerzos por aclarar las cosas vía Computadora. ¿Por qué deberían ellos conseguir algo más?

Sin embargo, había sido Alice Hargreaves quien había pensado en la forma de engañar a la Computadora poco después de que alcanzaran el interior del laberinto mágico, la torre que era a la

vez la Computadora. No él, Nur, no ninguno de los otros. Simplemente observándolos, sin embargo, se daba cuenta de que ellos no pensaban que resolver el misterio fuera algo urgente. De hecho, nada les parecía urgente ahora excepto gozar de los tesoros de la Computadora. Y tampoco tenían demasiada prisa en conseguirlos todos.

Estaban equivocados pensando aquello. Nur podía ver que se les acercaba otra crisis a pasos agigantados. Li Po la había desencadenado cuando había resucitado a gente sin pensar demasiado en los efectos. Turpin había resucitado luego a muchos de los que había conocido en la Tierra y a algunos que había conocido en el Valle. Esos, a su vez habían resucitado a aquellos que deseaban tener consigo. Y así sucesivamente. Turpinville estaba ya atestada; Turpin estaba empezando a expulsar a algunos de los últimos recién llegados. A ellos no les importaba; lo único que tenían que hacer era trasladarse a uno de los mundos desocupados o a alguna de las suites de apartamentos. Y allí seguirían repoblando.

La mayor parte de la gente traída hasta allí jamás había oído hablar de computadoras, ni siquiera aquellas primitivas y limitadas de la tecnología de la Tierra. Aquí eran presentados a una máquina que hacía de ellos, en un cierto sentido, semidioses. Pero, siendo humanos, muchos de ellos iban a utilizar mal su poder, por accidente o a propósito. Williams, por ejemplo, había resucitado a aquellos relacionados con los asesinatos del Destripador simplemente como un chiste más bien de mal gusto. Nur no podía ver que hubiera ningún daño en ello, excepto que Netley podía abusar de su poder. Los otros parecían ser gente decente. Gull había nacido de nuevo, como lo describiría la curiosa fraseología cristiana, y las tres mujeres no eran ni retorcidas ni ansiosas de poder. Los hombres a los que habían resucitado para que fueran sus compañeros podían ser otro asunto, sin embargo. Y muchos de aquellos llevados a Turpinville no habían cambiado mucho desde sus tiempos en la Tierra. Una ciudad llena de los que en la Tierra habían sido alcahuetes, prostitutas, traficantes de drogas, matones y asesinos podía albergar mucho peligro. Especialmente cuando todos ellos podían operar la Computadora.

Lo que Nur había intentado para impresionar a sus compañeros pero había fracasado era hacerles comprender la idea de que la Computadora era como un genio soltado de su botella o un espíritu maligno que se había visto libre de las restricciones del Sello de Salomón. O, como había dicho Frigate, como un monstruo de Frankenstein con una tarjeta de crédito ilimitado. Una persona utilizando esos poderes podía descubrir de pronto que otra persona estaba utilizándolos contra él o ella. Las potencialidades totales de la Computadora seguían siendo desconocidas. Para utilizarlas con seguridad, uno tenía que aprender primero todo lo que podía hacer, y eso podía tomar un largo, largo tiempo.

Por ejemplo, Burton, mientras observaba a los protagonistas del caso del Destripador, no había tenido en cuenta que él también estaba siendo observado mientras observaba. Si hubiera previsto las posibilidades, hubiera ordenado una inhibición para que nadie pudiera espiarle. Ahora que sabía que podía hacerlo, había ordenado a la Computadora que asegurara su intimidad mientras la estaba operando. Pero ya era tarde para ello. Cinco personas, una de las cuales, Netley, podía ser un peligro para todos los demás, habían sido resucitadas. Más aún, si Williams hubiera pensado en ello, hubiera podido decirle a la Computadora que prescindiera de las instrucciones de intimidad de Burton y no

hablarle a Burton de nada de ello.

Aquel que llegaba primero a la Computadora podía pasar por encima de aquellos que llegaran luego.

Sólo uno que se hubiera aprendido la lista de todo lo que la Computadora podía hacer podía protegerse a sí mismo. Y a los demás. Incluso entonces, sin embargo, podía ser demasiado tarde. Otro podía haber establecido ya una serie de órdenes que le proporcionarían una batería de canales de control que se había asegurado de que le fueran negados a los otros.

Nur tenía intención de examinar atentamente la lista de potencialidades, aprendérsela de memoria, y luego tomar las medidas pertinentes para que la Computadora negara su control a cualquier otro que pudiera utilizar mal algunos de los poderes. Eso, por supuesto, le iba a proporcionar un poder mucho mayor que cualquier otra persona en la torre. Pero sabía que no iba a utilizarlo para propósitos que no fueran justos.

Por el momento, sin embargo, tenía otras cosas que hacer. Las horas diarias de trabajo que se había establecido habían terminado. Ahora debía ir a comer con la mujer que había resucitado, su esposa en la Tierra, una mujer a la que no había visto mucho allí porque había estado viajando constantemente en su búsqueda del conocimiento y la Verdad. Le debía mucho, y ahora podía pagárselo.

Alice tuvo su Fiesta del Té Loco el 1 de abril, el día de los inocentes en los países anglosajones.

Era también una fiesta de despedida; no para Alice, que se quedaba, sino para la «decoración» de su mundo y los androides en él. Cansada del País de las Maravillas con motivos de Al Otro Lado del Espejo, tenía intención de cambiarla. Sus invitados podían echarle una última mirada, y poco después haría que la Computadora lo hiciera desaparecer todo y lo reemplazara con lo que ella le ordenara. Por el momento, dijo, tenía varias ideas para la decoración. Lo que esperaba era que durante la fiesta los invitados le sugirieran más ideas.

Primero, sin embargo, tenía que redactar una lista de invitados, y esto trajo problemas desde un principio. Había tenido intención de invitar solamente a sus siete compañeros y a sus parejas. Li Po dijo que él deseaba traer a todas sus «esposas». Ella le respondió diciendo que prefería que trajera tan sólo a una. Esa podía ser la que le correspondiera como compañera de cama el 1 de abril. Li Po respondió que sus otras esposas y sus amigos y las compañeras de sus amigos se sentirían heridos si ellos no recibían también invitaciones. Después de todo, tenía un lugar lo suficientemente grande como para albergar a las pocas personas a las que le gustaría traer (aproximadamente un centenar, estimó). Los cuarenta sabios (ahora cincuenta) y sus encantadoras mujeres sabían comportarse todos muy bien. Puede que fueran un poco alborotadores, pero ella deseaba una buena fiesta, ¿no?

Alice podía llegar a ser muy testaruda. Pero apreciaba enormemente a Li Po, aunque pensara que bebía demasiado y era excesivamente lascivo. Pero también era entretenido, y parecía determinado a acudir acompañado por sus amigos. Finalmente, se decidió y le entregó una invitación para todos al chino.

Frigate dijo que él y Sophie se sentirían muy felices de acudir. Sin embargo, Sophie, que era muy gregaria, llevaba resucitados por aquel entonces a diez hombres y diez mujeres, con su permiso, por supuesto. Eran unos muy buenos amigos que ella había conocido en Nueva York, Los Angeles y, se lo creyera o no, por favor controlara sus risas, Kalamazoo, Michigan.

Desconcertada, Alice preguntó por qué pensaba que iba a echarse a reír. Frigate suspiró y dijo:

—Kalamazoo era, como algunos otros nombres de lugares americanos, Peoria, Podunk, y el centro de Burbank, una palabra que despertaba risas, un codazo en las costillas y alguna que otra broma. Como la inglesa Gotham de finales de la Edad Media, la alemana Schildburg, la ciudad de Chelm en las historias yiddish, la Boetia de los antiguos griegos. Bueno, Kalamazoo y las otras ciudades americanas no eran exactamente iguales a las otras que he mencionado. La diferencia estriba en...

Alice escuchó educadamente, luego dijo:

—Pretendías pedirme que invitara también a los amigos de Sophie, pero te fuiste por las ramas. Sí, son bienvenidos, puesto que sólo son veinte.

Frigate le dio las gracias, pero ella pudo detectar una cierta vacilación en su voz. Mientras que Sophie era gregaria, él era no antigregario, sino agregario. Sin duda se sentía feliz de que él y Sophie tuvieran ahora algunos compañeros. Pero por otra parte estaba empezando a sentirse un poco ligeramente apretado. El mundo nunca sería lo suficientemente grande como para que él sintiera sus

codos a sus anchas.

De Marbot y Behn deseaban también traer a la gente a la que habían resucitado hacía poco. Alice dijo que podían venir, pero cuando hubo cortado sus pantallas, suspiró. Originalmente, había planeado una fiesta para unos treinta. Ahora ya tenía a más de un centenar. Por el momento.

Burton, al menos, no representaba ningún problema en cuanto a número. El y Puñado de Estrellas aún no habían admitido a nadie con ellos.

—Oh, sí —dijo Alice—. Tengo una sorpresa.

—¿Para todos nosotros, o solamente para mí? —dijo Burton.

—Oh, para todo el mundo, aunque puede que te afecte a ti más que a los otros.

—Te conozco, Alice —dijo él sonriendo y, como muy a menudo hacía, adoptando una expresión parecida a la de Mefistófeles—. Conozco tus expresiones. Acabas de lamentar el haber añadido esa última frase. Te sientes avergonzada de haberla dicho. ¿Cuál es la sorpresa, otro hombre?

—Vete al infierno —dijo ella, y le ordenó a la Computadora que cortara la comunicación. Había cambiado en muchos aspectos. Nunca, nunca en la Tierra, no importaba lo furiosa que estuviera, le hubiera dicho algo así a nadie. Ni siquiera a su esposo.

Tras pasear un rato arriba y abajo para calmarse un poco, llamó a Nur. Nur dijo:

—Hola, Alice. Es un placer verte. ¿Puedo llamarte yo a ti dentro de un momento? Estoy hablando con Tom Turpin. Hay... —Vaciló, luego dijo—: No importa.

—Lamento haber interrumpido —dijo ella—. Yo solamente... está bien. Te llamaré dentro de media hora.

Se mordió los labios mientras se preguntaba si debería invitar a William Gull y a sus compañeros dowistas. Él había sido, después de todo, médico regular de la Reina Victoria, y un baronet. Sin embargo, ella hacía mucho ya que se había desprendido de las distinciones de clase que la habían gobernado en la Tierra y durante bastante tiempo en el Mundo del Río, de modo que sus antiguas altas conexiones no debían ser tomadas en consideración. Además, había sido un asesino mutilador. Sin embargo, se había arrepentido, y ahora era un diácono de la Iglesia Dowista. Y ella, como una persona que ya no era una creyente en el cristianismo pero que aún seguía intentando actuar como una cristiana, no debía permitir que aquel pasado al que él había renunciado la hostigara. Podía ser un buen conversador, siempre que refrenara sus ansias de hacer proselitismo. Entonces se convertía en un aburrido engorro. Pero insistiría en que los dowistas dejaran su religión colgada en la puerta si acudían a la fiesta.

Finalmente, lo llamó. Él se mostró complacido, casi patéticamente, de que lo invitara.

—También voy a invitar a Annie Crook, Elizabeth Stride y Marie Kelly —dijo ella—. Espero que eso no constituya ninguna diferencia para ti.

—Oh, por supuesto que no —dijo él—. Es tu fiesta, y la señorita Stride y yo nos llevamos muy bien ahora, aunque discrepamos en algunas cosas respecto a teología. Las señoritas Crook y Kelly se muestran más bien frías, lo cual es comprensible, pero espero llegar algún día a sus corazones. Te aseguro que no voy a estropear esa función social con un comportamiento inadecuado.

Alice llamó entonces a las tres mujeres, y le dijeron que se sentirían encantadas de asistir. ¿Podrían traer a sus «beaus» con ellas? Aunque reluciente a admitirlos, Alice sonrió y dijo que

serían bienvenidos también. Esto hacía pues cientocincuenta y un huéspedes, puesto que Gull iba a traer a su mujer y a otros treinta y dos. Stride y Crook traerían un hombre cada una, y Kelly, como de costumbre, aparecería con uno en cada brazo.

La segunda vez que probó entrar en contacto con Nur, éste estaba preparado para hablar con ella. Le dio las gracias por la invitación y dijo que él y Ayesha se sentirían muy felices de acudir. Acababa de sostener una conversación más bien intensa con Tom Turpin. Ambos se sentían preocupados por las dos mujeres que habían quedado embarazadas. El primer nacimiento se produciría dentro de cuatro meses; el segundo, dos semanas más tarde.

—Tom les ha dicho muchas veces a las mujeres que los bebés no tendrán *wathans*. Puesto que no entraba en los planes de los Éticos el que nacieran niños aquí, no tomaron provisiones para crear *wathans*. Le pregunté a la Computadora si poseía el esquema para construir un generador de *wathans*, y dijo que no había nada así en sus grabaciones. Eso significa, como quizá recordarás, que los bebés, careciendo de *wathans*, carecerán también de autoconsciencia. Externamente, se comportarán exactamente igual a como lo hacen los bebés con *wathans*. Pero no serán autoconscientes. Biológicamente serán máquinas muy superiores, pero máquinas pese a todo.

—Sí, lo sé —dijo Alice—. ¿Pero qué se puede hacer?

—Si esas mujeres desean dar a luz y criar lo que serán equivalentes de androides, eso es únicamente asunto suyo. Si las cosas se quedan ahí. Sin embargo, su ejemplo puede estimular a otras a imitarlas, a tener también bebés. Finalmente esta torre se va a ver atestada de gente, una buena parte de la cual carecerá de alma. ¿Qué ocurre cuando la superpoblación origina luchas por conseguir algo más de espacio? Guerra. Sufrimientos. Muerte. No tengo que llenarte el cuadro.

—Sí, pero... —dijo Alice.

—Turpin ha amenazado con echarlas a patadas si dan a luz a los niños. Pero a ellas no les importa. Simplemente buscarán un apartamento con sus hombres y vivirán allí. Pero este pequeño trastorno conducirá a trastornos más grandes. Alguien... nosotros... deberemos tomar acciones drásticas para detener esto y asegurarnos de que no vuelva a ocurrir.

—¿Quieres decir... matar a los bebés?

—No me gusta contemplar eso, me apena grandemente, pero habrá que hacerlo. Los bebés, como he dicho, son realmente androides, y uno no debería lamentar más el destruirlos que el destruir a unos androides. Parecen completamente humanos y se comportan como seres humanos hasta un cierto punto. Pero no son autoconscientes; no tienen lo que hace al *Homo sapiens* humano. No puede permitirse que los bebés crezcan y se conviertan en niños; deben ser eliminados ahora, antes de que se den cuenta de lo que está ocurriendo.

Alice sabía que su muerte sería instantánea e indolora. Serían colocados en un conversor y reducidos a átomos en un microsegundo. Sin embargo, la idea la horrorizaba.

Sin duda el compasivo corazón de Nur sentía horror también. Pero el hombre sabía que debía hacerse, y lo haría. Si Turpin no se veía capaz de realizar el trabajo, Nur se encargaría de él.

—Si tuviéramos un generador de *wathans* —dijo Nur—, insistiría... creo que casi todo el mundo estaría de acuerdo conmigo... en que esos dos niños fueran la excepción. Veríamos que consiguieran sus *wathans*, pero no nacerían más niños. Cualquier mujer que utilizara la Computadora para

conseguir la fertilidad sería muerta y su cuerpo mantenido en las grabaciones hasta el día... si es que llega alguna vez... en que la Computadora empiece a resucitar de nuevo a la gente en el Valle. Cualquier hombre que conscientemente embarazara a una mujer correría la misma suerte. Sin embargo...

—¿Sí?

—*¡Alá!* Eso no va a ser necesario. Hubiera tenido que pensar en ello antes. Se puede ordenar a la Computadora que no haga a nadie fértil a partir de ahora. ¿Por qué no pensé en ello hace mucho tiempo? Tiempo...

—¿Tiempo? —dijo Alice.

Nur agitó la mano para borrar la frase.

—Entonces no veo razón alguna para destruir a los bebés —dijo Alice—. Seguro que no presentarán ningún problema.

Nur suspiró con alivio, aunque seguía pareciendo turbado. Quizá eso fuera porque había sido tan lento en llegar a la obvia solución.

Agitó la cabeza.

—Hay una posibilidad que debo comprobar inmediatamente. ¿Y si alguien ha dado una orden a la Computadora de que cualquiera que desee volverse fértil pueda conseguirlo? Esa sería la orden prioritaria y la que prevalecería. La única persona que podría pasar por encima de ella sería Loga o la mujer a la que maté... si es que la maté. Un momento, voy a comprobarlo.

Alice podía haberse quedado escuchando, pero jamás lo hubiera hecho a menos que él le hubiera dado permiso. Un minuto más tarde, la pantalla ante ella se iluminó, y apareció el rostro de Nur. Supo inmediatamente lo que había ocurrido por su irritada expresión.

—Alguien ha hecho precisamente lo que yo esperaba que nadie hubiera hecho. Él... ella... quien haya sido... ha ordenado que cualquiera que desee ser fértil pueda conseguirlo. La Computadora no ha querido decirme quién dio la orden.

—¡Dios mío! —dijo Alice. Luego—: Dick me habló acerca de ese negro, Bill Williams, resucitando a Gull y los otros. ¿Supones que...?

—No lo sé. Probablemente nunca lo descubriremos. Es posible que Wandal Goudal o Sarah Kelpin, una de las mujeres que están embarazadas, lo haya hecho. En cualquier caso...

Aunque no era frecuente que Nur se quedara a media frase, ahora lo hizo.

—Habrà que decírselo a Tom —murmuró ella—. Seguro que él hará lo que haya que hacerse.

—Lo llamaré ahora mismo —dijo Nur.

Ella se sentó para aguardar, pensando que iba a oírle de nuevo al cabo de diez o quince minutos. Sin embargo, la pantalla se iluminó en la consola de control al cabo de menos de seis minutos. Se sorprendió al ver no el rostro de Nur, sino el de Tom Turpin. Se veía enrojecido bajo su oscura piel, y su rostro estaba contorsionado.

—¡Estoy contactándoos a todos! —gritó.

Todos, comprendió ella, debían ser los siete compañeros. ¿Pero qué estaba haciendo en la zona central que formaba una O en el vértice de los mundos privados en forma de tajada de pastel? ¿Y por qué estaban su mujer favorita, Diamante Lil Schindler, sus camaradas, Chauvin, Joplin y otros

músicos, y sus mujeres, allí?

—¡Está bien! ¡Nos veremos todos aquí! ¡Hombres, estoy loco! ¡Loco, ¿oís?!

La voz de Nur, tranquila y apaciguadora, se dejó oír.

—Tranquilízate, Tom. Cuéntanos lo que ha ocurrido.

—¡Me han echado! —gritó Turpin—. ¡Dominaron a mis guardias, me agarraron a mí y a mis amigos, y nos echaron fuera! ¡Dijeron que ya no era más el Rey Tom! ¡Fui expulsado! ¡No puedo volver a entrar! ¡Adiós, hasta pronto, *goodbye, adieu*, hijo de puta!

—¿Quiénes son ellos? —dijo la voz de Burton—. ¿Era Bill Williams el cabecilla?

—¡No, no él! ¡Se había trasladado hacía dos días a uno de los mundos vacíos! ¡Fueron Jonathan Hawley y Hamilton Biggs quienes lo hicieron! ¡Ellos fueron los cabecillas, quiero decir!

Probablemente Alice había sido presentada a los dos, pero no recordaba los nombres.

—Había que esperar algo así —dijo Nur—. Hay muy poca cosa... nada... que puedas hacer al respecto, Tom. ¿*Por* qué no te mudas a uno de los mundos vacíos? ¿Y eres muy cuidadoso en la selección de la gente que dejas entrar en él?

—¡Ni siquiera puedo hacer eso! —aulló Tom. Alzó los brazos y los dejó caer violentamente, golpeándose los muslos con las palmas de las manos—. ¡Ni siquiera puedo hacer eso! ¡Williams está en uno de ellos! ¡Los gitanos han tomado otro! ¡Lo sé porque los vi salir de él! ¡No puedo entrar en ninguno de los otros cuatro! ¡Alguien los cerró con códigos! ¡No sé quién lo hizo, pero creo que fueron Hawley y Biggs! ¡Los están reservando para el exceso de población o para alguna otra cosa! ¡Quizá lo hicieron simplemente por despecho!

—Podía haber sido peor. Podían haberte matado —dijo Nur.

—¡Ya, Pollyanna, podía haber sido peor!

Turpin estaba sollozando ahora. La gran negra, Schindler, lo rodeó con sus brazos. Turpin sollozó en su cuello mientras ella sonreía, exhibiendo las resplandecientes gemas incrustadas de sus dientes. En la Tierra, había sido una de las más importantes madams del barrio chino de St. Louis y una de las amantes de Turpin.

Alice aguardó hasta que Tom se soltó del abrazo de Diamante Lil, y entonces dijo:

—Tú y tus amigos podéis quedaros en mi mundo, Tom. Los demás, Burton, de Marbot, Aphra, Frigate, y Nur, se apresuraron a ofrecer también su invitación.

—No —dijo Turpin, secándose los ojos con un enorme pañuelo violeta—, no es necesario, pero gracias. Me trasladaré a los apartamentos.

Alzó un puño, y empezó a aullar:

—¡Os agarraré, Hawley, Biggs, jodidos judas! ¡Os agarraré! ¡Vais a lamentarlo, hijos de puta! ¡Cuidaos de Tom Turpin, ¿me oís?!

Alice no pudo ver la pantalla que debió aparecer en la pared delante de Turpin. Pero pudo oír la risotada y las triunfantes palabras:

—¡Piérdete, babosa!

Tom aulló de rabia y angustia y empezó a golpear la pared. Alice cortó la pantalla. ¿Y ahora qué?

¿Qué, de hecho? Aquél era tan sólo uno de los inquietantes acontecimientos que iba a conducir a la fiesta. La cual, diría más tarde a cualquiera que quisiera oírlo —quedaron pocos de ellos— fue, y

no exageraba en lo más mínimo, la peor fiesta que hubiera dado nunca.

La mañana del primero de abril, Burton y Puñado de Estrellas desayunaron fuera en el balcón de su dormitorio. El cielo estaba claro, y la brisa era suave y fría debido a que Burton había ordenado que así fuera. De tanto en tanto, un elefante trompeteaba y un león rugía. La sombra de un roe cruzó por encima de la mesa: un pájaro mitológico con unas alas que medían más de doce metros extendidas y que Burton había diseñado y dado a la Computadora para que lo creara. Puñado de Estrellas se sobresaltó cuando la sombra oscureció la mesa.

—No va a hacernos daño, está programado para no atacar —dijo Burton, sonriendo.

—Podría ser un mal presagio.

Burton no discutió con ella. Li Po y los hombres y mujeres del siglo VIII d.C. que éste había traído allí eran inteligentes y con mucha experiencia, pero aún no habían conseguido librarse de sus supersticiones. Li Po era quizá el más flexible, pero incluso él reaccionaba de tanto en tanto a algo de lo que debería reírse ahora o ni siquiera pensar en ello.

Se preguntó si uno debía librarse por sí mismo de todas sus supersticiones antes de Seguir Adelante. ¿Qué tenía que ver el conservar absurdas creencias con el ganar compasión y empatía y la liberación del odio y los prejuicios? Tenía mucho que ver con ello, se dijo, si causaba temor y crueldad y comportamiento irracional. ¿Pero podía uno temer la llegada de la mala suerte si un gato negro se cruzaba en su sendero y seguir siendo una «buena» persona? No, no si uno le arrojaba un ladrillo al gato o trataba mal a sus amigos porque estaba de mal humor o presa de la ansiedad.

—Tú también tienes miedo —dijo Puñado de Estrellas.

—¿Qué? —Se la quedó mirando.

—Golpeaste tres veces la madera. La de la mesa.

—No, no lo hice.

—Lamento tener que contradecirte, Dick. Pero lo hiciste. Yo no mentiría.

—¿Lo hice realmente? Lanzó una risotada.

—¿Por qué encuentras eso divertido?

Él se lo explicó, y ella sonrió. Aquella, pensó Burton, era la primera vez en días que Puñado de Estrellas perdía su expresión vacía. Bien, si tenía que arrancarla de su distanciamiento haciendo el idiota, lo haría; no le importaba.

—No te he preguntado cómo te encuentras —dijo.

—Estoy bien.

—Espero que pronto vuelvas a sentirte feliz.

—Gracias.

Burton estaba pensando en proponerle a Puñado de Estrellas que la Computadora localizara en su memoria todas sus experiencias de brutalidad, especialmente las violaciones. La Computadora podía extirparlas del mismo modo que lo haría un cirujano con un apéndice enfermo. Aunque el borrar todo aquello eliminaría gran parte de su memoria, quizá muchos años si eran totalizados los tiempos parciales de los acontecimientos, ella se vería libre de pensamientos dolorosos. Por otra parte, sin embargo, aunque las memorias desaparecieran, su impacto emocional seguiría allí. La Computadora

no podía extirpar aquello. Puñado de Estrellas se seguiría sintiendo repelida a hacer el amor, aunque no tuviera la menor idea del porqué.

La mente tenía que operar por sí misma, pero muy pocas veces era un cirujano hábil.

Burton maldijo silenciosamente a Dunaway, y deseó que existiera algún infierno al que poder enviar al hombre.

Puñado de Estrellas alzó un pedazo de trucha y se lo metió en la boca, masticó lentamente mientras miraba los jardines que rodeaban el castillo, el río en medio de la jungla, y el desierto más allá. Después de tragar, dijo:

—Quiero que traigas otra mujer, Dick. Una que pueda hacerse cargo de tus necesidades. Una mujer que pueda reír y amar. A mí no me importa, no sólo no me importa, sino que me sentiré muy complacida.

—No —dijo él—. No. Es muy generoso por tu parte... y también muy chino. Admiro la cultura y la sabiduría de tu pueblo, pero yo no soy chino.

—No se trata solamente de algo chino. Es sentido común. No hay ninguna razón por la que yo deba sentirme... ¿cómo lo dijiste el otro día?... como el perro...

—El perro del hortelano, que no come ni deja comer... Alguien que es propietario de algo que no puede usar pero que no permite que nadie más lo use porque es un egoísta.

—El perro del hortelano, sí. Yo no soy eso. Por favor, Dick, me haría sentirme menos infeliz.

—Pero yo no sería feliz.

—Si te molesta tener a otra mujer aquí, ponía en un apartamento y visítala. O... yo puedo marcharme. Él se echó a reír.

—Los seres humanos no son androides —dijo—, no puedo simplemente resucitar a una mujer y encerrarla aquí para mi propio placer. En primer lugar, puede que yo no le guste. En segundo, aunque le gustara, ella podría desear la compañía de otros. Deseará ser libre, no una odalisca enjaulada.

Ella se inclinó sobre la mesa y apoyó una mano en la de él.

—Esto es demasiado malo.

—¿El qué? ¿Lo que hemos estado hablando ahora?

—Eso y mucho más. Todo. —Agitó una mano como para abarcar todo el universo—. Malo. Todo malo.

—No, no lo es. Parte es malo, parte es bueno. Lo único que pasa es que a ti te ha tocado más cantidad de la que te correspondía de malo. Pero tienes tiempo, mucho, mucho tiempo, para conseguir la parte que te corresponde de bueno.

Ella agitó la cabeza.

—No. Yo no.

Burton retiró su plato, aún medio lleno, a un lado. Un androide lo recogió silenciosamente.

—Me quedaré y hablaré contigo, si quieres. Tengo trabajo que hacer, pero no es más importante que tú.

—Yo también tengo trabajo —dijo ella. Él se levantó, rodeó la sólida mesa dorada hasta ella, y la besó en la mejilla. Sentía curiosidad hacia lo que ella estaba haciendo con la Computadora, pero cuando le preguntaba al respecto, ella siempre decía que era algo que no tenía el menor interés, y que

prefería que él le contara acerca de sus estudios.

Sin embargo, cuando abandonaron el castillo en sus sillones volantes blindados, ella pareció mostrarse excitada con respecto a la fiesta. Charló acerca de algunos divertidos incidentes de su infancia, e incluso se echó a reír varias veces. Burton pensó que no era bueno para ella estar tanto tiempo sola o con él. Sin embargo, cuando habían acudido a las reuniones semanales, ella se había mostrado como deprimida y ausente.

Durante el vuelo, Burton habló a través del transmisor con Puñado de Estrellas.

—Intenté a primera hora de esta mañana llamar a Turpinville. Que supongo tendrá otro nombre ahora. No obtuve respuesta. Aparentemente, quienquiera que sea que está gobernando Turpinville ahora no recibe llamadas.

—¿Por qué les llamaste?

—Sentía curiosidad. Deseaba averiguar si quienquiera que sea que está al cargo de las cosas allí tiene intenciones de ser agresivo. Es posible, ya sabes, que él... ellos... no se contenten simplemente con gobernar Turpinville. Pueden tener algunos planes para apoderarse de toda la torre.

—¿Qué sentido tendría hacerlo?

—¿Qué sentido tenía expulsar a Turpin y hacerse con el poder allí? También llamé a Tom para averiguar su estado de ánimo. Era de lo más negro. O quizá escarlata sea una descripción mejor. Sigue jurando venganza, pero sabe que no tiene ninguna posibilidad de conseguirla. Todo lo que tienen que hacer los otros es permanecer encerrados en su mundo.

Flotaron cruzando la puerta hasta la zona central. Burton se sorprendió ante la multitud y el ruido que la llenaban. Turpin estaba con Louis Chauvin, Scott Joplin y otros amigos músicos que habían estado hacía dos días en el Pequeño St. Louis. Evidentemente, también habían sido arrojados fuera del pequeño mundo sin ninguna otra cosa más que las ropas que llevaban puestas. Había también como un centenar de otros negros, algunos de los cuales reconoció. Y algo les había ocurrido a Frigate y Lefkowitz y sus amigos. Estaban gesticulando furiosamente y gritando palabras ininteligibles en medio del enorme ruido. A todo aquello se añadían las estrepitosas voces de las pantallas murales mostrando cada una de ellas sus respectivos pasados.

Li Po y sus camaradas abandonaron en aquel momento su mundo, y sus preguntas aumentaron aún más el volumen del sonido.

Burton y Puñado de Estrellas hicieron posarse sus sillones en el suelo. Burton salió y gritó:

—¿Qué es lo que ocurre? —pero solamente aquellos que estaban muy cerca de él pudieron oírle.

Frigate se había vestido con un extravagante traje para la fiesta. Una enorme pajarita escarlata, una chaqueta amarillo limón con enormes botones plateados, un gran cinturón azul celeste, unos ajustados pantalones blancos con ribetes escarlatas en las costuras, y unas botas Wellington amarillo limón. El color de su piel era casi igual al de su pajarita.

—Salimos de mi mundo —dijo—, y nos encontramos con Nelley y una docena más de tipos. Llevaban lanzadores de rayos y pistolas, y Nelley me dijo que si no le daba el código, ¡iba a disparar contra todos nosotros! ¡De modo que se lo di! ¡Tenía que hacerlo, no podía hacer otra cosa! El y su pandilla entraron y cerraron la puerta... y... ¡y eso es todo! ¡Nos han encerrado fuera! ¡Hemos sido despojados! ¡Me han quitado mi hermoso mundo!

—Sin mencionarnos a mí y a mis amigos —dijo Sophie. Iba vestido a la moda del Antiguo Egipto, a lo Cleopatra. Una banda con un áspid sagrado en la cabeza, el torso desnudo exhibiendo unos grandes y bien modelados pechos —¿qué iba a pensar Alice de esto?—, y una falda larga abierta por el frente casi hasta la ingle. Incluso llevaba un bastón con la cruz egipcia en su extremo. Sus compañeros vestían ropas de muchos períodos, asiáticas y europeas.

—¡Hubiera debido ser más cauteloso! —exclamó Frigate—. ¡Debería haber registrado la zona central antes de salir por la puerta!

—Estás cerrando con candado la puerta del establo después de que el caballo haya sido robado —dijo Sophie—. Lloras sobre la leche derramada. Perdonad los clichés, pero las crisis siempre desencadenan clichés. De todos modos, no son situaciones muy creativas, verbalmente.

Tom Turpin, vestido con un chaqué y chistera, se acercó.

—¡Es la Semana de los Ladrones! —dijo—. Y lo están haciendo muy bien, además.

—¿Qué hay con esos? —dijo Burton, señalando a los sollozantes negros de aspecto perplejo.

—¿Esos? Son buenos tipos, gente de iglesia, miembros de la Segunda Oportunidad, Nuevos Cristianos, Baptistas Revisados del Libre Albedrío, y Nicheritas. Boggs y Hawley los echaron un par de minutos después de que Pele se dejara tomar su mundo.

En aquel momento, Stride, Crook, Kelly y sus hombres aparecieron por un pozo ascensor. Burton dejó que los oíros les explicaran lo que había sucedido. Ordenó una pantalla en la pared y llamó a Alice. Los oscuros ojos de la mujer se abrieron mucho cuando vio la escena detrás de él y oyó la babel. Burton le contó lo que había ocurrido, y dijo:

—Me temo que eso va a estropear tu fiesta.

—En absoluto —dijo ella—. No voy a permitir que nada la estropee. Supongo que Tom y Peter van a necesitar un poco de tiempo para digerir todo esto, pero pueden superarlo, lo sé. En cuanto a esa pobre gente que los rufianes patearon sin consideración, bien, díles que pueden venir a la fiesta si quieren. Puede que les haga sentirse un poco mejor. Por supuesto, no corren el peligro de no encontrar cobijo o morir de hambre. Bien, de todos modos, invítalos por mí. Estaré esperando.

Burton regresó junto a los quejumbrosos exiliados, pidió un poco de silencio, lo obtuvo, y transmitió la invitación de Alice. Todos aceptaron. No tenían sillones volantes, pero podían fabricarlos en el conversor de la antesala del mundo de Alice.

Frigate obtuvo unas cuantas copas para su grupo en el conversor de la antesala, a fin de que el licor ablandara un poco el shock mientras se dirigían hacia su destino. Sophie tomó una, un vaso alto de ginebra, pero dijo:

—No estoy muy segura de que debamos perder el tiempo divirtiéndonos en estos momentos, Pete. Deberíamos acudir a la lista de las potencialidades de la Computadora y establecer todas las prohibiciones que podamos. Tenemos que anticiparnos a todo lo que puedan idear esos cerdos.

—Muy bien pensado —dijo Burton, aunque las palabras no iban dirigidas a él—. De todos modos, a Alice no le va a gustar que faltéis a su fiesta. Y estoy seguro de que los usurpadores deben estar pasándose tan bien celebrando su victoria que no pensarán en ningún otro complot por un cierto tiempo.

—Puede que tengas *razón* —dijo Sophie—. Pero pienso que deberíamos juntar mañana todas

nuestras cabezas e intentar imaginar todo lo que esos tontos del culo pueden hacer.

—Nuestras cabezas no suelen valer normalmente mucho al día siguiente de una gran fiesta —dijo Burton—. Pero os llamaré a todos mañana a las diez de la mañana para la gran conferencia.

Nur y su mujer entraron en la antecámara, se detuvieron, miraron a su alrededor, y luego se abrieron paso por entre la multitud hasta Burton. Nur presentó a Ayesha bint Yusuf, una delgada mujer morena aún más bajita que Nur. Aunque no era excesivamente hermosa, parecía arrebatadoramente encantadora cuando sonreía.

—Te explicaré todo más tarde —le dijo Burton a Nur—. Tenemos que salir de este follón.

Mientras se volvía para sentarse en su sillón, vio a Gull y a su grupo de dowistas, todos vestidos con largas y flotantes túnicas blancas, entrar en la antecámara. Parecía como si estuvieran aturdidos.

Burton hizo alzarse su sillón y lo lanzó a través de la enorme puerta. Ascendió hasta situarse a sesenta metros de altura y aceleró sobre el enorme bosque de robles y pinos, el bosque de Tulgey, y el río Issus, hacia el gran claro al pie de la alta colina donde se levantaba la mansión de Alice. El campo tenía trescientos metros cuadrados, era perfectamente llano, y estaba cubierto con un brillante césped verde que nunca necesitaba ser cortado. El campo contenía una gigantesca noria y unas montañas rusas a un lado y un tiiovivo y una pequeña pista de patinaje y muchas mesas en las que había comida y bebida y blancos tenderetes abiertos por un lado y un estrado donde unos cuantos androides estaban tocando un vals y pequeños edificios como diminutas villas romanas, que supuso eran retretes públicos, y un campo de croquet y redes y equipo de badminton y una pista de baile de madera pulida y muchos sirvientes androides, casi todos ellos con el aspecto de personajes de los dos famosos libros de Lewis Carroll.

Bajo un gigantesco roble al borde del campo había una casa con chimeneas modeladas como las orejas de un conejo y un techo cubierto con pelaje de conejo. Ante él había una amplia mesa preparada para el té y muchas sillas a su alrededor. Una Liebre de Marzo de tamaño humano y un Sombrero Loco y una niñita pequeña estaban sentados a la mesa. Aunque la niña iba vestida tal como Tenniel había ilustrado a Alicia, no poseía su largo cabello rubio. Alice había encargado un androide que tenía el mismo aspecto que ella cuando tenía diez años.

—Seguro que Alice se ha sentido orgullosa de todo esto —murmuró mientras dirigía el sillón hacia el pie de la colina.

Alice permanecía allí junto a una silla que parecía la silla de la coronación en el Westminster Hall. Había otra silla similar a su lado; un hombre alto de pelo rubio estaba de pie junto a ella.

—¡Su sorpresa! —exclamó Burton—. ¡Lo sabía! Se sintió dolido, y se sintió también furioso consigo mismo porque podía sentirse dolido. Así que se había estado mintiendo cuando se había dicho a sí mismo que ya no sentía nada por ella.

Alice lucía realmente hermosa. Llevaba sus descocadas ropas favoritas estilo años 1920. Hubiera debido llevar sombrero, puesto que la fiesta era por la tarde, pero las reglas terrestres ya no tenían ningún valor allí. Su pelo muy corto brillaba negro y lustroso bajo el sol. El hombre, a juzgar por la altura de Alice, debía medir metro noventa. Llevaba el uniforme de un jefe escocés, faldellín, tartán, morral, y todo lo demás. Mientras descendía, Burton pudo distinguir los cuadros rojos y negros del clan de Rob Roy en la falda escocesa. El hombre era un descendiente de los famosos

proscritos escoceses, lo cual lo convertía en un pariente lejano de Burton. Poseía anchos hombros y fuertes músculos, y su rostro era agraciado pero muy duro. Sonrió al ver el turbante y la túnica de Burton, y, como una espada cortando una cuerda y soltando un puente levadizo, la sonrisa abrió los recuerdos de Burton. Era Sir Monteith Maglenna, un baronet escocés y un terrateniente. Burton lo había conocido en 1872 cuando Burton habló en Londres ante la Asociación Nacional Británica de Espiritualistas. Burton había trastornado a su auditorio debido a su firme declaración de que no creía en los fantasmas y de que tampoco veía cuál podía ser su utilidad aunque existieran. El joven baronet había hablado con él durante un rato en la fiesta que siguió a la conferencia. Ambos habían viajado al oeste americano, y el escocés era, como Burton, un arqueólogo aficionado. Habían pasado una interesante media hora mientras los demás, esperando tener una posibilidad de defender el espiritualismo, revoloteaban a su alrededor.

Alice, sonriendo —¿había una cierta malicia en ella?—, presentó a Burton y a Puñado de Estrellas. Burton estrechó la mano del hombre y dijo, al mismo tiempo que Maglenna:

—Ya nos conocemos.

Hablaron unos breves minutos, recordando su antigua relación mientras la fila de gente aguardando saludar a la anfitriona o ser presentada se iba haciendo más larga, y finalmente Burton dijo:

—Me pregunto, Alice, ¿cómo lo conociste?

—Oh, me presentaron a Monty en 1872, cuando yo tenía veinte años y él treinta, en un baile dado por el conde de Perth. Bailamos juntos unas cuantas veces...

—Yo hubiera deseado que siguiéramos bailando siempre —dijo Monteith.

—... y lo vi unas cuantas veces más después de eso. Luego él se fue a los Estados Unidos, donde estuvo a punto de morir, a causa de un disparo accidental de un forajido, y no regresó hasta 1880. Por aquel entonces, yo ya estaba casada.

—No pude mantener mi correspondencia con ella —dijo Maglenna—. Le escribí contándole mi imposibilidad, pero mi carta nunca le llegó. Y así...

Algunos androides, a una señal de Alice, tomaron los sillones en los que habían llegado Burton y Puñado de Estrellas y los arrastraron hasta el extremo oriental del campo. Hubiera sido más rápido y más eficiente para ellos haber llevado los sillones volando directamente a la zona de aparcamiento, pero Alice no había tenido tiempo o no había querido tener tiempo de programarlos para operar los sillones.

Burton escuchó mientras Alice le contaba con detalle a Puñado de Estrellas lo triste que se había sentido cuando había creído que Maglenna había perdido su interés por ella. A media historia, decidió que ya había oído lo suficiente. Se disculpó y se alejó, caminando al azar por allí hasta que Puñado de Estrellas se reunió de nuevo con él.

—¿Sabías lo del señor Maglenna? —dijo ella.

—¡No! —dijo Burton salvajemente—. ¡Ella nunca me lo mencionó en los muchos años que estuvo conmigo!

—Es una gran suerte que finalmente se hayan reunido. Simplemente piensa, de no ser por ti, jamás se hubieran encontrado el uno al otro.

Sonreía como si se sintiera muy complacida. ¿Era debido a que Alice era feliz? ¿O, siendo como era una criatura infeliz, obtenía Puñado de Estrellas satisfacción sabiendo que él se sentía de cualquier modo menos feliz acerca de Maglenna? Algunas personas eran tan abismalmente retorcidas que su única alegría era que los demás sufrieran también.

Dieron una vuelta en las montañas rusas, pero Puñado de Estrellas se mareó durante las subidas y bajadas y vomitó en el asiento. El androide que controlaba el viaje llamó a otros dos para que limpiaran el desastre después de que Burton le dijo que lo hiciera.

—Hoy pareces más nerviosa que nunca —dijo Burton.

—Son todas estas extrañas criaturas —dijo ella, agitando una mano.

Por supuesto, no estaba familiarizada con los seres con los cuales Carroll había poblado los libros de Alicia y que la auténtica Alice había traído a la vida. La hacían sentirse inquieta, porque no había sido condicionada a ellos a través de los libros. Lo que la hacía sentirse especialmente nerviosa era el Jabberwock, cuyo aspecto era exactamente igual al que le había dado Tenniel en su ilustración. Su escamoso cuerpo era el de un atenuado dragón, y tenía membranosas alas dragoniles, pero el demasiado largo y relativamente delgado cuello, y el estrecho rostro, que parecía el de un diabólico viejo, y los absurdamente largos dedos de las patas delanteras, lo hacían distinto a cualquier otro dragón de los mitos, leyendas o literatura de ficción. Era enorme, su cabeza se alzaba hasta unos cuatro metros cuando se erguía en pie. El Jabberwock, sin embargo, no se adentraba en el campo sino que merodeaba por los alrededores dentro de una zona restringida bajo un gigantesco roble, agitando incesantemente su larga cola.

—Me asusta —dijo Puñado de Estrellas.

—Sabes que ha sido programado para no hacerle daño a nadie.

—Sí, lo sé. ¿Pero y si se estropea algo en su interior? Mira esos terribles dientes. Tan sólo tiene cuatro, dos arriba y dos abajo, pero piensa en lo que esos dientes podrían hacer si te mordieran.

—Necesitas una copa —dijo él, y la arrastró hacia una mesa. Los androides que servían allí eran un Mayordomo-Pez, un Mayordomo-Rana y un Conejo Blanco. Los dos primeros llevaban ropas del siglo XVIII y las pelucas empolvadas de blanco con las que Tenniel los había retratado. El Conejo Blanco tenía ojos rosas, un cuello duro blanco, una corbata, un chaleco y una americana a cuadros. Una cadena de oro insertada mediante un gemelo a uno de los ojales del chaleco estaba unida al otro lado a un enorme reloj en un bolsillo del mismo chaleco. De tanto en tanto, el Conejo Blanco sacaba el reloj y lo miraba.

—Excelente —dijo Burton, sonriendo.

—No me gusta —susurró Puñado de Estrellas, como si no le importara que la oyeran—. Esos enormes ojos protuberantes.

—Para verte mejor, querida.

Alzó la vista cuando una sombra pasó sobre él. Había sido arrojada por el sillón de Marbot, que estaba guiando el vuelo de una treintena o más de sus amigos. Iba vestido con un uniforme de húsar, lo mismo que algunos de sus amigos. Otros llevaban uniformes de mariscal de campo, aunque ninguno de ellos había alcanzado nunca tal rango. La mayoría de las damas iban vestidas al estilo de los 1810.

Unos pocos minutos más tarde, llegaron Aphra y una docena más. Todo el mundo que había sido invitado estaba allí, pensó Burton. Estaba equivocado, sin embargo. Poco después de que el último

de los componentes del grupo de Behn se hubiera alejado del anfitrión y la anfitriona, una moto entró rugiendo en el campo. Sentado en la parte delantera iba Bill Williams, y aferrada tras él iba la mujer que Burton había visto acompañándole en el corredor. Williams llevaba un sombrero negro de astracán, muy ruso, pero su rostro estaba pintado como el de un doctor brujo, su torso iba desnudo excepto un collar de huesos de mano humana, y llevaba botas y pantalones negros de piel. La mujer había superado a Sophie; no llevaba nada excepto un collar de enormes diamantes y una compleja pintura con muchas figuras de brillantes colores, que la cubrían por delante y por detrás, cuerpo y piernas.

Burton no sabía que Alice hubiera invitado a Williams. A juzgar por su expresión, lamentaba haberlo hecho. Sin embargo, sonrió como debe hacerlo una anfitriona mientras presentaba a la pareja a Maglenna. Los ojos del hombre eran tan grandes como su sonrisa cuando estrechó la mano de la mujer. Burton deseó haber estado lo suficientemente cerca como para oír su conversación.

Frigate se unió a Burton y señaló hacia los recién llegados.

—Auténticamente sensacional, hay que reconocerlo. Los últimos serán los primeros.

—Auténticamente —dijo Burton.

—Sophie no sabe si debe sentirse encantada o furiosa.

El Caballero Blanco avanzó en su lastimoso jamelgo blanco. Llevaba quitado el yelmo, revelando un rostro que era completamente idéntico al de Carroll excepto por el largo y caído bigote blanco. Una funda conteniendo una enorme espada recta de doble filo estaba sujeta a su cinto, y una enorme maza con mango de madera y un extremo con púas estaba metida en una funda que colgaba de la silla. Sujeta a la espalda de la armadura había una caja puesta boca abajo, con la tapa colgando. Se suponía, en *A través del espejo*, que era un invento del Caballero Blanco, un contenedor para sus bocadillos y sus ropas. Pero estaba boca abajo para evitar que el agua de la lluvia se quedara dentro, de modo que todo su contenido se había caído.

Ante él avanzaba el Caballero Rojo en un garañón ruano. Era una figura siniestra con su armadura carmesí, su casco en forma de cabeza de caballo, y su enorme maza llena de púas.

Una Morsa y un Carpintero con su sombrero de papel y delantal de cuero caminaban junto a ellos, conversando. A remolque de ellos, sobre delgadas y larguiruchas piernas, avanzaban cuarenta ostras o así, cada una de ellas con largas antenas provistas de ojos en sus extremos que se proyectaban de sus conchas.

—Preparar todo esto debe haberle tomado un enorme tiempo a Alice —dijo Frigate—. Piensa en todos los detalles que ha tenido que introducir en la Computadora.

—Oh, mira —dijo Sophie, señalando hacia un árbol—. ¿Puedes creer eso? ¡El Gato de Cheshire!

Mientras caminaban hacia el árbol, el gato, que tenía el tamaño de un lince grande, empezó a desaparecer. La cola se desvaneció, luego los cuartos traseros, luego los cuartos delanteros, luego el cuello, luego la cabeza. Excepto una sonrisa gatuna colgando en el aire encima de la rama en la cual había estado sentado, era invisible. Caminaron bajo él, buscando un mecanismo de alguna clase, pero no pudieron descubrir ninguno.

—Tenemos que preguntarle a Alice como ha conseguido esto —dijo Burton—. Es probable, sin embargo, que no lo sepa. La Computadora debe haber tomado la orden y efectuado su magia

científica sin necesidad de explicaciones.

El Grifón y la Tortuga Burlona pasaron junto a ellos, charlando. El Grifón era una criatura del tamaño de un león con el cuerpo de un león y la cabeza y las alas de un águila. La Tortuga Burlona tenía el cuerpo de un enorme galápago, pesando quizá doscientos cincuenta kilos, y la cabeza y las patas negras de una vaca. Se arrastraba lentamente pero, en un momento determinado, se detuvo y se alzó empujándose con sus cortas pero inmensamente poderosas patas delanteras, poniéndose en pie de un salto. Mientras se balanceaba al extremo de su cascarón, sus bovinas piernas arqueadas, sus cascos hundiéndose en el suelo, las lágrimas brotando, cantó con una magnífica voz de contralto:

—¡Hermosa sopa, tan espesa y verde, aguardando en una soperita caliente!

Pero cuando llegó al coro, empezando con «¡Hermooosa soopa!», perdió el equilibrio y cayó pesadamente de espaldas, aún cantando. Se produjo entonces una cierta consternación, hasta que seis androides le dieron la vuelta. Tras lo cual siguió arrastrándose y cantando.

—Creo que voy a ir a sentarme un rato, Dick —dijo Puñado de Estrellas—. Estoy cansada, y esos animales... —señaló hacia el Grifón— parecen tan peligrosos. Ya sé que no lo son, pero...

—Muy bien, me reuniré contigo más tarde —dijo Burton.

La observó dirigirse hacia el extremo occidental del campo y sentarse en una silla muy confortable. Un androide muy gordo, calvo y de extraña apariencia —debía ser el Padre William— se acercó a su lado. Debió preguntarle si deseaba alguna cosa, porque ella asintió y su boca se movió.

Burton caminó de aquí para allá y vio a la Reina de Corazones y los demás androides modelados para simular la baraja viviente. Vistos por delante, se parecían exactamente a los dibujos de Tenniel, pero presentaban un perfil mucho más grueso, aproximadamente unos ocho centímetros, estimó. La Computadora tenía unos ciertos límites en convertir la fantasía en realidad. Aquellas cosas tenían que tener espacio para músculos y órganos y sangre. Sus rostros estaban pintados en los oblongos cuerpos, pero, aunque las pintadas bocas no se movían, de ellas brotaban voces.

—¡Maravilloso! —dijo Burton.

Aphra Behn estaba de pie cerca de él. Dijo:

—Sí, ¿verdad? Es un capricho tan infantil, sin embargo. No es que menosprecie a Alice por todo esto. Hemos luchado tanto para llegar aquí, hemos soportado tantos peligros y tribulaciones, que nos sentimos relajados y nos convertimos en niños por un tiempo. Tenemos que jugar, ¿no crees?

—El tiempo de los juegos, sin embargo, ha terminado, desgraciadamente —dijo él—. Lo que les ha ocurrido a Turpin y Frigate puede ocurrirnos a nosotros.

Se dirigió a una mesa y ordenó un vaso de escocés a una de las piezas de ajedrez vivientes, una Torre. Obtuvo también una fina panatela de Habana. El cigarro en una mano, el vaso en la otra, se dirigió hacia el campo de croquet. El campo estaba tal como en el libro, salientes y surcos con inclinados androides-cartas como aros, flamencos como mazos, y puerco espines encogidos sobre sí mismos como bolas. Puesto que Alice no era cruel ni insensible, debía haber hecho algunos arreglos en los sistemas neurales de los pájaros y animales que impidieran que sufrieran daños.

Turpin parecía haber olvidado sus problemas; estaba pasando un buen rato jugando al croquet.

Pasó una hora. Burton fue a buscar otros dos escoceses. Dio unas cuantas vueltas en el ti vivo y

de nuevo en las montañas rusas, y durante un rato escuchó a la orquesta. La mayor parte de los músicos eran Mayordomos Rana y Pez, pero el director era Bill el Lagarto, un gigantesco saurio que fumaba un puro y llevaba una gorra plana. Habían sido programados para tocar cualquier tipo de música, desde vales hasta dixieland hasta clásico. En aquel momento estaban aullando una alocada pieza bárbara que Burton pensó era el rock-and-roll descrito por Frigate. Tras escuchar un rato, pudo comprender por qué Frigate se había sentido tentado de borrar todo aquel tipo de música de las grabaciones.

Una horrible Duquesa y una Reina de Corazones anadearon junto a él.

—¡Cortad sus cabezas! ¡Cortad sus cabezas!

—¡Golpeadle hasta que estornude!

Burton regresó al campo de croquet, jugó una partida, paseó por aquí y por allá, se detuvo para charlar con algunas personas, y luego observó la Fiesta del Té Loco durante un rato. El niño-androide que representaba el papel de Alice era encantador; los grandes ojos oscuros tenían el auténtico aire soñador de los de Alice. Burton podía comprender por qué el señor Dodgson se había enamorado de la niñita de diez años.

Cuando el Sombrero Loco dijo:

—¡Y siempre desde eso, no habrá nada que preguntar! Ahora siempre son las seis en punto — Burton se alejó. Era divertido observarle representar la escena una vez, pero la repetición era aburrida.

Sintiendo la necesidad de ejercicio, jugó al voleibol durante un rato. El juego era divertido y vigoroso, y le encantaba observar a la mujer de Bill Williams saltar en el aire para lanzar de vuelta la pelota. Luego, sudoroso, se dirigió a una silla y se sentó. Un Fulano y un Mengano le preguntaron qué deseaba. Ordenó un julepe de menta. Los dos androides grotescamente gordos se dirigieron a una mesa y allí tuvieron una discusión —programada, por supuesto— acerca de quién de los dos iba a servirle. Mientras su acalorada y divertida discusión iba progresando, observó a la oruga azul en una seta gigantesca cerca de él, fumando su narguilé. En un cierto sentido, pensó, era una lástima que todas aquellas cosas tuvieran que ser destruidas. Sin embargo, podía comprender por qué Alice se había cansado de ellas.

Observó durante un rato la pista de baile. La orquesta estaba tocando algún tipo de música que no reconoció. Frigate pasaba en aquel momento por allí, y Burton lo llamó.

—¿Qué es esa música, y qué tipo de giros están dando?

—No sé cuál es la pieza en particular —dijo Frigate—. Es de los años 1920, me suena familiar, pero no puedo situarla. La *danza* es llamada el Black Bottom.

—¿Por qué la llaman así?

—No lo sé.

Alice y Monteith parecían estar disfrutando con los alocados movimientos. Finalmente la mujer había encontrado a una pareja con la cual compartir su amor al baile. A Burton nunca le había gustado. De hecho, sólo había bailado unas pocas veces en su vida, y eso había sido en honor de un jefe de tribu negro en África.

Los dos gemelos idénticos, Fulano y Mengano, se le acercaron. Ninguno de los dos llevaba un

vaso o bandeja. Burton dijo:

—¿Qué...? —y en aquel momento la música se detuvo en medio de una nota. Se levantó y miró al estrado. Los músicos habían dejado a un lado sus instrumentos y estaban bajando de la plataforma.

—¿Qué ocurre? —dijo Frigate.

Alice contemplaba desconcertada a los músicos que se marchaban.

—Eso no estaba planeado —dijo Burton. Sintió que un estremecimiento recorría su piel.

El pequeño francés, de Marbot, con sus azules ojos muy abiertos, trotó hacia Burton.

—Algo va mal —dijo.

Burton se volvió para barrer con la vista un ángulo de trescientos sesenta grados. Los androides estaban avanzando apresuradamente hacia los árboles, incrementando a cada momento el paso. Todos menos la Tortuga Burlona, que había caído de espaldas y estaba chillando y pataleando. No, no todos estaban dirigiéndose hacia los árboles. Un cierto número estaban diseminándose hacia el extremo occidental del campo, donde empezaba la colina. Entre ellos estaban los Caballeros Rojo y Blanco en sus corceles, el León y el Unicornio, y el Grifón. Se detuvieron justo antes de iniciar la ascensión de la colina, y se dieron la vuelta para enfrentarse al campo.

Por aquel entonces los demás androides habían desaparecido en las sombras bajo los enormes robles.

Burton miró a la funda de la espada de Marbot y a la empuñadura del sable que surgía de ella.

—Me atrevería a decir que es posible que tengas que usar tu cortaplumas, Marcelin —dijo—. ¿Cuántos de tus húsares van armados?

—¿Eh? ¡Oh! —dijo de Marbot—. Tenemos doce sables entre nosotros.

—Diles que los saquen —murmuró Burton—. Escucha, Marcelin, creo que vamos a ser atacados. Alguien, estoy seguro, ha puesto un programa prioritario en los androides. Alice no planeó esto.

Miró a su alrededor. Puñado de Estrellas debía haber tenido la misma idea. En aquellos momentos estaba corriendo hacia las montañas rusas. Miró a de Marbot.

—Tú eres quien posee más experiencia militar —dijo—. Ahora estás al mando.

Se volvió y empezó a gritar:

—¡Todo el mundo aquí! ¡Rápido! ¡Inmediatamente!

Algunos llegaron corriendo. Otros se quedaron inmóviles, como helados; el resto avanzó lentamente.

Maglenna, tirando de Alice, a la que llevaba cogida por la mano, corrió hacia Burton.

—¿Qué ocurre?

—No estoy seguro. —Burton miró a Alice—. ¿Tú no tienes ninguna idea?

Ella agitó negativamente la cabeza.

—No. ¿Puede estar el Snark detrás de todo esto? ¿Qué es lo que podemos hacer?

—Eso es cosa de Marcelin —dijo Burton—. Pero creo que deberíamos ir en busca de los sillones. Tú y Monteith podéis sentaros sobre las rodillas de alguien. No podemos pasar por en medio de ellos... —señaló a las hoscas bestias guardando el extremo occidental del campo— ...sin serias pérdidas.

De Marbot estaba hablando en un francés rápido con sus amigos. Pero se interrumpió y miró

hacia el extremo sur del campo. Los androides estaban saliendo del bosque con armas: lanzas, espadas, mazas, manguales y dagas.

Burton giró para mirar hacia los lados norte y este del campo. Había androides emergiendo de entre las sombras también por allí; todos iban armados de una forma similar. Y los del lado este estaban apresurándose para situarse entre los invitados y sus vehículos volantes.

—Demasiado tarde —dijo Burton.

De Marbot estaba ladrando órdenes en esperanto a fin de que todos le comprendieran. Empezaron a formar un cuadro irregular, con los húsares en el lado oriental. Burton dijo:

—Voy a buscar algunas armas.

—¿Dónde? —preguntó de Marbot.

—Los instrumentos musicales. Algunos de ellos pueden ser utilizados como mazas.

Corrió hacia el estrado, con algunos hombres detrás. Los androides del norte, los que estaban más cerca del estrado, no cambiaron el ritmo de su paso ni emitieron ningún sonido. Si hubieran echado a correr, hubieran podido cortarle el paso a Burton. Pero consiguió agarrar un saxofón, y los otros se hicieron cargo de guitarras, contrabajos, flautas, trompetas, cualquier cosa que pudiera ser utilizada como instrumento contundente.

Corrieron de vuelta al cuadro, donde fueron distribuidos en una posición más bien irregular por de Marbot. Estaba temblando de excitación, sus azules ojos brillaban intensamente, su redondo rostro estaba hendido por una sonrisa.

—¡Ah, queridos míos! —exclamó a sus húsares—. ¡Vais a demostrarles a esos monstruos cómo luchan los soldados de Napoleón!

Su voz fue ahogada por un gran grito sibilante. Todos miraron hacia el lado sur del campo, donde el Jabberwock estaba alzándose sobre sus patas traseras, exhibiendo sus cuatro afilados dientes. Sin embargo, no cargó inmediatamente, como Burton había temido. Se dejó caer sobre sus cuatro patas y caminó lentamente hacia ellos, bramando.

Burton estaba en el lado occidental del cuadro, haciendo frente a las bestias y Caballeros de aquella parte. Al mismo tiempo que el Jabberwock empezaba a avanzar, las bestias y los caballos de los Caballeros empezaron a caminar lentamente hacia los humanos.

Por todos lados del grupo, los androides caminaron hacia ellos en formación, silenciosos.

De pronto, Burton se dio cuenta de que Puñado de Estrellas no estaba con ellos. Había trepado por un lado de las montañas rusas y estaba perchada cerca de la parte más alta, en un cruce.

Era demasiado tarde para ir tras ella. Gritarle que bajara no haría más que atraer la atención de los androides hacia su persona. Quizá no se dieran cuenta de su presencia. En cualquier caso, estaba a sus propios recursos. No. Si podía alcanzar un sillón, podría volar hasta ella y sacarla de allí.

—Nos superan en número por tres a uno —dijo Burton en voz alta a cualquiera que pudiera oír—. Las grandes bestias y los Caballeros hacen las cosas aún peores. Pero intentad arrebatárles sus lanzas y mazas. Si alguno de ellos cae, coged sus armas.

De Marbot repitió el consejo para todo el grupo. Una mujer negra, un miembro de la Iglesia de la Segunda Oportunidad, gimió:

—¡Oh, Dios!, ¿qué podemos hacer? ¡No podemos derramar sangre! ¡Somos pacifistas, gente pacífica a tus ojos, Señor!

—¡Maldita sea, mujer! —gritó Burton—. ¡Esas cosas no son humanas! ¡Son máquinas! ¡No es pecado luchar por tu vida contra ellas!

—¡Eso es cierto! —gritó un hombre negro—. ¡No es pecado! ¡Luchad, hermanos y hermanas! ¡Batallad por el Señor sin pecar! ¡Despedazadlos!

Un grupo, Burton creyó que eran Baptistas Revisados del Libre Albedrío, empezó a cantar un espiritual. Apenas habían entonado algunas palabras cuando de Marbot rugió pidiendo silencio.

—¡Si cantáis, no podréis oír mis órdenes!

Con el francés a la cabeza, el cuadro empezó a trotar hacia los sillones. Burton, en la retaguardia, no dejaba de mirar hacia atrás. Los Caballeros y las bestias no habían acelerado su paso. Aparentemente, estaban programados para acercarse al grupo a una velocidad determinada.

El Jabberwock estaba cerca del extremo de la hilera de androides, avanzando desde el lado sur del campo. El monstruo era el atacante más peligroso, y deberían oponérsele al menos seis espadachines. Burton maldijo. Si tan sólo dispusiera de una espada en vez de estar agarrando un saxofón.

El grupo, las mujeres en el interior, los hombres formando concha a su alrededor, avanzó hacia las hileras de criaturas de pie ante los sillones. Habría unos doscientos o más allí, la mayor concentración de cuerpos. Quienquiera que fuese el que había planeado aquello, había supuesto correctamente que los humanos intentarían llegar a sus vehículos. Para alcanzar la colina a fin de poder entrar en la casa tenían que atacar a las grandes bestias y los Caballeros, y el aspecto de todos ellos era lo suficientemente temible como para que los humanos prefirieran ir en la otra dirección.

De pronto, la gente que iba delante de él gritó. Dio unos saltos hacia arriba a fin de poder echar una mejor mirada a lo que estaba asustándoles. Vio que los sillones estaban elevándose en el aire, sin conductores, y gruñó. Androides ocultos detrás de las líneas defensivas estaban enviando los sillones al aire. Aunque los humanos consiguieran atravesar las defensas, no dispondrían de escapatoria *aérea*; tendrían que seguir avanzando hacia el bosque. Y allí podrían ser cazados.

De Marbot comprendió inmediatamente aquello. Gritó una orden de alto. La gente, sin embargo, siguió avanzando, empujando y apretando, hasta que los espadachines de de Marbot consiguieron detenerlos. Instantáneamente, el francés rodeó el grupo hasta llegar a la parte de atrás, que ahora se había convertido en la parte de delante.

—¡Debemos atravesar sus líneas hasta la colina y hasta la casa! —gritó de Marbot—. ¡Dick, lleva a tus hombres al flanco izquierdo! ¡El honor de defendernos contra el Jabberwock es tuyo!

Burton guió a su grupo como se le había ordenado. Los androides seguían avanzando lentamente y en silencio. Ahora se hallaban a unos veinte metros de los humanos.

De Marbot alzó su sable y aulló:

—¡A la carga!

El y sus espadachines saltaron por delante de los demás, que se tomaron más tiempo del necesario para ganar un poco de velocidad. Eran indisciplinados y estaban asustados, de modo que algunos echaron a correr más aprisa que otros, tropezando con aquellos que iban en cabeza, y algunos, como era inevitable, cayendo y siendo pisoteados por otros. Burton solamente tuvo tiempo de echar una ojeada a la gritante y confusa multitud y al francés acercándose allá donde estaban los Caballeros Rojo y Blanco, el León, el Unicornio, una Morsa, el Grifón, y un Humpty Dumpty. Luego la abierta boca del Jabberwock, con sus cuatro dientes destellando, la saliva chorreando de su labio inferior, rugiendo, se lanzó contra él. Burton arrojó con todas sus fuerzas el saxofón dentro de su boca, y la cosa cerró automáticamente sus mandíbulas sobre el instrumento. Su hocico golpeó a Burton en el pecho, lo derribó de espaldas, y vació de aire sus pulmones. Rodó sobre sí mismo apartándose de su camino mientras intentaba recuperar el aliento, y varias mujeres cayeron encima de él.

El saxofón fue escupido y aterrizó cerca de su tendida mano derecha. Lo agarró. Una de las mujeres negras que se debatían sobre él chilló, y fue alzada en la boca del Jabberwock. Los dientes atravesaron su cuerpo; colgó flácida y silenciosa. Con un agitar de su cabeza, el monstruo arrojó su cuerpo a un lado y culebreó su delgado cuello y su cabeza hacia adelante y hacia abajo, y agarró a otra chillante mujer.

Aunque todavía no había conseguido recuperar del todo su aliento, Burton logró desembarazarse de la única mujer que quedaba sobre él, rodó de nuevo, y corrió en dirección a la gigantesca pata delantera derecha del Jabberwock. Un Fulano y un Mengano avanzaron firmemente hacia él, sujetando largas lanzas, sus enormes rostros gordos e inexpresivos. Aullando, Burton corrió hacia ellos, sujetando fuertemente el saxofón.

Tan sólo estaban programados para hacer ciertas cosas, aunque éstas eran muchas. Una cosa que no se les había ordenado hacer era evitar la zona de la flagelante cola del Jabberwock, algo que cualquier humano hubiera hecho conscientemente. Como resultado de ello, los dos seres idénticos fueron barridos a la vez por la enorme cola escamosa. No, no solamente barridos. La cola rompió varios de sus huesos. Cayeron sobre la hierba, gimiendo.

Burton miró hacia atrás y hacia arriba. El Jabberwock no era consciente de su presencia; estaba ocupado matando a otra mujer. Burton corrió hacia sus cuartos traseros y aguardó a que la cola se agitara hacia la izquierda. Entonces, tuvo un atisbo de la cabeza y los hombros de Williams corriendo hacia la zona de estacionamiento de los sillones. Los androides estaban lanzándole torpemente sus lanzas y agujijoneándole con sus espadas, pero él seguía zigzageando desesperadamente. Luego Burton no pudo dedicarle más atención; saltó hacia adelante, aterrizó, se inclinó, y recogió la lanza que Fulano o Mengano había dejado caer. Se enderezó de nuevo, giró, y saltó de vuelta a la protección del flanco del monstruo. Alzó la lanza con ambas manos y la clavó contra el colgante costado. Se hundió a medias en el cuerpo; la sangre brotó a chorro, empapando el mango de la danza.

Aullando ensordecedoramente, la cosa se alzó sobre sus patas traseras; la mujer que tenía en su boca cayó flácida.

Burton se giró y echó a correr. El extremo de la cola estuvo a un centímetro de golpearle. Un cerdo verde cargó contra él, sus retorcidos colmillos húmedos y amarillentos. Burton dio un salto hacia arriba y aterrizó sobre su lomo, pero resbaló y cayó sobre la hierba, amortiguando como pudo el impacto con sus manos. Una de las cartas, un tres de corazones, yacía boca abajo cerca de él, agitando sus largas y delgadas piernas. Burton se arrastró hasta ella, agarró la lanza que había llevado, y la hundió, empujando hacia arriba, en el vientre del Sombrero Loco, que había estado a punto de alcanzarle con la punta de un sable. El Sombrero retrocedió, las manos a sus costados, en vez de reaccionar instintivamente, como haría cualquier humano, sujetando el asta de la lanza. Su rostro, sin embargo, estaba retorcido por la agonía.

Burton soltó la lanza y recogió el sable que el otro había dejado caer. Ahora no se sentía tan desnudo y desamparado; ahora tenía un arma que podía utilizar como pocos. Inmediatamente un Mayordomo-Rana, una gigantesca lechuza, y una horrible Duquesa lo atacaron. El peso del pájaro, el afilado pico y las batientes alas lo hacían el más formidable. Cortó de un tajo la mitad de una de sus alas, partió el asta de la lanza del Mayordomo-Rana, decapitó a la lechuza con un tajo de costado, detuvo la lanza de la horrible Duquesa, y le atravesó el vientre con la espada.

Todo el campo era una melée ahora, llena con batallas individuales y en grupo. Muchos de los humanos se habían apoderado de armas. Aunque abrumados por el número, tenían una ventaja. Los androides no eran expertos con las armas ni eran capaces de improvisar una acción. Solamente podían golpear directamente al frente con las lanzas o abatir de arriba a abajo las espadas, y su habilidad en parar golpes era nula. Como resultado de ello, aquellos humanos que estaban armados estaban ganando a sus oponentes, y más y más humanos estaban apoderándose de armas. Por otra parte, siendo inferiores en número, no podían proteger sus flancos tanto como les hubiera gustado.

Las enormes bestias y los Caballeros tenían que ser vencidos primero. Luego era posible —sólo posible— que los humanos pudieran terminar con las criaturas inferiores.

Burton estaba libre de atacantes inmediatos por el momento. Miró rápidamente a su alrededor, intentando captar cómo estaba yendo la batalla. No pudo localizar a Alice, pero Puñado de Estrellas estaba aún subida en lo más alto de las montañas rusas. Debería bajar y ayudarles, pero no podía culparla por tener miedo de hacerlo. El campo resonaba con roncós gritos, aullidos, gruñidos y rugidos. El Caballero Blanco y el Caballero Rojo estaban aún sobre sus monturas, sus brazos alzándose y descendiendo mientras dejaban caer sus mazas llenas de púas sobre las cabezas de los humanos. El Caballero Blanco no se había puesto su yelmo; su gentil rostro era tan plácido como si estuviera discutiendo acerca del tiempo.

El Unicornio estaba muerto, su cuerno ensartado en el pecho de un húsar. El sable del hombre aún no había sido recogido por ninguno de sus compañeros. El León, rugiendo, retrocedía, mientras una de sus zarpas rasgaba los pechos de una mujer y la enviaba girando hacia atrás. Sus costados y melena, sin embargo, chorreaban sangre, y no toda era de sus enemigos. Mientras Burton miraba, un húsar dejó caer el filo de su sable sujeto con ambas manos contra su melena, y la bestia cayó.

Una mujer negra estaba cabalgando a lomos de una Morsa, sujetándose con una mano y

apuñalándola repetidamente con una daga. Entonces la Morsa se alzó sobre sus cuartos traseros y cayó hacia atrás, aplastándola. Pero estaba demasiado malherida como para hacer otra cosa excepto gemir y agitar sus aletas.

El Jabberwock tenía clavadas ahora tres lanzas, pero aún seguía haciendo estragos. Partió a un hombre en dos de un mordisco mientras Burton miraba.

Un flamenco rosa saltó hacia Burton, agitando sus alas, tendiendo sus patas para agarrarle. Lo decapitó de un golpe de sable, se volvió, paró una espada con la que un Conejo Blanco intentaba golpearle, dio un paso adelante, agarrando la enguantada mano del Conejo, y dio un tirón, haciéndole perder el equilibrio. Antes de que pudiera recuperarlo, ya le había medio seccionado el cuello con el sable.

Burton se volvió para defenderse contra un tove, una criatura del tamaño de un perro y el aspecto combinado de un tejón, un lagarto y un sacacorchos. Su hocico de casi un metro de largo era un handicap para él, ya que tenía que alzarse sobre sus patas traseras para mantener el hocico fuera de su camino para morder. Burton le rebanó el hocico y corrió hacia tres cartas, un dos de corazones, un cuatro de diamantes, y una sota de tréboles. Estaban situadas lado contra lado, sujetando lanzas, pero atacó a la de la izquierda y terminó con ella antes de que las otras pudieran situarsele detrás. Sus pies resbalaron en la sangre que cubría la hierba y cayó, los pies por delante, contras las piernas de la de en medio. El cuatro de diamantes cayó hacia adelante, pero su ancho cuerpo plano hizo de planeador y revoloteó por encima de Burton. La otra se volvió lenta y torpemente. Burton rodó sobre sí mismo, apartándose, y manteniendo el sable encima de su cabeza alcanzó sus patas, seccionándose las.

Entonces se le acercó la Liebre de Marzo, con el palo de su mangual en la mano. Se trataba de un arma medieval consistente en un palo de madera de sesenta centímetros de largo al cual iba sujeta una cadena en cuyo extremo había una gran bola de hierro llena de púas. Manejada adecuadamente, podía hendir una armadura. Burton tuvo que retroceder ante ella, mientras miraba a su alrededor para asegurarse de que no había nadie a punto de saltar sobre él desde detrás o los lados. Luego dio un paso adelante mientras las púas pasaban apenas a unos centímetros de su cuerpo, y seccionó la mano que sujetaba el mango de madera. La Liebre de Marzo gritó, como estaba programado que lo hiciera si resultaba herida, pero no retrocedió como hubiera hecho cualquier humano. Se quedó allí hasta que la pérdida de sangre por el muñón hizo que se derrumbara.

Burton vio a otra Morsa, la última, caer ante una racha de cortes producidos por tres hombres. Entonces el Caballero Blanco estuvo sobre ellos, y derribó a dos antes de que Burton tuviera que darse la vuelta para defenderse contra un Carpintero y un mosquito del tamaño de un pollo. Tras acabar con ellos, atacó por detrás a una Reina Roja, rebanó su cabeza coronada, y se giró justo a tiempo para defenderse contra el Gato de Cheshire. La cabeza de aquella enorme criatura del tamaño de un lince estaba manchada de sangre; evidentemente había causado una considerable carnicería. Aullando, saltó sobre él, sus chorreantes patas tendidas, pero Burton dejó caer su espada contra su cráneo, directamente entre los ojos. Fue derribado hacia atrás, pero cuando se puso en pie vio que el felino estaba permanentemente fuera de acción.

Algo lo golpeó desde atrás. Aturdido, la vista nublada, sin saber qué había ocurrido ni dónde

estaba, cayó de rodillas. Ahora era una presa fácil para quien fuera que lo había golpeado, pero un hombre al que no reconoció corrió junto a él. Oyó el golpe sordo de un arma chocando contra otra arma mientras caía a cuatro patas, agitando la cabeza. Luego una mano lo ayudó a ponerse en pie. Sus sentidos regresaron lentamente, mientras la nuca le dolía de una forma horrible. El hombre que lo había rescatado era Monteith Maglenna. Sujetaba una ensangrentada espada de doble filo. Sus ropas estaban desgarradas y llenas de cortes, y la sangre rezumaba de una docena de heridas.

—Esta vez ha ido cerca —dijo roncamente. Burton miró a Bill el Lagarto y a la enrojecida gorra plana y a la maza en el suelo al lado del cuerpo.

—Gracias —dijo—. Estaré bien en seguida.

—Estupendo —dijo Maglenna—. Tenemos que acabar de una vez con ese maldito Jabberwock. Ven a ayudar cuando te sientas con fuerzas.

El gran rubio se alejó corriendo, la espada firmemente sujeta con las dos manos, como si estuviera agarrando la *claymore* ancestral. Por aquel entonces, el Jabberwock estaba mostrando signos de hemorragias internas causadas por las lanzas y otras heridas. La sangre que brotaba por su boca no podía ser toda de sus víctimas. Estaba agazapado sobre sus cuatro patas, su cola agitándose todavía como un látigo pero no tan vigorosamente como antes. Su cabeza se volvió de uno a otro lado mientras les gritaba a los hombres y mujeres que lo acosaban. Estos, sin embargo, no se le acercaban demasiado; saltaban de un lado para otro, haciendo amagos, lanzándole golpes pero sin atreverse a ponerse al alcance de la aún peligrosa cabeza. Tras aquellos que lo mantenían ocupado había una hilera de gente luchando contra los androides, protegiendo las espaldas de los atacantes del Jabberwock. Allí, al menos, había una cierta organización.

Miró a su alrededor sintiendo mareos y náuseas. El Caballero Blanco y su caballo habían sido derribados, pero el Caballero Rojo, ayudado por algunas cartas, el Padre William, algunos Aguiluchos, dos Conejos Blancos, algunos toves, y un Carpintero, estaba abriendo cabezas a derecha e izquierda. Su caballo resbaló varias veces en la sangre pero se recuperó, y en un par de ocasiones tropezó con un montón de cuerpos. Gimió, sintiendo que le daba un vuelco el corazón. Tantos cuerpos humanos. Y quedaban aún muchos androides todavía en pie. Algunos no estaban luchando sino que estaban rematando a los humanos heridos. Debían tener órdenes de terminar con todos aquellos que derribaran antes de volver a la batalla.

Vio a Alice. Sujetaba un estoque, y sus ropas estaban manchadas de carmesí. Se había librado del tumulto y hubiera podido huir hasta su casa. Quizá había pensado en hacerlo, puesto que miró varias veces colina arriba, anhelante. Pero se dio la vuelta, corrió ladera abajo, y hundió su estoque en la espalda del Carpintero.

Puñado de Estrellas estaba descendiendo de las montañas rusas. Si tenía intención de unirse a la batalla o correr a un lugar seguro era algo que no tenía tiempo de descubrir ahora.

Se volvió y saltó al lomo de un Dodo que estaba rematando humanos heridos. Bajo sus alas poseía cortos brazos terminados en manos humanas, exactamente como en la ilustración de Tenniel. Lo corto de aquellos brazos hacía que los golpes de su espada no fueron efectivos, obligándole a golpear una y otra y otra vez antes de conseguir decapitar completamente a su víctima. Burton rebanó de un tajo su cabeza en el momento en que iba a darle el golpe de gracia a un chino.

Burton se preguntó dónde estaría Li Po. Tuvo la respuesta casi antes de hacerse la pregunta. Allí estaba el alto chino, sobre una gran mesa, luchando contra un trío de cartas con su estoque. Las cartas intentaban alcanzarle con sus lanzas desde tres lados, pero él saltaba y danzaba, evitando los golpes, pateando los mangos de las lanzas hacia un lado y pinchándolas con la punta del estoque. Entonces Frigate, cubierto de sangre, corrió hacia él sujetando una extraña arma. Por un momento Burton no supo de qué se trataba. Luego, cuando fue alzada y dejada caer contra una de las cartas, Burton la reconoció. Era el narguilé de la Oruga. En pocos momentos, Frigate hubo derribado a dos de las cartas, y Li Po atravesó a la otra dos veces.

Burton se volvió de nuevo para ayudar a aquellos que estaban luchando contra el Jabberwock. Maglenna corría directamente hacia la bestia, sosteniendo muy alta su espada.

Como si fuera su hoja ancestral, pensó Burton.

Una docena de hombres y mujeres seguían azuzando todavía al monstruo; otra docena estaban protegiendo las espaldas de los atacantes. Mientras Maglenna estaba corriendo, la guardia trasera se vio reducida a seis, y algunos androides se lanzaron inmediatamente contra los otros humanos después de despachar a los heridos. Consiguieron atrapar a cuatro de los atacantes del Jabberwock por detrás, y el resto de los humanos se vieron cogidos entre la gran bestia y los otros androides. Maglenna los ignoró a todos. Saltó desde un cuerpo justo en el momento en que el Jabberwock bajaba su cabeza para cerrar sus mandíbulas en torno a la cabeza de un hombre. Burton pudo oír el grito de guerra del escocés resonando por todo el campo. Maglenna iba a seccionar aquel correoso cuello, no había ninguna duda al respecto. Desgraciadamente, el cadáver que utilizó como plataforma de despegue se giró ligeramente bajo sus pies, y la punta de su hoja solamente hizo una herida en el escamoso cuello. Cayó de bruces al suelo, y su arma se escapó de sus manos con el impacto. Se puso rápidamente en pie, buscando su espada, pero el Jabberwock abrió su boca y dejó caer el cuerpo sin vida sobre Maglenna. Este lo echó a un lado y se puso en pie. Las gigantescas mandíbulas se cerraron sobre su cabeza y hombros, y su agitante cuerpo fue alzado por los aires. Volvió a caer sin cabeza ni hombros, que fueron escupidos un momento más tarde.

Burton pudo oír el grito de Alice por encima de todos los demás ruidos; lo conocía por larga experiencia. Volviéndose, la vio de pie allí, horrorizada, el dorso de su mano sobre su boca, sus ojos unos pozos oscuros muy abiertos.

Vio también al Caballero Rojo galopando sobre su caballo, cargando contra él, la maza llena de púas muy alzada sobre su cabeza. La armadura carmesí y el yelmo con forma de cabeza de caballo eran una terrible visión. El golpear de los cascos del caballo era como el retumbar de un tambor justo antes de que la trampa de la horca sea abatida.

Burton trasladó el sable a su mano izquierda, se inclinó, recogió una lanza, y afirmó los pies para el lanzamiento. Su blanco no era el Caballero Rojo, sino su montura. Cuando estuvo a diez metros de distancia, arrojó la lanza, y su afilada y amplia cabeza se hundió en la espalda del caballo. Cayó hacia adelante, dando una voltereta. Su jinete voló por los aires y aterrizó con un resonar de acero sobre la hierba. Burton tomó el sable con su mano derecha y corrió hacia el caballo, que estaba empezando a ponerse de nuevo en pie, y le seccionó la yugular. El caballo también había sido programado para matar; había mordido y coceado mientras su jinete agitaba su maza; tenía que ser

inutilizado primero.

El caballero estaba tendido en el suelo, inmóvil. Burton hizo girar el pesado cuerpo y soltó las sujeciones del yelmo. Tenía que asegurarse de que la cosa estaba muerta, no simplemente inconsciente. Entonces, viendo el rostro, retrocedió, presa del shock. Era el suyo propio.

—Uno de los chistes de Alice —dijo.

Se levantó, miró los muertos rasgos, y pensó en lo extraño que resultaba verse a sí mismo como un cadáver. Observó el campo entre él y el pie de la colina. Había cuerpos por todas partes, algunos de ellos formando montones. La única persona de pie en aquella dirección era Alice, que en aquel momento estaba extrayendo su estoque del cuerpo de un Humphy Dumpty. Sus lágrimas estaban lavando la sangre de su rostro.

Entonces vio a Puñado de Estrellas corriendo de vuelta colina abajo con un lanzador de rayos en cada mano. Había huido, pero solamente para ir en busca de armas a la casa que pudieran asegurar su victoria, aunque podía ser que ella fuera la única que quedara con vida.

Se volvió. Había diez androides en pie, sin contar el Jabberwock. Tres humanos seguían luchando todavía, Li Po, un hombre negro y una mujer blanca, una de las amigas de Aphra Behn. La mujer se derrumbó ensartada por varias espadas mientras miraba.

El Jabberwock, respirando afanosa e irregularmente, caminó con torpeza hacia el grupo de combatientes. Se giró cuando estuvo cerca, y su cola empezó a fustigar, alcanzando a tres androides y al hombre negro. Li Po atravesó a la Reina Blanca que tenía frente a él y corrió hacia la zona de estacionamiento. Allí había aún tres sillones.

Frigate apareció desde algún lugar y se encaminó también hacia los sillones. Los androides que quedaban remataron al caído hombre negro antes de perseguir a los otros dos.

El Jabberwock giró su cabeza de izquierda a derecha, vio a Burton, y cojeó hacia él.

El campo estaba comparativamente tranquilo ahora, pero, repentinamente, Burton oyó el ruido de un motor acelerando. Fue seguido por una serie de explosiones, y Bill Williams, ensangrentado pero sonriente, condujo su vehículo desde detrás de la pequeña casa con las chimeneas como las orejas de un conejo y el techo de pelaje de conejo. Burton no sabía lo que había estado haciendo allí o cómo había llevado su moto hasta aquel lugar. Quizá la había empujado hasta allí durante la refriega, con la intención de marcharse en el momento oportuno. Quizá, y eso era más probable, simplemente había esperado una oportunidad de utilizarla. O había alcanzado la moto oculta y al llegar allí se había desvanecido a causa de sus heridas. Recobrándose, había seguido con su plan original. Fuera lo que fuese lo que había ocurrido, y Burton nunca llegaría a saberlo, el tipo estaba haciendo ahora lo que más sabía.

Mientras el monstruo avanzaba hacia Burton, sin volver la cabeza para averiguar la fuente del nuevo ruido, Williams aceleró su máquina. Serpenteando por entre los cuerpos, a veces pasando por encima de un brazo o una pierna extendidos, Williams se dirigió a toda velocidad hacia el costado del Jabberwock, y estrelló su moto contra sus costillas.

Tan grande fue el impacto que el Jabberwock fue desplazado algunos centímetros hacia un costado. Williams voló de cabeza por encima de su lomo y se estrelló contra el suelo. El monstruo alzó la cabeza tan alto como su cuello le permitía, lanzó un gran grito aullante, y murió.

Burton corrió hacia Williams y le dio la vuelta. Estaba muerto, el rostro aplastado y el cuello roto.

Aunque condenados, los androides avanzaron hacia Burton tal como estaban programados. Nunca llegaron a alcanzarle. Los sillones de Frigate y Li Po los golpearon y volvieron a golpearlos una y otra vez hasta que ya no pudieron volver a levantarse. Entonces los dos hombres bajaron de sus sillones y terminaron su trabajo.

Burton oyó un jadeo a sus espaldas. Volviéndose, vio que Puñado de Estrellas se había derrumbado al suelo, boca abajo. Había dejado caer los lanzadores de rayos para amortiguar su caída con las manos. Corrió hasta ella y la recogió. Sollozando, la mujer se abrazó desesperadamente a él.

Excepto los sollozos de Alice, Puñado de Estrellas y Frigate, el campo estaba completamente silencioso. Sólo él, ellos tres, y Li Po, habían sobrevivido. No. La Oruga Azul estaba sentada en su seta gigante, y el caballito mecedor volante, una criatura demasiado frágil para ser programada para matar, estaba también vivo. Ellos, sin embargo, no contaban.

Se sentía más débil, más vacío, de lo que nunca se había sentido en su larga vida. Estaba sumido en un profundo shock, como atontado, el mundo a su alrededor le parecía extraño y delirante.

—¿Quién puede haber hecho algo tan terrible como esto? —gimió Alice.

¿Quién, de hecho?

En aquel momento, William Gull gruñó y se sentó entre los muertos.

Aunque cubierto de sangre, el inglés no estaba herido excepto un golpe en la cabeza.

—Perdí el sentido, y alguno de los muertos cayó encima mío. Los androides no me vieron.

Se tocó suavemente la cabeza, e hizo una mueca.

—Fuiste muy afortunado —dijo Burton lentamente—. Creo que eres el único de los caídos que ha escapado de ser rematado.

¿Por qué había sido Gull quien había tenido esa suerte? ¿Por qué no Nur o de Marbot o Behn?

No, aquello no tenía importancia, se dijo a sí mismo. Podían ser resucitados.

Y entonces supo que el asesino debía haberse asegurado de que los muertos siguieran estando muertos. ¿Por qué matarlos si podían ser traídos de vuelta? No tenía sentido.

Tendría que averiguar aquello. Pero por el momento, lo primero que tenían que hacer era recobrar de su agotamiento y de su shock. Luego habría que convertir en cenizas a los muertos; había que limpiar aquel horrible matadero.

—Vayamos a la casa —dijo—. No vamos a ganar nada quedándonos aquí.

Primero, sin embargo, tenía que tomar precauciones para protegerse a sí mismo y a los otros. Tomó los dos lanzadores de rayos y dijo:

—Puñado de Estrellas, ¿había androides en la casa cuando tomaste esto?

—No vi ninguno —dijo ella. Su voz estaba tan vacía de expresión como su rostro.

—Tendremos que hacerlo todo por nosotros mismos —dijo Burton—. No podemos confiar en los androides.

Dejó de caminar. Los lanzadores de rayos parecían más bien ligeros. Abrió el fondo de la culata y miró los receptáculos de las células de energía. Maldijo. Estaban vacíos.

Se los mostró a Puñado de Estrellas y dijo:

—Hubieran resultado inútiles.

—Lo siento —dijo ella—. Estaba demasiado excitada como para darme cuenta. Se estremeció.

—Ha sido una gran cosa que no haya tenido que usarlos.

—Sí. Pero cualquiera que haya hecho todo esto es muy listo. Sólo que...

Estaban subiendo la colina, con la impresión de que cada paso hacia adelante parecía hundirlos un poco más en una sustancia espesa y densa, como si estuvieran caminando por el fondo de un pozo de melaza.

—¿Qué? —preguntó Puñado de Estrellas.

—¿Por qué el asesino no hizo que los androides tomaran simplemente los lanzadores de rayos de la casa y nos mataran con ellos? Hubiera sido muy fácil. No hubiéramos tenido la menor oportunidad.

Li Po había estado escuchando. Dijo:

—Quizá al asesino le guste la vista de la sangre. O puede que desee que suframos o que pensemos que podemos sobrevivir. Tal como han ido las cosas...

—No va a detenerse —dijo Burton.

—Fracasó —dijo el chino—. Todo lo que tenemos que hacer es resucitar a nuestros amigos, y él tendrá que... Abrió mucho la boca.

—¡Oh! ¿Y si ha inhibido su resurrección?

—Exactamente —dijo Burton—. Bien, muy pronto lo sabremos.

Frigate lo sujetó por el brazo. Miró hacia atrás, y Burton se volvió para ver lo que estaba mirando. Gull se había quedado muy rezagado, subiendo muy lentamente la ladera.

—Puede que yo sea demasiado suspicaz —dijo el americano—, pero ¿no creéis que es curioso que no fuera muerto después de caer? No tengo ninguna prueba de mis sospechas, pero después de todo, él *era* Jack el Destripador. Quizá actuó sobre seguro, programó a los androides para que no le hicieran nada a él. Pudo incluso arreglar las cosas de modo que uno lo golpeará ligeramente en la cabeza si parecía que nosotros ganábamos. Odio decir estas cosas, pero no podemos seguir corriendo riesgos.

—Yo he pensado lo mismo —dijo Burton—. De todos modos, su historia puede ser cierta.

Caminaron en silencio el resto del camino. El cielo seguía siendo azul, y el sol estaba allá donde estaría a las seis de la tarde. Pensó en lo que había dicho el Sombrero Loco: «Aquí siempre son las seis en punto».

Los pájaros estaban cantando de nuevo entre los árboles, y una ardilla irritada le estaba chillando a algo, probablemente uno de los gatos de Alice. Los animales salvajes debían haberse callado asustados ante todo aquel estrépito, pero ahora que había cesado, habían reanudado su vida normal. Todo el ruido y la babel no significaban nada para ellos una vez habían pasado. Aquellas inocentes criaturas vivían tan sólo en el presente; el pasado quedaba olvidado.

Envidió su inocencia y su ignorancia del tiempo.

Hicieron una pausa para recuperar el aliento en el amplio y hermoso jardín de flores en la parte superior de la colina.

Burton escrutó el cielo, preguntándose si los sillones estarían apretándose contra las azules paredes en algún lugar ahí afuera. Seguirían haciéndolo hasta que su reserva de energía se debilitara, y entonces descenderían lentamente entre los árboles.

Entraron en la enorme casa vacía —esperaba que estuviera vacía— y registraron todas las habitaciones, las armas preparadas. Satisfechos al comprobar que nadie, humano ni androide, estaba oculto o emboscado, se dieron una ducha. Tras ponerse ropas limpias, sencillas, se reunieron en la enorme biblioteca. Por aquel entonces las píldoras antishock proporcionadas por la Computadora estaban haciendo ya su efecto. Seguían todavía muy cansados y desanimados, sin embargo. La bebida no pareció ayudar mucho. Nadie tampoco sentía hambre.

—Bien, no sirve de nada seguir demorándolo —dijo Burton, y se sentó frente a la consola de la computadora. Aunque temía hacer la pregunta, la formuló. Y lo que no deseaba oír fue lo que la Computadora, a través de la computadora, le dijo.

Los muertos, Nur, Turpin, Sophie, de Marbot, Aphra, todas las bajas, no podían ser resucitados. Alguien había inhibido su resurrección, y la Computadora no podía decir quién era esa persona.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Alice, y gimió—. Tuve a Monty durante seis días, ¡y ahora lo he perdido para siempre!

—Yo no diría para siempre —dijo Burton—. Encontraremos una forma de cancelar las prioridades. Algún día.

—Deberíamos advertir a los demás —dijo Alice.

—¿Los demás? —dijo Burton—. Oh, te refieres a los de Turpinville. Y Netley y su gente y los gitanos.

—Díselo a los gitanos —murmuró Frigate—. Olvida a los que nos arrojaron a Tom y a mí de nuestros hogares. No merecen que se les avise. Lo que se merecen... bien...

—Comprendo como te sientes —dijo Burton—, pero en un cierto sentido son nuestros aliados. El Snark, o quienquiera que sea el asesino, no se va a limitar a atacarnos a nosotros.

—¿Cómo lo sabes? —dijo Frigate.

—No lo sé, pero debemos advertirles de todos modos.

Primero probó Turpinville. Aunque la pantalla se activó, no hubo respuesta, y pudieron ver solamente una débil y difusa luz ámbar oscuro.

Burton iba a probar con Netley cuando Li Po dijo:

—¡Espera! ¡Creo que vi algo!

—¿De qué se trata? —dijo Burton, entrecerrando los ojos... como si *aquello* pudiera ayudar.

—Algo oscuro. Moviéndose —dijo Li Po. Los otros se apiñaron en torno a la consola. Ellos también entrecerraron los ojos.

—No veo nada —dijo Burton.

—Tú no tienes mis ojos de águila —dijo Li Po. Señaló—. ¡Ahí! ¿No puedes verlo? Es oscuro, y está moviéndose, aunque muy lentamente. Espera.

Finalmente, Burton pudo ver un bulto impreciso y vago. Aumentaba casi imperceptiblemente de tamaño, tomándose un tiempo casi insoportable en acercarse flotando. Pasaron unos minutos, y luego las formas del objeto se hicieron un poco más precisas. Alice jadeó y dijo:

—¡Es un hombre!

Burton pidió a la Computadora que hiciera más brillante la zona, si era posible. El fluido —tenía que ser un fluido, puesto que el hombre estaba flotando en él— se iluminó ligeramente. Pasaron más minutos, y luego pudieron ver el rostro de un negro, los ojos desorbitados y la boca muy abierta.

—No sé lo que puede haber ocurrido —dijo Burton—, pero ha tenido que ser algo horrible. La pantalla para recibir mensajes de fuera del mundo de Turpin se halla en la habitación contigua a la oficina de Turpin. Obviamente, está llena de agua o algún otro tipo de líquido.

—¡Eso es imposible! —dijo Puñado de Estrellas.

—Oh, sí, sí es posible. La Computadora puede hacer casi cualquier cosa.

—Prueba con Netley —dijo Frigate.

Burton lo hizo. Esta vez, la pantalla mostró un fluido más claro. No podían ver hasta muy lejos a su través, pero pudieron distinguir una forma algo más oscura que parecía un sofá. Cerca de él había un pequeño objeto oscuro demasiado confuso como para poder ser identificado. Pero estaba flotando. Podía ser una botella de plástico de algún tipo, medio llena quizá, y flotando a causa del aire que había dentro.

—Definitivamente otra inundación —dijo Burton.

—Pregunta a la Computadora si sabe lo que ha ocurrido —dijo Frigate.

Burton lo miró irritadamente.

—No seas estúpido. Quienquiera que haya hecho esto habrá ordenado a la Computadora que no nos diga nada.

—No lo sabes. Quizá al Snark no le importe. Quizá le guste que lo sepamos. De todos modos, si piensa que hemos de morir todos, que no va a quedar nadie para hacer preguntas, ¿por qué preocuparse por ocultar nada?

—Cualquier cosa es posible. Lamento la observación.

Burton preguntó a la Computadora si poseía grabaciones de los recientes acontecimientos en Turpinville y en el mundo de Frigate. Replicó que las tenía. Burton ordenó entonces que pasara las imágenes de Turpinville, empezando desde el momento en que el líquido había empezado a manar en el mundo.

Habían pensado que las únicas transmisiones video-audio dentro de los mundos se efectuaban a través de los equipos de la computadora dentro de los mundos privados, conectados a través de cables a los suelos de los mundos. Pero el Snark, el desconocido, había encontrado una forma de romper esa barrera de comunicaciones video-audio. Zonas seleccionadas de la pared del mundo habían sido convertidas en pantallas, y Burton y sus compañeros vieron el diluvio como hubiera podido verlo un pájaro en pleno vuelo. Observaron como las aguas de las fuentes y el río y los marjales y el lago eran reemplazadas por el líquido ambarino. Que, les dijo la Computadora como respuesta a la pregunta de Burton, era bourbon.

—¿Bourbon? —dijo Burton, y le pidió a la Computadora que repitiera su afirmación.

Era bourbon.

Las entradas de las varias fuentes de agua habían empezado a lanzar licor a gran presión. Las fuentes crecieron hasta que casi tocaron el techo de la gigantesca cámara, y el río y lagos y marjales habían empezado a aumentar su caudal de whisky.

—No dudo de que es bourbon del mejor —murmuró Burton.

Los ciudadanos de Turpinville se vieron presas del pánico pero, tras unos cuantos minutos, habían tomado todos los medios de transporte y se habían dirigido hacia la salida. Habían luchado entre sí para conseguir el centenar de sillones volantes disponibles, golpeando, pateando, apuñalando y disparando. Aquellos que quedaron atrás habían luchado por la posesión de automóviles, motos, caballos y carrromatos. Se habían metido apretadamente en el tren y se habían apiñado en los coches. Aquellos que habían conseguido sillones se habían dirigido rápidamente a la salida, sólo para descubrir que no podían abrir la puerta. La gente que iba a pie y en los vehículos de superficie se ahogaron antes de conseguir alcanzar la salida.

Si no se hubieran dejado ganar por el pánico, hubieran podido pedir a los conversores e-m que les hicieran más sillones volante y volar hasta la salida. Donde hubieran descubierto que sus esfuerzos habían sido pese a todo en vano.

Aunque el licor brotaba rápidamente, el volumen a llenar era enorme, y la superficie de la masa de fluido alcanzaba solamente una cuarta parte de la altura de las paredes. La gente en los sillones los había llevado hasta el techo, pero se habían visto abrumados por las emanaciones o habían muerto por falta de oxígeno. Algunos de ellos podían estar aún vivos; no iban a durar mucho. Aunque la inundación había cesado, no era necesario que continuara para completar su trabajo.

—¡Vaya forma de morir! —dijo Burton. Miró a los pálidos rostros.

—Supongo que debemos probar el mundo de Netley de todos modos.

Lo mismo había ocurrido allí, excepto que el licor era ginebra. De la mejor, por supuesto.

Burton anticipó que aquellos que habían muerto en ambos mundos tenían negada su resurrección por la Computadora, y acertó.

Los gitanos habían estado recorriendo un corredor que conducía al pozo de los *wathans* —quizá sólo deseaban hacerle una visita—, cuando un enorme robot sobre ruedas se había lanzado contra ellos y los había acribillado con sus pistolas lanzadoras de rayos. Diez minutos más tarde, los robots habían limpiado la sangre y se habían llevado los cuerpos para ser reducidos a cenizas en los conversores.

—Eso nos deja vivos solamente a seis —dijo Burton—. Siete, si contamos al Snark. Pero...

—¿Pero qué? —dijo Alice tras un largo silencio.

No respondió. Estaba pensando que el asesino hubiera podido terminar con ellos mucho más fácilmente si él —o ella— hubiera inundado también el mundo de Alice. ¿Qué significaba aquella diferencia? ¿Había sido tan sólo por una perversa diversión que había utilizado contra ellos a los exóticos androides, las encantadoras criaturas de dos libros de fantasía para niños convertidos repentinamente en sanguinarios monstruos?

Parecía más probable que el asesino hubiera hecho una excepción en el mundo de Alice porque él o ella fuera uno de los invitados. Y ese invitado quizá había deseado presenciar cómo sus enemigos, gente a la que él o ella debía haber odiado profundamente, eran muertos de la manera más sanguinaria.

Y ese invitado había hecho los arreglos necesarios programando a los androides para que respetaran su vida.

Conocía demasiado bien a Alice, Peter Frigate y Li Po, como para sospechar de ellos. Eso dejaba solamente a dos. William Gull, que afirmaba haber cambiado y era ahora un hombre profundamente religioso, pero que en una ocasión había asesinado a cinco mujeres. Y Puñado de Estrellas, que no tenía ningún motivo para hacer aquello... al menos por todo lo que sabía.

Sin embargo, Gull no había permanecido en la torre el tiempo suficiente como para aprender a operar la Computadora con la habilidad, no, la ingeniosidad, que necesitaba el asesino.

Puñado de Estrellas había estado estudiando a la Computadora mucho y durante mucho tiempo, pero ¿había sido capaz en un tiempo relativamente tan corto de conseguir los conocimientos que aquellos que habían estado utilizando la Computadora mucho más que ella no habían conseguido?

Era posible que hubiera un segundo Snark.

Si era así, entonces los seis estaban a merced suya.

De todos modos, era posible que uno de los seis hubiera sondeado profundamente en las potencialidades de la Computadora y hubiera aprendido cómo llevar adelante las carnicerías.

¿Por qué desearía hacer algo así ninguno de ellos?

Se levantó de la silla ante la consola y dijo:

—Tenemos que desenrollar las memorias de todo el mundo durante las últimas seis semanas.

—En este momento estoy demasiado cansado para ello —dijo Frigate. Alice, Gull y Puñado de

Estrellas protestaron también, diciendo que estaban exhaustos.

—Hagámoslo mañana, cuando hayamos descansado —dijo Alice.

—De cualquier modo, es una pérdida de tiempo —dijo Puñado de Estrellas—. Sabes que cualquiera que haya hecho todo esto —agitó una mano— habrá instalado falsas memorias.

—Sí, lo sé. Pero tenemos que hacerlo.

Permanecieron sentados allí durante una hora, sus breves y apagadas frases flotando entre largos y hoscos silencios. Finalmente Frigate dijo que iba abajo a buscar algo de comida. Los demás aceptaron hacer lo mismo, y comieron más de lo que habían esperado. Bebieron también mucho y así se animaron un poco, aunque eso no borró sus inquietudes. Burton mencionó entonces algo que había estado ocupando sus pensamientos desde que habían entrado en la casa.

—Nuestro enemigo cerró la puerta a los turpinitas y a los netleyitas. Puede hacer lo mismo en este lugar. Puesto que fracasó en su intento de matarnos con los androides, puede utilizar el método infalible de ahogarnos. Será mejor que salgamos de aquí y nos traslademos a una suite.

Hablaron sobre ello durante un rato. Finalmente, Alice, bajo sugerencia de Burton, ordenó que la puerta de la zona central fuera abierta. La pantalla les mostró que funcionaba.

—Pero eso no significa que el Snark no pueda cerrarla sobre nosotros cuando quiera —dijo Burton.

—Entonces salgamos —dijo Frigate—. El problema es... ¿cómo impedir que el Snark cierre la puerta de la suite?

—No lo sé —dijo Burton—. Pero al menos, no podrá ahogarnos.

Hicieron que el conversor e-m produjera sillones para ellos, y salieron volando al oscurecido mundo y bajo la simulada luna llena. Nadie dijo una palabra acerca de los cuerpos en el campo. No tenían tiempo de ocuparse de ellos, los cuervos, águilas y halcones los despojarían de su carne. Cuando regresaran, si alguna vez lo hacían, tendrían que hacerse cargo únicamente de los huesos.

Tras un último trago, fueron a dormitorios separados de la suite, excepto Burton y Puñado de Estrellas. Ella se arrastró inmediatamente a la cama, dijo «Buenas noches, Dick», y se quedó dormida. Él la siguió unos minutos más tarde y, contra lo que esperaba, se durmió inmediatamente. Se despertó cuatro horas más tarde, con su insomnio de toda la vida aferrándose a él como el Viejo del Mar. La mujer estaba en su lado, vuelta de espaldas a él, y roncando suavemente. Se levantó de la cama, se vistió, se dirigió a la habitación principal y obtuvo una taza grande de café. Después de que esto le arrancara parte de su laxitud, se puso a trabajar en la consola de la computadora. Cinco horas más tarde, había puesto en la Computadora todas las órdenes y prioridades en las que pudo pensar para protegerlos a todos en aquella suite. Estaba seguro, sin embargo, de que había otras. Debería preguntar a sus compañeros para ampliar la lista.

—Debería haber hecho esto hace mucho tiempo —se dijo a sí mismo.

Decidió que no iba a aguardar a que sus compañeros se levantaran para el desayuno. Cansados como estaban, podían dormir hasta el mediodía. Empezó a registrar los corredores debido a que, en aquel momento, no podía pensar en otra cosa que hacer. Empezó desde la parte superior de la torre con el hangar, revisó todo el primer nivel y luego el segundo. Eso fue rápido porque una mirada mostró que la zona circular estaba vacía, y no había vida excepto la animal en los pequeños mundos.

Su registro lo llevó hasta el nivel 60, y escrutó arriba y abajo los corredores y en las habitaciones a lo largo de ellos. Llegó al corredor cuya pared interior formaba uno de los lados del pozo de los *wathans*. Allí, sabía, era donde un observador podía ver la superficie de la masa de los *wathans*.

—¡Alto! —gritó.

Miró a la curvada pared transparente del pozo.

Las hermosas, brillantes, multicoloreadas, hinchables, deshinchables y retorcidas entidades conocidas como *wathans* habían desaparecido. El pozo estaba vacío y oscuro.

Peter Frigate fue el primero en entrar en la habitación. Se detuvo y miró a Burton, al lanzador de rayos sobre la mesa, y a la semiabierta puerta que conducía al corredor.

—¿Qué ocurre?

Li Po entró en el momento en que Burton abría la boca para responder a Frigate. Burton dijo:

—Toma primero un poco de café, Pete.

—¿Cómo te encuentras, Dick? —preguntó el chino.

—He estado de pie durante la mayor parte de la noche. Trabajando.

Li Po miró también al arma y a la puerta. Alzó las cejas, pero no hizo ningún comentario. Frigate, tras echarse un poco de café de un pote de encima de la mesa, dijo:

—Tienes un aspecto horrible. Las ojeras en torno a los ojos... pareces un mapache perverso. ¿Qué es lo que has estado haciendo?

—Me siento más que horrible —dijo Burton lentamente—. Me siento... ¿cómo os sentiríais vosotros si supierais que el fin del mundo está cerca? O quizá debería decir que el mundo ha terminado ya... para todos sus propósitos prácticos.

Frigate bebió toda la taza del café muy caliente de un sólo trago. Dijo:

—El fin del mundo ocurre a cada segundo.

Burton no sabía lo que quería decir, y no creía que valiera la pena averiguarlo. En cualquier caso, las palabras de Frigate eran tan sólo una forma de posponer las malas noticias.

Li Po dio un sorbo a su café y preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—Quizá debiéramos esperar hasta que todo el mundo esté aquí. No me gusta repetir las cosas.

—Oh, no —dijo Frigate—. Suéltalo ahora. Burton les contó que el recinto de los *wathans* estaba vacío.

Li Po y Frigate palidieron, pero no dijeron nada.

—Entonces comprobé las grabaciones corporales. Tuve que obligarme a hacerlo porque no deseaba saber lo que les había ocurrido, aunque, por supuesto, ya lo sabía. Pero necesitaba hacerlo, de modo que lo hice.

—Y... y... —dijo Frigate, ahogándose con sus propias palabras.

—Todas habían sido borradas. Todas las treinta y cinco mil millones seiscientos cuarenta y seis millones y pico. Sin excepciones. Y no ha llegado ningún *wathan* desde que hice el descubrimiento.

Li Po se sentó.

—He sufrido demasiados shocks últimamente. Tras un largo rato, Frigate dijo:

—Así que... cuando muramos, moriremos por última vez.

—Completamente.

Tras otro largo silencio —solamente una supercatástrofe podía mantener la boca de Li Po cerrada durante tanto tiempo, pensó Burton—, Frigate echó coñac en una taza medio llena de café y se tragó todo el humeante líquido. Li Po parecía como si deseara hundirse en la silla. Aquella era la primera vez que Burton lo veía rechazar una bebida.

El coñac había devuelto algo de color al americano. Bebió un poco más, esta vez solo, y dijo:

—¿El Snark ha inhibido esa función automática... Quiero decir, ya no volverán a grabarse más cuerpos a partir de ahora?

—Correcto.

—Pero si podemos sobrevivir hasta que los del Mundo Jardín lleguen aquí, podemos ser grabados de nuevo. De otro modo, nosotros también perderemos para siempre nuestras posibilidades de inmortalidad.

—Por supuesto —dijo Burton—. Pero cuando lleguen aquí, nuestro tiempo habrá terminado de todos modos. Si no estamos preparados para Seguir Adelante, nuestras grabaciones serán borradas. Y nosotros seremos borrados también.

Se levantó y se echó más café, miró la botella de coñac, y se decidió en contra.

—Inmediatamente le pregunté a la Computadora al respecto. Estaba en estado de shock, por supuesto, y me maldije a mí mismo, insulté a todos los hados, porque tan pronto como llegamos aquí procedentes del mundo de Alice, ordené a la Computadora que rechazara cualquier intento de borrar ninguna grabación corporal. Estaba previendo algo así. Pero llegué demasiado tarde. No lo supe entonces porque la Computadora, la muy idiota, no me dijo que mi orden llegaba demasiado tarde. Hubiera debido hacerlo, pero el Snark le había dicho que no ofreciera ese dato a menos que fuera preguntada directamente.

—Todos hemos estado cometiendo torpezas, haciendo las cosas demasiado tarde —dijo Frigate con un tono mustio—. A veces... Me pregunto si el Snark no habrá hecho que la Computadora maquine algún campo supresor neural, algo que amortigüe nuestras inteligencias.

—Lo dudo. Simplemente hemos estado jugando con nuestros juguetes... como niños. De todos modos —Burton alzó una servilleta y reveló una esfera amarilla del tamaño de un arándano— he estado atareado mientras vosotros dormíais. Esta es la esfera que graba un cuerpo. Hice que la Computadora duplicara una para mí. Ahora está vacía, pero deseaba ver una. Y sujetarla entre mis manos me ha permitido postular algo... una teoría, pero la única explicación a la que podía llegar y que fuera razonable. El problema es, ¿cómo pudo el Snark entrar en el mundo de Alice, en el de Turpin y en el tuyo... en el de Netley... y allí arreglar una serie de operaciones que simplemente no podían ser efectuadas desde el exterior de esos mundos?

Alice entró un minuto después. Burton tuvo que repetir su historia y aguardar a que ella se recuperara lo suficiente para poder continuar.

—En primer lugar, sin embargo, debo señalar que no creo que lo hiciera el Snark. Quiero decir que no creo que haya ningún Ético oculto en la torre. Nur eliminó a la mujer, aunque no podemos, por supuesto, estar definitivamente seguros. Pero los asesinatos en los pequeños mundos fueron hechos por uno de nosotros. Por uno de los supervivientes.

Li Po saltó de su silla y, estremeciéndose, dijo:

—¡Gull! ¡O Puñado de Estrellas! ¿Pero por qué? Burton agitó la cabeza.

—Gull pudo volver a sus antiguas inclinaciones, pero hubiera tenido que volverse loco para hacer eso. ¿Puñado de Estrellas? Hubiera tenido que volverse loca también. Si es alguno de los dos, él o ella ha sabido ocultarlo muy bien. Primero, dejadme exponer el resto de mi teoría.

—Antes de ello... y perdona la interrupción —dijo Frigate—, tenemos que tomar en consideración que puede que no sean ni Gull ni Puñado de Estrellas. ¿Y si alguien más al que nunca hemos visto es el asesino? Después de todo, Williams resucitó a Gull y a los demás implicados en los asesinatos del Destripador. Y están los gitanos. No sabemos quién los resucitó, pero sospecho que lo hizo Williams como una broma o simplemente para pincharnos un poco. O quizá lo hizo algún otro. Sea como sea, ¿y si alguien resucitó a alguna persona que era un loco destructivo, por decirlo de alguna forma, y esa persona, él o ella, es nuestro segundo Snark?

—Le pedí a la Computadora que registrara la torre en busca de otras personas. Informó que no podía encontrar a nadie. Le pedí un resumen de todos aquellos que han sido resucitados, y el número corresponde exactamente con mis cálculos. Sin embargo, la Computadora puede estar informando únicamente de lo que se le ha dicho que informe.

Frigate alzó las manos.

—¡Nada es seguro!

—Nunca lo ha sido. Sin embargo, creo que no debemos tomar en consideración un tercer grupo o grupos. Alzó la esfera amarilla.

—Así es como pienso que él... o ella... lo hizo. El asesino había ordenado hacer un cierto número de duplicados de sus grabaciones corporales en un conversor e-m.

—Nadie había inhibido esta acción hasta que yo le dije a la Computadora que no la aceptara, pero llegué demasiado tarde. Ya estaba hecho.

El Snark, el Segundo Snark, podía llamársele, había tenido oportunidad de entrar en los mundos de Turpin, Frigate y Alice. Quizá en todos los mundos y algunos apartamentos también.

—Allí el Snark puso las esferas de las grabaciones en conversores que estaban fuera del camino, que no eran usados nunca. Y las ocultó también en otros lugares de fácil acceso, y probablemente las llevaba de un lado para otro entre sus ropas.

Entonces el Snark se suicidó en la intimidad de un apartamento no utilizado. Habiéndolo arreglado todo anticipadamente con la Computadora, el Snark fue resucitado en un conversor dentro de un mundo.

—El conversor en el cual murió el Snark desintegró el cuerpo. El Snark no deseaba que nadie lo descubriera, aunque esa posibilidad fuera remota.

Una vez dentro del mundo de Alice, el Snark II hizo lo que tenía que hacer. Los androides fueron programados verbalmente cuando estaban fuera de la vista de Alice y Maglenna, o quizá fueron programados antes de que Maglenna apareciera. Puesto que el Snark tenía que ser furtivo en el proceso, indudablemente le tomó semanas completarlo.

La inundación de los otros dos mundos, sin embargo, fue ordenada desde el exterior.

—Los Éticos pensaban que estaban seguros en un cien por ciento cuando se hallaban en sus mundos privados. Por supuesto que creían que la torre era una fortaleza inexpugnable. Sabían que uno de ellos era un traidor, pero seguían sin poder concebir que pudiera causarles realmente algún daño personal.

»Pero una persona ingeniosa podía inundar los pequeños mundos ordenando que el líquido siguiera manando en su interior hasta que estuvieran completamente llenos o sus habitantes se

hubieran ahogado.

—Es posible que eso sea cierto —dijo Alice—, pero ¿cómo pudo el Snark cerrar las puertas de los mundos? ¿Y cómo pudo ver lo que estaba ocurriendo en los mundos cuando se inició la inundación? La Computadora posee órdenes de abrir la puerta únicamente a los códigos autorizados, y no transmite imágenes o ninguna comunicación excepto bajo las órdenes de sus inquilinos. Nadie puede situar una orden prioritaria sobre ellas.

—Pero podían ser eludidas por distintos medios. El Snark hizo cámaras en los mundos a los que había accedido vía las esferas de grabaciones, llevó las cámaras hasta los techos, probablemente de noche, y las sujetó allí. Comprended, la Computadora tenía órdenes de no transmitir frecuencias de ondas a través de los circuitos de las paredes excepto a través de determinados canales, pero la Computadora interpretaba esas órdenes literalmente. Tenía órdenes de transmitir las frecuencias a través de los circuitos de las paredes hasta los conversores y las computadoras auxiliares y los dispositivos de comunicación. No distinguía entre esas computadoras instaladas y autorizadas por los Éticos y las instaladas más tarde. Asumía que las adiciones eran autorizadas.

—¿Pero y las puertas? —dijo Alice.

—El Snark selló el exterior de las puertas con una sustancia que se endurecía y resistía así a los mecanismos de apertura de las puertas, que se abrían hacia afuera.

Eso significaba que el Snark había sellado las puertas mientras se estaba desarrollando la fiesta de Alice. El Snark se había matado a sí mismo o misma, había sido resucitado o resucitada en un apartamento, y luego había volado en un sillón hasta la zona central y aplicado la sustancia a las puertas de salida de dos de los mundos. Luego el Snark había ordenado que el líquido que penetraba en los mundos fuera convertido en bourbon y ginebra e iniciara la inundación. Tras lo cual, el Snark se había suicidado de nuevo, siendo resucitado o resucitada en un apartamento, y había regresado al mundo de Alice como un invitado. Allí había aguardado hasta que los androides iniciaron su predeterminado ataque. Durante la batalla, el Snark se había asegurado de que los androides no le causaran ningún daño. Sus planes no consiguieron un éxito completo, pero el Snark no se sintió desanimado por ello. Habría otras oportunidades.

—¡Ah! —dijo Li Po—. ¡Sólo aquellos que estaban en la fiesta podían ser sospechosos! Así pues... ¡Gull o Puñado de Estrellas!

—No necesariamente —dijo Frigate—. El Snark pudo ser cualquier otro, si ese otro hubiera tenido alguna oportunidad de penetrar en los mundos. Pudo ser alguno de los otros resucitados, alguien al que conocemos o al que deberíamos conocer. Podría ser mucha gente. Después de todo, no hemos visto todos los cuerpos en los mundos de Turpin, o de Netley... o mío. Deberíamos averiguar si falta alguno allí.

—Primero debemos pasar a Gull y a Puñado de Estrellas por el cedazo —dijo Burton.

Si uno de ellos era tan infernalmente listo, pensó, ¿no habría anticipado el que alguno de los otros pudiera revelarse como un Sherlock Holmes lo suficientemente listo como para reducir las sospechas a dos?

Si era así, el Snark sabría que su identidad sería muy pronto revelada.

Li Po, como si hubiera estado leyendo los pensamientos de Burton, dijo:

—¿Eso tiene algo que ver con el lanzador de rayos sobre la mesa? ¿Estás preparado para el Snark?

—Sí. Si uno de ellos cruza la puerta con un arma en la mano, no me va a coger por sorpresa.

—Tengo la impresión —dijo Alice— de que el que fuera podría matarse... y ser resucitado en algún otro lugar. ¿Qué es lo que impide al Snark aparecer por ahí? —señaló hacia la puerta abierta al corredor.

—Ah, eso —dijo Burton—. Bien, entiende, he copiado el *modus operandi* del asesino. Muy temprano, esta mañana, he sellado las puertas de Gull y de Puñado de Estrellas.

Burton no tenía que decirles lo que iba a suceder. El o la culpable se vería imposibilitado de salir, y no pasaría mucho tiempo antes de que se diera cuenta del porqué. La única escapatoria era la ruta que el Snark había tomado tan a menudo. Suicidarse y ser resucitado en otro lugar.

—¿Qué ocurrirá si el Snark finge inocencia y nos pide que le dejemos salir? —preguntó Frigate.

—No lo vamos a hacer. Más pronto o más tarde, el Snark saldrá.

La excitación inmediata había levantado algo sus ánimos del shock de descubrir que los *wathans* habían desaparecido y las grabaciones habían sido borradas. No estaban concentrándose en la aterradora realización de que iban a estar muertos para siempre la próxima vez que murieran. O que aquellos que aún seguían vivos en el Valle no podrían volver a ser resucitados de nuevo después de que murieran. O de que todo lo que habían sufrido para llegar hasta allí había sido en vano.

No, pensó. No había sido en vano, no había sido un tiempo perdido. Hemos vivido mucho más tiempo del que creíamos cuando morimos en la Tierra. Nuestros cuerpos juveniles fueron restaurados, y luchamos y amamos con todo el vigor de la juventud y la salud perfecta. Vivimos ansiosamente, fuimos activos, y trabajamos duramente en pos de una meta. Valió la pena. Y si podemos vivir hasta que los del Mundo Jardín lleguen, nosotros... no. Esta fase del proyecto será eliminada, y nosotros deberemos morir para dejar sitio a los que tienen que venir a continuación.

Se ocuparía de aquello cuando llegara el momento. Por ahora, lo único que había que tomar en consideración era el Snark.

—La pantalla —dijo Frigate.

Burton se levantó y se dirigió a la consola del rincón. Gull miró desde la pantalla. Viendo a Burton, dijo:

—Buenos días. No sé lo que ocurre, pero la puerta no se me abre.

—Qué extraño —dijo Burton—. ¿Has preguntado a la Computadora por qué?

—Naturalmente, pero dice que no lo sabe.

—Veremos lo que podemos hacer al respecto —dijo Burton—. Mientras tanto, no tienes por qué morirte de hambre. Pide un desayuno, y mientras investigaremos.

Cuando la pantalla se apagó, Burton pidió que la pantalla de su dormitorio fuera activada. Mostró inmediatamente la habitación —Burton no había estado seguro de que no hubiera sido desactivada—, y vio que la cama no estaba ocupada. Puñado de Estrellas no estaba a la vista, pero podía haber ido al cuarto de baño. Verificó que su voz pudiera ser transmitida, y la llamó fuertemente. Aunque repitió su nombre varias veces, no obtuvo respuesta.

—Se ha ido.

—¿Dónde está su cuerpo? —dijo Frigate.

—No lo sé —dijo Burton—. Tendremos que averiguarlo.

Se dirigieron hacia el dormitorio, todos armados con lanzadores de rayos. Burton y Li Po los utilizaron para quemar el agente sellante. Como fuera que el humo tenía un olor ácido que les hacía toser, tuvieron que detenerse varias veces para dar al aire acondicionado tiempo suficiente para absorber el humo. Cuando los últimos restos de la brillante sustancia violeta hubieron desaparecido, Burton pronunció el código, y la puerta se abrió. Cautelosamente, entró el primero, el lanzador de rayos preparado. El dormitorio y el cuarto de baño estaban vacíos.

—Debe haberse matado metiéndose en el armario del conversor y haciendo que éste la incinerara —dijo Frigate.

—Eso haría su desaparición más misteriosa —dijo Burton—. Me pregunto dónde puede estar ahora.

—No parece sorprendido, Dick —dijo Alice.

—No. No creía que Gull hubiera tenido tiempo de aprender lo suficientemente bien cómo operar la Computadora como para hacer todo lo que había hecho el Snark.

—¡Por el amor de Dios! —dijo Frigate—. ¿Por qué *haría* ella eso? ¿Qué tenía contra nosotros? ¡Debía odiarnos! ¡A todos! ¿Por qué?

—Creo —dijo Li Po— que siempre fue una mujer muy triste detrás de ese alegre rostro suyo. Tuvo una mala vida, pasó por muchos malos ratos, tantos al menos que creía que su vida había sido toda ella mala, demasiado horrible como para seguir soportándola. Sufrió mucho, fue violada y abusaron tantas veces de ella, y el ataque de Dunaway fue simplemente demasiado. Creo... podría estar equivocado, pero lo dudo... que decidió que todos nosotros estaríamos mejor muertos. *Ella* estaría mejor muerta. *Todo el mundo* debería estar muerto. Me dijo más de una vez que lamentaba haber sido resucitada, que era horrible que una no pudiera hallar refugio ni siquiera en la muerte. ¿Te dijo alguna vez algo así a ti, Dick?

—Varias veces.

—Tenía que haber más que eso —dijo Frigate—. Si deseaba estar muerta para siempre, todo lo que tenía que hacer era borrar su propia grabación.

—No está cuerda —dijo Burton—. Puede que tenga en mente el que lo está haciendo todo a fin de que todo el mundo se asegure el no tener que sufrir como ella lo hizo. También supongo que desea asegurarse de que aquellos que hacen sufrir a los demás no puedan seguir haciéndolo.

Se sentía consternado, más impresionado por lo que ella había hecho que por cualquier otra cosa que jamás hubiera experimentado. Pero no la odiaba. Aunque había cometido el pecado más grande del mundo, el irrevocable e imperdonable pecado, no podía odiar a aquella trastornada sufridora. Sentía piedad por ella. De hecho, sentía dolor por ella. Pero tendría que matarla. Nadie estaría a salvo hasta que ella estuviera muerta, y le haría el más grande de los favores librándola de su desdicha.

Estaba seguro de que ella planeaba terminar finalmente con su propia vida, pero no hasta después de que todos los que quedaran en la torre hubieran muerto. Suponía que hubiera deseado encargarse también de todos los que quedaban en el Valle, pero aquello estaba más allá de sus posibilidades.

Tendría que sentirse satisfecha sabiendo que finalmente terminarían muriendo todos.

—¡Tonterías!

—¿Qué? —dijo Alice.

—No tenemos ni la más ligera idea de lo que está pasando realmente por esa mente retorcida. Aunque no importa si la tenemos o no. Lo que importa es que debe ser detenida.

Sonó un fuerte campanilleo. Burton se sobresaltó, aunque había estado esperando el sonido, y se dirigió a la consola. La pantalla estaba ofreciendo un diagrama de la sección de un nivel de la torre y una pequeña luz brillantemente naranja moviéndose a lo largo de uno de los corredores. En la esquina de la pantalla podía leerse: nivel 4, corredor 10.

Los otros se habían apiñado tras él. Frigate dijo:

—¿Qué ocurre ahora?

—Seguramente acaba de abandonar la habitación en la cual ha sido resucitada —dijo Burton—. La habitación debía estar pintada, por supuesto, de modo que la exhibición de su pasado no fuera visible para ella, y supongo que la Computadora lo muestra únicamente cuando puede ser visto por el sujeto. Lo que hice fue pedirle a la Computadora que me mostrara dónde se hallaba la exhibición de su pasado. Indudablemente Puñado de Estrellas le había ordenado a la Computadora que no revelara su presencia permitiéndonos sondear los pasillos cerca de donde se halla. Pero una cosa que no puede hacer es impedir que su pasado la acompañe tan pronto como abandone la habitación.

—Ella es inteligente —dijo Li Po—. Pronto se dará cuenta de que tú puedes estar rastreándola a través de la exhibición de ese pasado. Lo que nosotros podemos hacer, también puede hacerlo ella. Le pedirá a la Computadora que le muestre las nuestras.

—Sí —dijo Burton—, pero lo bueno de la Computadora es que aquel que llega primero con su orden puede inhibir las órdenes del otro. Le he dicho que no le muestre dónde estamos nosotros.

—Ella lo sabrá cuando la Computadora no se lo muestre —dijo Li Po—. Eso la hará ser muy cautelosa.

—Lo será de todos modos —dijo Burton—. Pete, ve a quemar el sello de la puerta de Gull. Explícale lo que ha pasado, dale un lanzador de rayos. Necesitaremos a cualquiera que pueda colaborar.

Frigate parecía reluctante a marcharse, pero lo hizo inmediatamente.

—No podemos seguir en este lugar —dijo Burton—. No puede sellarnos la puerta mientras ésta permanezca abierta, pero puede pensar en alguna otra cosa... una máquina robot que nos dispare automáticamente en el momento en que asomemos nuestras cabezas por ella, por ejemplo... así que no vamos a quedarnos.

La luz naranja se detuvo en un pozo, el VC-A3-2.

—Eso conduce hacia arriba hasta nuestro corredor —dijo Burton—. No tenemos mucho tiempo.

Se levantó de la silla de la consola y cruzó la puerta que conducía al pasillo de los dormitorios. Frigate acababa de fundir la materia sellante y estaba aguardando a que se disipara el humo. La puerta de la habitación de Gull se abrió de par en par. Burton gritó:

—¡Dile que contenga el aliento y salga inmediatamente de ahí!

Los otros se dirigieron a sus dormitorios y tomaron sus armas y cápsulas extra de energía. Burton observó la pantalla mientras los demás se atareaban en eso. Cuando estuvieron todos de vuelta en la habitación principal, les dijo lo que debían hacer. Gull estaba confuso y no sabía todo lo que había ocurrido, puesto que Frigate solamente había tenido tiempo de hacerle un brevísimo resumen. De todos modos, asintió cuando Burton lo asaetó con unas rápidas instrucciones, y echó a correr.

Todos abandonaron el apartamento, y Burton hizo que la Computadora cerrara la puerta. El apartamento estaba a medio camino del corredor entre dos pozos ascensor. Puñado de Estrellas se hallaba en el piso cuatro, en la entrada del pozo a su derecha, cuando abandonaron el apartamento. Se apresuraron corredor abajo, en dirección al pozo, mientras Alice se quedaba atrás y entraba en un apartamento a la derecha. Allí se quedaría en la zona oscura junto a la puerta, que dejaría entreabierta. Desde allí podría cubrir la entrada del pozo, a unos ciento cincuenta metros de distancia.

Los cuatro hombres se separaron cuando llegaron a un cruce. El pozo ascensor estaba en el centro del cruce, y había enormes entradas en cada esquina para permitir el tráfico de máquinas grandes. Podía entrarse en el pozo por cuatro lados. Li Po y Gull se dirigieron a la derecha y tomaron posiciones en el corredor lateral detrás de puertas parcialmente cerrados a unos treinta metros del pozo. Burton siguió corredor abajo y entró en una habitación a unos treinta metros del pozo. Frigate tenía que dirigirse a la izquierda en la intersección y ocupar su puesto tras una puerta a unos sesenta metros del pozo.

Cuando Puñado de Estrellas abandonara el pozo en aquel nivel, sería el blanco del fuego cruzado de cinco lanzadores de rayos.

La habitación de Burton estaba a oscuras excepto el débil resplandor de la pantalla de la consola de la computadora. Observó la luz naranja, aguardando a que penetrara en el pozo y ascendiera hacia el tercer nivel.

—Se está tomando realmente su tiempo —murmuró. ¿Qué era lo que estaba haciendo? ¿Intentando imaginar todas las posibles trampas? ¿O acaso había perdido los nervios?

Muy temprano aquella mañana, Burton había tomado unos cuarenta kilos de explosivo plástico del conversor e-m. Utilizando su sillón volante para subir hasta la parte superior de las puertas de siete pozos ascensor y a lo largo de sus costados, trabajando furiosamente, había apretado el explosivo alrededor de las entradas de los pozos más cercanos. No había aplicado el plástico a la parte inferior de las entradas porque probablemente Puñado de Estrellas lo vería antes de salir. Cuando hubiera abandonado el pozo, aunque viera el plástico en los lados, sería demasiado tarde para escapar. Fulminantes de proximidad harían estallar el explosivo.

Era posible que aquello fuera inútil, puesto que ella podía tomar un pozo más distante. Pero si pasaba cerca de una abertura minada, podía provocar igualmente la explosión.

Miró por el corredor al otro lado de la abertura del pozo. Luego volvió su vista a la pantalla. ¡Ah! La luz naranja estaba ascendiendo por las líneas que señalaban el pozo cerca del cual aguardaban.

Se agazapó junto a la puerta. Unos segundos más tarde, un vehículo transparente, en cuyo centro estaba sentada Puñado de Estrellas, apareció ascendiendo a plena vista. Se detuvo, suspendido en

medio del pozo, permitiéndole verlo en todos sus detalles. Era muy parecido al sillón blindado que él mismo había construido, excepto que disponía de lanzadores de rayos más potentes que el suyo.

Sólo pudo ver la espalda de la mujer hasta que ella volvió un poco la cabeza, permitiéndole examinarla de perfil. Era inexpresiva.

El blindaje resistiría por un tiempo los rayos de un lanzador a toda potencia. Sólo si el rayo podía ser mantenido un cierto tiempo sobre el mismo punto llegaría a penetrar el blindaje. Y Puñado de Estrellas mantendría su vehículo en movimiento.

Lo más descorazonador era que, si resultaba muerta, sería resucitada en algún otro lugar de la torre. Cualquier victoria de sus enemigos sería tan sólo una media victoria para ellos y un retraso temporal para ella. Sin embargo tenían que luchar, con la esperanza de atraparla antes de que pudiera matarse o resultar muerta. O la de encontrar todas sus esferas de grabaciones y dejarla finalmente en la misma situación en que encontraban ellos: que la siguiente muerte fuera la muerte definitiva.

Burton había esperado que Puñado de Estrellas apareciera en un vehículo blindado, y había confiado que su blindaje absorbiera tan sólo la suficiente cantidad de onda expansiva como para dejarla sin sentido. Era por eso por lo que había rodeado cada entrada solamente con 1'43 kilos de explosivo. De todos modos, no estaba seguro de que no fuera aún demasiado para lo que quería.

—¡Adelante! —dijo—. ¡Adelante! ¿A qué estás esperando?

En el momento en que el vehículo avanzara desde el centro del pozo hacia la abertura, él retrocedería y, apretando los dedos contra sus oídos, se pegaría a la pared fuera del camino de la onda de choque directa. Los demás harían lo mismo.

Finalmente, Puñado de Estrellas se decidió. Había mirado al corredor directamente frente a ella y visto que todas las puertas de las suites estaban abiertas excepto una. Sabía que aquella puerta era la de Burton, y esperaba que supusiera que los cinco estaban dentro. Su rápido examen de los otros corredores que formaban ángulos rectos con el que tenía delante le había mostrado que todas las demás puertas a ambos lados estaban abiertas. Así era siempre en todos los lados de la torre.

Satisfecho al ver que se encaminaba hacia la salida, Burton retrocedió unos cuantos pasos de la puerta. Luego perdió el conocimiento; nunca oyó la explosión.

Cuando volvió en sí, sus golpeados sentidos aún no recuperados del todo, estaba tosiendo en medio de la ardiente humareda que le rodeaba. Se sentó, apoyando la espalda contra la pared, e intentó ponerse en pie, pero no lo consiguió. Sus fuerzas le habían abandonado, y sus sentidos estaban tan dispersos como unos excursionistas domingueros ante la repentina aparición de un oso. Cuando consiguió ponerse finalmente en pie, cruzó tambaleante la habitación, cuyo aire empezaba a aclararse un poco a medida que los acondicionadores absorbían el humo. La pantalla seguía brillando, mostrando la pequeña esfera naranja avanzando hacia él por el corredor perpendicular al suyo. Se dio cuenta vagamente de que allí era donde estaban apostados Li Po y Gull.

Al menos, sabía quién era él y dónde estaban él y los demás. Sus movimientos eran lentos, sin embargo.

—Salid de ahí, atrapadla —dijo. Sus labios se habían movido conjuntamente con su pensamiento, pero no pudo oír su propia voz, del mismo modo que no podía oír las voces de sí mismo y de Isabel, su esposa terrestre, en la exhibición de su pasado en la pared al lado de la puerta.

Cuando consiguió alcanzar la puerta, podía pensar ya con la suficiente claridad como para saber que algo había ido mal. La explosión había sido mucho más violenta de lo que hubiera debido ser. ¿Era posible que hubiera calculado tan mal, o se había producido algo imprevisto?

Se miró a sí mismo junto a la puerta, se dio cuenta de que había dejado caer el lanzador de rayos, retrocedió para recogerlo, y regresó a la entrada. El humo era ahora un velo tenue. Pudo ver las esparcidas piezas del vehículo en el suelo. La esfera había sido hecha de algún material inastillable. El explosivo que rodeaba la abertura más cercana a Burton había desaparecido. Probablemente, una pieza de la máquina había salido disparada hacia aquella abertura y había activado el fulminante. La explosión adicional había doblado el efecto de la onda de choque, pero incluso así aquello no era suficiente para explicar la violencia que lo había dejado sin sentido.

El vehículo debía haber contenido también una apreciable cantidad de explosivos, que habían estallado también cuando la trampa de Burton entró en erupción. O quizá fuera una coincidencia que los explosivos en el vehículo hubieran estallado en el momento preciso en que el vehículo cruzaba la entrada del pozo.

La cosa que operaba el vehículo había sido un androide, el duplicado exacto de Puñado de Estrellas, que ésta había enviado por delante para ser sacrificado.

La cabeza de Burton seguía doliéndole. Sus pensamientos habían estado ascendiendo una empinada ladera, luchando por alcanzar la cima, donde pudieran reafirmarse y volver a ser una fuerza potente. La mayoría de ellos habían alcanzado ya esa cima, pero todavía no se habían organizado. ¿Por qué la exhibición del pasado había acompañado a la mujer falsa y no a la auténtica?

Lentamente, se le ocurrió que ella debía haber hecho salir primero al androide. Y la idiota de la Computadora, identificándolo como la auténtica Puñado de Estrellas, había enviado la exhibición de su pasado con él. Entonces la auténtica mujer había salido de su escondite... debía haber ocultado sus rasgos con una capucha o una máscara... y había subido por un pozo no minado.

Y allí estaba, girando la esquina de la intersección del corredor donde estaban apostados Li Po y Gull. Iba, como era de esperar, dentro de una máquina volante esférica blindada, un duplicado de la del androide. Si había ido enmascarada, no lo iba ahora. Al contrario del androide, su rostro era expresivo, exhibiendo una sonrisa demoníaca en unos labios que se agitaban lentamente, como si estuviera hablando consigo misma.

La máquina llegó al centro del corredor justo más allá de las paredes del pozo —podía ver a través de sus aberturas— y se detuvo, luego dio un cuarto de vuelta para enfrentarse al otro corredor. ¿Qué les había ocurrido a Li Po y Gull? ¿Estaban aún inconscientes por la explosión? ¿O la habían atacado estúpidamente cuando ella pasó por su lado? No tenía forma de saberlo; seguía sordo a cualquier sonido.

La máquina, moviéndose a unos dos metros por encima del suelo, llegó delante de la puerta cerrada. Se detuvo y se giró. Una especie de cañón brotó de una caja debajo del asiento, atravesó un orificio en la esfera, y escupió líquido violeta. Los procesos mentales de Burton seguían siendo aún torpes; hubiera debido reconocer inmediatamente el fluido como sellante. Estaba emparedando a la gente que creía que se hallaba aún en la suite. O, aunque no estuviera segura de que estaban allí, debía realizar aquella operación de todos modos.

Vio la oscura cabeza de Alice asomarse por su entreabierta puerta. Retrocedió inmediatamente después de echar una muy rápida mirada. Puñado de Estrellas, enfrascada en mover el vehículo a lo largo de los lados de la puerta de la suite de Burton, no la vio.

Podía distinguir una mancha brillante en la pared al lado de Puñado de Estrellas. Debía ser la exhibición de su memoria. La Computadora, después de que el androide desapareciera en la explosión, había pasado la imagen a la auténtica mujer. Ahora que estaba acercándose a su asesino objetivo, no le importaba que supieran quién era. Quizá deseaba que lo supieran, a fin de que se aventuraran a salir y atacarla.

Li Po, con un lanzador de rayos en la mano, apareció a la vista de Burton. Viendo a la mujer, retrocedió. Era una suerte que Puñado de Estrellas no lo hubiera visto ni a él ni a su pasado, que debía haber aparecido en la pared opuesta.

Había una pequeña cámara de televisión montada en la parte izquierda del vehículo. Puñado de Estrellas debía estar en comunicación con la Computadora, y debía estar utilizándola para averiguar si los cinco estaban libres y, si lo estaban, para seguir su rastro.

Por aquel entonces, el líquido violeta se había endurecido lo suficiente sobre la puerta y la zona de la pared que la rodeaba. Burton esperaba que ella regresara con su máquina por el mismo camino por el que había venido, pero no fue así. En vez de ello, empezó a repetir la operación de sellado. Evidentemente, deseaba que la puerta quedara doblemente inamovible.

Burton tenía un minuto, quizá dos, antes de que ella empezara a buscar. Se dirigió al conversor e-m y le dio instrucciones a la Computadora. No le preocupaba el que Puñado de Estrellas pudiera estar escuchando o fuera capaz de saber sus actividades o localización en aquel momento. Hacía tiempo que le había ordenado a la Computadora que no le revelara a ella nada acerca de él o de sus compañeros. Puñado de Estrellas podía hacer registrar todas las habitaciones de la torre, y no obtendría ninguna imagen de aquélla. De todos modos, la negativa de la Computadora de registrarla le proporcionaría un conocimiento negativo. Si él no estaba en las habitaciones registradas, entonces debería estar en una de las otras.

Abrió el conversor, se inclinó, y recogió con una mano una masa pastosa y gris, un kilo y medio de explosivo plástico. Tras llevarlo a la puerta y colocarlo en el suelo, regresó al conversor. Cerró su puerta; dos segundos más tarde, la abrió. El fulminante de proximidad estaba en su suelo. Volviendo a la puerta de la habitación, insertó la larga y delgada varilla de metal que surgía de la pequeña caja metálica en el centro de la masa.

Activó el fulminante con la voz, y miró de nuevo al exterior.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó. De alguna forma, Puñado de Estrellas había averiguado que Alice estaba en la otra habitación, quizá mediante un detector de calor-y-sonido. Alice había hecho lo único que podía hacer, cerrar la puerta con un código. Y Puñado de Estrellas la estaba sellando.

Burton saltó de detrás de la puerta, apuntó el lanzador de rayos, y vio el rayo, una brillante línea escarlata con un diámetro de cinco milímetros, brotar del bulbo al extremo de su arma y golpear contra el lado de la esfera transparente. Si el rayo hubiera conseguido atravesar el blindaje, hubiera atravesado la cabeza de Puñado de Estrellas cerca de su oreja izquierda. En vez de ello, la protección empezó a brillar en aquel punto, y la mujer lo vio inmediatamente. Accionó un control en

el tablero de mandos junto a su mano derecha. El vehículo, girando, se apartó de la puerta, se detuvo, y se lanzó contra Burton.

Burton se volvió y corrió cerca de la pared, esperando que la segunda puerta lo bloqueara de la vista de la mujer. Si podía evitar ser alcanzado, si ella llegaba junto a la puerta en el momento en que estallara el explosivo, si él podía meterse por la siguiente puerta antes de que lo hiciera... deseaba mirar hacia atrás para calcular la velocidad del vehículo. Puñado de Estrellas podía haber acelerado hasta el punto de pasar junto a la trampa antes de que estallara. Pero no podía permitirse mirar hacia atrás porque eso lo frenaría, y de todos modos tampoco podría hacer nada.

Se aferró al borde de la puerta y giró con tanta fuerza que su hombro izquierdo golpeó contra el marco y casi le hizo dar media vuelta completa. Dos rayos escarlatas pasaron junto a la puerta. Probablemente, otros rayos debían haberla golpeado. No importaba, pensó. Estoy dentro. Otra onda de choque lo derribó, pero esta tenía mucho menos impacto que la primera.

Se puso de nuevo en pie, rezando, y aferrándose al borde de la puerta miró a su alrededor. Puesto que no había mucho humo, pudo ver claramente al vehículo contra la pared opuesta a la puerta donde había situado la carga. La explosión lo había arrojado a través del corredor y lo había aplastado contra la pared. Puñado de Estrellas estaba inconsciente. Burton observó mientras el vehículo recuperaba su velocidad original, rozando contra la pared metálica, y colisionaba contra la pared en la próxima intersección. Allí se detuvo.

Li Po y Frigate, con los lanzadores de rayos preparados, aparecieron corriendo y se detuvieron junto a Burton.

—Le puse una trampa explosiva —dijo éste—. Pero tenemos que sacarla de ahí antes de que vuelva en sí.

—¿Dónde están Alice y Gull?

—No hay tiempo para eso —dijo Burton—. Pete, ten preparada la hipodérmica. Po, tú ven conmigo.

Frigate extrajo la hipodérmica de la caja sujeta a su cinturón. Mientras Burton mantenía el rayo de su lanzador enfocado firmemente en un punto del blindaje, el chino corrió hacia la habitación más cercana para ordenar al conversor los componentes de una escalera de mano para poder subir hasta el vehículo. Burton deseaba atraparla con vida, pero esperaba que, si ella mostraba señales de recuperarse, el agujero estuviera ya practicando a través del blindaje para poder hacerle también un agujero en su cuerpo.

Sin embargo, Li Po regresó rápidamente, y quemaron los cierres del blindaje mientras ella seguía todavía inconsciente. Burton se arrastró dentro del vehículo, tomó la hipodérmica de Frigate, le inyectó la droga en el brazo, y manejó los controles bajando el vehículo hasta el suelo. Trasladaron a la mujer al interior de la habitación más cercana, la colocaron sobre una cama, la ataron, registraron sus ropas, y luego la metieron en el conversor a fin de que la Computadora pudiera sondear su sistema neural. Informó que su cerebro era demasiado complejo para ser un androide.

—Diría que ya la tenemos —murmuró Burton—. Sólo que... ¿y si ella ha anticipado esta posibilidad y ordenado a la Computadora que dé un informe falso? Ella seguiría con vida en algún otro lugar de este laberinto.

—No creo que ella haya tomado en cuenta esa posibilidad —dijo Li Po—. Debe haber creído que era invulnerable en su vehículo blindado. Uno ha de creer algunas cosas por la fe.

—No, yo no.

Aunque pensaba que Li Po tenía razón, su intención era registrar minuciosamente toda la torre. Hasta entonces no se sentiría seguro respecto a ella.

Dejando a Frigate para que vigilara a la mujer, Burton y Li Po quemaron el sellante de la puerta de Alice. Aunque no histérica, Alice necesitó la ayuda de un buen trago para tranquilizar sus nervios. Había pensado que podía quedar aprisionada en la habitación para siempre, o al menos por un tiempo que para ella le hubiera parecido una eternidad.

En el camino de vuelta a la habitación donde se hallaba Puñado de Estrellas, vieron el cuerpo de Gull tendido boca arriba en el suelo del corredor. Li Po explicó que Gull había sido alcanzado por un rayo del vehículo mientras Puñado de Estrellas estaba persiguiendo a Burton.

—Debió abandonar su habitación justo en el momento en que yo me zambullía de cabeza en la mía —dijo Li Po—. No sé por qué lo hizo. Acababa de decirme en el momento en que ocupamos nuestras posiciones que no iba a poder utilizar su lanzador de rayos. Una cosa era matar androides porque al fin y al cabo no eran seres humanos, pero se veía incapaz de disparar contra Puñado de Estrellas.

—Hubiera debido decirlo antes y quedarse con Alice —murmuró Burton.

—Imagino que probablemente salió al corredor para intentar discutir con Puñado de Estrellas —dijo Li Po—. Estaba tan loco como ella.

Tras conferenciar, decidieron que sería una crueldad encerrar a Puñado de Estrellas en una habitación con la esperanza de curar su locura. Preguntando a la Computadora, averiguaron que las técnicas criogénicas de los Éticos superaban con mucho a las de la Tierra. Podía ser congelada instantáneamente sin el menor daño para sus tejidos, y así se hizo. Puñado de Estrellas aguardaría en su urna hasta que llegaran los del Mundo Jardín.

Tras un día de descanso, iniciaron su registro. La primera habitación a la que acudieron fue aquella que ella había abandonado cuando había iniciado su operación de liquidarlos a todos. La Computadora no les dio directamente su localización, pero les ofreció sin ningún problema la grabación del paso de la luz naranja en los diagramas. La entrada a la habitación del nivel ciento dieciséis —los Éticos contaban los pisos a partir del techo en vez de a partir del suelo— fue fácil. Puñado de Estrellas no había cerrado la puerta, porque había pensado que sólo ella quedaría con vida una vez hubiera cumplido con su misión.

Penetraron cautelosamente en una habitación muy grande con pasillos yendo en ambas direcciones. Había cinco habitaciones en cada pasillo, todas menos una con las puertas cerradas, que no se abrieron a petición de Burton. Aunque no podía entrar en ellas, sí podía ver lo que había dentro pidiéndole simplemente a la Computadora que conectara sus pantallas visoras. Deseó no haber sido tan curioso.

El único de los prisioneros, todos masculinos, uno en cada habitación, que reconoció fue a Dunaway, el hombre que había violado a Puñado de Estrellas en Turpinville. Los otros eran tres chinos, dos caucasianos, un amerindio, dos negros, y un neanderthal. Li Po conocía a uno de los

chinos.

—Es Wang Chih Mao, un oficial del emperador. Lo conocí una vez. Más tarde Puñado de Estrellas me habló de él. Es el hombre que la violó cuando tenía diez años.

Cuatro de ellos estaban farfullando incoherentemente. Dos parecían hallarse a punto de volverse locos. Dunaway era uno de los dos que se habían refugiado en la catatonia. El noveno estaba oculto bajo la cama, y no salió cuando Burton lo llamó vía pantalla.

Burton observó la exhibición de sus pasados en los techos, suelos y paredes de todas las habitaciones. Una y otra y otra vez, tal como las habían visto los ojos de Puñado de Estrellas, las violaciones eran mostradas en enormes pantallas, en vividos colores, y a todo volumen. Los hombres podían escapar a aquellas imágenes solamente a través del sueño, que no debía acudir muy fácilmente, de la locura, o de la muerte. El suicidio era casi imposible. Estaban desnudos, de modo que no podían ahorcarse con sus ropas. Sus conversores únicamente les facilitaban pan, carne sin huesos, y verduras. Excepto sus camas, que consistían solamente en un armazón y un colchón, no había ningún mueble. Los cuartos de baño tenían un water sin asiento y un grifo de agua fría encima de un pequeño lavabo. No había jabón, ni toallas, ni papel higiénico. Alice se estremeció.

—Obtuvo su venganza. ¡Horrible!

—Justicia poética —dijo Frigate—. Conseguida con la ayuda de la ciencia.

—No hay nada que podamos hacer por ellos —dijo Burton—. A menos que podamos cortar la energía de los conversores y dejar que mueran de hambre.

Preguntada, la Computadora dijo que no podía hacer eso sin la autorización de Puñado de Estrellas.

No encontrando nada revelador en la habitación principal ni en el dormitorio de Puñado de Estrellas, empezaron a registrar las zonas que la Computadora se negó a rastrear por ellos. Aunque encontraron doce de ellas, no pudieron entrar en las habitaciones que sabían estaban detrás de puertas cerradas o paredes en blanco. Al cabo de tres semanas desistieron. Había todavía otro lugar que investigar, la enorme cámara de prerresurrección profundamente enterrada bajo el suelo en la cual Burton había despertado hacía ya tantos años. Pero no pudieron entrar en ella.

—Puñado de Estrellas tampoco pudo —dijo Burton.

Ahora que el problema más importante estaba fuera de su camino, tenían que considerar su futuro. No podían salir de la torre, y tampoco podían traer a ella ni amantes ni compañeros. Eran tres hombres y una mujer que solamente se tenían los unos a los otros.

Los años que tenían por delante, pensó Burton, no eran solamente sombríos. El futuro era una Siberia psíquica, un Período Glaciar emocional. Era cierto que los cuatro se conocían íntimamente desde hacía muchos años y habían pasado por muchos momentos difíciles juntos y habían trabajado como un excelente equipo —ninguno mejor— en la persecución de sus fines. Podían seguir adelante sin temor a sufrir las abrasiones que normalmente sufre la gente cuando vive una existencia cerrada y de constante contacto, pero finalmente sabían que iban a terminar odiándose los unos a los otros. Iban a necesitar más que una comunidad de cuatro. Iban a necesitar amantes y buenos amigos y el contacto ocasional con nuevas personas.

—No sólo de pan vive el hombre —había dicho en una ocasión un hombre sabio. También podía

haber dicho que nadie vive, vive realmente, sin otros con quienes hablar, sin muchos otros.

Cuando los del Mundo Jardín llegaran, los cuatro serían personas retorcidas, excéntricas, chifladas. Extrañas. Sorprendentes ermitaños. Locos.

También estaba el problema de las relaciones sexuales. Alice no iba a aceptar a los tres como amantes, ni siquiera a uno. Alice creía con firmeza que para ser el amante de una persona debías amarla realmente.

Una tarde, los hombres estaban sentados en el balcón del castillo en el mundo de Burton, donde todos estaban viviendo aquel mes. El sol artificial estaba a diez grados por encima del artificial horizonte occidental, y estaban bebiendo mientras aguardaban a que Alice se reuniera con ellos. Li Po había dicho que cuanto más tiempo pasaba, menos repulsiva le parecía la idea de hacer hermosas mujeres androides programadas como compañeras de cama.

—Sabrás que no son realmente humanas, que son menos que subnormales —dijo Frigate—. No podrás hablar con ellas como lo harías con una auténtica mujer. Sabrás que su pasión es simulada, mecánica e inconsciente. De acuerdo, conseguirás alivio sexual. Pero eso no es suficiente.

—Cierto —dijo Li Po—, pero es mejor que nada.

—¿De veras? —dijo Burton.

Alice apareció entonces en el balcón. Los hombres abandonaron el tema, no porque Alice se hubiera sentido azarada por su naturaleza sino porque se hubiera sentido trastornada por el hecho de que ella no podía hacer nada por ayudarles. Hablaron de lo que habían conseguido con sus estudios aquel día, Burton con sus investigaciones de los dialectos que habían formado el núcleo original de los lenguajes semíticos, Li Po con sus estudios del inglés y el francés a fin de poder leer su poesía, Frigate con su estudio de todas las películas que habían llegado a realizarse en la Tierra (o al menos habían sido conservadas por los Éticos), y Alice con su recién descubierta pasión por la pintura al óleo.

Durante la cena, servida por androides, hablaron del aún no resuelto misterio del asesinato de Loga y la identidad de la mujer a la que Nur había matado.

Burton apartó su silla de la mesa, tomó un cigarro del bolsillo de su camisa, y dijo:

—Hubiera dedicado la mayor parte de mi tiempo a dilucidar esos enigmas si hubiera creído que realmente podía sacar algo en claro. Pero estoy convencido de que la Computadora no va a, no puede, permitirnos ni siquiera meter un pie en la puerta, por decirlo de algún modo. Nunca lo sabremos hasta que lleguen los del Mundo Jardín, y quizá ni siquiera entonces.

—No vais a tener que aguardar tanto tiempo. Alice gritó. Burton jadeó, echó hacia atrás su silla, y se levantó para enfrentarse al hombre que había hablado.

Loga, sonriendo, estaba de pie en la entrada del comedor.

Loga había perdido su apariencia de pavo gordo. Sus ropas, un faldellín azul celeste, una túnica abierta amarilla con dragones azules, y unas sandalias azules, mostraban un recio y poderosamente musculado cuerpo sin un gramo de exceso de peso.

Iba desarmado.

Loga alzó una mano.

—Por favor. Si os tranquilizáis un poco, os lo explicaré todo.

En primer lugar, sin embargo, mis disculpas por haberos sobresaltado.

Burton se había recuperado lo suficiente de su impresión como para decir:

—Siempre te ha gustado el toque dramático.

—Cierto.

—¿Cómo entraste aquí? —dijo Li Po.

—Os lo diré a su debido tiempo. De todos modos, no tuve ningún problema en pasar por encima del código. Después de todo, yo controlo la torre.

Se dirigió al aparador cercano a la puerta y se sirvió una copa de coñac. Alice, sujetándose el pecho con una mano, se sentó. Los hombres intercambiaron miradas cuyos significados eran inteligibles gracias a una larga intimidad: si hace el más ligero movimiento que parezca peligroso para nosotros, saltaremos todos sobre él al mismo tiempo.

Loga, sin embargo, parecía muy tranquilo, como quien ha venido a saludar a unos amigos no vistos desde hace mucho tiempo. Eso no significaba nada, de todos modos. Era un soberbio actor. Por otra parte, pensó Burton, ¿por qué debería pensar algo malo contra nosotros?

—Supongo que tengo derecho a suponer que la forma en que te fundiste... tu muerte... fue un truco, una simulación de la Computadora —dijo Burton—. Y que has estado observándonos desde que desapareciste.

Loga se enfrentó a ellos, sus gruesas piernas ligeramente separadas, como si estuviera en la proa de una embarcación. Sonrió y dijo:

—Sí. Sé que esa fue una de las posibilidades que tomasteis en consideración.

—¡Así pues estuviste espiándonos, observando todo lo que hacíamos! —dijo Burton irritadamente.

—En todos lados excepto en esas habitaciones que pintasteis. Esa fue una idea ingeniosa, pero siempre he sabido que erais inteligentes e imaginativos. Esa, por supuesto, fue una de las razones por las cuales os elegí como mis agentes. No es cierto, sin embargo, que bloquearais completamente mi monitorización. Cuando utilizabais las computadoras auxiliares, yo me introducía por ellas.

Dio un sorbo a su coñac mientras los contemplaba por encima del borde de la copa. Luego la dejó a un lado y dijo:

—Es bueno tener a alguien con quien hablar. Y no personas cualesquiera; vosotros sois especiales. Me siento muy cerca de vosotros. Aunque imagino que, en este momento, os sentís más bien furiosos conmigo. No os culpo por ello, pero estoy seguro de que después que hayáis oído mi historia, me perdonaréis.

—No lo creo —dijo Alice, entrecerrando sus oscuros ojos, frunciendo sus labios—. No sé qué tipo de juego has estado jugando, pero eres el responsable de haber condenado... —Se detuvo, como si de repente acabara de ocurrírsele algo. Sus mejillas se pusieron más rojas.

—Repito, lamento haber tenido que haceros pasar a través de una trituradora emocional. Pero sobrevivisteis, y hubierais sobrevivido aunque no hubierais sobrevivido, en una cierta medida.

»Lo que tenía que hacer era asegurarme de que seríais capaces de operar la torre, y que podía confiar en que el gran poder que teníais en vuestras manos no os corrompería. Creía que pasaríais la prueba, pero mis pensamientos, mis deseos, no eran suficientes. Tenía que proporcionaros la *práctica* del poder. No es lo que una persona dice sino lo que hace lo que revela su auténtico carácter.

»Fallasteis en algunas cosas, Hubierais debido resucitar a vuestros camaradas que murieron durante la expedición a la torre. Estoy seguro de que, si los acontecimientos no os hubieran detenido, lo hubierais hecho muy pronto. Me sentí decepcionado, sin embargo, porque deseaba pasarlos por la prueba también.

—La mayoría de ellos hubieran hecho lo mismo que hicimos nosotros —dijo Burton.

—Lo sé, pero deseaba que lo probaran ellos mismos sobre el terreno.

—Lo probaron a lo largo del camino —dijo Burton—. Al igual que nosotros.

—Hasta un cierto punto —dijo Loga—. Pero la prueba definitiva era cómo iban a comportarse en la torre. Turpin, por ejemplo, no fue lo bastante selectivo en la resurrección de sus amigos. Ni tampoco lo fuiste tú, Li Po. Cometiste un grave error resucitando a Puñado de Estrellas.

Li Po se alzó de hombros.

—¿Cómo podía saberlo?

—¿Habéis aprendido vuestra lección?

—Soy más rápido aún en aprender que en ofenderme —dijo el chino—. Si pudiera hacerlo de nuevo, me aseguraría de que la Computadora no les diera a aquellos que resucitáramos ningún poder que pudiera ser utilizado contra nosotros.

—Muy bien. ¿Pero te asegurarías también de que tú no tuvieras ningún poder que pudieras utilizar contra los demás? Son un peligro tanto para ti como para los demás. Tus poderes podrían pasar a poder de otros pese a todas tus precauciones.

—Alguien tiene que estar al cargo de lodo —dijo Li Po—. Alguien tiene que poseer los poderes, alguien en quien se pueda confiar.

—El asunto —dijo Burton— es, ¿puede confiarse ahora en nosotros?

—¿Qué ocurriría si resucitárais a alguien que pareciera digno de confianza pero demostrara luego que no lo era? Esa persona podría arrebatáros vuestros poderes y utilizarlos para propósitos que vosotros rechazaríais porque serían malos.

Dio otro sorbo a su bebida y empezó a caminar arriba y abajo mientras hablaba.

—Estáis pensando que mi desaparición fue criminal porque dio como resultado el borrado de todas las grabaciones corporales y, en consecuencia, la pérdida de la inmortalidad para casi todos los resucitados. Eso no es así, y me siento decepcionado de que vosotros pudierais pensar que yo iba a permitir una cosa tan horrible. Lo que realmente ocurrió es...

—Tú hiciste que la Computadora creara un duplicado de sí misma, o ese duplicado existía ya —dijo Burton—. El duplicado tiene las grabaciones. O hay solamente una Computadora, pero nos dio informes falsos.

Loga dejó de caminar y miró a Burton con sorpresa, luego estalló en una carcajada.

—¿Cuándo pensaste en eso?

—Hace un minuto.

—Hice un duplicado de la Computadora antes de desaparecer.

—¿Entonces la prueba para nosotros no fue cuando entramos por primera vez a la torre e impedimos que la Computadora muriera? ¿El sacrificio de Goering fue en vano?

—No, aquello fue real. Me asustó tanto que hice inmediatamente el duplicado. En realidad, el duplicado se ha convertido ahora en la primera puesto que os dejé utilizar a la primera como un juguete.

—Me parece —dijo Frigate— que tendría que existir un procedimiento de ingeniería estándar para instalar el duplicado desde el mismo inicio de este proyecto.

—Pensamos que la Computadora no podía funcionar mal, no a un nivel peligroso al menos. Pensamos que era invulnerable.

—Sí, y el *Titanic* fue declarado insumergible.

—¿Qué hay acerca de la mujer mongola a la que Nur mató? —dijo Alice.

—¡Ah, ella! Era parte del plan para confundiros y engañaros. Había que responsabilizar a alguien de mi muerte, de modo que ella fue situada de tal modo que vosotros creyerais que era la responsable. Vosotros ibais a tener que intentar descubrir quién y qué era, pero no había ninguna forma en que pudierais conseguirlo.

—¿Era un androide? —dijo Frigate.

—Por supuesto.

—Algunos de nosotros pensamos que Nur la había matado con demasiada facilidad —dijo Frigate.

Burton arrojó una nube de humo, esperando que su aspecto fuera más frío y sereno de lo que se sentía en realidad.

—Te agradezco la explicación —dijo—. No voy a darte las gracias por las tensiones, la ansiedad y el derramamiento de sangre. Pero, como has dicho, teníamos que aprender por el camino difícil, y no dudo que tus intenciones eran buenas. De todos modos, como tú mismo has dicho, no es lo que uno piensa, las intenciones que uno tiene, sino sus acciones lo que revela el auténtico carácter. Siendo así las cosas, tengo una pregunta que hacer, quizá la más importante de todas.

Hizo una pausa, luego dijo:

—¿Vamos a quedarnos en la torre? ¿O debemos volver al Valle?

Loga sonrió y dijo:

—¿Qué es lo que os gustaría hacer?

—No puedo hablar por los demás, pero yo preferiría quedarme aquí.

Los otros dijeron que ellos también preferirían quedarse.

—¿Por qué? —dijo Loga.

—Por dos razones —dijo Burton—. Una, la vida puede gozarse mucho más aquí, al menos para mí... pese a los acontecimientos que originaste. Me da una oportunidad de estudiar, de aumentar conocimientos, cosas por las cuales yo hubiera vendido mi alma en la Tierra, si hubiera creído que tenía un alma y alguien me hubiera hecho una oferta. También es algo mucho más lujoso, algo tan cercano al Cielo, a un Cielo físico, como uno puede llegar a imaginar. Dios, creo que me merezco quedarme aquí. He llegado tan cerca de Seguir Adelante como creo que puedo llegar a conseguir. Enviarme de vuelta al Valle lo único que haría sería empobrecerme y frustrarme, y no *alzaría* mi nivel ético ni un milímetro. De hecho, más bien lo bajaría.

Loga preguntó a los demás si tenían razones similares o distintas. Sus respuestas fueron muy parecidas a la de Burton.

—En primer lugar, antes de decirnos lo que evidentemente deseáis saber con tanta desesperación, os diré otra cosa. Burton, cuando dijiste que estabas tan cerca de Seguir Adelante como creías que podías llegar a conseguir, expresaste inconscientemente la verdad. Tus palabras me hacen sentir curioso. ¿Hay más detrás de esa observación de lo que aparece en la superficie? ¿Tienes algún indicio, alguna sospecha, de que...?

Sonrió y tomó otro sorbo de coñac. Burton tuvo la sensación de que Loga esperaba que él se extendiera en su afirmación. Si era así, iba a sentirse decepcionado. Burton no tenía la menor idea de lo que estaba buscando Loga.

—Continúa —dijo Burton—. ¿Estabas diciendo...?

—Muy bien. Nos has oído decir a mí y a la Iglesia de la Segunda Oportunidad que, cuando alcanzas un cierto alto nivel de carácter y moralidad, te vuelves compasivo y empático y libre de psicosis y neurosis hasta un cierto grado, entonces estás preparado para Seguir Adelante. Cuando mueres, no eres resucitado de nuevo en el Mundo del Río. Tu *wathan* desaparece, ya no puede ser atrapado o detectado por nuestros instrumentos. Te han dicho que tu *wathan*, o alma, si prefieres ese término, va a Dios o es absorbido por la esencia de Dios. Esa, por supuesto, es una explicación dirigida a los ignorantes. Era la única explicación que parecía encajar. Pero...

Dio otro sorbo de coñac. Su mirada se posó en ellos como si estuviera anticipando su reacción a sus siguientes palabras. Parecía estar disfrutando.

—La triste verdad es... aunque no sé realmente si es tan triste como eso... la triste verdad es que los *wathans* no desaparecen nunca, ¡nunca Siguen Adelante! ¡No mientras los cuerpos que han compartido continúen siendo resucitados!

Burton no se sintió tan sorprendido como hubiera debido sentirse. En una ocasión, hacía mucho tiempo, había considerado esa posibilidad pero la había rechazado. Alice se mostró impresionada; parecía como si jamás pudiera volver a creer a nadie. Li Po sonrió y se tironeó el bigote. El rostro de Frigate era impasible.

Burton pensó en el informe de la Computadora acerca de que gente como Buda y Jesucristo habían Seguido Adelante. Obviamente, no era así. La Computadora había ofrecido datos falsos. ¿Por qué? Porque Loga lo había ordenado así para seguir con el engaño.

Burton suspiró y dijo:

—¿Cuál es la verdad? Esta vez vas a decirnos la verdad, ¿no? Me perdonarás que me muestre tan

escéptico. Pero nos has mentido tantas veces.

La voz de Alice temblaba cuando dijo:

—¿Los *wathans*? Nos dijiste que eran artificiales. Si no hubiera sido por esa antigua raza que los hizo, todos nosotros careceríamos de alma. ¿Es eso cierto, es esa la verdad de Dios?

—¿Quién sabe cuál es la verdad de Dios? —dijo Loga—. La verdad de Dios es que Él Es lo que Es. Pero sí, es un hecho que esos antepasados fabricaron los *wathans*, y nosotros que hemos heredado su labor nos hemos asegurado de que todos los seres humanos que fueran concebidos en la Tierra tuvieran un *wathan*. Lo que no es cierto es que los *wathans* vayan a Dios o sean absorbidos por la esencia de Dios. Quizá sea así algún día. No lo sé; nadie lo sabe.

»La verdad es que podéis ser inmortales, relativamente al menos. No vais a durar más allá de la muerte del universo, y probablemente no duraréis tanto como dure el propio universo. Pero tenéis la potencialidad suficiente como para vivir un millón de años, dos, quizá tres o más. Durante tanto tiempo como podáis encontrar un planeta de tipo terrestre con un núcleo ardiente y podáis disponer de la maquinaria de resurrección.

»Desgraciadamente, no a todos puede permitírseles poseer la inmortalidad. Demasiada gente convertiría la inmortalidad en algo miserable o infernal para los demás, e intentarían controlar a los otros a través de su control de la maquinaria de resurrección. Pese a ello, a todo el mundo, sin excepción, se le conceden cien años después de su muerte terrestre para probar que él o ella puede vivir pacíficamente y en armonía consigo mismo y con los demás, dentro de los límites tolerables de las imperfecciones humanas. Aquellos que pueden conseguir eso serán inmortales después de que sean completados los dos proyectos.

—Entonces —dijo lentamente Burton—, los estándares, las metas éticas, no son tan extremadamente altas, tan exigentes, como se nos había hecho creer.

—Son altas, aunque no imposiblemente altas para el cuarenta por ciento de los resucitados.

—¿Y el otro sesenta por ciento? —dijo Alice.

—Sus grabaciones corporales serán destruidas.

—Eso parece duro.

—Lo es. Pero es absolutamente necesario.

—¿Y luego? —dijo Frigate. Parecía ansioso.

—Los sobrevivientes serán llevados, como grabaciones corporales en la forma de esferas amarillas, a la Tierra.

—¿A la Tierra? —dijo Burton. Nunca nadie se lo había dicho, pero tenía la impresión de que la Tierra había resultado destruida.

—Sí. La mayor parte de la vida sobre la Tierra resultó muerta por las radiaciones en la guerra con bombas de hidrógeno y neutrones. Pero los del Mundo Jardín la han limpiado... les tomó ciento sesenta años hacerlo... y están replantándola con vida vegetal y animal. La Tierra os estará esperando, pero vosotros no seréis la clase de gente que abuse de ella y la vaya matando lentamente a través de la polución. Y...

—¿Entonces no se nos permitirá tener hijos? —dijo Alice.

—No en la Tierra. No hay espacio suficiente, aunque estará llena de espacio para poder vivir

todos vosotros. De todos modos, hay millones de planetas sin vida sentiente en este universo, y podéis ir a cualquiera de ellos si deseáis hijos.

—¡La Tierra! —dijo Burton soñadoramente. Su añoranza era tan grande que notó que le dolía el pecho. La Tierra. No iba a ser la Tierra que él había abandonado, pero seguramente su topografía no habría cambiado. Y aunque no fuera la Tierra que había existido cuando él había muerto, podía estar seguro de que habría mejorado.

—Es un auténtico shock —dijo Alice—. Yo era un miembro devoto de la Iglesia Anglicana y luego, cuando vine aquí, perdí mi fe y me convertí en una agnóstica hasta recientemente, cuando empecé a considerar seriamente unirme a la Iglesia de la Segunda Oportunidad. Ahora...

—Loga —dijo Burton—, puesto que finalmente estás diciéndonos la verdad, dime esto. ¿Por qué te convertiste en un renegado y pervertiste el curso de los acontecimientos que tus compañeros Éticos habían decidido? ¿Es cierta tu historia de que no podías soportar el pensamiento de que tu familia, la gente querida por ti, no pudiera Seguir Adelante? ¿Seguir Adelante en el sentido que acabas de explicar ahora, no en el antiguo? ¿Originaste toda esa sangrienta lucha, esa rebelión contra tus camaradas, solamente para proporcionarles a tus padres y familiares y amigos un poco más de tiempo?

—Os juro por todo lo que fue, es, o puede llegar a ser sagrado, que esa es la verdad.

—Bien —dijo Burton—, entonces no comprendo como tú, que fuiste educado en el Mundo Jardín desde la edad de cuatro años, puedes haber pasado la prueba. Si los estándares Éticos tienen algún significado, algún valor, ¿cómo escapaste a ser eliminado? ¿Cómo pudiste llegar a convertirte en un criminal? Un criminal con una conciencia, pero un criminal pese a todo. ¿O eras realmente ético, y luego, de algún modo, te volviste loco? Y si te volviste loco, ¿qué se puede hacer para prevenir a los otros que también pasaron la prueba a fin de que no les ocurra lo mismo?

Loga palideció, se volvió, depositó la copa sobre la mesa, y se volvió de nuevo. Estaba sonriendo, y sus ojos se movieron de izquierda a derecha y luego hacia el otro lado de nuevo, como si estuvieran buscando algo más allá del grupo.

—¡No estoy loco!

—Considera todo lo que has hecho para la salvación de una veintena o así de personas —dijo Burton.

—¡No estoy loco! Lo que hice, lo hice por amor.

—El amor tiene también sus locuras —dijo Burton. Se reclinó en su silla, arrojó una nube de humo de su cigarro, sonrió y dijo—: Por el momento, sin embargo, no importa el si estás loco o no. Aún no nos has respondido. ¿Deberemos volver al Valle, o podremos quedarnos aquí?

—Había pensado que podíais quedaros —dijo Loga—. Había juzgado que habíais alcanzado el nivel en el cual podía confiarse en vosotros y en el cual todos podíamos gozar de nuestra mutua compañía con amor. Podríais traer a otros. Yo tengo intención de traer a mi familia y mostrarles lo que deben hacer si quieren ser inmortales. Algunos de ellos...

—Entonces, ¿dudas de algunos de ellos? —dijo Burton. Frigate se inclinó sobre la mesa y, mirando duramente a Loga, dijo:

—Se nos dijo que pasar la prueba, Seguir Adelante, era algo automático. Que no implicaba el juicio por seres humanos. Ahora... ¿quién juzga?

Burton se sintió irritado por la pregunta, aunque él también había pensado en ella. La importante era la que él había planteado. Las demás podían ser respondidas más tarde.

—Eso será asunto de la Computadora. Después de eso, la gente que forma este proyecto, los habitantes del Valle, comerán algo que los hará caer dormidos y morirán. Sus *wathans* serán sondeados por la Computadora. Como ya sabéis, los *wathans* muestran a través de sus colores y su envergadura el desarrollo ético del individuo. Aquellos que hayan alcanzado los estándares serán reunidos en la Tierra con sus cuerpos. Aquellos que no, serán soltados e irán allá donde tengan que ir.

—¿El juicio de una máquina? —dijo Frigate.

—Es infalible.

—A menos que sea manipulado —dijo Burton.

—Eso no es muy probable.

—No hasta que tú lo hiciste probable —dijo Burton. Loga lo miró con ojos llameantes.

—Yo no voy a estar aquí.

—¿Dónde vas a estar?

—Me habré marchado en una de las naves del hangar a un planeta deshabitado.

—Eso es algo que podías haber hecho en cualquier momento después de que te libraras de tus compañeros Éticos y sus Agentes —dijo Frigate—. ¿Por qué simplemente no tomaste a tu familia y te marchaste con ella?

Loga miró a Frigate como si simplemente no pudiera comprender el que alguien dijera aquello.

—No, no podía hacer eso.

—¿Por qué no? —dijo Burton—. Parece la acción más lógica.

—Ellos no estarían preparados. No hubieran pasado la prueba; la Computadora los hubiera rechazado. Hubieran sido condenados.

—Lo que dices no tiene sentido —murmuró Frigate—. ¿Ya ti qué te importaba? Hubieras estado a salvo en cualquier planeta donde no hubieran podido encontrarte ni en un millar de años, quizá nunca, y tendrías a tu familia.

Loga frunció el ceño, y el sudor empezó a brotar de su frente.

—Tú no comprendes. No hubieran podido seguir viviendo. No hubieran Seguido Adelante. No puedo tomarlos hasta que hayan alcanzado el nivel que hace que la inmortalidad sea algo soportable para ellos.

Los otros se miraron entre sí. Comentario silencioso: está loco.

Burton suspiró y se inclinó hacia adelante, rebuscó bajo la mesa, y extrajo de su estante un lanzador de rayos que había estado allí desde el día en que fue construido el castillo. Su dedo movió el dial hacia el lado de «atontar». Extrajo rápidamente el arma y pulsó la lengüeta deslizante que actuaba como gatillo. La línea de un color rojo muy pálido golpeó a Loga en el pecho, y el Ético cayó de espaldas.

—Tenía que hacerlo —dijo Burton—. Es un psicópata irremediable, y nos hubiera enviado de vuelta al Valle. Sólo Dios sabe qué hubiera hecho entonces.

Siguiendo las órdenes de Burton, Frigate corrió a un conversor para obtener una jeringuilla hipodérmica conteniendo la cantidad necesaria de *somniun*. Burton montó guardia, dispuesto a atontar de nuevo a Loga si mostraba signos de recobrase. El hombre era inmensamente poderoso; un golpe que hubiera derribado a la mayoría simplemente lo había dejado semiinconsciente.

Burton caminó arriba y abajo durante unos minutos mientras pensaba en cómo resolver el problema de Loga. Tenía que ser mantenido con vida. En el momento en que muriera, indudablemente sería resucitado en una cámara oculta. Eso significaría el *finit* para los cuatro inquilinos, debido a que Loga tenía el control prioritario de la Computadora. Si era colocado en un cilindro criogénico, estaría muerto en lo que al *wathan* se refería, y sería resucitado en una habitación secreta de la torre. Si era mantenido despierto pero prisionero, podía suicidarse no importaba las medidas de seguridad que tomaran sus captores. Incluso aunque la pequeña bola negra en su cerebro, la esferilla que podía liberar un veneno mortal a un código proyectado mentalmente, le fuera extirpada quirúrgicamente, Loga podía tragarse la lengua y asfixiarse a sí mismo hasta morir. Podían cortarle la lengua, pero Burton no era lo bastante insensible como para hacer aquello, no importaba lo desesperado que se sintiera.

Era posible mantener a Loga drogado. Burton, sin embargo, dudaba de que el Ético pudiera sobrevivir treinta y tres años en aquel estado. Era inútil pedirle a la Computadora que exhibiera las memorias de Loga a fin de que Burton pudiera localizar las ocultas grabaciones corporales de Loga. La Computadora tendría órdenes de Loga de no revelar esos datos.

Burton se detuvo, y sonrió. Había una forma.

Elaborar el plan tomó dos días, puesto que tenía que ser muy cuidadoso. Un error, y Loga podía

escaparse pese a todo.

Ordenó a la Computadora que hiciera un androide modificado que tuviera exactamente el mismo aspecto que Loga e idéntica voz. Dentro de su piel, el androide era exactamente igual a Loga, excepto la estructura de su cerebro, que era mucho más simple que el de Loga. Si el androide era un duplicado al cien por ciento, se convertiría en muchos aspectos en el Ético y se comportaría exactamente igual que él. La única diferencia, y era una gran diferencia, residía en que el androide carecía de autoconsciencia.

Burton lo programó verbalmente con el habla de los Éticos y luego le hizo transmitir sus órdenes a la Computadora. La Computadora comprobó las huellas vocales, el campo eléctrico de la piel, el rostro y la forma del cuerpo, las características de la piel, cabello y color de los ojos, la forma de las orejas, y la composición química de los olores de la transpiración con los dos Loga. Sondeó también las huellas de sus dedos, palmas y pies.

Desgraciadamente, pese a todo ello, la Computadora se negó a obedecer al androide a menos que le fuera transmitido el código correspondiente.

—Esto es realmente frustrante —dijo Burton a los demás—. Una palabra o quizá una frase es todo lo que lo está bloqueando. Puede que incluso tenga un millón de palabras.

Nadie dijo nada; todos parecían taciturnos. Incluso Li Po, por una vez, estaba silencioso.

Al cabo de dos minutos, Alice, que había permanecido con el ceño fruncido y mordiéndose los labios, dijo:

—Sé que ninguno de vosotros cree en la intuición femenina. Yo tampoco, no tal como es definida normalmente. Creo que es una forma de lógica que no sigue las reglas de la lógica, aristotélica o simbólica. No creo que la intuición femenina, se la llame así o de cualquier otro modo, esté confinada a las mujeres. Oh, ¿de qué estoy hablando?

—Sí, ¿de qué estás hablando? —dijo Burton.

—Es una idea tan estúpida, tan loca. ¡Me consideraréis como una completa tonta!

—Cualquier cosa que pueda ayudar será apreciada —dijo Burton—. Te prometo no reírme.

—Ninguno de nosotros lo hará —dijo Frigate—. Además, ¿qué diferencia representaría el que lo hiciéramos?

—Simplemente es que se trata de algo sin ton ni son —dijo ella—. Aunque quizá sí. Loga es un tramposo tan grande, y le gustan tanto los trucos, más bien infantiles todos ellos, lo reconozco, pero...

—¿Pero qué? —dijo Burton.

—Es algo más bien improbable. Las posibilidades en contra son fantásticamente altas. Pero... No sé. Creo que no hará ningún daño probarlo. Y no tomará mucho tiempo.

—¡Por el amor de Dios, ¿qué?! —dijo Burton.

—Bueno, ¿recordáis lo que Loga gritó inmediatamente antes de cuartearse? De parecer cuartearse, quiero decir.

—«*I tsab u*» —dijo Burton—. Que en ético quiere decir: «¿Quién eres tú?».

—Sí. ¿No es posible que Loga nos estuviera dando una clave, el auténtico código? Quizá se sintiera muy divertido haciéndolo, puesto que no había ninguna posibilidad de que nosotros

pudiéramos utilizarlo nunca. Simplemente no descubriríamos jamás que era el ábrete sésamo, la identificación más importante. De modo que no pudo resistirse a pronunciarlo. Nosotros pensamos que se estaba dirigiendo a la persona que lo había matado, una persona que ahora sabemos que no existía. Y al mismo tiempo...

—Tendría que estar realmente loco para jugar así con nosotros —dijo Burton.

—¿Y bien?

—Es una tontería, pero tomará solamente un minuto —dijo Frigate—. ¿Qué tenemos que perder?

Además, Alice puede ser una persona más bien tranquila, pero tiene una extraña perspicacia en lo que a psicología individual se refiere.

—Gracias —dijo Alice—. No era muy buena leyendo los caracteres de la gente cuando llegué al Mundo del Río, pero he tenido que desarrollar ese talento para sobrevivir.

Fueron a la habitación donde estaba durmiendo el androide. Burton lo despertó con suavidad y le dio una taza de café. Luego, lenta y cuidadosamente, le dijo al androide lo que debía hacer. Una vez más, el androide se situó delante de la pantalla en la pared, y dijo:

—*I tsab u.*

La pantalla llameó los caracteres del alfabeto ético.

—Eso significa «preparado» —dijo Burton.

Entonces el androide le dijo a la Computadora que estaba traspasando el control principal a Burton. Pero la Computadora se negó a aceptarlo.

—¿Y ahora qué? —murmuró Frigate.

Burton llamó al androide a su lado y le dijo que fuera al corredor con él. Aunque no sabía si esa precaución era necesaria, no podía permitirse el correr riesgos. Tras instruir al androide sobre lo que tenía que decir, observó desde la puerta mientras éste transmitía sus instrucciones. Y la Computadora obedeció.

Se felicitaron y se abrazaron, y Li Po dio unos cuantos pasos de baile.

El androide había ordenado que todas las personas en las grabaciones, excepto algunas, cuyos nombres y números de grabación dio, fueran resucitadas en el Valle. De ahora en adelante, el proceso de resurrección proseguiría hasta que el proyecto fuera cerrado definitivamente.

El androide dijo también que deseaba que sus, es decir las de Loga, medidas de seguridad fueran canceladas. Inmediatamente, la Computadora respondió que estaba hecho. Y exhibió diagramas mostrando dónde había ocultado Loga sus grabaciones corporales.

—Muy bien —dijo Burton, sonriendo—. Si tenemos que tratar con la Computadora a través del androide, que así sea. Podré soportarlo.

Les tomó una hora recoger las treinta y nueve grabaciones ocultas en habitaciones en distintos niveles.

—Ahora estaría completamente confiado en que Loga no puede ser resucitado sin nuestro conocimiento —dijo Burton—, si ese hombre no fuera tan astuto. ¿Y si ha ocultado algunas grabaciones sin decirle a la Computadora dónde están?

—En ese caso —dijo Frigate—, no podrá ser resucitado porque la Computadora no estará conectada a ellas y no podrá llevar a cabo la operación.

—Puede haber colocado la grabación en un conversor desconectado de la Computadora excepto en su fuente de energía. Una computadora auxiliar podría *realizar* el proceso.

—Entonces le diremos a la Computadora que nos notifique cualquier demanda de energía que no sea normal. Las órdenes de Loga de que la Computadora suprimiera las indicaciones resultantes de su utilización particular de la energía han quedado anuladas.

—Tendremos que correr ese riesgo. No podemos simplemente no actuar debido a las remotas posibilidades de que Loga pueda quedar libre.

Los otros estuvieron de acuerdo con Burton en que podían empezar a repoblar la torre. Lo harían, sin embargo, después de que los tres mundos privados fueran limpiados. Apoyaron unánimemente su sugerencia de que les fuera dicha la verdad a los habitantes del Valle, que de hecho se les contara toda la historia desde el principio.

—Los Éticos creyeron necesario difundir medias verdades a través de la Iglesia de la Segunda Oportunidad debido a su creencia en la fuerza del impulso religioso. Pero yo creo que toda la verdad, tenga o no buen sabor, es algo que hay que decirles. Resucitaremos alguna gente en la torre, les dejaremos vivir aquí por un tiempo, luego los transportaremos al Valle en aparatos aéreos. Les proporcionaremos fotografías y proyectores de films accionados por células de energía. Eso deberá convencer a los escépticos. La verdad se difundirá muy lentamente debido a la enorme población y a la longitud del Valle, pero finalmente lo conseguiremos. Naturalmente, algunos se negarán a creerlo. Esa será su desgracia.

Loga fue situado en la cámara criogénica.

Li Po resucitó a sus compañeros; Alice, a Monteith Maglenna y a algunos otros, incluidas sus hermanas Edith y Rhoda; Frigate, a Sophie Lefkowitz y a veinte más; Burton, a Loghu la rubia antigua tokhariana, a Cyrano de Bergerac, a Joe Miller el titántropo, a Kazz el neanderthal, a Tom Turpin, a Jean Marcelin, Barón de Marbot, y a muchos otros que Loga había reclutado en su guerra contra los Éticos.

Pasaron seis meses, y Burton invitó a todos los inquilinos, ahora más de doscientos, a su castillo para una cena. Tras limpiar las mesas, ordenó a un androide que golpeará un enorme gong de bronce que colgaba detrás de su silla. Se levantó, alzó un vaso de vino, y dijo:

—Ciudadanos de la torre, vuestra atención, por favor. Propongo un brindis. Por nosotros. Bebieron, y prosiguió:

—Otro brindis. Por todos aquellos que son ciudadanos de dos lugares a la vez, de la Tierra y del Mundo del Río. Dejó su vaso sobre la mesa.

—Todos parecemos estar bien situados y felices, y ruego porque así sea hasta que los del Mundo Jardín lleguen. Y quizá después de eso incluso. Cuando llegue ese momento, sin embargo, deberemos, nos guste o no, regresar a la restaurada Tierra o ir al olvido. Yo espero, y creo, que los que estamos aquí estaremos lo suficientemente bien cualificados como para ir a la Tierra, donde podremos gozar de la vida hasta que el núcleo de la Tierra se enfríe y debamos trasladarnos a un planeta más joven. Eso debería ser dentro de unos cuantos millones de años en el futuro, sin embargo, y ¿quién sabe lo que ocurrirá en ese inconcebiblemente largo tiempo?

Se interrumpió, dio un sorbo a su vino, volvió a dejar el vaso, y miró a su alrededor.

—Tal como lo entiendo, el núcleo de la Tierra será utilizado para proporcionar energía a los convertidores e-m. Pero esta energía será utilizada tan sólo para resucitar a aquellos que mueran aquí, y con la clase de gente que poblará la Tierra entonces, no deberá haber mucha necesidad de energía para futuras resurrecciones. No habrá ni cilindros ni convertidores para proporcionar comida. La comida crecerá del suelo. La Tierra, si las cosas funcionan de acuerdo con el plan de los Éticos, será un lugar encantador y tranquilo. En él reinarán la paz y la armonía, aunque tengo mis dudas de que el león duerma con el cordero. No si está hambriento. Los leones nunca han considerado, y no creo que lo consideren en el futuro, que la hierba sea un alimento apetecible.

»Y, por supuesto, incluso aquellos que Sigán Adelante no serán perfectos. Ningún ser humano, con quizá unas pocas excepciones, y esas pueden ser modelos insoportables para el resto de nosotros, es o será perfecto.

Muchos de sus oyentes lo estaban mirando como si se preguntaran qué estaba preparando para soltarles.

—Algunos de vosotros, estoy seguro, anticipáis la vida en la Tierra con gran placer. Sabéis que siempre dispondréis de aventuras intelectuales porque las oportunidades para el estudio y para la creación artística serán iguales a las que proporciona la torre. Y sois felices con la idea de que la vida será serena, bien ordenada, y segura. Gozáis por anticipado con tales perspectivas.

Se detuvo, y frunció el ceño.

—Sin embargo, hay una alternativa a la Tierra que he descrito. He investigado las espacionaves en el hangar, y he descubierto que no requieren tripulaciones altamente entrenadas para operarlas. Son complejas en sí mismas, pero un muchacho inteligente de doce años, después de un poco de estudio, puede meterse en una de ellas y hacer que la nave le lleve a cualquier destino que desee. Siempre, por supuesto, que la nave disponga de suficiente combustible.

Frigate le dirigió una sonrisa y alzó un pulgar y un índice formando una O.

—¿Qué ocurrirá si rechazamos el regreso a esa casi utópica Tierra? —dijo Burton—. ¿Qué ocurrirá si preferimos otro tipo de vida o no estamos seguros de que, aunque amemos la Tierra tal como acabo de describirla, vamos a ser elegidos para formar parte de sus ciudadanos?

«Nadie puede impedirnos que abordemos una nave, todas las que hay en el hangar si queremos, elijamos uno de los planetas vírgenes catalogados en el sistema de navegación de la nave, y vayamos hasta allí.

»¿Qué es lo que podremos hacer allí, este heterogéneo grupo de casi inmortales de muchas razas, naciones, lenguajes y épocas? No podremos gozar de la intensa y fácil vida que tenemos aquí, o de la más restringida pero aún fácil vida de la futura Tierra. Aunque podemos llevarnos con nosotros la ciencia y la tecnología de los Éticos en grabaciones, podremos utilizarla muy poco durante siglos. Tomará largo tiempo antes de que nuestra población se incremente hasta el punto en que podamos disponer de manos suficientes como para hacer todo el trabajo sucio y duro necesario para obtener las materias primas para desarrollar una tecnología propia.

»Esos planetas han sido sembrados con generadores de *wathans* y recogedores, del mismo modo que se hizo con la antigua Tierra. Podremos tener hijos porque nacerán con *wathans* y serán autoconscientes y poseerán libre albedrío. Pero... —miró de nuevo a su alrededor—... si alguno de

nosotros o nuestros hijos muere, estaremos muertos durante largo tiempo. Quizá para siempre. Puede que los Éticos sean capaces de seguir nuestro rastro, y los que tomamos la nave para huir de la torre seamos juzgados sumariamente. Puede que seamos declarados aptos y se nos permita vivir. O puede que no. En cualquier caso, si morimos pronto, deberemos permanecer muertos durante largo tiempo, porque es posible que los Éticos no lleguen hasta nuestro planeta hasta dentro de muchos miles de años. Y si, durante ese tiempo, nuestros descendientes construyen maquinaria resurrectora, ¿cómo sabremos si decidirán resucitarnos? No podemos prever la situación política o religiosa o económica por aquel entonces. Nuestros descendientes puede que consideren que es mejor no resucitarnos.

»Eso no es de ninguna manera lo peor que puede pasarnos. Al principio, después de que hayamos aterrizado y construido casas con nuestras propias manos y labrado y sembrado y recolectado y criado a la primera generación, formaremos una armoniosa sociedad. Pero a medida que pasen los siglos, los milenios, nuestro idioma común, el esperanto, empezará a transformarse en dialectos, luego en familias de idiomas tan ininteligibles el uno para el otro como el francés y el albanés. Aunque habrá mucho mestizaje, algunos grupos mantendrán sus características raciales, y nuestro hermoso nuevo mundo tendrá razas distintas.

«Distintos idiomas y distintas razas. Exactamente igual que en la vieja Tierra. Pero habrá variedad.

»Y, aunque intentemos con gran cuidado criar y educar a nuestros hijos con amor, a su debido tiempo, a medida que las generaciones sucedan a las generaciones, o quizá en un tiempo muy corto, tendremos el mismo tipo de gente que teníamos en la vieja Tierra.

»Damas y caballeros, después de que hayamos trabajado larga y sudorosamente, sobrevivido a muchos peligros y tiempos difíciles, y quizá establecido una sociedad justa y equitativa para todos, asistiremos pese a todo a la inevitable degeneración de nuestra sociedad. Como en la Tierra, habrá multitudes de fuertes y de débiles, de ricos y de pobres, de empujadores y de empujados, de valientes y de cobardes, de torpes y de brillantes, de abiertos y de cerrados, de donadores y de tomadores, de compasivos y de indiferentes o crueles, de sensitivos y de insensibles, de tiernos y de brutales, de victimadores y de víctimas, de cuerdos, de medio cuerdos y de locos.

»Habrá odio pero también amor, desesperación pero también alegría, derrota pero también triunfo, miseria pero también felicidad, desesperación pero también esperanza.

Les miró brevemente, viendo todos sus rostros como si fueran uno solo. Sabían el espíritu, aunque no la forma exacta, de lo que iba a decir.

—Pero... poseeremos la inmensa variedad, la riqueza y el amplio espectro que una vida segura no nos proporcionará jamás.

»Y poseeremos aventura.

«Habremos rechazado el Cielo prometido de la Tierra. Pero nos llevaremos algo del Cielo con nosotros y, estoy seguro, más que una pulgarada de Infierno. ¿Puede existir el Cielo en un vacío? Sin Infierno, ¿cómo podremos saber que estamos en el Cielo?

»Os pregunto, amigos míos, y también a esos que quizá no me aprecian demasiado, ¿qué debe ser? ¿La nueva Tierra? ¿O lo desconocido?

Su auditorio permaneció en silencio. Entonces Frigate dijo en voz muy alta:

—¿Es todo esto retórico? ¿Adonde vas a ir *tú*, Dick?

—Tú sabes donde —dijo Burton.

Agitó la mano para indicar las estrellas.

—¿Quién se viene conmigo?

Addenda

Aunque por supuesto a un autor le gustaría creer que cada una de sus palabras permanece grabada para siempre en los corazones de sus lectores, es posible que algunos de los acontecimientos de las anteriores cuatro novelas de la serie del Mundo del Río hayan empezado a palidecer en algunas memorias. He aquí una breve mirada a las aventuras que han conducido a los Dioses del Mundo del Río:

Richard Francis Burton, el famoso (o infamoso) explorador inglés, lingüista, autor, poeta, espadachín, y antropólogo, muere el año 1890 d.C. a la edad de sesenta y nueve años. Contrariamente a sus expectativas, despierta de entre los muertos. Se halla en una enorme cámara conteniendo miles de millones de cuerpos flotando en el aire. Todos aquellos a los que ve son humanos excepto uno cerca de él. Aquel cuerpo es humanoide pero definitivamente no es un miembro del *Homo sapiens*. Antes de que Burton pueda escapar de la cámara, es reducido a la inconsciencia por dos hombres que aparecen en una especie de aparato aéreo.

Cuando Burton despierta de nuevo, está tendido desnudo en la orilla de un amplio río en un estrecho valle rodeado por alias e inaccesibles montañas. Su cuerpo es como el que había poseído a los veinticinco años, menos sus cicatrices. Es sólo uno de los estimados treinta y cinco mil millones que han sido resucitados bajo un cielo no familiar en las orillas de un río de dieciséis millones de kilómetros de longitud.

La resurrección, como demostrarán los acontecimientos, no es causada por medios sobrenaturales. Ha sido efectuada mediante artilugios científicos inventados por seres que son desconocidos durante la primera parte del primer libro, *A vuestros cuerpos dispersos*. La gente responsable de ello, los Éticos, plantaron máquinas de grabación en la Tierra mucho tiempo antes de que los primeros seres humanos evolucionaran de los monos. (O así se les dice a Burton y a otros durante el transcurso de la serie). Esas máquinas han grabado constantemente a todos los seres humanos desde el momento de su concepción hasta el momento de su muerte. Y, como se descubre en el cuarto volumen, *El laberinto mágico*, las almas (llamadas *wathans* por los Éticos) son artificiales. No existen las almas naturales; han sido proporcionadas por los Éticos.

En los primeros días del Mundo del Río, sus habitantes creen que todo el mundo desde aproximadamente el 2.000.000 a.C. hasta el 2008 d.C. ha sido resucitado. Pronto resulta evidente sin embargo que los niños que murieron en la Tierra a o por debajo de la edad de cinco años, los mentalmente retrasados, y los psicópatas extremos no han sido resucitados en el Mundo del Río. Esos, descubre Burton de un Ético renegado, san sido resucitados en un planeta llamado el Mundo Jardín. Y en un volumen posterior se revela que solamente aquellos nacidos entre el 99.000 a.C. aproximadamente y el 1983 d.C. han sido situados en el Mundo del Río. Después de que el actual proyecto Ético termine, serán resucitados aquellos que murieron después del 1983 d.C.

Los Éticos son los herederos de varias culturas precedentes, algunas no humanas, que han asumido la tarea de grabar y resucitar a las especies sentientes de muchos mundos a través del

universo. Si no lo hacen así, todos los seres sentientes que mueran estarán muertos para siempre.

Algunos Éticos, disfrazados de terrestres, han difundido por todo el Mundo del Río el concepto religioso de Seguir Adelante. Un habitante del Valle no puede Seguir Adelante a menos que él o ella alcance un cierto estándar ético alto... en otras palabras, un cierto estado de ser «bueno». Al final de un período de cien años este proyecto terminará, y aquellos que no hayan llegado a un cierto desarrollo ético morirán para siempre. Los *wathans* de aquellos que hayan alcanzado ese estadio serán absorbidos por la esencia de Dios.

Este concepto es implantado por los Éticos y transmitido a través de varias religiones... por ejemplo, la Iglesia de la Segunda Oportunidad. Los misioneros de la Iglesia enseñan también a sus discípulos a hablar el esperanto. Un lenguaje que todo el mundo pueda comprender es algo necesario debido a la mezcla de pueblos de muchas épocas y lugares.

Burton y algunos otros son visitados pronto por un Ético que no revela su identidad. Burton y los demás lo llaman X o el Misterioso Extranjero. X (que se revela ser Loga, un miembro del Consejo Ético de los Doce, en *El laberinto mágico*) está frustrando los planes de sus compañeros. Da diversas razones para ello, pero la auténtica razón de convertirse en un renegado es dada en el cuarto volumen, *El laberinto mágico*. X está reclutando a algunos de los resucitados para que lo ayuden en su complot. Entre ellos están Burton, Sam Clemens, Cyrano de Bergerac, un gigantesco titántropo llamado Joe Miller, y otros hombres y mujeres excepcionales.

El Río, descubren, empieza en un pequeño mar en el polo norte de aquel planeta, serpentea arriba y abajo a lo largo, de todo un hemisferio, rodea el polo sur, y serpentea de vuelta arriba y abajo por el otro hemisferio, sumergiéndose finalmente de nuevo en su fuente, el mar del polo norte. Una enorme torre edificada por los Éticos se alza desde el lecho de roca que constituye el fondo de aquel mar. Es el cuartel general de los Éticos y contiene los circuitos y el enorme cerebro proteínico de la Computadora. Alberga también en un pozo central aquellos *wathans* recogidos mientras los muertos son almacenados en las grabaciones físicas. Cuando una persona es resucitada, el *wathan* se une inmediatamente por sí mismo al cuerpo recién creado. Esta entidad, el *wathan*, contiene todas las memorias que el cuerpo posee también, las duplica por decirlo así, y proporciona al mismo tiempo la autoconsciencia de la mente y el cuerpo. Sin el *wathan*, la parte física del individuo carecería de autoconsciencia y de los medios de mantener su identidad. El primer volumen, *A vuestros cuerpos dispersos*, se dedica principalmente a mostrar la configuración del Mundo del Río y los esfuerzos de Burton por escapar de los Éticos. Esos han descubierto que fue despertado en la cámara de resurrección por su no identificado colega renegado. Burton se suicida 777 veces mientras huye de los Éticos, pero es finalmente atrapado. Es interrogado en la torre por el Consejo de los Doce, uno de los cuales es el renegado. Su memoria es grabada de modo que el Consejo pueda ver al renegado a través de sus ojos. Pero el renegado ha manipulado secretamente varios circuitos en la Computadora, y ha arreglado también las cosas de modo que el Consejo crea que los recuerdos de Burton de ese interrogatorio han sido borrados. Regresa al Valle con toda su memoria completa.

En el segundo volumen, *El fabuloso barco fluvial*, Samuel Clemens, el escritor americano, sueña con construir un gran barco de paletas con el cual viajar Río arriba hasta su fuente. Desde allí seguirá a pie hasta la torre en medio del mar. No puede cumplir con su sueño durante mucho tiempo debido a

que el planeta es pobre en hierro y otros metales pesados. X arregla las cosas desviando un enorme meteorito de ferroníquel al Valle, y Clemens lo utiliza para extraer el metal necesario. Su barco es robado por su socio, el Rey Juan de Inglaterra, hermano de Ricardo Corazón de León. Sam jura construir otro barco, atrapar a Juan, y tomar su venganza.

En el tercer volumen, *El oscuro designio*, Clemens termina su segundo barco tras muchas dificultades e intentos de otros por robarlo también. Después de su partida, otro grupo en la base construye un dirigible y vuela hasta la torre. Sólo uno de los miembros de su tripulación puede penetrar en la torre, y no regresa. En el camino de vuelta, se descubre que otro de los miembros de la tripulación es X, pero escapa, y la aeronave es destruida por una bomba que ha colocado en ella.

En el cuarto volumen, *El laberinto mágico*, los dos barcos fuertemente armados se encuentran. Ambos resultan hundidos en la batalla, y sus capitanes mueren con la mayor parte de sus tripulaciones. Burton y algunos de los reclutas de X sobreviven. Siguen subiendo por el Río hasta tan arriba como pueden en un pequeño barco, luego trepan por la enorme y difícil cordillera montañosa que rodea como un anillo el mar polar del norte. Burton está convencido de que uno de los miembros del grupo es X. Después de que el grupo consigue entrar en la torre a través de una entrada secreta instalada por X, Burton descubre quién es.

Sin embargo, en la larga ausencia de todos sus moradores Éticos y Agentes (muertos por X), la torre ha quedado sin servicio de mantenimiento, y sus mecanismos necesitan cuidados. Al no obtenerlos, una válvula que admite el agua del mar queda bloqueada, y el cerebro proteínico de la Computadora está amenazado. Si muere antes de que la válvula pueda ser reparada, todo el proyecto estará condenado, y todas las grabaciones corporales perecerán.

Hermann Goering, ex nazi y difunto *Reichsmarschall* del Tercer Reich, es uno de los miembros del grupo. Se ha arrepentido de sus acciones en la Tierra y se ha convertido a la Iglesia de la Segunda Oportunidad. Sacrifica su vida intentando alcanzar la válvula defectuosa para repararla. Fracasa, y parece que la Computadora va a perecer y con ella todas las esperanzas de inmortalidad para los treinta y cinco mil millones de personas.

Sin embargo, Alice Liddell Hargreaves, otro miembro del grupo, imagina ingeniosamente una forma de eludir la obediencia suicida de la Computadora a ciertas inhibiciones, y el proyecto se salva.

Ahora los habitantes del Valle tendrán el tiempo extra que Loga, el Ético renegado, afirma que necesitan a fin de que todos alcancen el nivel a partir del cual pueden Seguir Adelante. El proyecto será reanudado tal como estaba planeado originalmente, con una excepción: los compañeros Éticos de Loga y sus Agentes no serán resucitados debido a que interferirían con sus planes.

El libro que tiene usted ahora en su manos, *Dioses del Mundo del Río*, se inicia algunas semanas después del final del cuarto volumen. *El laberinto mágico*.

Notas

[1] El traductor ha aventurado titular «Un Poema de la Ley Superior» la siguiente composición, que pretende estar por delante de su tiempo; ¡y no ha temido el peligro de colisión con formas tan desagradables como la «Cultura Superior»! Los principios que justifican el título son los siguientes: el Autor afirma que Felicidad y Miseria se hallan igualmente divididas y distribuidas en el mundo.

<<